



LA  
**ALEJANDRÍA**  
**OLVIDADA**

*«Cuando el pasado explica el presente»*

Almudena Navarro

D.J.57

# **LA ALEJANDRÍA OLVIDADA**

ALMUDENA NAVARRO

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *La Alejandría olvidada*

© *Almudena Navarro*

<http://twitter.com/anavarrocuarter>

<http://www.facebook.com/almudena.cuartero>

Primera edición publicada en septiembre del 2014

Segunda edición publicada en agosto del 2019

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

Mapas y otros: *Paula Sancho Torregrosa*

Corrección: *Dolores García Ruiz*

LA  
ALEJANDRÍA  
OLVIDADA

*«Cuando el pasado explica el presente»*

Almudena Navarro

*A mi madre, Fala*  
*A mi padre, Antonio*  
*A mi tía, María Dolores*  
*A mis hermanos, Antonio y María*  
*A mi marido, Pancho*  
*A mis hijas.*

# — Índice —

[\*Ai Khanoum\*](#)

[Afganistán, año 2002](#)

[Imperio grecobactriano, año 145 a.c](#)

[Capítulo primero](#)

[Capítulo segundo](#)

[Capítulo tercero](#)

[Capítulo cuarto](#)

[Imperio bactriano](#)

[Capítulo Quinto](#)

[Capítulo sexto](#)

[Capítulo séptimo](#)

[Capítulo octavo](#)

[Capítulo noveno](#)

[Capítulo décimo](#)

[Capítulo decimoprimer](#)

[Capítulo decimosegundo](#)

[Capítulo decimotercero](#)

[Aleandría del Oxo 1º parte](#)

[Capítulo decimocuarto](#)

[Capítulo decimoquinto](#)

[Capítulo decimosexto](#)

[Capítulo decimoséptimo](#)

[Capítulo decimoctavo](#)

[Capítulo decimonoveno](#)

[Capítulo vigésimo](#)

[Capítulo vigésimoprimer](#)

[Capítulo vigésimosegundo](#)

[Capítulo vigésimotercero](#)

[Capítulo vigésimocuarto](#)

[Aleandría del Oxo 2º parte](#)

[Aleandría del Oxo 3º parte](#)

[Aleandría del Oxo 4º parte](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas de la autora](#)

[Bibliografía](#)

[Sobre la autora](#)

[La alcoba escondida \(Editorial Roca\)](#)

# Ai Khanoum





# Afganistán, año 2002



# Imperio grecobactriano, año 145 a.c

---



## Capítulo primero



París  
Mayo de 2002

Gaspar miró con evidente disgusto su mesa desordenada. Era un completo caos. No conseguía encontrar nunca lo que estaba buscando. Las cosas acababan apareciendo cuando ya no las necesitaba. Cientos de hojas desparramadas, revistas e investigaciones campaban a sus anchas, sin dejar ni un centímetro de mesa libre.

En el suelo, entre sus pies y debajo de la mesa, columnas de libros que sin querer, tiraba por los suelos de una patada al efectuar el más mínimo movimiento.

—¡Así no puedo trabajar!

La secretaria del departamento, una mujer alta y permanentemente bronceada, le miró divertida:

—¡Pues ordena tu mesa!

Gaspar miró a Marie con fingido disgusto. Cada día tenían la misma discusión.

—Podrías ayudarme un poco... No sé por dónde empezar...

—Empieza por colocar todos esos libros del suelo en la estantería que tienes justo detrás de ti. Te sorprendería lo útil que te puede resultar, doctor.

Gaspar giró su silla para mirar a sus espaldas con evidente desgana.

—Sí, podría ser; pero tendría que girarme con cada consulta y además levantarme para coger el libro. De esta forma, solo tengo que agacharme o estirar la mano y coger el libro que necesite. El que más utilizo está siempre en la cima de la montaña.

—Un sistema de clasificación muy sofisticado, sí. Pues no te vendría mal levantarte de vez en cuando y, de paso, salir alguna vez de detrás de tu mesa a tomar el aire. No sé... ¿Hacer algo de ejercicio, quizás?

Gaspar fingió gruñir, ofendido.

—No me hace falta, mírame, estoy estupendo. Delgadito. Si me faltan horas al día con todo lo que tengo que hacer aquí, ¡para encima andar perdiendo el

tiempo!

Lo cierto era que a Gaspar no le sobraba precisamente grasa, más bien andaba escaso de masa corporal, aun así Marie continuó con su broma:

—¿No has oído aquello de: *mens sana in corpore sano*?

—Sí, sí... Un engañabobos, una mentira para tontos descerebrados — Gaspar soltó una sonora carcajada por su ridícula ocurrencia.

—Doctor, es usted único —dicho esto, Marie desapareció por la puerta.

¡Cómo le fastidiaba a Gaspar que no le llamara por su nombre y le llamara doctor, haciendo referencia a su titulación como doctor en Historia! Le había pedido mil veces que le tuteara. Solo lo hacía para fastidiarle, y lo conseguía. Aun así, llevaban años trabajando juntos y se entendían a las mil maravillas. Un engranaje perfecto, forjado en el respeto y el cariño, del que Gaspar se sentía orgulloso. En su pequeño despacho de la Universidad de la Sorbona era todo lo feliz que podía ser.

Gaspar encontró por fin lo que buscaba: una carpeta negra con fotos antiguas del yacimiento de *Ai Khanoum*. Cambió el contenido a una carpeta roja para encontrarla más fácilmente. *Ai Khanoum* era mucho más que parte de su especialización como doctor en historia y que el contenido de su tesis doctoral. Era algo así como una obsesión, o mejor aún, una motivación. Toda su vida giraba alrededor de aquel yacimiento. Recordó los meses que pasó absorto en su tesis y la ilusión de leerla ante el tribunal, seguro de sí mismo y sabiendo que obtendría la máxima calificación. Y así había sido y, tras ello, consiguió una plaza en la Universidad de la Sorbona, sin duda, una de las más prestigiosas del mundo. Su tesis había sido publicada en dos idiomas con un notable éxito, teniendo en cuenta que era citada habitualmente como referencia obligatoria.

Cogió la primera foto de la carpeta, era antigua y estaba en blanco y negro, pero en buen estado. Un joven árabe, que vestía una túnica blanca hasta los pies, y un turbante del mismo color, miraba fijamente a la cámara. Intentaba sonreír, pero era como si no lo consiguiera. Debían de haberle situado ahí para que sirviera como referencia de escala a la fotografía. Detrás del hombre se podía ver con nitidez dos hileras de columnas griegas caídas en buen estado de conservación. Una foto preciosa, única por la ubicación que retrataba. Si no lo supiera, Gaspar pensaría que aquella foto provenía de algún yacimiento de Turquía, pero no era así. A pesar de haberla contemplado con detenimiento cientos de veces, acercó su cara a la foto, como si pudiera traspasarla. El dilema de su propia tesis doctoral subyacía también en aquella imagen: el contraste entre un enclave griego y su situación en suelo árabe. Una colonia griega a miles de kilómetros de Grecia. Fascinante. Le hubiera gustado cambiarse por el joven de la foto, pero desgraciadamente, desde 1978 ningún arqueólogo o historiador

había podido visitar el yacimiento. Gaspar nunca llegó a poner un pie en dichas ruinas. ¿Cómo podía ser uno de los mayores expertos en el yacimiento de *Ai Khanoum* si no conocía Afganistán? Todo lo que había podido hacer era investigar. Había visto fotos, leído y estudiado cada una de las reseñas sobre el yacimiento, pensó con tristeza. A veces se sentía como una especie de fraude, especialista en un yacimiento que realmente desconocía.

El yacimiento estaba situado al norte de Afganistán. Cuando era más joven y estaba en el último curso de su carrera, pensó que solo era cuestión de tiempo: algún día viajaría hasta allí y sería el encargado de reanudar las excavaciones, pasaría a la historia por sacar a la luz lo mucho que quedaba de aquel enclave, escribiría artículos, publicaría libros sobre sus descubrimientos... Pero habían pasado muchos años y ahora tenía la certeza de que jamás llegaría siquiera a conocer *Ai Khanoum*. Nunca removería su tierra de tonalidades rojizas para descubrir un tesoro histórico incalculable, tal y como siempre había soñado. Lo cierto era que habían pasado los años. Apenas salía ya de casa y cuando tenía que dormir fuera, por motivos de trabajo o para dar una conferencia, lo pasaba realmente mal, se sentía como desubicado. Solo lograba dormir de un tirón en su propia cama, y eso era algo que no le pasaba antes.

Sin embargo, lo más alarmante no era que no fuese a cumplir jamás esos sueños de estudiante. Sus viejas ambiciones se habían convertido hace ya mucho tiempo en una preocupación secundaria, el tiempo atenúa las desilusiones y, aunque siguen estando allí, ya no resultan tan cruciales. Lo que realmente le preocupaba ahora, le desvelaba por las noches y le desmoralizaba, era que nadie supiera qué había sido del yacimiento, ni en qué estado se encontraba en la actualidad. La situación en Afganistán era compleja. No había ninguna información sobre el yacimiento, ni fotos, ni rumores, nada. Al menos, oficialmente. Era descorazonador; la joya de su vida podría ya no existir.

Recordó con amargura las imágenes que había visto en el informativo tan solo unos meses antes: talibanes disparando contenidos al aire después de destruir parte del monumento histórico más importante de Afganistán, patrimonio de la Humanidad. ¿Qué derecho tenían? ¡Qué falta de cultura, de razón! Los talibanes habían colocado explosivo trilita en los grandes budas de Bamiyán y los habían hecho volar en pedazos. Sin más. Así de fácil era cargarse la historia. Cientos de años de conservación demolidos en unos segundos. Tan surrealista que resultaba inconcebible. ¿Cómo alguien no puede darse cuenta del valor y de la importancia de nuestro pasado? Una piedra puede ser solo una piedra para algunos, intentó razonar para sí mismo, aunque para él fuera un pedazo de historia. Donde él veía cultura, patrimonio, otros solo podían ver montones de tierra y ruinas. Gaspar temía por *Ai Khanoum*, tenía pesadillas en las que veía a

los talibanes disparando y haciendo estallar en mil pedazos una imagen idílica de ciudad que él mismo había recreado en su mente: *Ai Khanoum* hace miles de años. Era una pesadilla incongruente, donde el pasado y el presente parecían coexistir. Se despertaba a media noche sobresaltado, su corazón palpitaba con vida propia como si quisiera huir de su propia cavidad. Tenía que levantarse y realizar cualquier actividad rutinaria, como ir hasta la cocina y servirse un vaso de agua fría de la nevera, encender la televisión, o sentarse un rato en el sofá. La cotidianidad podía fácilmente con los miedos que se alejaban de la realidad. No necesitaba mucho tiempo, tan solo unos minutos, para olvidar esa sensación de pánico y volver a conciliar el sueño.

Gaspar había tomado sus propias medidas ese último año para intentar proteger el yacimiento. Llevaba años controlando todo lo que se vendía en el mercado negro procedente de Rusia y Asia, por si acaso aparecía alguna pieza procedente del yacimiento. Era un trabajo titánico y lo más seguro es que se escaparan de su control más del setenta por cien de las piezas; pero era la única forma de saber algo sobre *Ai Khanoum*. Sabía que la mayor parte de las piezas procedentes del yacimiento se habían vendido de forma ilegal en los bazares de Pakistán. Había adquirido todas las que le había sido posible y las había donado a la universidad. La historia era de todos y ninguna persona tenía derecho a apropiarse de ella sino era para compartirla o para evitar su destrucción.

Cerró los ojos. *Ai Khanoum* era más valioso en sí que ningún tesoro. Su valor era incalculable. Contaba la leyenda que Alejandro Magno, en su afán de conquista, fundó a su paso más de setenta ciudades con su nombre, de las que hasta bien entrado el siglo XX solo se conocía una, la Alejandría de Egipto. ¿Cuántas ciudades fundó en realidad Alejandro Magno a su paso? ¿Setenta? ¿Cincuenta? ¿Diez? Ese era uno de los más grandes misterios de la historia y el sueño dorado de cualquier arqueólogo.

Miles de excavaciones se habían hecho en distintos emplazamientos del centro de Asia, infructuosamente, hasta que en 1961 todo cambió cuando en una cacería del rey de Afganistán, Mohamed Zahir Shah, se descubrió por casualidad, entre la maleza, un precioso capitel corintio. Era el principio del descubrimiento de la ciudad más grande, rica e influyente que fundara el Gran Alejandro: *Ai Khanoum*.

A partir de 1964 un grupo de arqueólogos franceses, entre ellos el doctor en Historia y mentor de Gaspar, Paul Bernard, se desplazó al norte de Afganistán para excavar en la zona. Era un lugar enorme, un valle de varios kilómetros cuadrados. Antes de clavar la pala, solo con estudiar el terreno y la zona, ya se

dieron cuenta de la magnitud del descubrimiento, de la grandiosidad de aquella antigua ciudad. Era un mito hecho realidad para todos los arqueólogos e historiadores. Después de varias excavaciones, la Delegación Arqueológica Francesa en Afganistán (DAFA), de la que formaba parte el equipo de Paul Bernard, encontró cientos de pruebas concluyentes del inequívoco origen griego del enclave. Efectivamente, tal y como habían supuesto en un principio, aquel lugar enclavado entre montañas rocosas, que en aquellos momentos era fronterizo con la Unión Soviética, había sido sin lugar a dudas un asentamiento de colonos griegos en plena Asia: una ciudad fundada por Alejandro Magno en su mítica conquista de Eurasia. Una leyenda hecha realidad. Y, a juzgar por los restos que habían descubierto, no había sido una ciudad cualquiera, sino un gran foco cultural griego y el mayor enclave comercial en la zona. Seguramente había sido una de las ciudades más prósperas fundadas por el rey macedónico.

Por falta de tiempo, poco se había llegado a excavar; pero Aun así, fue muy fructífero para la delegación francesa: encontraron cientos de monedas acuñadas con nombres de reyes, joyas, cerámicas, estatuas de corte helénico, figuritas... Todo fue convenientemente clasificado y depositado en el museo de Kabul.

La excavación comenzó oficialmente en 1965, de ahí procedían las fotos que Gaspar tenía en su carpeta roja. Habían excavado durante catorce años, en periodos de varios meses al año interrumpidos y, aun así, solo habían conseguido arañar una pequeña parte de la superficie de la antigua ciudad: murallas, un anfiteatro, templos, un palacio, una escuela tradicional griega... ¡Quién podía saber lo que realmente quedaba todavía allí oculto bajo capas de tierra! Y él había caído hechizado en las redes de aquel descubrimiento por casualidad, en una de las clases de la facultad. Una que recordaba con extraordinaria nitidez porque precisamente fue el mismísimo doctor Paul Bernard quién la impartió.

Por desgracia, en 1979 Rusia invadió Afganistán y desde aquel momento poco se supo del yacimiento. Los arqueólogos nunca pudieron volver a entrar en el país. Paul Bernard le había contado cómo, en varias ocasiones, se había quedado retenido en la frontera intentando que le dejaran volver al yacimiento. Incluso, aunque en una ocasión consiguió entrar en Kabul, no logró llegar de ninguna de las maneras más al norte.

La pesadilla del país afgano no había hecho más que comenzar y con ella el saqueo y el pillaje. Los rusos, al invadir el país, se habían hecho con varios cientos de monedas y la prueba de ello la tenía a buen recaudo Gaspar, porque él mismo había pujado por varias de ellas. Se habían vendido sin ningún pudor en el mercado internacional de antigüedades.

Unos años después, Rusia se retiró de Afganistán, insuflando por unos segundos la esperanza del pueblo afgano y de la comunidad internacional; pero

la situación, no mejoró con la irrupción de los talibanes y los muyahidines. Era el comienzo del estallido de una cruenta guerra civil entre las diferentes facciones del pueblo afgano. Desde entonces, los arqueólogos temieron lo peor; realmente nadie sabía qué había sido de la ciudad perdida, y ahora, para desgracia de Gaspar, por segunda vez en la historia, olvidada. Dos veces sepultada en el olvido.

Gaspar se había dedicado esos últimos diez años a averiguar todo lo que podía, pero no había sido fácil. No existían prácticamente imágenes del yacimiento desde 1980, Gaspar incluso contrató a un «especialista» en la búsqueda de información, un hacker, que solo encontró mención de las monedas y del yacimiento en un documento oficial del Gobierno ruso. Había contactado con todos sus colegas y presionado al Gobierno francés para que se interesara por el asunto; al fin y al cabo había sido un proyecto de la DAFA.

Se rascó la cabeza, no sabía qué más hacer, salvo seguir en la misma línea. Gaspar giró su silla para mirar por la ventana. No había conseguido ninguna información relevante desde hacía años, nada de nada, como si el yacimiento nunca hubiera existido... Hasta hacía dos días, cuando ya casi había perdido la esperanza, uno de sus contactos en el mercado de venta de antigüedades le había puesto al corriente de un dato que podía ser relevante: unos pendientes muy particulares procedentes del bazar de Kabul se habían subastado y alcanzado una suma bastante considerable. Gaspar necesitaba la confirmación de si eran o no procedentes del tesoro de *Ai Khanoum*. Dos días que se le habían hecho interminables. Marcó nervioso el móvil de su contacto:

—André, sí, soy Gaspar, no me has enviado la fotografía ni la descripción. Llevo esperando desde ayer. ¿Sí? Ah, por correo electrónico, ahora lo miro. Lo siento.

Colgó el teléfono. Ni siquiera había encendido su ordenador. Efectivamente, ahí estaba el correo, en su bandeja de entrada.

Abrió sin dudar el archivo adjunto y esperó a que la imagen se descargara por completo. Era una preciosa foto de un par de pendientes alargados. Estaban en perfecto estado. No había duda, provenían de la ciudad olvidada, como él siempre la llamaba. Leyó la descripción: *Formados por rubíes de Birmania, perlas del golfo pérsico y lapislázuli proveniente de Asia*. Intentó hacer zoom con el ordenador, pero no supo, así que imprimió la foto y cogió una lupa, a la antigua usanza. Suspiró incrédulo, no había duda, ese lapislázuli provenía de la zona del antiguo Imperio bactriano, imperio independiente al que pertenecía la ciudad de *Ai Khanoum*, en la antigüedad llamada Alejandría del Oxo, porque estaba asentada a orillas del río Oxo (el Amou-Darya). Gaspar pensó en su tesis, en las diversas teorías sobre cómo se llamaría en la antigüedad realmente aquella



ciudad, y desde un principio aquella hipótesis le había parecido la más plausible, que adoptara el nombre de su fundación «Alejandría» y como elemento descriptivo su localización, «a orilla del río Oxo».

Gaspar lanzó con ímpetu la lupa estrellándola contra el suelo. A pesar del fuerte golpe no llegó a romperse. No quería llorar, pero tenía ganas, como nunca las había tenido, ni siquiera cuando lo de su divorcio. Sus sospechas, sus peores temores se confirmaban, seguramente no quedaba ya nada de su preciosa ciudad olvidada. Sentía la misma desolación que se debía sentir entre las ruinas de lo poco que quedara ahora de ella. Vacío absoluto, desolación. Su vida, su sueño... *Ai Khanoum*, una leyenda hecha realidad, al igual que lo fue Troya; solo que por lo visto, menos comercial. Nadie ya, salvo él, se preocupaba por ella. Ni artículos en el periódico, ni libros de tipo *best seller* que la mencionaran, ni la preocupación e indignación que debería estar sintiendo ahora mismo el resto de la comunidad académica. La ciudad había sido olvidada por segunda vez. La primera vez sepultada por la arena del tiempo, la segunda por la indiferencia y la guerra.

Llevaba meses intentando alarmar a la comunidad científica, escribiendo toda clase de artículos, haciendo miles de llamadas, enviado cartas a casi todos los organismos internacionales, incluida las Naciones Unidas, a los catedráticos de Historia de Europa y Estados Unidos. Todo, había hecho todo lo que estaba en sus manos. Pero no había obtenido la respuesta esperada. Se estrujó el pelo.

Sonó el teléfono, era una llamada interna. Oyó la voz de Marie:

—Gaspar, es del Ministerio de la Presidencia. Un asesor del Presidente de la República.

—¿Qué? —antes de que pudiera decir algo más, o negarse, una diligente Marie pasó la llamada.

—¿*Monsieur* Bitball?

—Sí, soy yo.

—Soy Mayeul, asesor de Presidencia. Tengo el placer de comunicarle, que sus quejas han prosperado y que su proyecto saldrá adelante. Una pequeña coalición internacional entrará en Afganistán para supervisar el estado de sus yacimientos y tesoros arqueológicos. Por supuesto, no podrán llegar hasta el yacimiento, ya que está al norte del país y el Gobierno actual no tiene el control de la zona, pero podrán entrar con toda tranquilidad en Kabul y hablar con los conservadores del museo y especialistas afganos. Yo mismo me he encargado de las negociaciones y permisos. Estados Unidos e Inglaterra participarán también en la organización. Felicidades, prepárese. Todo estará listo en tres meses. Ya sabe usted como son estas cosas de tipo burocrático y más en una zona como Afganistán.

—¿Que me prepare? No... No me han entendido ustedes bien, estoy muy contento de que por fin me hayan escuchado. Pero yo no voy a ir hasta allí... Debe de ser un error, es una zona peligrosa, a diario veo las noticias, señor... No quiero ser desagradecido, de verdad me alegra que por fin sean conscientes de la magnitud del problema, pero...

El asesor no le dejó acabar la frase:

—¡Será broma! ¿No? Usted lo ha organizado todo, usted no ha parado hasta concienciar a todo el mundo... Ha removido cielo y tierra. Es su proyecto, usted es nuestro especialista en la materia, usted va.

Sonaba como una orden. El tono de voz de aquel asesor era inflexible.

—Está bien. Pero ¿es realmente seguro? Quiero decir, ¿tendrá en cuenta usted nuestra seguridad en la organización del viaje?

—Naturalmente, ¿por quién me toma? Le llamo desde Presidencia y es un proyecto de Conservación del Patrimonio Histórico de la Humanidad...

—Sí, por supuesto, no pretendía ofenderle —Gaspar no sabía cómo salir de aquel atolladero y negarse otra vez.

—Le dejo libertad por si quiere contratar usted a su propio asistente personal para el viaje. Asegúrese de que hable farsi y pashto a la perfección o no se enterará de nada.

—Espere que apunte farsi y, ¿puede repetirlo?, ¿pashto?

A Gaspar le temblaban las manos mientras cogía un *post-it* amarillo. Notaba una presión insoportable en las sienes.

—No se preocupe, yo lo he tenido que buscar también, se refiere al idioma afgano, el pastún —la voz del asesor presidencial parecía más sosegada.

—Está bien, ya me pongo a ello.

—Allí tendremos los traductores que el Gobierno afgano nos va a facilitar. Como comprenderá, no nos fiamos del todo, necesitamos traductores de confianza.

—Lo entiendo.

—Me despido. Felicidades. Le vamos informando, mi secretaria se pondrá en contacto con usted para todo lo relativo al viaje y si tiene alguna duda no deje de llamarnos. Mi secretaria no dudará en atenderle en cualquier momento. Le he facilitado los teléfonos de contacto a su secretaria. Le agradecerá saber que los historiadores que le acompañaran, si todo prospera debidamente, son dos grandes especialistas... —el asesor carraspeó, seguramente estaba haciendo tiempo para buscar sus nombres en un papel.

—¿Quiénes?

—Veamos, el doctor en Historia Antigua James Kipling de la Universidad de Cambridge y el doctor Hoover... —el señor Mayeul no logró acabar la frase

viéndose interrumpido por un nervioso Gaspar.

—Una buena noticia. Al menos, el doctor Hoover y yo nos conocemos, y es cierto, es un gran...

—Sí, sí... Los tres son unos grandes especialistas en la materia, y usted será el encargado de la coordinación y de, por supuesto, entregar un informe detallado no solo de la agenda diaria del grupo, sino también de cualquier información relevante y conclusiones a las que llegue con sus colegas.

El responsable, asesor, o lo que realmente fuera colgó antes de que Gaspar pudiera añadir nada. Sudaba con el teléfono aún descolgado entre sus dedos. Su reivindicación se le había ido de las manos, se había pasado. Tendría que viajar a Afganistán. Se sintió inseguro.

Marie apareció curiosa por la puerta, no era habitual recibir una llamada de un asesor de Presidencia:

—¿Qué quería? —Marie se sentó en la silla que había al otro lado de la mesa de Gaspar, una silla, en teoría para visitas, pero que en la práctica solo utilizaba ella.

—¿Primero las noticias buenas o las malas? —Gaspar la miró asustado.

—Por tu cara, que es un poema, empezaremos por las buenas.

—Una coalición internacional va a entrar en Afganistán para intentar averiguar algo sobre el estado de *Ai Khanoum*. Por fin. —Gaspar no pudo evitar sonreír. Lo había conseguido, a lo mejor no todo estaba perdido y quedaba algo del yacimiento.

—¡Es fantástico! Llevamos años intentando llamar la atención de la comunidad internacional... Cartas, artículos, llamadas, conferencias... Has trabajado mucho. ¿Cuál es la mala? No entiendo por qué pones esa cara.

—Porque soy el responsable del proyecto, tengo que ir a Afganistán.

Marie se quedó mirándolo fijamente y estalló en risas.

—¿Esa es la mala? ¿Qué estas al mando de la misión de tu vida, algo con lo que siempre habías soñado? Te he cogido mucho cariño, pero a veces quisiera estrangularte.

Gaspar la miró confundido. No sabía muy bien cómo reaccionar.

—Hombre, visto desde esa perspectiva... Marie, tienes razón, no es tan malo.

—¿Qué pensabas? ¿Organizar todo el tinglado y luego si te he visto no me acuerdo? ¡Ja! —Marie soltó una carcajada—. La vida no funciona así Gaspar.

—No quiero que pienses mal, de verdad, pero llevo años estudiando el país y es un polvorín. Cualquier cosa puede pasarme, talibanes, ¿te suena de algo?

¿Lo entiendes? No son ni transparentes, ni afables, ni democráticos. ¡Por favor que apedrean a las mujeres hasta la muerte solo por pensar!

—Lo sé. Tranquilízate, todo eso lo sé. Es una misión internacional, estará amparada por las Naciones Unidas, no te pasará nada. El conflicto está llegando a su fin. Yo también veo las noticias.

—Ya. No me lo creo. La historia dice que esa zona es muy conflictiva. Una guerra detrás de otra prácticamente desde la Edad del Bronce. Me han dicho que me busque mi propio asistente para el proyecto, alguien de confianza. ¡Qué pena que tú no hables ni pastún, ni farsi!

Marie levantó sus cejas, se le había ocurrido una muy buena idea:

—Yo no, pero tengo a la persona idónea. Y más de confianza, imposible. ¡Qué casualidad! No te preocupes, con ella estarás tranquilo. Es muy eficiente.

—¿Ella? —Gaspar se levantó de su silla para acercarse a Marie. Se apoyó sobre su propia mesa, mirándola— No sé, sería mejor un hombre fuerte, con permiso de armas a ser posible... Y ex militar...

Marie rió la ocurrencia.

—¡No creo que Rambo hable pastún! Tú has visto demasiadas películas. No te preocupes de nada, yo me encargo. Tengo a la persona perfecta. El lunes que viene la tienes en tu despacho.

## Capítulo segundo



Irine descorchó una botella de vino tinto que había comprado en la cave ese día al salir del trabajo. Se descalzó, puso música y se dispuso a cortar queso. Se rió de sí misma, de los franceses y sus clichés. Y ella se consideraba más francesa que nadie. Le encantaba su pequeño apartamento en la avenida Clichy, en el barrio de Batignoles. No estaba precisamente céntrico, pero había una parada de metro en la esquina y en pocos minutos podía desplazarse a donde quisiera. También podía llegar al centro a pie, aunque tardaba casi una hora. Les Batignoles era un barrio tranquilo y lo más importante, los precios no eran tan desorbitados como en el resto de la ciudad. Era la dueña de cincuenta metros cuadrados para ella solita, una maravilla.

Sonó el timbre, era Marie, que como cada viernes acudía puntual a la cita. Irine le preparó una copa de vino antes de que entrara siquiera en la casa y abrió la puerta con una sonrisa.

—¡Bienvenida Marie! —se dieron un cariñoso abrazo como siempre solían hacer.

Marie se descalzó con confianza y se sentó en el mullido sofá color crema, a picar el queso con pan que Irine había preparado.

—Me encantan nuestras cenas, estaba muerta de hambre —dijo mirando de soslayo la mesa baja del centro del salón donde reposaban las viandas.

Antes de que su amiga Marie se quejara, como siempre, por la escasez de comida, Irine intervino:

—Tranquila, también he comprado una bandeja de sushi en el restaurante de la esquina que tanto te gusta. He pedido que nos pongan ocho trozos del de pez mantequilla, así evitaremos pelearnos como en el *collège*.

—¡Bien hecho! —Marie sonrió a su amiga, la conocía bien.

Sonó el timbre y Marie corrió entusiasmada hasta la puerta después de servir rápido otra copa de vino.

—Hola, Adèle —Irine le puso la copa en la mano y Adèle la apuró de un trago con demasiada ansiedad antes de llegar siquiera hasta el sofá. Irine sonrió —. Menos mal que he comprado, por si acaso, tres botellas. ¿Te gusta? Es el

vino que nos recomendaron en aquella cata en...

—Psss... No está mal, hemos probado mejores —Adéle acercó su copa para que su amiga se la rellenara otra vez—. Yo, la verdad, me bebo cualquier cosa, vosotras sois las catadoras especialistas del grupo. He traído chocolates, que siempre se os olvidan los postres. Cosa que jamás entenderé. ¿Una cena sin dulce?

Adéle, con sus perfectas mechas rubias y su traje diseño de Etro morado y azul se sentó en el suelo al lado de Marie sin remilgos.

—¿Y qué tal va vuestro ambicioso proyecto? Ese de vuestro propio champán. ¿Habéis visto alguna finca interesante en la que invertir? —Adéle las miraba con burla.

Llevaban con ese proyecto, que nunca acababa de definirse, desde que tenían quince años e iban juntas al *collège*. Adéle las había acompañado a más de una decena de aburridas presentaciones y catas por todo el país. Sus amigas estaban emocionadas con el proyecto de su futuro negocio e intentaban desde hace años que su amiga se sumara. Adéle pensaba que aquella idea no iba a ningún sitio y siempre que podía sacaba el tema para burlarse de ellas. Ese mismo año habían pasado cuatro días visitando pequeñas bodegas en la región de *Champagne-Ardenne*, como si realmente estuvieran interesadas en su compra o en invertir en ellas. Tenía que reconocer que había sido muy divertido, las tres en el pequeño Peugeot alquilado con el plano en mano, tal y como hacían cuando estaban en la universidad. Recordó con agrado el coche rojo surcando los verdes mares de viñedos.

Adéle tuvo que hacer el papel de abogado del diablo en cada visita, sacando los defectos de cada bodega, tipo de uva, inversión necesaria, falta de utilidad del recinto... Pinchando a sus amigas que, sin ella, hubieran ya dilapidado todos sus ahorros y pedido un crédito que jamás podrían devolver. Aquel proyecto era una utopía, como aquel en el que quisieron crear su propio vino tinto y competir en los certámenes internacionales o como el de abrir una franquicia de marcas blancas de champagne baratas pero de calidad en cada barrio de París. Pero tenía que reconocer que era divertido, los viajes, las catas, las discusiones, los debates... Si estaban juntas, nunca se aburrían.

Marie interrumpió sus pensamientos con calculada exageración:

—Muy a mi pesar, tenemos que postergar nuestros planes porque Irine tiene un proyecto interesantísimo al que debe dar prioridad absoluta.

Irine se sentó en el suelo después de desenvolver la bandeja de sushi e intentó hacer memoria, no había entendido bien las palabras de su amiga:

—¿De qué diablos estás hablando? Últimamente voy más bien escasa de proyectos. Estoy tirando de ahorros y ya solo compro lo imprescindible. El

mundo de la traducción es algo complejo... y bastante inestable.

—Por eso mismo. Te he conseguido un trabajo apasionante, el lunes tienes la entrevista. No me des las gracias, pero es la oportunidad de tu vida.

Marie hizo un guiño amistoso a su amiga.

Irine dejó de cortar queso en la tabla y miró de rodillas, confundida, a su amiga:

—¿Un trabajo? ¿En serio? No sé... ¿En qué consiste? —no quería ilusionarse mucho por si acaso.

—Pues el trabajo consiste nada más y nada menos que en hacer de asistente e intérprete de mi jefe, el doctor Bitball. Ya os he hablado de él mil veces.

—¿El guapo divorciado? ¡Por fin se pone la conversación interesante! Que últimamente... ¡Vaya aburrimiento! —Adéle se sirvió otra copa de vino, para entrar en materia—. Soy la única casada, e inconcebiblemente la más interesante del grupo. No hay quién os entienda, si yo estuviera soltera como vosotras estaría todo el día por ahí, de picos pardos... No perdería ninguna oportunidad, francamente. ¡Estáis tontas, ya me gustaría a mí estar soltera!

—¡Eh! —Marie pegó un pellizco a Adéle en el brazo...— ¡Que tengo novio!

—Bueno... Novio, novio... Lo que se dice novio... —Adéle rodeo a su amiga con un brazo sobre sus hombros.

Marie se zafó molesta de la intentona de abrazo.

—Tengo novio. Llevamos juntos cinco años. ¡Serás lianta! Si vivimos juntos... ¿Qué más quieres?

—Bueno, bueno, no seas melodramática. El daño no está todavía hecho, no estáis casados oficialmente. Menos mal, así gozas de toda la libertad del mundo... Si por ejemplo, digamos que una noche, ligaras con un hombre... Eso no sería todavía infidelidad.

Las tres rieron. A Adéle le encantaba provocarlas.

—¡Pero qué troglodita eres Adéle! —le respondió Marie— Para mí, es como si Antoine y yo estuviéramos casados y punto. Desde luego que eso sería una infidelidad. No voy a casarme nunca. Así me ahorro la boda y demás tonterías.

—Ni hablar, ni se te ocurra. Boda tienes que hacer, para invitarnos. Si tenemos que esperar a la boda de Irine... ¡Y yo quiero ser la amiga de la novia! ¡Y desde luego, me pido organizar tu despedida de soltera! Que como lo haga Irine... Acabaríamos en Futuroscope o en algún polvoriento museo muertas del aburrimiento.

Todas rieron la broma. Era muy típico de Irine organizar excursiones de aprendizaje temático. A la mente de las tres vino el recuerdo del fin de semana

medieval en el que tuvieron que disfrazarse y asistir a una justa.

—¿Y trabajaríamos juntas, Marie? —preguntó Irine esperanzada cambiando de tema. No podía aguantar más para obtener detalles. No le venía nada mal un trabajo suplementario, últimamente apenas tenía encargos como autónoma.

—Pues eso es lo mejor de todo, sí, pero solo un tiempo, el de los preparativos del viaje... —Marie dejó a propósito un silencio para que su amiga se interesara.

—¿Viaje? —preguntó confundida.

—Sí —Marie se levantó y, gracias a los efectos del alcohol, con un gesto melodramático llevó los brazos al cielo—, un viaje a tus orígenes Irine, a Afganistán. ¡Imagina!

Irine se quedó pálida. Casi se corta con el cuchillo.

—¿Bromeas? ¿A Afganistán? Está en plena ebullición, acaba de haber una guerra civil que puede ser que no haya acabado... Los talibanes tienen campamentos por todo el país... Las tropas americanas están allí, de ocupación. No es un lugar precisamente pacífico.

—Todo eso ya lo sabemos, tranquilízate, déjame explicarme. Es una misión internacional, como observadores. Gaspar Bitball será el responsable de la expedición. Vuestra presencia será solo como observadores internacionales —repitió dos veces para tranquilizar a su amiga—. Un equipo de seguridad velará por vosotros allí. Es seguro. Iréis a la zona controlada por el Gobierno actual afgano que ya ha dado el visto bueno. Solo iréis a Kabul.

—¿Observar? La situación allí debe de ser muy dura —Irine se debatía entre los riesgos de la realidad y la oportunidad de insertar a su currículum un trabajo tan prestigioso.

—El objetivo es observar y valorar el estado del patrimonio histórico del país. O de lo que quede de él. Sin riesgos.

—No hace falta desplazarse hasta allí para ello, conozco a los talibanes, no quedará nada —Irine gesticuló una negación con su cabeza.

Irine era hija de inmigrantes afganos, que amparándose en las leyes internacionales, habían conseguido asilo político en Francia. Su padre había sido profesor en la Facultad de Medicina de Kabul y su madre había llegado a estar matriculada en ella, aunque jamás llegó a acabar sus estudios.

Hubo un momento en la historia de Afganistán en el que las mujeres podían estudiar y ejercer libremente una profesión. Bajo la ocupación soviética, incluso el porcentaje de hombres y mujeres matriculados en un año llegó a ser del cincuenta por cien. Un periodo en el que las mujeres podían circular por la calle



con total libertad, con la cara descubierta y sin la obligación de ir acompañadas por un marido o un familiar. Sin embargo, todo acabó con la llegada de la *sharia*, una ley que prohíbe la escolarización de las niñas o ejercer una profesión a las mujeres, entre una interminable lista de prohibiciones que anulan por completo a la mujer afgana.

Irine no había llegado a nacer en Afganistán por pocos meses, nació en París; pero como exiliada podía sentir su país. Su madre le había contado que, cuando huyeron de Afganistán en 1977 hacía Pakistán, ya estaba embarazada. Ese fue uno de los motivos decisivos para abandonar la ciudad y aceptar un trabajo en Francia. El miedo ante un futuro turbulento e injusto para su hija. Afortunadamente, fueron de los primeros afganos en exiliarse, así que no tuvieron demasiados impedimentos y no llegaron a conocer los campos de refugiados de Pakistán. Pero al igual que Irine, sabían mucho sobre ellos, de las condiciones insalubres y de pobreza que los exiliados habían tenido que soportar para evitar los conflictos de su país o porque habían destruido todo lo que tenían. Familias enteras, sin más que lo puesto se vieron obligadas a refugiarse en los campos de refugiados del país vecino que inundan la frontera pakistaní, como el de Munda, una inmensa ciudad que unía seis campos de refugiados, con una extensión total de 21 kilómetros cuadrados. Miles de casas destartadas se apiñaban en Munda para dar cabida a más de sesenta mil refugiados afganos, formando serpenteantes calles en una ciudad de sufrimiento, donde los pocos que sobrevivían lo hacían gracias a la caridad o a pequeños trabajos que no daban ni para pagar el pan de cada día. Sus padres no habían llegado a conocer ese horror, pero sí, al igual que ella, habían llegado a sentirlo a través de los testimonios de familiares y compatriotas.

Sus padres se habían implicado activamente desde Francia en la ayuda al pueblo afgano, invertían todo lo que ganaban en los demás, así había sido desde que Irine podía recordar. A los exiliados que conseguían llegar hasta Francia les buscaban un lugar donde cobijarse y si podían y se daba la coyuntura, un trabajo. Les ayudaban con el papeleo y se ofrecían de intérpretes para todo. No era un trabajo fácil, era una labor titánica, de esas en las que parecía que el final del túnel nunca iba llegar. Siempre había más gente que ayudar, más situaciones por las que indignarse.

Irine había visto desfilar por su casa demasiadas historias, demasiadas caras. Y casi ninguna era alegre. Todo lo que ahorraba la familia, lo invertían en sus compatriotas, lo que a ella le había costado mucho entender cuando era una niña que jamás llegó a estrenar nunca ropa nueva o a invitar a sus compañeros a merendar al McDonald's.

Incluso ahora, veinte años después, a veces se sentía triste. Sus padres se

volcaban con desconocidos, se lo daban todo, desde asesoramiento legal hasta un sitio en su mesa a la hora de cenar y ella había llegado a sentir que no le prestaban ninguna atención. A veces su madre se olvidaba de que existía y tardaba semanas en devolverle las llamadas. Como si Irine no les necesitara. Y cuando pasaba eso, se sentía mal consigo misma, por su egoísmo, sabía que era una afortunada, había vivido una vida sin problemas, lejos de la vida que hubieran vivido allí, en Afganistán. Su madre se lo recordaba, tenía que ser feliz, era una mujer independiente, con estudios y con recursos. Pero a pesar de todo ello, no recordaba su infancia tan agradable como la recordaba su madre, Zuleima. Cada una tenía una visión muy diferente de la infancia de Irine. Para Zuleima su hija había vivido la mejor vida que hubiera podido vivir, asistiendo al colegio, jugando como todos los niños, pero sin dar la espalda a la tradición y a los valores. Le transmitió a su hija que la ropa nueva, los bolsos caros y los zapatos eran caprichos inútiles. Lo importante realmente era ser buena persona, ayudar a los demás. Y sin embargo, Irine se había sentido diferente a sus compañeras de clase, una pieza desafinada del conjunto hasta que llegó al *collège* y conoció a Adèle y Marie. Sus amigas, las que siempre estaban para subirle la moral y prestarle su ropa a escondidas. Sin duda eran una bienvenida banalidad en su pequeño y cerrado mundo.

Jamás habían llegado a vivir los tres solos en aquel primer pequeño apartamento, cerca del cementerio *Père-Lachaise*, situado muy lejos del que sus padres tenían ahora alquilado en una zona más céntrica de París. Nunca se había sorprendido al encontrar un desconocido en el desayuno, aquello era algo habitual, tanto como compartir su cuarto con mujeres y niños desconocidos.

Irine, con menos años de los que cabían en sus manos, escuchaba sus historias y sus conversaciones sin poder evitar tener pesadillas cada noche. Ella recordaba una infancia dura, en la que se había sentido muy sola en una casa abarrotada de extraños. Había visto mucho. Demasiado. Mujeres independientes con carrera, tratadas como perros por intentar ayudar o, simplemente, por seguir estudiando. Matrimonios forzados, violaciones, sentencias de muerte confeccionadas por hombres sin escrúpulos que con un testimonio falso condenaban a sus propias mujeres, a su mejor amigo, a su vecino. Hombres mayores desechos que lo habían perdido todo y no sabían hablar otro idioma que el suyo, viéndose incapaces de continuar viviendo, asustados por todo en un nuevo país que poco tenía que ver con el suyo. Cada rostro que pasaba por el pequeño apartamento tenía su historia. Sus padres decidieron que su hija debía conocer todo eso, para que, fuera plenamente consciente de cuán afortunada era, pero sensibilizándola al mismo tiempo con su pueblo. El equilibrio no había sido fácil. Irine podía oír las palabras de su madre:

—No debes olvidar tus raíces. Nuestro país es Afganistán. También es tu lucha. No te alejes de tus orígenes.

Y esa lucha externa se había convertido también en interna.

Irine observó su pequeño piso, donde solo dejaba entrar a sus padres y a sus amigos más íntimos. No dejaba que ningún desconocido entrara, ni siquiera para hacerle firmar un certificado o para dejarle entrar la compra hasta la cocina. Seguramente era un efecto secundario de aquellos años de sacrificio en su casa. Ya habían invadido suficientemente su espacio. Ahora se había vuelto capitalista en lo que a la propiedad privada se refería. Su madre, de vez en cuando, le echaba alguna regañina, pero hacía tiempo que había entendido que para su hija su espacio vital era inviolable. Adoraba su apartamento, cada centímetro del suelo. Y sobre todo esa sensación de tranquilidad y seguridad que sentía cada vez que traspasaba sus puertas.

## Capítulo tercero



Gaspar entró somnoliento en su despacho, llevaba unos días durmiendo mal, despertándose sobresaltado y nervioso de madrugada. Debían de ser pesadillas, pero no lo sabía a ciencia cierta puesto que nunca conseguía recordar nada de lo que soñaba. Se despertaba con una sensación rara; miedo mezclado con un angustioso vacío. No hacía falta ser psicoanalista para saber la causa de su temor: el inminente viaje a Afganistán. Sabía que era absurdo e irracional, que su subconsciente estaba descontrolado y muerto de miedo por no poder controlar la situación. Era una reacción primaria e instintiva que debía mitigar.

No era la primera vez que le pasaba aquello, pensó sintiendo un retortijón en el estómago cuando su cerebro le obligó a recordar con rapidez escenas de su pasado. El miedo irracional de la condición humana era bien diferente al del resto de las especies, cuya causa respondía a estímulos directos. Menos complejos y evolucionados, pero más reales. La mente humana era compleja. La teoría darwinista de las especies se mostraba en todo su esplendor en la Humanidad. Pero ¿para qué la evolución nos había hecho tan psicológicamente complejos? En determinados momentos podía resultar un lastre.

Se detuvo y retrocedió unos pasos sobre sí mismo confundido. Una joven alta y delgada estaba sentada con confianza en su mesa. No le sonaba de nada. Volvió a mirarla confuso. No, definitivamente no la conocía de nada. Giró sobre sus pasos y buscó a Marie, que estaba como cada mañana a primera hora en la cafetera.

—Buenos días Gaspar, ¿te preparo un café? —sonrió con amabilidad.

Gaspar la miró perplejo.

—No, no, gracias... Marie, hay una joven que no conozco en mi mesa... ¿sabes quién es?

Marie se acercó a su jefe ya que Gaspar había murmurado y le contestó en el mismo tono:

—Sí, es Irine, tu asistente. Ahora mismo iba a presentártela. Le he ofrecido un café, por eso estoy aquí. Es su primer día.

—¿Irine? ¿Asistente? —Gaspar miró a Marie estupefacto, no recordaba

haber contratado ni entrevistado a nadie.

Marie le dirigió una mirada desaprobadora, como la de una madre a un niño pequeño:

—Te lo dije dos veces, no me mires así, como si no supieras de lo que te hablo. Sé que tienes una memoria prodigiosa, pero por lo visto solo la utilizas para lo que tú quieres: nombres de autores, geografía, bibliografías... Para cosas absurdas y poco prácticas. Te dije que vendría hoy, que yo me encargaba de todo.

Marie puso los brazos en jarra, en una posición amenazadora que no le gustaba nada a Gaspar.

—Sí, ya recuerdo algo, no te enfades por favor... Pero me esperaba, no sé, al menos alguna entrevista previa y a alguien más bien... No sé... ¿Diferente?

—Gaspar no sabía cómo expresarse para no herir la susceptibilidad de su amiga.

—¿Cómo diferente?

—Ya sabes... Un hombre fuerte y grande estaría bien, con experiencia militar y buena puntería con las armas.

—Ya estamos otra vez con eso. Irine está perfectamente cualificada. Es de origen afgano.

—¿En serio? No lo parece, yo habría dicho, no sé, española o italiana.

—¿Qué esperabas? ¿Que llevará *burka*? ¿Así sabrías que es afgana?... — Marie miró a Gaspar por encima de sus gafas—. Compórtate, trátala bien. Os vais a llevar a las mil maravillas, hazme caso.

Gaspar la miró con fijeza, había gato encerrado en ese asunto:

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo sé qué?

—Que nos vamos a llevar a las «mil maravillas» —esto último lo repitió en el mismo tono que acababa de emplear la secretaria.

Marie colocó con cuidado las tazas en una bandeja pequeña, cogió dos cucharitas de plástico de un bote circular y varios sobres de azúcar y como no cabían bien, juntó más las tazas entre sí.

—Os conozco bien a ambos... Irine es amiga mía del *collège*, doctor. Ni siquiera recuerdo cuando nos hicimos amigas. A esas edades, es difícil de recordar el momento exacto... Vamos, lo que se dice amigas de siempre. — Marie giró la cabeza y sonrió con algo de picardía a Gaspar.

—¡Ah! —Gaspar la seguía confundido por el estrecho pasillo que llevaba hasta su despacho. Intentaba atar cabos, recordar y reunir toda la información que tenía almacenada sobre la vida personal de Marie: novio, familia, amigas... No recordaba haber escuchado algo de esa persona en concreto.

—¿Ya está contratada, Marie?

Marie paró en seco y Gaspar se tropezó con ella, haciéndole volcar parte del café con leche sobre la bandeja.

Marie lo miró con una intensidad que no daba lugar a error.

—Sí.

Marie no podía dar la opción a Gaspar de dudar, lo conocía demasiado bien; estaría durante semanas indeciso y mareándola con tonterías. No sería la primera vez. Era demasiado prudente, racional e indeciso. Esta vez no iba a permitirselo. Necesitaba que le allanaran el camino.

—Ya está contratada.

Tanta rotundidad desarmó por completo a Gaspar que no se atrevió a replicar nada. Entraron en el despacho de Gaspar. Marie fue directa a dejar la bandeja con los cafés sobre la mesa de Gaspar con su mejor sonrisa.

—Buenos días soy el doctor Gaspar Bitball —le tendió la mano con firmeza a la joven desconocida a modo de presentación. Debía marcar desde el principio las distancias. Aquella mujer iba, al fin y al cabo, a ser su asistente.

Irine se levantó risueña para devolver el saludo.

—Buenos días doctor, estoy muy contenta de poder trabajar con usted.

Gaspar levantó la mirada y por primera vez, se fijó en ella. Era guapa, pero su rostro se perdía entre su pelo. Tenía una inmensa melena morena ondulada, ostentosa, generosa, Gaspar no había visto nunca nada semejante. Bajó la mirada con incomodidad al suelo. Nunca un simple elemento, como el cabello, le había provocado una reacción así. Levantó la mirada con una sonrisa intentando evitar un momento incómodo.

Irine tenía además una mirada penetrante, intensa, incluso parapetada tras su pelo. Parecía mirarle como si le conociera bien... Le sonreía, como si supiera exactamente lo que acababa de pensar. Tomó nota mental de preguntarle a Marie qué le había contado sobre él.

—Os agradezco a Marie y a usted que me hayan elegido.

Gaspar la miró fijamente, así que el asunto estaba cerrado de verdad, no era un farol, típico de Marie. Manejaba a su antojo el departamento.

—Será un viaje arriesgado, señorita...

—Señorita Manzur, pero llámeme Irine, por favor.

Gaspar hizo caso omiso.

—Señorita Manzur, será un viaje arriesgado y no unas vacaciones de placer...

—Por supuesto. Estoy al corriente de la situación de Afganistán. Mis padres son exiliados afganos y, en cierta manera lo considero también mi país. O al menos, mi segundo país.

—¿No es usted afgana?

—No, yo nací aquí, en París. Soy tan francesa como usted —le sonrió. Lo cierto era que la mujer no tenía acento extranjero alguno.

—Mucho mejor, de otra manera, no podría aceptar este trabajo. A lo mejor no la dejarían entrar en el país, y si lo hicieran, tendría seguramente muchos problemas para su salida. Ya sabemos cuál es la situación de la mujer allí y los problemas que podrían presentárenos. Hay que evitar en todo lo posible cualquier problema burocrático.

—Por eso mismo doctor, le pido que me tutee. Mi apellido es claramente de origen afgano. A lo mejor nos hacen alguna pregunta en la aduana. No puede pasar nada más. Soy ciudadana francesa.

Gaspar la miró con preocupación. Sabía por experiencia que si algo malo podía pasar, era bastante probable que eso sucediera y odiaba los contratiempos. No tenía nada claro que Irine fuera la persona adecuada. Se trataba de minimizar los posibles riesgos, no de aumentarlos.

Irine intuyó la sombra de inseguridad.

—No se preocupe. Le repito que soy ciudadana francesa, de hecho, solo tengo pasaporte francés. Tengo los mismos derechos que usted. Además es una ventaja contar conmigo, hablo pastún y farsi desde pequeña. Mis padres reforzaron su estudio en casa. Conozco bien la cultura afgana, su forma de pensar, de moverse, su saber estar. Le seré muy útil a la hora de buscar... —y se detuvo, no sabía exactamente lo que buscaba aquel hombre— lo que sea que esté buscando en este viaje. Marie no me ha querido contar mucho al respecto, para que lo hiciera usted. Solo me dijo que había que «redescubrir» algo, o al menos saber si sigue en su sitio y en qué estado. Dice que nadie como usted para entender la relevancia que podría tener esta expedición para la historia. Como entenderá, por la escasa y grandilocuente explicación que me ha dado Marie, siento mucha curiosidad...

Gaspar se levantó de la silla y dio un rodeo a la mesa y por tanto también a Irine, pensativo. Tras una larga pausa miró a Irine a los ojos:

—¿Te suena *Ai Khanoum*?

Irine negó con la cabeza y supo con certeza que iba a recibir una larga clase magistral al respecto.

## Capítulo cuarto



Fueron semanas de preparativos, visados, listas y de mucho trabajo, en los que Irine disfrutó debido a la variedad de las tareas. Era un placentero contraste con su trabajo habitual de traductora en la soledad de su casa. Era agradable cumplir una tarea tras otra sin que la primera tuviera nada que ver con la segunda. La lista era interminable: coordinarse con la secretaría de *monsieur* Mayeul para fijar la agenda del viaje, las notas de prensas, el papeleo con la embajada, reuniones...

Y a todo eso debía añadirle el interesantísimo aprendizaje acelerado que estaba haciendo sobre historia antigua de la mano de Gaspar: Creta minoica, Grecia micénica, las Guerras Médicas, del Peloponeso y el Helenismo. No es que se estuviera convirtiendo precisamente en una experta, nada más lejos de la realidad, le costaba entender y memorizar la mitología griega, las ciudades, estados y sus enfrentamientos, pero, sobre todo, ubicar cada cosa cronológicamente en el tiempo. Gaspar le había dicho que no era necesario que se tomara tantas molestias, que no iba a impartir clases, pero Irine sentía que debía estar a la altura del proyecto y esforzarse al máximo.

Al principio había pensado que sería algo descabellado aceptar aquel trabajo, ya que, debido a la confianza que tenía con su amiga Marie, era de esperar más de una discusión. Pero no fue así, todo resultó muy agradable. A diario estuvo pensando que era una pena que aquello solo fuera un trabajo temporal. Estaba cansada de ser autónoma, de buscar clientes para traducciones, de escribir textos especializados para revistas, cursos y otros autores. Algunos meses conseguía salir adelante, a duras penas y, esos eran últimamente los buenos. Los malos, tenía que pedir ayuda a sus padres o incluso a sus amigas, que siempre estaban ahí. No recordaba las veces que Adèle le había prestado dinero para pagar su hipoteca. Y eso que no era una suma demasiado elevada, su pequeño apartamento de dos estancias estaba casi en la periferia de París. Hace unos años, al comenzar su andadura como traductora autónoma, todo le parecía bien, estaba comenzando y entendía que la situación fuera precaria, pero habían pasado los años y no solo no había mejorado, sino que estaba empeorando. La



seguridad económica era una tranquilidad, pensó Irine con una sonrisa en los labios mientras ordenaba los libros de Gaspar en la estantería. Cuando acabara ese trabajo debería plantearse seriamente buscar un trabajo fijo, quizás algo relacionado con la enseñanza y los niños. Tendría que volver a ponerse a estudiar, pero con ilusión y motivación, como estaba haciendo con este proyecto, lo conseguiría.

En ese momento entró su nuevo jefe por la puerta.

—Señorita Manzur, le agradezco sus esfuerzos por poner orden... Pero estaba todo bien como estaba... —Gaspar se obligó a sonreír, no quería ser maleducado. La joven era muy agradable y servicial, solo quería ordenar aquel desastre. Estaba haciendo bien su trabajo, aunque era algo cabezota.

—No se preocupe, sus libros están ordenados por orden alfabético de autor, salvo las colecciones, que las he puesto arriba y están ordenadas numéricamente. Las revistas están en esos montones de abajo, por tipo de revista y por número. Si no encuentra algo, yo se lo facilitaré hasta que se familiarice con mi forma de clasificar...

Gaspar se rascó la cabeza, sin saber muy bien qué contestar, parecía un método simple y razonable.

Marie intervino desde el pasillo con algo de burla:

—No se preocupe doctor, es exactamente el mismo método que Irine utiliza en su casa. Tiene clasificada hasta la despensa. Aunque en ese caso lo hace por colores. La pasta por un lado, el chocolate por otro... Una vez metí una caja de galletas donde no correspondía y ¡casi me envía a la guillotina! —Marie soltó una alegre carcajada y guiñó un ojo a su amiga.

Irine la miró fijamente con una mirada asesina.

—Soy ordenada, no una maniática como me haces parecer, eso es todo. Me gusta que cada cosa tenga su sitio. No me gusta el desorden. ¿Es tan difícil de entender?

Gaspar observó las miradas asesinas cruzadas que se lanzaban ambas mujeres, no entendía nada, tan pronto se adoraban tan pronto se lanzaban incómodas indirectas. No recordaba que eso le pasara a él con nadie, ni siquiera con Marie. Y eso que tenía una relación muy cercana con ella.

En ese momento sonó el teléfono y Marie corrió y acercó su silla para cogerlo:

—Buenos días, Departamento de Historia, soy Marie. Claro, enseguida le paso la llamada.

Irine puso la mano sobre el micrófono e hizo señas para que Gaspar cogiera el teléfono.

Mientras Gaspar lo cogía, Irine pronunció sin sonido con los labios: el

asesor de presidencia.

—Buenos días, señor Mayeul.

—Buenos días, doctor Bitball. Solo quería confirmarle la participación de los dos especialistas que le acompañaran: el doctor James Kipling y el doctor Hoover. Le estarán esperando en el hotel, llegarán en el mismo vuelo vía Heathrow. Allí hará el trasbordo el doctor Hoover. Espero con impaciencia el informe de sus resultados. Les deseo suerte.

—Muchas gracias —contestó Gaspar, pero su interlocutor había vuelto a colgar el teléfono.

—¡Qué manía tiene este hombre de colgar el teléfono sin esperar a que me despida!

Irine y Marie rieron.

—¿Qué quería? —preguntó Marie.

—Nada, desearnos suerte y confirmar la presencia de los doctores Hoover y James Kipling.

—¡El doctor Hoover! ¡Qué alegría! Salúdale de mi parte, guardo muy buenos recuerdos suyos de cuando vino a impartir los cursos de historia helénica. Y... ¿James Kipling? Me suena, pero no recuerdo bien quién es...

—Es doctor y profesor de la Universidad de Cambridge. Es un gran especialista en historia antigua, no lo conozco mucho; solo he coincidido con él alguna vez y apenas nos hemos saludado.

—¿Es un señor mayor, como el profesor Hoover?

Gaspar puso los ojos en blanco.

—¡Pero qué preguntas más absurdas haces! ¿Pero eso que tendrá que ver para una misión cultural?

—Mucho. Hay que preparar el plan del viaje y tenemos que tener en cuenta su edad. No puedes ir llevando al doctor Hoover por ahí andando todo el día si...

—¡Por favor, Marie! Que no es un anciano inválido. Menuda fuerza interna tiene... El doctor Kipling, según mis investigaciones, tiene... —echó un vistazo a las hojas que tenía desparramadas por la mesa— ...cincuenta y dos años. ¿Tranquila? ¿Me lo puedo llevar a hacer senderismo y barranquismo por Afganistán?

—¿Cincuenta y dos? ¡No está mal! Lo más seguro es que sea él quién te lleve. —Marie rió.

—¡Soy diez años más joven!

—Era broma... ¡Pongámonos a trabajar! —Marie cogió unos papeles de su mesa y se los pasó a Irine.

—¿Es el plan de trabajo? —preguntó Irine con interés, pues en cuanto partieran, tendría que suplir a la eficiente Marie. Debían ceñirse a la agenda y

redactar un meticuloso informe para la Presidencia.

—Sí, tengo que cambiar el principio. No sabía que los otros miembros llegarían antes que vosotros, no tenía los horarios de los vuelos. Ahora llamaré a la secretaria del señor Mayeul para que me confirme todos los vuelos. Pero solo hay que modificar la primera página. Había pensado que comenzarais con un desayuno de trabajo informal para revisar el programa e intercambiar impresiones. Como llegáis a Kabul por la tarde, había pensado comenzar a la mañana siguiente, así tendríais tiempo para dar una vuelta y descansar. Pero ahora pienso que es mejor que cenéis todos juntos en el restaurante del hotel.

—Buena idea, Marie —contestó Irine. Gaspar asintió con la cabeza en señal de conformidad.

—Pues llamaré a la organización de Kabul, al contacto que me ha facilitado el señor Mayeul, para pasarle el programa corregido y que reserven mesa; aunque supongo que no será necesario. En estos momentos no es un lugar muy turístico...

Gaspar miró el programa de trabajo que le acababa de pasar Irine desde su silla. Saber que todo estaba perfectamente organizado y controlado, de forma coordinada con el Gobierno de Kabul, le tranquilizaba. Si se ceñían a él, no correrían peligro alguno.

Al día siguiente, Irine se levantó de la cama somnolienta y fue directa hasta la pequeña cocina para hacerse un café. Tenía la tensión muy baja y se sentía incapaz de vestirse o hacer cualquier otra cosa, por muy simple que fuera, sin tener la suficiente cafeína recorriendo su cuerpo.

Por fin, con una voluminosa taza de loza azul entre sus manos se sentó en el sofá. Fue dando pequeños tragos y esperó a que la cafeína hiciera efecto mientras miraba por la ventana. Sonrió al ver que el cielo estaba despejado y era domingo, tenía todo el día para ella sola por delante. Pero ese pensamiento duró poco. Frunció el ceño al recordar que había prometido ir a comer a casa de sus padres y miró el reloj que tenía colgado sobre la pared, encima de la pila de la cocina. Las ocho de la mañana, era pronto y podía hacer planes en solitario con tranquilidad antes de pasar por casa de sus padres. Tras beber el último sorbo del café con una mueca de asco, más animada y con energía, corrió a su habitación a vestirse y supervisar la maleta para el viaje. No conseguía entender por qué nunca le gustaba el último sorbo de la taza, quizás se debía a que se quedaba el azúcar posado en la parte baja. Demasiado dulce.

Sonrió al ver su maleta ya preparada para el viaje, todo ordenado como a ella le gustaba: zapatos en sus bolsas de tela oscura, pantalones con pantalones, camisas cuidadosamente dobladas, la ropa interior en la bolsita de lona azul, para evitar pasar momentos de vergüenza si tenía que abrir en cualquier momento la

maleta... La había dejado abierta para añadir en el último momento el neceser. Adèle le había aconsejado que se comprara un cepillo nuevo, pasta de dientes, cepillo dental, crema solar y maquillaje para el viaje. Pero para Irine aquello resultaba un gasto absurdo, quería llevar sus cosas, sus objetos más familiares con ella.

La víspera habían salido las tres a cenar a un *bistrot* en la calle Saint-Honoré. Como era costumbre, no tenían reserva, habían paseado hasta decidir donde cenar. Finalmente se habían decidido por un pequeño restaurante con el toldo rojo y letras doradas. Se habían sentado en las mesas de la terraza, aunque hacía frío; a pesar de que el verano estaba a la vuelta de la esquina. Habían hablado largo y tendido sobre el viaje de Irine y Gaspar. Por supuesto, Adèle no había podido evitar lanzar comentarios picantes al respecto.

—Tú y el guapo doctor Bitball, todo el día juntos, durante semanas con todas sus noches, en un territorio exótico y misterioso... Por primera vez, te envidio. Perdidos en el desierto, durmiendo bajo las estrellas...

—Tienes que dejar de leer a Barbara Wood, Adèle —le recriminó Irine. Las tres estallaron en carcajadas provocando miradas inquisidoras de los inquilinos de la pocas mesas que no estaban vacías a su alrededor. Cuánto iba a echarlas de menos.

Hacía un día espléndido para dar uno de sus paseos. Ese era el pasatiempo preferido de Irine: andar por París como una turista. Tenía varias rutas establecidas, por Montmartre, por los campos Elíseos, por los cementerios... Pero ese día quería despedirse a lo grande de su querida ciudad, así que cogió el metro, pero solo para detenerse pasadas unas estaciones, en la Plaza de la Ópera. Subió las empinadas escaleras que subían a la superficie y apareció con una sonrisa en el centro de la plaza, punto de partida de su ruta de aquel día. Comenzó a andar hacia la derecha cruzando la plaza hacia el Café de la Paix, dudó si parar para sentarse en su acogedora terraza y pedirse un café con leche y un croissant, pero desistió al pensar en la succulenta comida que le esperaba en casa de sus padres, tenía que abrir el apetito, no cerrarlo. Todavía tardaría al menos dos horas en llegar andando hasta casa de sus padres, así que enfiló por la calle de su derecha, adentrándose en la *Rue de la Paix* hasta llegar a la plaza *Vendôme*.

Allí se paró a contemplar más tiempo de lo necesario los lujosos escaparates de las joyerías, le encantaba pararse en Cartier y cotillear los últimos relojes de su colección. Relojes que jamás compraría, pero que le llamaban la atención por su ostentación. Comprobó la hora en su reluciente y práctico *Swatch* y, al ver

que se le hacía tarde y apenas había empezado su ruta, aligeró el paso acortando en línea recta por la *Rue de Castiglione* hasta las imponentes arcadas de la *Rue de Rivoli*. Tuvo suerte y pudo cruzar la calle por en medio, para llegar al jardín de las Tullerías. Allí se desvió tan solo un momento para pasar por la fuente redonda, el lugar preferido de su madre y adonde siempre la traía a jugar cuando era una niña. Solo echó un vistazo de refilón al Louvre, que quedaba a su izquierda y cuya explanada, a pesar de ser domingo estaba invadida de turistas con sus cámaras.

—¡Oh, París! —murmuró entre risas con acento parisino. Era la ciudad más bella del planeta, el foco de arte, cultura e historia a nivel mundial.

Sabía que era una privilegiada por formar parte de ella, por poder pasear a su antojo por sus calles cada semana y no una vez en la vida, como aquellos turistas. Cruzó con ansiedad el Sena por el *Pont Royal*, para llegar a su punto preferido del recorrido, justo el centro del puente, por el margen del lado izquierdo. Ahí se paró, para contemplar la espectacular isla de la Cité, daba igual las veces que se parara allí, la vista siempre conseguía sobrecogerla con todo su esplendor: una isla en mitad del Sena sobre la que reposaba en su extremo la Catedral de Nôtre Dame. Pero ya estaba bien, no era una simple turista y tenía que continuar su camino, salió del puente y se adentró en la *rive gauche* por la *Rue du Bac*, siguió recto por el 5<sup>o</sup> *arrondissement* hasta adentrarse en el 14<sup>o</sup>, donde estaba situada la nueva casa de sus padres, justo enfrente del cementerio de Montparnasse, en la *Rue Boissonade*.

Irine llegó exhausta, sus padres vivían justo en la otra parte de la ciudad, y eso que había cogido el metro para evitarse parte del camino y había hecho más de una larga pausa en el camino para coger fuerzas.

Fue su madre como siempre quién abrió la puerta:

—¡Irine! ¡Cuánto tiempo! Llevas semanas sin venir y, encima, ahora te vas de viaje.

Irine se limitó a sonreír y a abrazar a su madre.

Como siempre, la casa estaba repleta de desconocidos, había una familia pakistaní al completo con sus tres hijos y un joven matrimonio afgano.

Su padre hizo las presentaciones después de abrazarla. Irine hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo a los invitados antes de sentarse en los almohadones situados encima de unas preciosas colchonetas mullidas de color crema. Era el lugar de reunión de la familia, donde pasaban la mayor parte del tiempo. La comida transcurrió sin incidentes, su padre, Abdul, y su madre, como era habitual, forzaban las conversaciones para que todo el mundo se sintiera integrado. Tenían una gran facilidad para hablar en varios idiomas y dialectos. No era una casualidad que la profesión de Irine fuera la de traductora.

Su madre, Zuleima, contó orgullosa a todos que su hija tenía un gran trabajo en la Sorbona, como traductora y, que al día siguiente partiría hacia Afganistán. Le pareció que el joven matrimonio la miraba con pena tras oír a su madre. La conversación transcurrió en farsi y su padre se esmeró en enseñar a los invitados nociones esenciales de francés.

—*De l'eau s'il vous plaît...* —les decía mientras les servía agua en los vasos. Los pobres invitados le miraban confundidos, sin poder entender nada, y aterrados por la dificultad de la pronunciación francesa.

Cuando ya estaban acabando, todas las mujeres se levantaron a ayudar a su madre, que se había pasado la comida sacando platos y asegurándose de que todos comieran.

—Irine me gustaría hablar contigo, ven —su madre dirigió una elocuente mirada retadora a su padre, una que Irine en pocas ocasiones había podido ver, así que se levantó intrigada para seguir a su madre hasta su habitación.

—Mamá, ¿qué pasa?

—Nada hija, nada, no te preocupes... Siéntate a mi lado —su madre señaló el hueco de su derecha.

Irine no dijo nada y obedeció a su madre; esperó a que su madre hablara. Zuleima guardaba silencio como si no estuviera segura de cómo enfocar lo que tenía que contar a su hija.

—¡Mamá, empiezas a preocuparme! ¿Es por el viaje? Ya te he dicho que no corremos ningún riesgo...

—¿Por el viaje? Pues... sí y no, la verdad. No voy a negar que estoy preocupada. Me asusté mucho cuando vi por la televisión entrar a las tropas norteamericanas en el país, fue algo difícil de digerir; pero ahora que vas a viajar allí, me quedo más tranquila sabiendo que ellos están controlando la situación. Es contradictorio, como si por un lado me fastidiara que invadiesen mi país, pero por otro, ahora que va mi hija, entiendo que es necesario para garantizar la seguridad. No, no es por eso, Irine, lo que te tengo que pedir es más complejo, es un asunto... familiar —Zuleima miró al techo, avergonzada y prosiguió titubeante—, quiero que me hagas un favor cuando estés allí, en Kabul.

—¿Un favor, familiar? —Irine la miraba con la boca abierta, que ella supiera, ni siquiera tenían familiares lejanos allí. Sus padres eran hijos únicos y sus abuelos habían muerto mucho antes de venir a París. Ahora que lo pensaba, poco sabía de ellos, para ella, el concepto familiar se reducía a ellos tres.

—Sí, toma, todo está en este papel, no lo pierdas —su madre le deslizó un pequeño papel doblado en la mano.

Irine lo desdobló y leyó en letras grandes: Afzal Jalil Ben Aadel, y una dirección en Kabul.

Su madre rompió el silencio:

—Es la dirección de mi hermano Jalil, tu tío.

—¿Tu hermano? ¿Tienes un hermano?

—Sí, lo tengo —su madre la miró con tristeza—. Pero no tenemos contacto entre nosotros, es una historia muy larga hija... Me pesa tanto...

—No lo entiendo.

—Mi hermano y yo nos enfadamos, Irine. Jalil no estaba muy de acuerdo en que me casara con tu padre y, cuando finalmente accedió, me repudió al saber que iba a abandonar el país.

—¿Te repudió?

—Más o menos... Es complejo hija, no en el sentido estricto, pero dejé de considerarme su hermana. Las costumbres en nuestro país son fuertes, ya lo sabes hija, y las reglas de comportamiento, complejas, y no favorecen precisamente a las mujeres. Lo mejor que he hecho ha sido alejarte de allí. Mírate.

Zuleima acarició el suave pelo suelto de su hija.

—Ves, yo no tengo el valor, ni las ganas, de salir a la calle sin cubrirme la cabeza. De hecho, no quiero hacerlo. Pero no me duele que tú lo hagas, porque me siento muy orgullosa de que tú hayas elegido tu propio camino, sin prejuicios. Entiendo que lucho contra mí misma, pero estoy mayor y muy apegada a mis orígenes. Pero lo he hecho bien contigo, Irine, has estudiado una carrera, tienes un trabajo, una casa, independencia... Cosas con las que yo siempre soñé. No sientes ese peso de las convenciones de nuestra cultura sobre tus hombros.

—No digas eso madre, tú has conseguido lo imposible, además, papá te adora. Y juntos habéis ayudado a cientos de personas.

Zuleima agradeció el apoyo de su hija:

—Sí, eso es cierto.

—Entonces, ¿quieres que vaya a esta dirección sin avisar?

—Sí. Jalil no contesta a mis cartas, ni siquiera cuando he intentado ponerme en contacto con él por teléfono.

—Pues no parece una idea muy buena, puede ser violento madre... Además, ¿por qué buscar a alguien que te ha tratado mal? No lo entiendo...

—Jalil me salvó la vida, hija. Cuando nuestros padres murieron, él se hizo cargo de todo, era mi tutor. Y como puedes ver, ya que estoy aquí, lo hizo muy bien, no fue muy estricto, me dejó estudiar e incluso decidir por mí misma.

—Ya estamos con lo de siempre, vamos madre, odio lo de «te dejó decidir». ¡Vaya machismo madre! Ya sé que es difícil de entender, pero no es normal tener que agradecer a alguien que te dejará estudiar o decidir. ¿También tenemos que

agradecer que no te pegara?

—Pues sí, hija, también. No era normal que un esposo o un padre no pegarán a sus hijas. Incluso ahora, piensa en la gente que tienes en el salón, al matrimonio afgano por ejemplo, si a ella se le quemara la comida, o le contestara... seguramente él le daría un guantazo y a ella le parecería un castigo justo.

—No puedo entenderlo, madre. No, no puedo. Y no voy a ir a buscar a tu hermano, ese tal Jalil. Nunca me habías hablado de él, por algo será, me da mala espina.

Su madre comenzó a llorar.

—Mamá, no te lo tomes así, por favor... No llores... No pretendía ser brusca ni faltarte al respeto.

—Sé que es mucho lo que te estoy pidiendo, pero cada día pienso en él. He tenido miedo todos estos años de que algo le pasara. Es un milagro que siga vivo tras tantas luchas, tanta miseria, tanta muerte y tanta pobreza. ¿De qué me sirve ayudar a tanta gente si no puedo ayudar a Jalil, a mi propio hermano?

Irine calló. Ahora entendía mejor a su madre. Para su estupor, todo encajaba ahora. Su necesidad de ayudar a todo el mundo. Su madre sentía remordimientos de conciencia por no poder ayudar a su hermano.

—Está bien, iré, pero por favor, no llores. ¿Qué es lo que quieres que le diga?

—Quiero que llegues y te presentes, y le entregues una carta que te voy a dar. Debes decirle que siempre podrá contar con mi ayuda y que si quiere le acogeremos aquí en París. Si necesita dinero, solo tiene que pedirlo. Será bienvenido con su familia, si es que tiene una.

Zuleima se levantó y buscó en el cajón de su ropa interior la carta. Se la tendió a su hija.

Irine miró el sobre amarillento.

—Mamá, esta carta, este sobre... son viejos.

—Sí, lleva mucho tiempo esperando entre mi ropa. Mis sentimientos son los mismos y mis palabras también.

—¿Papá lo sabe?

—Por supuesto, pero no lo hables con él, no tiene en gran estima a Jalil. No le gusta nada la idea de que me ponga en contacto con él, pero sabe la angustia que he pasado, la preocupación por mi hermano. Quiero a Jalil, más de lo que nunca quise a mis padres, Irine.

Irine sintió la determinación en las palabras de su madre. Jalil era importante, vital para ella y lo llevaba escondido en su corazón. Por un momento la sintió como una extraña, repleta de secretos. Cada día se había angustiado



pensando en su hermano, un desconocido del que ella no sabía nada, hasta ahora. Su madre siempre se había sacrificado por los demás, llevando por dentro su propia carga interior. Sintió que Jalil era una gran espina clavada en el corazón de su madre. Y no lo merecía, su madre era una buena mujer. No podía permitir que siguiera sufriendo en silencio. Tendría que extirpar ella misma aquella espina.

—Lo haré, no te preocupes. Mamá, tienes que añadir a la carta la nueva dirección de esta casa, y varios teléfonos, por si acaso. Mi móvil y el de papá también.

Si todo salía bien, al día siguiente partirían por fin hacia Kabul. Lo tenían todo preparado, las embajadas estaban informadas de la expedición, el representante del Gobierno, *monsieur* Mayeul, le había llamado para despedirse, desearle suerte y solicitarle otra vez un informe completo a su vuelta.

Gaspar estaba muy nervioso, no paraba de buscar información y noticias sobre el país y, lo cierto era, que las informaciones eran exasperantemente contradictorias: se suponía que había un Gobierno estable pero, por otro lado, había desplegada en la zona una coalición internacional de militares americanos e ingleses y otras fuerzas especiales que, conjuntamente, coordinaban la seguridad en el país con el objetivo de estabilizar la zona.

Así que algo que debía de reconfortarle, le inquietaba, si había tropas destacadas en el país sería por algo... Otra cruenta guerra civil podía estallar en cualquier momento, los ataques de las guerrillas talibanes estaban a la orden del día... Era bastante obvio que los talibanes no se iban a quedar de brazos cruzados ante la pérdida de poder.

La operación americana «libertad duradera» había comenzado hacía muy poco, el 7 de octubre de 2001, en respuesta a los atentados del 11 de septiembre en Nueva York. Amparándose en el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas, que defendía el derecho a la legítima defensa. Y aquel atentado había sido un ataque directo de Al Qaeda, liderada por Osama Bin Laden, al pueblo americano; así que los americanos tenían legalmente el derecho a defenderse. Los ingleses se sumaron posteriormente a la invasión del país como refuerzo bajo la llamada «Operación Herrick». El objetivo era derrocar el Emirato Islámico de Afganistán gobernado por el talibán Mulá Omar. La invasión se hizo con bombardeos aéreos y el apoyo de las tropas afganas de la Alianza del Norte. Para apuntalar la misión, se acababa de instaurar una Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad (ISAF) por el Consejo de las Naciones Unidas.

Gaspar suspiró, ojalá la situación estable de la que se hablaba estuviera

realmente asentada. Había pasado muy poco tiempo y tenía la impresión de que aquel país seguía estando en guerra por mucho que le hubiera asegurado lo contrario el asesor de la Presidencia.

Repasaba mentalmente una y otra vez la lista de cosas que había metido en el neceser, por si se había olvidado de algo: aspirinas, medicina para las náuseas, para el mareo, para el dolor de estómago, para la garganta, para la diarrea, un antibiótico de amplio espectro, vendas, yodo, alcohol, crema para el sol, antihistamínicos, jarabe para la urticaria... Esperaba no tener ningún contratiempo en el aeropuerto debido a su pequeña farmacia. Quizás estaba exagerando con tanto aprovisionamiento, pero era previsor y se sentía más seguro llevando todo aquello con él. Cualquier cosa podía pasarles a Irine y a él. La miró de reojo, parecía eficiente y ordenada, pero no muy previsor. Podrían beber o comer cualquier cosa en mal estado, coger algún virus... En el mejor de los casos, como cualquier turista; en el peor, quién sabe. Por si acaso, llevaba vendas, yodo y alcohol. Lo imprescindible para desinfectar cualquier herida.

Gaspar decidió preparar finalmente su maletín de trabajo, lo había dejado para el final; metió carpetas, libretas, bolígrafos y su pequeño portátil. No sabía si en Kabul tendría la libertad y el tiempo para encontrar el material de trabajo necesario, así que lo mejor sería ir surtido de todo. Se levantó para buscar en el pequeño almacén de material del departamento, necesitaría un poco de todo: papel cebolla, un metro, bolígrafos de colores permanentes, celo, bolígrafos, grapadora, lápices, gomas, cámara de fotos... No tenía claro tampoco cuál iba ser su forma de proceder en Afganistán: ¿encontrar las piezas? En ese caso necesitaba todo lo necesario para catalogar y dibujar. El informe tenía que contener la mayor cantidad de datos posibles.

Pensó en su antiguo profesor, el doctor Paul Bertrand y sintió una punzada descorazonadora; sus preparativos debieron de ser muy diferentes, preparar una excavación arqueológica era una tarea titánica. Miró de soslayo los lápices que había cogido, en comparación, le parecían ahora irrelevantes. El profesor habría tenido que buscar y contratar a su propio equipo de arqueólogos, topógrafos, tiendas de campaña, equipo de campo... Sin embargo, Gaspar llevaba aspirinas, bolígrafos y grapadoras. En el fondo le hubiera gustado haber podido continuar con el trabajo de campo de Paul Bertrand en *Ai Khanoum*, ese había sido siempre su sueño.

Mientras metía todo el material en la bolsa oyó voces, eran Marie e Irine, cuchicheaban al otro lado de la puerta, seguramente tomando un café.

Iba a salir cuando oyó que mencionaban su nombre. Se paró en seco al darse cuenta de que hablaban sobre él, no le hacía nada de gracia. Se acercó hacia la puerta entornada del almacén, que daba a la salita donde estaba la cafetera; así

que aunque no podían verle, Gaspar podía escuchar lo que decían.

—Es un hombre muy agradable... ¿Por qué se separó? Nunca nos lo has contado —Irine preguntaba a su amiga.

Gaspar se puso tenso, efectivamente hablaban de él, y encima, de su vida personal. Lo que le faltaba, casi se le cae el maletín al suelo. ¿Por qué no podían cotillear sobre su carácter o sobre sus méritos académicos? Y si era sobre sus defectos, que hablaran de lo desordenado que era, ese era un buen tema para criticar, totalmente acertado y legítimo. Su vida personal no lo era, eso era un golpe bajo. No tenían ningún derecho.

—No habla nunca de eso. No le saques el tema jamás. Ella le dejó a él. Gaspar no se lo esperaba, estaba muy enamorado de su mujer y acabó destrozado —le confió Marie a su amiga.

—Pobre, no me imaginaba algo así. Pero ¿por qué le dejó?

Marie se acercó más a su amiga bajando el tono de voz:

—Incompatibilidad de caracteres. Ella se aburría con él. Gaspar es..., en fin, demasiado hogareño, se pasaba los días leyendo, estudiando, escribiendo... Ya sabes, en su mundo.

—Madre mía, ni que eso fuera un defecto... —Irine hizo un gesto de desagrado.

—Y ella como mucho leía «El Vogue», iba a todos los actos sociales que podía. Tenía que probar todos los restaurantes nuevos, los locales más de moda... Yo creo francamente que él ha salido ganando, que ella era una frívola. Se comentaba, pero ¡de esto ni una palabra, solo he oído suposiciones!, que ella le era infiel.

—¡No! —Irine se llevó una mano a la boca, sorprendida. Sabía de qué parte estaba y ya le había cogido manía a la ex de su jefe.

—Pero espérate —Marie cogió a su amiga por el brazo—, no con uno, sino con muchos y de variadas características. No importaba si eran más jóvenes, más mayores... Menos mal que no tuvieron hijos. Aun así fue un gran escándalo, Gaspar se encerró aún más sobre sí mismo, en su trabajo y sus estudios.

Afortunadamente dejó de oír sus voces. Debían de haber salido. Aun así tardó mucho más de lo necesario en poder reaccionar, se había quedado paralizado, como desarmado. Una sensación de vergüenza e impotencia le tenía paralizado. Tuvo que obligarse a reaccionar.

Volvió sombrío a su mesa, aferrado a su maletín. Se sentía un fracasado y esa conversación se lo recordaba. No había conseguido retener a su mujer a su lado, la había aburrido hasta la extenuación. No le gustaba acompañarla ni a cócteles, ni inauguraciones, ni salidas nocturnas de ningún tipo. Nunca le había gustado trasnochar, ni de joven, cuando tenía que disimular ante sus amigos que,

en verdad, se estaba muriendo de sueño. Era un muermo, un aburrido. Marie no lo entendía. Ignoraba lo que realmente había sucedido. En realidad, todo había sido culpa suya. Alice, su ex mujer, era una persona viva, inquieta, a la que le gustaba ir de un lado para el otro sin parar y conocer a gente nueva cada día. Y él no había sabido entenderla, tenía que haber hecho un esfuerzo por seguirla, en vez de refunfuñar cada vez que lo arrastraba a un sitio. Por supuesto, llegó el momento en que ella dejó de insistir y comenzó a hacer planes por su cuenta. Tenía que haber sido una persona más divertida, más sociable y menos profunda. De esas que ríen por todo y parecen siempre felices y disfrutan de la vida diaria.

De todas formas, jamás habría funcionado a largo plazo, eran la noche y el día, y la verdad, no veía a Alice de madre... A él le hubiera encantado tener niños, pero ella no encontraba nunca el momento, ni las ganas. Aun así, no podía evitarlo, la echaba de menos; y eso que habían pasado dos años desde su divorcio. Con ella cerca nunca había silencio ni tristeza, parecía ajena a todo drama o problema. El sufrimiento no iba con ella. Lo hacía todo tan simple... Gaspar había sido muy feliz con ella. A todo el mundo le costaba entenderlo y tenían razón, eran muy diferentes; pero él se sentía tan bien a su lado, más sociable, más abierto, era como si se contagiara de Alice. Se sentía normal, sencillo y no esa persona tan compleja, con tantas manías, en la que se había convertido. Suspiró. Era consciente de que no estaban hechos el uno para el otro, que aquello era una ilusión. No tenían futuro. Y él siempre había querido tener un futuro. Obviamente, jamás lo iba a expresar en voz alta; los hombres, aparentemente no pensaban así... «quiero una casa grande con un montón de niños y una mujer que me quiera». Sus amigos se reían de él, era un blando. Pero estaba seguro de que en el fondo todos querían lo mismo que él, solo que no lo expresaban. ¿Quién no quería ser feliz?

Nunca volvería con Alice, aunque le prometiera todo aquello con lo que soñaba y ya le negó una vez. Le había costado entenderlo, pero ya no le dolía como antes. Aun así, oírlo de los labios de Marie le había afectado; se sentía un poco traicionado, aunque entendía que ellas eran amigas y que era normal que hablaran sobre él. Pero volver a oír su nombre le hizo recordar que Alice era superficial hasta extremos exasperantes. No se preocupaba jamás por los desconocidos, por la gente que no tenía dinero, ni por la que dormía en la calle, ni por los miles de muertos en un país lejano por un seísmo, ni por el hambre en África. Ella no dejaba que esas cosas la tocaran, ni la rozaran siquiera. Jamás veía las noticias. No tenían nada que ver con ella. Y no lo hacía por maldad, pensaba Gaspar, sino por supervivencia ¿Para qué sufrir por algo que siempre estaba ahí y no se podía evitar? Era una filosofía de vida absurda y frívola, pero por lo que había podido observar Gaspar, efectiva. Nunca sufría. Todavía podía

escuchar sus argumentos, esos que siempre conseguían dejarle descolocado y hacerle dudar qué forma de pensar era la correcta. Alice parecía siempre tan feliz, tan sonriente.

—Las cosas malas pasan Gaspar, eso no puedo cambiarlo. No quiero estar cerca de tanto sufrimiento, de tanto drama. Solo me perjudicaría a mí misma. Yo quiero vivir la vida feliz, sin amargarme.

Esa discusión la habían tenido a la hora de visitar a un amigo común, recién operado de un cáncer. La operación no había salido bien, al abrirle habían tenido que cerrar, la metástasis estaba extendida.

—Ve tú Gaspar, yo iré a su casa y le llevaré los mejores bombones. Pero no quiero pisar el hospital.

Y allí estaba él ahora, solo, preocupado y en vilo por una ciudad, la Alejandría Olvidada. Sabía lo que diría Alice de ello, se reiría de él. Había reducido su vida a un yacimiento arqueológico, al bienestar de unas ruinas, de una civilización pasada, muerta. Gaspar se sentía tan sepultado y olvidado como el yacimiento. Eso sí, pensó para sí mismo esperanzado, *Ai Khanoum* había sido una de las ciudades fundadas por Alejandro Magno con más esplendor y poderío, un foco de integración cultural cuya base era el helenismo: su más rico legado. Su herencia era precisamente esa y no ningún tesoro perdido, la leyenda de su tumba, que era lo que buscaban los crédulos caza tesoros. No podían entender que el verdadero tesoro era la propia *Ai Khanoum*. Una ciudad en un enclave privilegiado, en el cruce de las diferentes rutas de oriente con el Mediterráneo, a los pies del Himalaya. Una ciudad influyente, una ciudad poderosa.

# *Imperio bactriano*



*Año 148 a. C.  
Alejandría de Oxo,  
cerca del norte del actual Afganistán.*

Aenas tosió. Sentía el desagradable sabor del polvo del camino en su garganta. Llevaba días andando, atravesando bosques secos, seguidos de llanuras polvorientas. Su túnica, un peplo de lana hasta las rodillas, estaba sucia y sudada. Estaba deseando poder ponerse ropa limpia. No podría cambiarse el manto, una clámide corta, que llevaba sujeta a los hombros, puesto que era el único que tenía. Había tenido que ser práctico a la hora de avituallarse para un viaje tan largo, cuanto menos equipaje llevara mejor.

Le gustaba viajar, pero había llegado a un punto extremo, ya eran muchos los meses transcurridos desde su salida de Macedonia. Ahora, un Imperio triste y derrotado por los romanos. La decadencia había provocado que muchos como él, se decidieran a emigrar. En el viaje había encontrado a más ciudadanos «griegos», como los llamaban los romanos, que de ninguna otra nacionalidad. Un éxodo masivo tras la derrota.

Macedonia era una triste sombra de sí misma después de los sucesivos conflictos con Roma. La batalla de Pidna, hacía ya más de veinte años, había sido una bofetada al orgullo griego, una derrota definitiva después de tres largas y cruentas guerras. Finalmente, las falanges no habían tenido nada que hacer contra las temibles legiones. Hoplitas contra legionarios. Como resultado, Macedonia había sido dividida por los romanos en cuatro repúblicas nominalmente independientes, perdiendo su libertad. La monarquía macedónica había sido destruida. Atrás quedaron los días gloriosos del Imperio de Alejandro Magno, en los que habían conquistado el mundo. Ahora debían pagar tributos e impuestos al conquistador, además de una veinteava parte del valor de todas aquellas mercancías que se movieran por el territorio, empobreciendo hasta la miseria a sus habitantes. Sin su poder comercial, Grecia agonizaba. Los romanos habían sabido asegurar la victoria definitiva sofocando cualquier vestigio de esplendor. Debían evitar que Grecia volviera a levantarse en armas.

Aenas partió de un país irreconocible en busca de algo de su anterior

resplandor, huyendo de una decadencia que no podía soportar, para encontrar una réplica de su pueblo en sus mejores momentos, un lugar lejano en donde su civilización aún brillaba con intensidad. En un primer momento, como dos de sus compañeros de estudios, había pensado en dirigirse directamente al mayor foco de su cultura, la biblioteca de Alejandría fundada por el diádoco de Alejandro Magno, Ptolomeo. Había pensado vivir en el gran museo de Alejandría, llamado museo en referencia a las nueve musas, las hijas de Zeus, y codearse con filólogos, matemáticos, médicos, ingenieros y astrónomos. No había mejor lugar en el mundo para continuar con su formación. Tendría así acceso a la mayor biblioteca existente. Podría ampliar sus competencias, investigar en otros campos. Sin embargo, antes de partir había llegado la noticia de que muchos eruditos del museo se habían visto obligados a huir de Egipto debido a disturbios sociales. Decían que la situación en Egipto era compleja y, por eso Aenas, ante la falta de seguridad, había decidido cambiar el rumbo hacia otro destino, uno más lejano. Tendría que adentrarse en el reino de los seléucidas y viajar en dirección este hacia las montañas para llegar a su destino: Alejandría del Oxo.

Había elegido aquella ciudad por muchas razones, pero se había decidido finalmente por ella por su exotismo, su peculiaridad y por las muchas historias que había oído sobre ella; era la capital del imperio independiente grecobactriano. Un reino helénico en el extremo más lejano de Asia Menor, cerca de las lejanas montañas del Indo. Aenas pensaba ahora, mientras caminaba, que a lo mejor había sido una decisión demasiado pasional, movida por las ganas de aventura y de lo desconocido propias de un joven de su edad. Habría sido más mucho más práctico elegir un destino como Pérgamo, donde podría haber contribuido trabajando para la nueva biblioteca, que estaba en construcción, recopilando y copiando obras. Pero no, él tenía que haber seguido más allá, hasta el punto más lejano.

Miró cansado a su alrededor, solo veía tierra y más tierra. Aenas dudaba más que nunca de que estuviera realmente en el camino correcto para encontrar aquella ciudad tan próspera e impresionante. Una vez tomada la decisión sobre su destino, todos sus desvelos se habían concentrado en llegar sano y salvo a su objetivo. La ciudad había llegado a obsesionarle, estaba impaciente por verla, por construir su nueva vida.

Miró a su alrededor frunciendo el ceño, era imposible que una ciudad así, tan rica y esplendorosa, pudiera estar en mitad de la nada. Cogió un puñado de tierra seca y la lanzó con desgana al borde del camino. Sudaba, estaba sucio y el viaje adquiriría pasos de quimera a un ritmo agigantado. Por primera vez, dudaba de que realmente aquella ciudad existiera y comenzó a pensar que quizás

formara parte de las gloriosas leyendas que esparcía su pueblo. En ese punto eran insuperables. Había gente que todavía creía firmemente que Zeus había sido parido en el monte Ida, en lo más alto de Creta y había pasado allí su infancia, como si tal cosa. O que los dioses vivían en lo alto del monte Olimpo, cuando cualquiera podía subir y observar que aquello no era cierto. A lo mejor, Alejandría del Oxo era una de aquellas historias, más cuentos que otra cosa, sobre Alejandro Magno. Las leyendas siempre se confundían con la historia. Había escuchado que el cadáver del Rey de reyes, recubierto de miel, reposaba en un féretro de oro en la Alejandría de Egipto, igual de fresco que el día de su muerte, sin podredumbre, algo completamente inverosímil. Aseguraban incluso que era expuesto en una inmensa carroza dorada tirada por sesenta y cuatro mulas por la ciudad para asombro de ciudadanos y visitantes.

Decidió volver a preguntar a sus acompañantes, a los que había tenido la oportunidad de unirse en la ciudad de Persépolis. La familia Papadopoulos era de origen griego, al igual que él y había tenido una inmensa suerte al toparse con ellos por casualidad en una tasca en el centro de la gran ciudad. En cuanto oyó que hablaban en su idioma en la mesa de al lado, sin pensárselo dos veces, se levantó y fue a sentarse a con ellos. Nada unía más que la patria lejos del hogar. Aenas le dio las gracias a Hermes, el dios protector de los viajeros, al saber que el destino de aquellos hombres, era el suyo propio y podría acompañarles el resto del viaje.

Los Papadopoulos eran mercaderes de piedras preciosas, una profesión muy rentable, pero difícil y peligrosa en los tiempos que corrían; no ya solamente porque los romanos no les permitían comerciar, sino por el riesgo de viajar durante meses con una carga pequeña de gran valor monetario. Era el sueño de todo maleante y asaltante de caminos. Por eso, ocultaban celosamente su profesión, decían que eran comerciantes de vino y especias, pero después de varias semanas viajando con ellos le habían revelado el verdadero motivo de su viaje.

Fue el mismo Pópulos, el patriarca, quien se sinceró con él tras una modesta cena alrededor de una pequeña hoguera que les había costado encender más de una hora.

Le explicó a Aenas que era una cuestión de previsión, de minimizar los riesgos, el viaje era una ruta difícil y larga. Los viajeros debían de pagar una fortuna por viajar protegidos en una caravana y, a pesar de ser la del Mediterráneo hacia China una de las principales y más concurridas rutas, desgraciadamente, en aquellos tiempos seguía siendo insegura.

La familia Papadopoulos compraba piedras en el Mediterráneo para venderlas luego en el Imperio independiente grecobactriano. Allí, hacían el



proceso inverso, compraban piedras de la zona y a los comerciantes chinos de paso en la ciudad de Alejandría del Oxo. Así, retornaban con un cargamento de piedras exóticas y las vendían a precios desorbitados en el camino de vuelta o ya en Macedonia. De esos beneficios, la familia al completo vivía varios años.

Pópulos viajaba acompañado por cuatro de sus hijos y varios esclavos y mercenarios. Jóvenes fuertes y armados hasta los dientes. Cuando comenzó en el negocio, hacía ya más de veinte años, el joven Pópulos viajaba integrado en grandes caravanas a las que pagaba un precio desorbitado por viajar con ellos; pero ahora, pasados los años y conociendo bien el terreno, prefería no esperar ni depender de nadie, y coger ciertos atajos, que a la caravana le era imposible seguir, acortando el viaje en varios meses.

—He tenido que crear mi propio ejército Aenas —le decía señalando a los mercenarios, sentados alejados de la familia—, son tiempos de incertidumbre, y en muchos de los países por los que tenemos que pasar ni siquiera hay leyes o personas a las que reportar el robo. El camino es tierra de nadie. En las ciudades es diferente.

Para su hijo pequeño Nicodemus, era su primer viaje comercial. Nicodemus no tenía más de trece años, era un joven despierto, soñador, que a Aenas le recordaba a él mismo cuando tenía su edad. Su mujer e hijas se quedaban en la pequeña hacienda familiar, en el campo, cerca de Tarento.

—No dudes, Aenas el filósofo, aunque eso sea algo propio de tú profesión —a Pópulos le divertía la profesión de filósofo de su nuevo acompañante y no dejaba de mencionarla a cada minuto—. Hago este viaje cada tres o cuatro años, podría recorrer el camino con una venda en los ojos. No tienes de qué preocuparte, estamos ya cerca de la gran Alejandría de Oxo. Tus ojos no verán nunca nada igual. Recuerdo la primera vez que la vi, no podía dar crédito. El propio rey Eucrátides me recibió personalmente y seguramente lo hará también a nuestra llegada. Es un pueblo muy hospitalario. Haces bien en alejarte de nuestra tierra, yo mismo me lo he planteado infinidad de veces. Establecerme con mi familia en Alejandría de Oxo y hacer el camino inverso, viajando hacia Macedonia, pero mis ganancias no serían las mismas y, además mi familia ha vivido siempre allí. No quiero traicionar a mis antepasados. Sus urnas están allí enterradas, no puedo abandonar a mis antepasados.

Aenas se sintió otra vez esperanzado al saber que Alejandría de Oxo estaba cerca, llevaba mucho tiempo soñando con conocer aquella ciudad. Había oído que era la ciudad griega más esplendorosa jamás construida y que miles y miles de colonos griegos vivían allí, en una lejana ciudad, donde confluía Europa con Asia, haciendo así realidad el sueño del gran Alejandro Magno: fundar una ciudad griega, rica, poderosa y exótica donde convivieran en paz varias

civilizaciones. Un crisol de estirpe griega.

Pópulos continuó tras pegar un mordisco a una cebolla ahumada.

—La ciudad está a tan solo dos días de aquí, Aenas el filósofo —y le dio un familiar golpecito en la espalda.

Aenas miró a su alrededor.

—Estamos en mitad de la nada... hace más de un día que no nos cruzamos ni encontramos con nadie. Solo polvo. Me han hablado tanto de la ciudad, de su esplendor...

—Y te han informado bien. Es un oasis griego en Persia. Tus ojos no verán nunca nada igual —repitió—, ya verás... No nos encontramos con nadie, porque nadie vive aquí, desprovisto de todo y de la seguridad de una muralla. Ha sido una zona de tradición conflictiva, de batallas y luchas sin fin. Y las rutas de caravana entran por el otro lado.

Aenas sonrió más convencido. Esperaba que el hombre estuviera en lo cierto.

La primera vez que oyó hablar de la majestuosa y rica Alejandría de Oxo, fue cuando era tan solo un niño. Creyó que le estaban contando una especie de cuento, de leyenda; pero preguntó a su maestro, y este le confirmó su existencia. Un sueño para un joven como él, que carecía de raíces familiares profundas.

Ante las dudas planteadas por el posible destino de su viaje, su maestro, Aristarco, lo animó a viajar en esa dirección, le ayudó a organizar el viaje; aprendería por el camino, hablaría en las calles y en las plazas. Adquiriría madurez, pero también enseñaría. No debía dejar de lado esa faceta suya, la de maestro. A Aenas le gustaban los niños y siempre que podía, aunque fuera de manera informal, intentaba inculcarles sus enseñanzas, las mismas que Aristarco le había transmitido a él.

—Es fundamental tener una misión, Aenas, que puede ser una idea que cumplir, un lugar a donde ir o un estado físico o mental. La tuya es esa ciudad lejana y exótica, Alejandría de Oxo. Búscala y encuentra tu destino —le había dicho antes de partir su viejo maestro, la persona que más se había parecido a un padre para él. Le entristecía saber que no iba a volver a verle nunca, que su único nexo con su pasado se había cortado. Aristarco estaba muy mayor, hacía ya varios años que Aenas daba sus clases y escribía y leía por él. Una punzada de añoranza se apoderó de él al recordar las suaves facciones de su cara, al sentir en su cabeza como pronunciaba aquel último consejo. Pero fueron tan solo unos segundos de debilidad, sabía que estaba en el camino correcto, viviendo su propia aventura, tal y como él había querido. En realidad, estaba siguiendo sus enseñanzas, haciéndole un tributo.

Aenas sentía además que había algo aún más poderoso que le instaba a

alcanzar aquella ciudad, algo sobrenatural. Aquello no era un capricho del azar, sino que sentía que su camino estaba marcado por la decisión de los dioses. Estaba muy agradecido de que estos le hubieran tenido en cuenta, señalándole tan claramente su destino. No era habitual que los dioses se preocuparan por un simple mortal sin estirpe alguna. Podía vislumbrar a las hijas de Nyx, la diosa de la noche, las Moiras, tejiendo con hilos dorados su destino divino. Eso no pasaba muy a menudo, la mayoría de los mortales, así los dioses denominaban a los humanos, no sabían nunca lo que los dioses querían de ellos. Era un afortunado, como lo habían sido otros elegidos en la historia antes que él. Perseo, Teseo...

Por fin, al ocaso del día siguiente, divisaron las imponentes murallas de la anhelada ciudad. El mercader no le había mentido, eran inmensas y gracias al efecto de la luz del sol le parecieron de un suave color dorado.

Al traspasarlas, junto con el numeroso grupo de Pópulos, se sintió empequeñecido, cohibido por su esplendor. Él estaba sucio, sudado y polvoriento cuando las murallas parecían de oro. Alejandría del Oxo había crecido al borde del río Oxo que le daba nombre y, aprovechando el abrigo de una pequeña montaña empedrada, se encontraba la acrópolis de la ciudad. La ciudad estaba bien protegida y fortificada en un pequeño valle.

La realidad superaba sus expectativas, su vista iba de un lado a otro, nerviosa, sin querer perder detalle, pero a su vez, sin poder retener ninguno. Colores fuertes y olores especiados que no conocía saturaban por completo sus sentidos.

Aenas se subió a una piedra de señalización para hacerse una idea de la magnitud, de la extensión de la urbe, pero no consiguió divisar los límites de Alejandría de Oxo. ¿Cuántos miles de personas vivirían allí? ¿Diez mil? ¿Treinta mil? Era impresionante, aquello excedía todas sus previsiones.

Siguieron todos a Pópulos en procesión hasta el mismo corazón de la ciudad. Parecía conocerla mejor que su propia casa. Pópulos sonreía a cada paso que daba e iba señalando a todo el grupo los principales lugares, orgulloso de la ciudad como si fuera uno de sus habitantes y no un viajero que acababa de entrar por las puertas.

En el borde del río estaba emplazado un magnífico *gymnasium*, una construcción rectangular de grandes dimensiones, en una situación privilegiada, prácticamente rodeada de agua. Aenas intentó distinguir algo en su interior, pero no quiso interrumpir a su anfitrión y siguió caminando tras él.

Los habitantes, bulliciosos, parecían querer aprovechar hasta el último rayo de sol, apenas se podía andar por las calles sin tropezar y Pópulos tenía que ir

delante, abriendo paso con sus hombres. Las casas de la zona que atravesaban eran bajas y estaban encaladas. Eran propias de la arquitectura griega, bien podrían estar en Macedonia y no en la lejana Asia. Sin embargo, los grandes edificios tenían un toque persa, pensó fascinado Aenas tras divisar unas imponentes escaleras que daban a un gran edificio rematado al estilo persa. Vio a un grupo de Hetairas, que con sus llamativas vestiduras, conversaban con un grupo de hombres.

Siguió al mercader y a sus hijos, que parecían conocer bien la ciudad y a sus habitantes, a juzgar por los saludos y miradas alegres que lanzaban a su paso.

—¿Ya has vuelto, Pópulos? —le decían a su paso la mayoría de las personas con las que se cruzaban. Y él, alegre, contestaba:

—¡Echaba de menos esta ciudad! ¡No existe una igual!

Los habitantes de la ciudad iban vestidos peculiarmente, al estilo persa pero con motivos que Aenas juzgó como demasiado atrevidos y poco combinables. Casi todos llevaban un sombrero persa, de forma cuadrada. Allí, todo era posible, siendo un crisol de la civilización oriental y occidental. Miró desalentado su atuendo, sucio, viejo y falto de color. Perfecto para el viaje, pero ahora, fuera de lugar. Tampoco tenía dinero para ello, solo lo necesario para comida y hospedaje.

Aenas notaba el palpito nervioso de su corazón en el cuello. Supo que aquel era el lugar que había estado buscando con tanto anhelo. No había errado en su toma de decisiones, como tanto había temido durante el trayecto final del viaje. Sentía un inmenso alivio, realmente era el enclave perfecto para sus proyectos. El lugar que los dioses habían reservado para él. Había sabido escucharles y ahora tenía la prueba, se sentía realmente tocado por la suerte de los dioses. Alejandría de Oxo era su destino, seguramente podría ofrecer sus servicios como profesor en la escuela y ser para muchos niños un referente, como para él lo había sido su querido maestro. Les enseñaría todo el saber que atesoraba, les hablaría de historia, de poesía, pero también de la naturaleza y de matemáticas.

—Aenas, no te quedes atrás, te perderás, parece embobado —Pópulos le llamó la atención de forma amigable y le condujo hasta un gran patio de columnas en el centro de la ciudad.

—Bienvenidos al palacio real —Pópulos hizo un gesto de pomposa magnificencia a su hijo pequeño y a Aenas. Estiró bien los brazos—, en ningún otro lugar del mundo los ciudadanos tienen semejante libertad para acceder al palacio real.

Aenas miró extrañado a su alrededor, el mercader tenía razón; el inmenso patio estaba repleto de grupos de personas, charlando o negociando a sus anchas.

—¡Pópulos! ¡Has vuelto! —un hombre de mediana edad, pero que aún

conservaba la rigurosidad y la elasticidad de la juventud se acercó a ellos franqueado por varios guardias. A juzgar por sus ricos ropajes, debía de ser algún miembro importante de la corte. Llevaba dos largas túnicas hasta los pies, superpuestas, ambas de color verde y rematadas con brillantes brocados dorados.

—Mi rey —Pópulos se inclinó con una sonrisa ante el estupor de Aenas que nunca había estado tan cerca de ningún miembro de la realeza.

—Vengo acompañado de mis hijos, como siempre, aunque esta vez nos acompaña por primera vez mi hijo pequeño, Nicodemus.

Pópulos acercó a su hijo con un suave empujoncito a modo de presentación.

—También nos acompaña el filósofo Aenas.

Aenas sintió vergüenza, nunca se había visto en una tesitura igual y no pudo evitar enrojecer. Copió como pudo la inclinación de Pópulos.

—¡Un filósofo! ¡Qué alegría! Seas bienvenido. ¿Vienes de Grecia?

—Sí, señor, he hecho un largo viaje.

—¡Esplendido! ¡Un filósofo griego de verdad! ¡No sabes cuán necesario eres aquí! ¡A buen seguro que traes ideas y noticias nuevas! Estoy deseando oírlas.... Serás bienvenido en nuestra escuela.

—Pópulos —cambió el rey Eucrátides de tema—, mañana acércate para enseñarme tu nueva mercancía, nos veremos en la sala. Quiero ser el primero en elegir y comprar.

—Por supuesto. He seleccionado y apartado cuidadosamente las mejores piedras. No se las vendería a nadie sin que usted las viera primero —Pópulos inclinó la cabeza.

—No esperaba menos. Disculpadme, he de encargarme de varios asuntos. Os invito a la cena que daremos dentro de tres días.

Sin esperar contestación, Eucrátides continuó su camino.

Aenas se había quedado con la boca abierta. No era el único:

—¡Padre! ¿De verdad es un rey?

—Por supuesto hijo, acabas de conocer al rey Eucrátides I. El mejor monarca que ha habido en la historia... Sin contar con el gran Alejandro Magno, por supuesto.

Aenas no pudo evitar intervenir, a pesar de la buena impresión que le había causado el monarca:

—La democracia es contraria a la idea de monarquía.

Pópulos rio:

—Aenas, se nota que eres un filósofo. La idea de democracia es la idónea, pero aquí, en este territorio lejano y conflictivo, la historia nos ha enseñado que es inviable. Eucrátides es un rey justo que se preocupa por la seguridad y prosperidad de su pueblo y su ciudad. Se desvive por ellos, nunca verás nada

igual. Seguro que acabas entendiéndolo y defendiendo la utilidad de la monarquía para ciertos preceptos. De todas formas, hoy en día tampoco hay mucha democracia en nuestro país, por no decir ninguna —señaló, haciendo una clara referencia a los romanos.

Aenas sonrió. Pópulos quería quitarle el rol de filósofo.

—Lo veo difícil amigo; pero por lo que acabo de presenciar, no me cabe la menor duda de que voy a sentir más que simpatía por Eucrátides. Menudo recibimiento... Deberían aprender los reyes persas de su vecino, nunca salen de sus palacios y jamás se relacionan con el pueblo.

Aenas estaba muy impresionado, tenía mucho en lo que reflexionar. Había sido un gran viaje, toda una epopeya que estaba seguro pasaría a la historia. Su pecho rebosaba lleno de emociones y descubrimientos asombrosos, allí todo parecía diferente, hasta la escala de valores y comportamiento, a juzgar por el recibimiento que había tenido. Tenía la sensación de que había llegado a la meta, se sentía incluso especial, ya no era ese joven insignificante sin familia. Era una sensación compleja, acababa de llegar a un sitio en la otra parte del mundo y se sentía más integrado de lo que lo había estado en ninguna parte antes. Le habían hablado de eso, de la unión de los exiliados cuando estaban lejos de su tierra. De cómo desconocidos se convertían en hermanos. Aenas se había sentido toda su vida solo, excluido de los fuertes lazos que unían a sus compañeros de la escuela con sus familiares o sus vecinos. La familia lo era todo. Sus compañeros recitaban con orgullo los nombres de sus antepasados y se sentían parte integrante de un clan. Y esa era otra de las razones por las que había tomado la decisión partir, a probar fortuna, a construirse un futuro mejor y lo había logrado. El viaje había sido largo, una etapa repleta de aventuras que había llegado a su fin. Aun así, su corazón le palpitaba con mucho más ímpetu que antes, como si su aventura no hubiera hecho, en realidad, nada más que empezar.

Llegaron a una calle más amplia y más cuidada que las demás, donde a ambos lados se situaban en perfecto orden amplias construcciones de estilo helénico con grandes parcelas de jardines. Obviamente, era la *demos* más rica de la ciudad.

Pararon ante una de ellas, algo más modesta que sus vecinas, pero inspirada claramente, al igual que las otras ostentosas villas de la calle, en las de la clase alta de su país natal.

Los dueños de la casa les estaban esperando en la escalinata de entrada. Debían de haberles dado aviso de su llegada nada más haber cruzado las puertas de la ciudad.

El dueño, un hombre calvo con una sonrisa en los labios bajó visiblemente emocionado a recibirles.

—¡Mi gran amigo Pópulos! ¡Qué alegría! —El hombre le dio un amistoso abrazo a Pópulos entre risas.

No hubo tiempo para presentaciones, ambos entraron en la casa hablando tan rápido que era imposible seguir la conversación. Aenas les siguió. Pópulos se había sentido ofendido cuando Aenas, al llegar a la ciudad, le había preguntado por un lugar donde hospedarse.

—Ni hablar —le respondió contundentemente—, ya eres uno más de la familia. Te quedas con nosotros, al menos hasta nuestra vuelta.

Aenas se había sentido feliz al oírle decir que era uno más de la familia. Así le habían hecho sentir durante todo el viaje, pero le había parecido excesivo seguir amparándose en su generosidad al llegar.

La familia Basinas eran los dueños de la casa, los mejores amigos de Pópulos que, de buen grado, aceptaron a Aenas desde el primer momento como uno más. Eran sus socios comerciales en la ciudad.

Dejaron las mulas y asnos a cargo de los esclavos de la casa y entraron por la puerta principal. Aenas subió las escaleras de piedra hasta llegar al pórtico con columnas. A diferencia de las casas que había visto a la entrada, hechas de ladrillo cocido, las construcciones de aquella zona eran de una maciza y suave piedra de color crema. Las columnas, de dos estilos diferentes, parecían árboles sujetando la estructura. Le pareció incluso que en aquel lugar elevado por la escalinata, la brisa soplaba más fuerte, aliviándole instantáneamente del calor que llevaba acumulado del largo viaje. Se sentía un privilegiado. La buena fortuna le sonreía.

Esa misma noche cenaron todos juntos en el jardín trasero de la casa. Fue una velada inolvidable en la que Aenas se sintió, por vez primera en su vida, incluido en un grupo familiar extenso. No recordaba nunca haber sentido esa sensación de plenitud y seguridad que se le subía a la cabeza, como una borrachera de calor fraternal que le hacía reír y elevar la voz más de lo necesario de forma impulsiva.

Nunca había cenado en esas condiciones, rodeado de esclavos que le quitaban el plato a la vez que le servían otro, en una organización tan perfecta que parecían danzar a su alrededor. Por fin había podido darse un baño, aunque había tenido que esperar más de una hora hasta que fue su turno, y gracias a ello, se sentía ligero, como si le hubieran quitado un peso de encima. Y así había sido a juzgar por el color del agua turbia que había dejado al salir. La casa tenía un magnífico baño, repleto de mosaicos, tal y como se imaginaba que debían de ser en las ricas casas de los antiguos reyes de Macedonia; pero le había sorprendido

que no hubiera ninguna piscina o bañera incrustada en el suelo. Los esclavos simplemente habían llenado unas inmensas cubas con agua caliente.

Mientras se bañaba, le explicaron que ese no era el procedimiento de aseo habitual, solo ocasional; normalmente los sirvientes lanzaban agua por encima de la persona, en una especie de lavado rápido, o si ese procedimiento les resultaba algo brusco se la echaban poco a poco por las distintas zonas del cuerpo. En cuanto pudiera, pensaba recopilar por escrito todas aquellas costumbres y vivencias nuevas.

Una de las cosas que más le había escandalizado era que en los hogares de Alejandría de Oxo no había zonas separadas para hombres y mujeres, andrón y gineceo. Pero después de la sorpresa inicial, tenía que reconocer que resultaba más práctico y novedoso. Tenía la impresión de que estaban en muchos aspectos más avanzados.

—No creas que es oro todo lo que reluce, Aenas —le explicaba Basid, el dueño de la casa, un hombre curtido de tez cetrina, al final de la cena—, si no fueras griego, Eucrátides ni te hubiera mirado. Es así, los griegos o descendientes directos somos aquí la casta superior privilegiada, una especie de aristocracia. Tenemos acceso directo a palacio, y al rey. Prosperamos fácilmente. Sin embargo, mi familia ha de remontarse a mis abuelos para encontrar sus raíces griegas. No somos tan griegos como vosotros. Todo esto es una ventaja para ti Aenas, como lo es para Pópulos. Ya tiene vendidas sus piedras antes de pisar la ciudad. A ti te han ofrecido un puesto de maestro con solo poner un pie en ella. Además, apuesto a que ya hay más de veinte familias pensando en casar a sus hijas contigo y subir un peldaño en el escalafón social de la estirpe griega....

Basid, divertido, dio un codazo a Pópulos haciéndole reír, mientras se untaba miel de la zona en un pan plano tostado:

—Vas a ser un soltero muy codiciado, ten cuidado o te verás casado y con tantos hijos que ni siquiera podrás encontrar un nombre griego para ellos.

Basid rió con la ocurrencia. Pópulos engulló su pan y aprovechó para comenzar a retirarse.

—Deberíamos acabar ya, mañana tengo negocios que cerrar. ¿Qué harás tú, Aenas?

—Visitaré la ciudad, me acercaré a la escuela a presentarme y al *gymnasium*.

—Ambicioso plan para solo un día... —Basid y Pópulos rieron al unísono. Gozaban de una camaradería especial y estaban visiblemente contentos de volver a verse. Eran como dos niños bromeando.

Durante la cena, bebieron demasiado vino mediterráneo, aquel que el bueno de Pópulos había reservado durante todo el trayecto para su amigo Basid. Aenas



sonrió, se les veía tan felices como dos hermanos que se reencuentran. Era obvio que Basid y Pópulos se habían echado mucho de menos durante aquellos años.

¡Qué extraño —pensó Aenas—, volverán a separarse dentro de unos meses y a reencontrarse dentro de otros tres años! Una y otra vez. Una curiosa amistad.

Esa primera mañana, Aenas volvió al punto de partida del día anterior. Era el lugar que mejor conocía de la ciudad y desde el cual esperaba poder ubicarse: el palacio real. Como la primera vez, no le pusieron impedimento alguno para su entrada. Al contrario, los guardias de la puerta le saludaron amistosamente. El día anterior, con la sorpresa de haber sido recibido por el mismísimo rey, no había sabido apreciar la construcción en todo su esplendor. El patio era realmente grandioso, de dimensiones colosales. Como no tenía prisa, dio un paseo contando las columnas: ciento sesenta distribuidas en tres filas. Observó con curiosidad que había varios grupos de comerciantes reunidos en el centro del inmenso patio. Sintió curiosidad por conocer también como era por dentro, pero no parecía algo tan fácil como penetrar en el patio; no sabía si podía o no entrar y no quería resultar maleducado, así que esperaría impaciente hasta la cena que tendrían más adelante en el palacio. Sería la oportunidad perfecta. Salió del palacio en dirección al *gimnasium*, continuando su paseo. A priori no tenía una ruta establecida, así que se dejó llevar por su instinto.

Llegó a una plaza repleta de improvisados comercios de viandas, especias, verduras y aprovechó el bullicio del mercado para conocer los productos locales y acostumbrarse a los olores especiados de la gastronomía local. Sin duda estaba en el ágora de la ciudad, aunque por lo que acababa de observar, era un honor compartido con el palacio real. No había comenzado apenas a recorrer el mercado cuando reparó en una majestuosa estela de piedra situada en lo que parecía ser el corazón de la ciudad. Tenía el aspecto de una tumba. Se alejó del mercado hasta llegar hasta ella, le había llamado especialmente la atención, le recordaba a otras muy similares que había visto en Macedonia. Leyó la cita cincelada en su zócalo:

«Cuando seas niño, aprende buenas costumbres» —leyó y al reconocer la cita prosiguió con entusiasmo en voz alta:

—«Cuando seas niño, aprende buenas costumbres. Cuando seas adolescente, controla tus pasiones. Cuando seas un hombre maduro, sé un hombre justo. Cuando seas anciano, da buenos consejos. Y cuando emprendas el último viaje, empréndelo sin remordimientos».

Sonrió. Aenas ya había leído la cita hace tiempo, cuando era poco más que un niño, en compañía de su maestro Aristarco, en una visita al oráculo de Delfos. Recordaba con cariño aquel viaje, era uno de los pocos que había realizado en su compañía, cuando aún tenía buena salud. Una increíble coincidencia que no

podía ser otra cosa que providencia divina, una señal de que estaba cumpliendo con su destino, aquel marcado por los dioses. La cita estaba firmada por Clearco, alumno de Aristóteles y hacía referencia a las virtudes y deberes del hombre griego. Ese era el fruto de su identidad nacional: la sabiduría del comportamiento. Él era un experto en esa materia.

Aenas seguía en cuclillas con la mano sobre las letras cinceladas cuando se vio sorprendido por la voz de una mujer.

—Es fundamental no olvidar nuestras costumbres originales, nuestros valores, nuestra forma de vivir. Somos griegos, aunque aquí, en un lugar tan lejano, a veces resulta fácil olvidarlo.

Aenas observó a contraluz a la joven. No debía de tener más de diecisiete años e iba vestida con un atuendo que no sabía bien cómo identificar, una falda larga, casi transparente que rozaba el suelo y sobre su cabeza descansaba un enorme e intrincado tocado dorado. Varias mujeres, con un atuendo parecido, pero sin aquel distintivo, la acompañaban. Su primera impresión fue pensar que sería algún miembro de la familia real.

La joven, al ver su extrañeza, se identificó:

—Soy Atanasia, Gran Sacerdotisa del templo más alejado, el que está fuera de las murallas en el extremo de la colina. El templo de Zeus.

—Disculpadme, me llamo Aenas, llegué ayer a la ciudad y todavía desconozco vuestras costumbres.

Aenas inclinó la cabeza en signo de respeto. La mujer llevaba maquillado el rostro al estilo oriental, con los ojos marcados en negro.

Jamás había conocido a una mujer igual, tan bella y sofisticada. Su forma de hablar, su pose decidida, su olor peculiar... Una mezcla de aceites florales e incienso. Se sintió turbado. No supo qué decir, así que no dijo nada, no quería decir nada inapropiado, cuando las palabras de aquella mujer habían sido tan sabias.

—En esta tumba descansa el gran fundador de la ciudad, el valiente Kineás —prosiguió Atanasia, rescatándole de su silencio.

—¿Kineás? No había oído hablar de él. ¿Es un héroe?

Atanasia sonrió, asintiendo:

—Alejandro *el Grande*, a su paso hacia el Indo, le dejó el encargo de fundar esta maravillosa ciudad. Fue un gran soldado, un gran estratega y uno de los más valerosos apoyos del gran rey.

—Reconozco la cita cincelada en la piedra, yo mismo la he leído en el oráculo de Delfos.

Atanasia le miró con evidente interés.

—Me encantaría conocer nuestra patria y, más aún, el santuario del dios

Apolo en Delfos. Fue el mismísimo Clearco de Soles quien nos regaló esta cita a su paso por la ciudad —dijo señalando la piedra.

—¿Estuvo aquí el discípulo de Aristóteles?

—Sí —Atanasia sonrió con amabilidad—, creo que en la biblioteca del palacio hay un tratado suyo sobre la sabiduría griega atribuida a los siete sabios griegos... ¿Conoces la historia?

—Claro. Unos pescadores de la isla de Cos encontraron entre sus redes el trípode de Helena de Troya, quien lo echó al agua en su fatídica vuelta desde Troya a Esparta. Eso desató un conflicto de dimensiones inesperadas entre la isla de Cos y la ciudad de Mileto, ya que los pescadores que habían encontrado el trípode habían vendido por anticipado el contenido de sus redes a Mileto, pero al encontrar el trípode se negaron a dárselo a los viajeros de Mileto. Estalló una cruenta guerra, y viendo que no tenía fin, los combatientes de ambos bandos, cansados, acudieron al oráculo de Delfos para que mediara entre ellos. El oráculo dispuso que el trípode debía pertenecer al hombre más sabio, así que aquel fue entregado a Tales de Mileto. Sin embargo este, con modestia, rechazó el título y mandó el trípode a Bías de Priene, el cual también rechazó el honor y se lo envió a otro miembro, así hasta formar el grupo de los siete sabios. Al final el trípode fue dedicado al dios Apolo. Estos sabios asentaron los pilares de la guía del comportamiento del hombre griego, una filosofía de vida que a mí personalmente, aunque sencilla, me gusta creer que es la correcta y procuro cumplirla en todos sus términos.

La mujer le miró visiblemente impresionada:

—Eres un gran sabio, Aenas. Harás mucho bien en Alejandría del Oxo.

Se sonrojó:

—Soy filósofo. Mi vida gira en torno a los conocimientos, el razonamiento y la historia —se justificó.

La joven se limitó a sonreír.

Aenas le devolvió la sonrisa, embelesado y, cuando ella emprendió el camino, simplemente, la siguió. Fue algo instintivo, un movimiento automático de su cuerpo. No conseguía dejarla ir. Quizás no pudiera volver a encontrarla o fuera una aparición, quizás una broma de los dioses. Demasiado bien le habían tratado hasta ahora, acompañándole protegido hasta cumplir sus sueños, y estaba esperando las pruebas y los obstáculos típicos de su carácter cambiante. Los dioses eran así, volubles y a veces tramposos, les gustaba poner a prueba a sus elegidos.

Aenas se pasó la mañana observándola, varios pasos por detrás de ella. No le importaba que ella supiera que la seguía, aunque fuera una actitud extraña. No parecía enfadada, al contrario, de vez en cuando se giraba y le sonreía con

complicidad. A su forma, Atanasia le estaba mostrando la ciudad, sus habitantes. Se paraba ante algunas casas y sus habitantes salían a hacerle peticiones o a pedirle consejo.

Aenas concluyó que lo que le atraía especialmente de ella era su sinuoso andar, acompañado de un suave movimiento de caderas que hacía que la liviana falda se levantara levemente dejando entrever el muslo. Atanasia andaba con estudiado sigilo, casi suspendida en el aire, nada de andar arrastrando el polvo como el resto de los comunes mortales. Debía de ser de origen divino, nunca había visto algo igual. En aquel momento supo que aquella mujer era inalcanzable, un amor imposible, pero también inevitable. Tan inevitable como era haber estado siguiéndola como un loco, durante horas. Se sentía arrastrado y nada podía ya hacer al respecto. Sus ojos no conseguían dejarla marchar, su mente tampoco la dejaría ir, incluso cuando sus ojos ya no pudieran verla, le costaría hacerlo.

Aenas quedó fulminado por la enfermedad de la pasión. Y eso no le gustaba, había estudiado aquella enfermedad que debilitaba al ser humano: su razón ya no funcionaría ni se impondría en su mente durante una larga temporada. Las decisiones que quisiera tomar, no serían las acertadas. Sabía que sería así. Pensar que nunca podría estar con ella, que solo tocarla era un sacrilegio que podía llevarle a la muerte, le desesperaba, pero también incendiaba su iniciada obsesión, como le había pasado a tantos hombres antes que a él. La historia le había ilustrado sobre ello, sobre el poder de la irracionalidad de la pasión, como le sucedió al príncipe troyano, Paris de Troya, al enamorarse de Helena de Esparta.

Una sacerdotisa era un ser superior, dedicada a su misión y una gran sacerdotisa poseía poderes que la acercaban directamente a los dioses. Si perdía su virginidad, también perdía su condición de sacerdotisa, su yo, su condición como persona.

Se paró a reflexionar. ¿Podría ser acaso él, Aenas, sin ser filósofo? La respuesta estaba clara, era un rotundo no. Esa era la comparación que debía hacer. ¿Podría ser aquella joven Atanasia si dejaba de ser sacerdotisa? No. Si aquella mujer perdía su virginidad, perdía su condición. Era mucho más que algo carnal, era una cuestión espiritual, de la raíz de la personalidad del propio ser. Dejaría de ver el futuro, de comprender las arbitrariedades de los dioses; pero también perdería su sonrisa, su confianza y muy seguramente; su forma de andar. No podía dejar que aquello pasara. Era un tesoro que había que preservar por encima de todo. Esos eran los valores que le habían inculcado. Ese andar debía recorrer muchos caminos.

El amor imposible era algo que rozaba la perfección. Sentir sabiendo que

jamás obtendría resultados lo convertía en un sacrificio desinteresado. Un amor puro. Ni siquiera los hijos de los dioses a lo largo de la historia se habían podido frenar ante al amor, casi todas las leyendas, catástrofes y guerras, habían girado en torno a la figura de una mujer, un fruto prohibido.

Aenas se preguntó si sería capaz de quererla en la distancia, respetando la situación. Luchó contra sí mismo. Debía ser muy fuerte para no continuar siguiéndola, tras sus pasos, no intentar sacarle una sonrisa, una palabra. Había que tener una fortaleza asombrosa, de titanes, solo comparado al sacrificio de los dioses por sus hijos. Y la respuesta le vino al instante, sí que podría. No había otra forma. Querer como él lo hacía suponía respetarla. Esos eran sus valores, aquello que le habían inculcado tras muchos años de estudio. Tenía que ser fuerte y parar.

Aenas la dejó ir con una mueca desesperada que intentaba ser una sonrisa. Podía sentir el roce de sus pies al crear huellas a su paso. Unos segundos después, ella había desaparecido; solo quedaban esos rastros en el polvo, que para su desgracia, borrarían los transeúntes cruelmente sin entender su significado. Su corazón palpitaba con angustiada agitación, protestaba por su decisión, mientras su cerebro la dejaba ir en aparente calma.

¡Qué bello andar!

## Capítulo Quinto



*Kabul (Afganistán)*  
*Junio de 2002*

Contra todo pronóstico, la ciudad de Kabul seguía viva, no era esa ciudad moribunda y vacía que esperaban encontrar. Ciertamente era que estaba herida de muerte, tras años de conflictos y una cruenta guerra civil. Sus paredes, sus edificios y sus calles así lo atestiguaban, víctimas de bombas y disparos. Pero sus habitantes levantaban la mirada desafiante a la vida y continuaban su camino. Tenían cosas que hacer, lugares a donde ir, amigos a los que ver.

Aun así, Irine no pudo evitar sentirse insegura desde que aterrizaron en el aeropuerto de Kabul, apenas hacía unas horas. Habían tenido el tiempo suficiente para dejar las maletas y salir a dar un paseo por las inmediaciones del hotel. La ciudad estaba controlada y militarizada, había controles en cada esquina y los camiones del Ejército circulaban a su antojo por calles en aparente calma. Creía estar preparada e inmunizada para todo, pero un miedo irracional se había apoderado de ella desde que puso el primer pie en el país de sus ancestros. Y lo peor de todo era que no conseguía pararlo. Miró a una mujer con *burka* que andaba por la acera contraria, encorvada por el peso de las bolsas, mientras el que sería su marido, caminaba tan ligero a su lado. Sentía lástima por aquellas mujeres, encerradas en cárceles de tela. Ella podría ser ahora mismo una de ellas, obligada a casarse con un hombre mayor desconocido y con varios partos en su haber si sus padres no se hubieran exiliado. Intentó imaginar cómo serían sus caras y sus cuerpos, si eran jóvenes o mayores debajo de aquellos metros oscuros de tela. ¿Sonreían?, ¿andaban murmurando? Era imposible saberlo.

Irine llevaba un pañuelo atado en la cabeza, pero al estilo occidental, floreado y dejado caer por encima sobre sus hombros. Cogió las dos puntas con la mano y se hizo un doble nudo por delante de la garganta, procurando ocultar todo su pelo por la parte de atrás, lo que resultaba imposible debido a su voluminosa mata.

No entendía cómo podía sentirse así, avergonzada de su propio pelo. Era una sensación ilógica, machista, pero allí, en aquel contexto sus cimientos se

tambaleaban. Nunca había sido tan consciente de su pelo, nunca su larga morena cabellera le había parecido tan provocadora y lujuriosa.

No quería que nadie supiera que no era una turista francesa. Sus padres, ambos afganos, la habían concebido en aquel país y sus orígenes la reclamaban ahora en detrimento de su querida París. Tenía miedo, miedo de perderse o de que la alejaran de Gaspar. La encerrarían y la torturarían creyendo que estaba desafiando a la cultura talibán, a sus leyes... Que era una traidora, una irrespetuosa, una fornicadora. Esa palabra era tan malsonante. Tan aborrecible y a la vez tan utilizada por los defensores de la ley Sharia, que solo de pensar en ella le entraban náuseas. Y eso que era su primer día en Kabul, respiró hondo y tomó aire para mitigar su ansiedad. No era propio de ella.

Llevaba su pasaporte en el bolsillo y lo tocaba cada veinte segundos, temerosa de perderlo. Si lo perdía, ¿qué diferencia habría entre aquellas mujeres y ella misma? Ninguna. Eran iguales. Y eso, la angustiaba. No sabía cómo iba conseguir tener el valor suficiente para cumplir el encargo de su madre, visitar a su tío, ahora lo veía imposible, se veía incapaz. Ojalá no se hubiera comprometido con ella. Tenía que buscar a un pariente desconocido que no quería saber nada de ellas en aquella ciudad laberíntica. Se sintió indignada consigo misma, era una mujer fuerte, tenía que centrarse. Siempre había querido conocer de cerca su país, el país de su familia, para poder luchar por él, por su liberación, por la adopción de las normas mínimas de dignidad humana, por los derechos básicos de las mujeres. Y ahora estaba allí, parapetándose detrás de Gaspar, muerta de miedo. ¿Cómo se sentirían aquellas mujeres? ¿Se sentían quizá seguras bajo su escondite de tela después de haber vivido años de sometimiento y crueldad? ¿Lucharían en el futuro por sus derechos o el miedo y los golpes las habían hecho claudicar?

Un escalofrío recorrió su cuerpo y se le enrojecieron los ojos. La respuesta a todas esas preguntas no era sencilla. No esperaba que fuera a reaccionar así, tal vez no estaba preparada para aquel viaje. Una lágrima resbaló, rebelde, por su mejilla.

Gaspar, que giraba la cabeza de vez en cuando para comprobar que Irine estaba bien, lo notó y se paró.

—No te preocupes Irine. No va a pasarte nada, formas parte de una misión diplomática.

Irine le miró a los ojos:

—No es eso solo. Ha muerto mucha gente, la ciudad está en ruinas y las mujeres... Míralas, no verás a ninguna sin *burka*, ni tampoco sola por la calle. No hace tanto tiempo, estas mujeres eran independientes, iban a la escuela, estudiaban en la universidad. Kabul llegó a ser una ciudad moderna,

florecente... No era un mundo tan diferente del nuestro. Y ahora parece que hemos retrocedido, no es el Afganistán con el que había soñado. Te pareceré una tonta, pero me siento insegura —se obligó a sonreír y bromear—. A lo mejor tenías razón y debías de haber contratado a un *gijoe*, de esos que no lloran ni hablan por los codos.

Gaspar miró preocupado a su ayudante, estaba en lo cierto, hasta ahora había resultado de poca ayuda. Irine le caía bien, incluso, le estaba cogiendo mucho cariño, pero se suponía que era ella quién debía cuidar de él y no al revés. Prácticamente la había tenido que empujar para que bajara del avión, eso sin tener en cuenta que Irine se había bebido durante el vuelo tres whiskies con naranja para envalentonarse y había tenido que decirle a la azafata que por favor no le sirviera más, que estaban de viaje de trabajo y que esa misma noche tendría una reunión importante. Tenía que reconocer que había sido un vuelo interesante.

Lo que más le preocupaba, desde luego, no era ni mucho menos eso; sino que la chica alegre y segura que conoció en París se había esfumado. Las circunstancias habían anulado a Irine, que andaba medio paso por detrás suyo, casi rozándolo. Veía en sus ojos miedo e inseguridad y no debería ser así. Además, no se correspondía con su carácter, pensó mientras rememoraba el día que la conoció en su despacho. Recordó la fortaleza y seguridad con la que le había estrechado la mano. Y ahora tenía lágrimas en los ojos y no habían hecho más que aterrizar. No debería haber hecho caso a Marie, «qué mujer más cabezota», esperaba que le estuvieran pitando los oídos en la Sorbona.

De todas formas, apenas llevaban unas horas en Kabul, todo podía cambiar, seguramente había sido una reacción inicial de Irine, ante la vuelta al país de sus ancestros. Decidió animar a su compañera de viaje:

—Te sentirás más tranquila cuando llevemos más tiempo en la ciudad y veas que no hay peligro alguno, debemos ceñirnos a nuestro plan de trabajo. En cuanto empecemos a trabajar, todo irá bien. Recuerda, aquí ya no gobiernan los talibanes.

Irine sonrió a Gaspar con una mueca, ni siquiera recordaba ya para qué estaban allí. Tuvo que hacer memoria hasta recordar una única palabra:

—*Ai Khanoum*.

Gaspar lo interpretó como una señal positiva de implicación en el proyecto.

—*Ai Khanoum*. Sí, no sabes lo triste que me siento al saber que estoy a tan solo unos cientos de kilómetros del yacimiento y no puedo visitarlo, ni conocerlo. Ha sido mi sueño siempre, además, a la excavación le quedaba todavía mucho trabajo por delante, ¡cuántas cosas pueden estar todavía bajo tierra sin descubrirse!

—¿Y no habría forma de pedir un permiso o algo así para que nos dejen



verlo?

—Ya lo hicimos. Nos lo denegaron por razones de seguridad. Las autoridades dijeron que no podrían garantizar nuestra seguridad y que el yacimiento, al estar cerca de la frontera de Tayikistán, muy al norte, es una zona algo problemática a pesar de estar dominada por la coalición del norte. Yo creo que no quieren que veamos que se han cargado y expoliado uno de los yacimientos más importantes de Asia.

—Perdona que te pregunte esto, Gaspar, espero que no te ofenda, estoy aprendiendo historia y arqueología a marchas forzadas, pero si es tan importante, ¿cómo es que nunca había oído mencionar este yacimiento y sí de los de Troya, Festos o Argos?

Gaspar la miró de soslayo y soltó un bufido:

—Lo de siempre, es una cuestión “comercial”. Además, supongo que no ha ayudado mucho que el yacimiento esté en este país... —Gaspar abrió las manos señalando a su alrededor, lo que provocó más de una mirada de curiosidad hacia ellos—. Irine, Alejandro Magno fundó a su paso, en la conquista de lo que algunos llamaron «Eurasia», más de 70 ciudades, de las que solo conocemos dos, la Alejandría de Egipto, y esta, *Ai Khanoum*, también llamada Alejandría del Oxo. Por su ubicación, por su situación estratégica, la ciudad más rica e influyente de la zona. Imagina, dos ciudades que corroboran la leyenda de Alejandro, que dan fe de su paso, de su poder y, también de su persona. ¿Cuántas historias que creemos leyendas son en realidad ciertas?

Irine sonrió por primera vez aquel día, le encantaba el Gaspar arqueólogo apasionado, se le iluminaba la cara al reivindicar un hueco en la historia para su yacimiento y, a pesar del tono de indignación, su tono era positivo.

—Me has convencido, devolvámosle su hueco en la historia —Irine sonrió por fin.

—Pues pongámonos manos a la obra. ¿Has confirmado que todos asistirán a la cena esta noche?

—Sí, he llamado desde la habitación a la del doctor Kipling y a la del doctor Hoover. Me han confirmado su asistencia. El doctor Kipling irá con su asistente, un tal Robert Smith; pero el profesor Hoover irá solo. Me ha extrañado, pero no ha venido acompañado por nadie. Y eso que me habías dicho que no era joven precisamente...

—Joven es, de espíritu. No necesita a nadie. Siempre trabaja solo, y en América no es habitual trabajar acompañado por una persona, salvo que sea imprescindible. El profesor Hoover habla cinco idiomas a la perfección. Ya lo conocerás esta noche, seguro que te caerá genial. Le tengo mucho aprecio, y Marie también. Es único.

Irine estaba deseando que llegara la cena. Había preparado toda la documentación al llegar al hotel y la había ordenado en carpetas personalizadas con los nombres de los destinatarios. Iba a reunirse con los mayores expertos en Eurasia del mundo, era una oportunidad única y sus miedos no podían interferir en su trabajo. Estaba muy contenta con el cambio operado en su vida laboral y, si quería seguir por ese camino, debía demostrar su profesionalidad.

Gaspar llegó el primero a la mesa de la cena. El restaurante del hotel estaba ese día prácticamente vacío, aun así les habían dado una mesa discreta, en un rincón, para que tuvieran intimidad. Se alegró de haber metido finalmente una chaqueta en la maleta, había dudado bastante si hacerlo, ya que además de ocupar mucho espacio, iba a serle poco práctica. No le gustaba desentonar, era una costumbre adquirida de su matrimonio con Alice, tenía que ir arreglado conforme la etiqueta requiriera. Se sentiría ridículo con zapatillas en un cóctel y sin su chaqueta se habría sentido incómodo en una cena formal.

Irine apareció cargada con varias carpetas azules con goma.

—Espera que te ayude... —Gaspar dio varias zancadas largas para ayudarla.

—Gracias, pero no pesan mucho. Las daremos al final de la cena, para no ser pesados y que cenem todos tranquilos.

—Es una buena idea. ¿Quieres que pidamos algo mientras van bajando?

No les dio tiempo, el profesor Hoover interrumpió la conversación:

—¡Doctor Bitball! ¡Mi amigo Gaspar! ¡Qué contento estoy de estar aquí contigo! ¡Por fin lo has conseguido, tu sueño!

Se abrazaron con cordialidad y se dieron la mano.

—Doctor Hoover, esta es Irine, mi asistente. Irine, el doctor Hoover es, además de un gran amigo, la persona que estoy seguro que contribuirá como nadie a esta misión.

—Encantada, doctor Hoover, ya hemos hablado por teléfono varias veces.

—Claro, su asistente, Irine. ¿Os importa si nos sentamos hasta que llegue Kipling? Todavía no me he recuperado del viaje, ya no tengo vuestra edad.

—Por supuesto, respondió Irine tomando asiento en un extremo de la mesa, enfrente del doctor Hoover y al lado de Gaspar.

Un hombre alto, rubio y vestido con un impoluto traje de chaqueta de color azul marino con camisa azul cielo se acercó hasta el grupo. Iba acompañado de un joven, vestido con pajarita amarilla y con varios kilos de más.

—Doctor Hoover, doctor Bitball, siento el retraso; estaba enfrascado en mi libro, que debo entregar sin falta a la editorial en cuanto vuelva. Este es mi asistente, Peter.

Peter hizo un gesto infantil a modo de saludo nervioso con la mano y se apresuró a tomar sitio en el extremo más alejado de la mesa.

—Mi asistente Peter, es tímido, pero una gran persona, y con un coeficiente intelectual asombroso. Estoy seguro de que va a superarme con creces. Peter, tras sonrojarse, intentó balbucear un agradecimiento.

—Bueno, estamos aquí a lo que estamos —dijo Gaspar. Mi asistente, Irine, os dará toda la información y un programa al final de la velada. Pero lo principal, por lo que estamos aquí es por *Ai Khanoum*. Por todo ello, la visita de mañana, al museo de Kabul, es vital. Debemos asegurarnos de inventariar todas las piezas, y de su buen estado; y, quizás... Bueno, tenía la esperanza de interrogar a los expertos y trabajadores del museo. ¿Quién sabe? Quizás conozcan en qué estado está el yacimiento.

—Si es que queda algo. Siendo franco, no creo que quede nada, Gaspar. Estás siendo demasiado optimista. Las informaciones que tenemos, aun siendo poco sólidas, indican que no queda nada —intervino el doctor Hoover.

Gaspar hizo una mueca a su colega poniendo los ojos en blanco. Hacía años que se conocían. El doctor Hoover era americano, había pasado un semestre en la Sorbona y participado en sus seminarios y cursos durante años como profesor invitado. Su francés era impecable, aunque ahora, por respeto a Kipling la conversación transcurría en un fluido inglés.

—Bueno, personalmente opino, que ahora, lo mejor que podemos hacer es cenar con tranquilidad.

—Tiene razón, doctor Kipling. Cenemos, y mañana, después de comer, cuando visitemos el museo, adecuaremos nuestras expectativas a la realidad. Veremos qué y cuánto podemos hacer. Lo fundamental es presentar el informe, firmado por todos, con el máximo de información. Para eso, Irine, nos será de mucha ayuda: su familia es afgana y habla farsi y pastún. Podremos interrogar a quién queramos.

Todos miraron con agrado a Irine. Gaspar notó una leve mejoría en su ánimo. Para empezar se había vuelto a dejar el cabello suelto, caído sobre los hombros. Vestía una falda larga negra que contrastaba con una camiseta blanca de algodón, mucho más informal, dándole un aspecto juvenil. Estaba preciosa.

El guía los recogió en el hotel después de comer y, tras subirlos en un camión militar, se dirigieron al museo de Kabul, a pocos metros de allí.

—No se preocupen, a la vuelta volveremos a pie, daremos un paseo por la ciudad con tranquilidad. Iremos a un sitio típico que les encantará, tomaremos un té y mañana comeremos comida casera afgana. Les he encargado yo mismo los

platos, nuestro delicioso arroz con cordero tarda horas en hacerse, así que me tomé la libertad de elegirlo por ustedes. No podían irse del país sin probarlo.

El doctor Hoover, algo irritado, se giró para comentar a sus compañeros:

—Este hombre se cree que estamos aquí de turismo. Seguramente no vamos a encontrar nada, ellos ya lo saben.

—Tienes razón, y van a marearnos con comidas, té y cultura, para que no notemos que hemos hecho el viaje en balde —contestó en tono bajo Kipling.

El guía, al que seguía el pequeño grupo de expertos a una distancia prudencial, se paró y señaló un viejo y destartado edificio:

—Señores, tengo el placer de mostrarles el museo de Kabul —anunció en un fluido inglés y con una enorme sonrisa.

Todos levantaron la cabeza para mirar con perspectiva el desconchado edificio y suspiraron descorazonados; sus peores sospechas se confirmaban. No era un buen principio para aquel grupo de historiadores y conservadores.

Enfrente de ellos, un gran edificio medio en ruinas, sin techos, se alzaba sobre sus cabezas. El doctor Hoover no pudo evitar bromear sobre lo que sus compañeros pensaban:

—Pues sí que empezamos bien.

El guía sonreía amablemente, con su labor bien cumplida y sin incidentes, mientras les enseñaba lo que quedaba del museo, sin ser consciente de la desazón de los especialistas. Ese lugar vacío, ese caparazón desprovisto de tripas era la esperanza de aquel grupo de expertos internacionales. Las salas ni siquiera tenían techo, salvo unas vigas caídas y el suelo estaba lleno de escombros. Parecía un vertedero. Nadie hablaba, todos escuchaban al guía, estupefactos. Peter, tenía incluso lágrimas en los ojos. La cara del viejo doctor Hoover era un poema, su enfado crecía por momentos y la sonrisa del guía solo conseguía provocarle. Miró al ruinoso edificio y dio un codazo a Gaspar en señal de desaprobación.

Gaspar reaccionó, se sentía incrédulo, no podía ser cierto.

—Irine, traduce en su idioma al guía, que no se entera, para qué estamos aquí y que borre de una vez esa sonrisa, que nos está poniendo nerviosos a todos. Dile que éste, era uno de los museos más importantes de Asia, seguramente una de las colecciones más valiosas de la historia, catalogada con más de cien mil piezas. ¡No hay nada! No solo de *Ai Khanoum*... ¡Ha desaparecido todo! ¡Todas las colecciones! ¡Madre mía! ¿Qué informe vamos a presentar? ¡En blanco, como lo que queda de los vestigios de este país, nada!

Irine comenzó a traducir, pero no llegó ni a la segunda frase.

—¡No hay nada! —repitió Gaspar visiblemente alterado, en un inglés fuertemente marcado con acento francés.

Se giró hacia sus colegas exclamando:

—¡Y encima el guía sigue sonriendo! ¡Escuche! ¿Dónde están los millares de piezas, donde están los restos de *Ai Khanoum*?

Sus colegas asistieron, satisfechos de que alguien expresara sus sentimientos. Kipling, ensombrecido, aún no había abierto la boca. El guía les volvió a mirar desconcertado. Gaspar había hablado muy alto y enfadado, había entendido perfectamente lo que le preguntaba.

—Ya no hay casi nada, tienen que entender que —contestó estrujándose sus manos y sintiéndose incómodo— hemos vivido varias guerras... Pero el edificio ha sobrevivido, eso es importante, esperanzador.

Irine decidió intervenir, calmando al hombre en su idioma. Este, al escucharla hablar en un fluido farsi se sintió inmediatamente reconfortado y se sinceró con ella.

—Tienen que entender, la gente moría, no se podía ni salir a la calle. Lo saquearon todo, los rusos vendieron las monedas y las piezas de oro... y luego hubo una guerra civil...

El guía, Farukh, gesticulaba como un loco e Irine traducía como podía ante la incontinencia verbal del hombre.

El doctor Hoover intervino:

—No podemos hacer más, el hombre no tiene la culpa, Gaspar, volvamos al hotel.

El guía reaccionó y se dirigió a Irine, en su idioma, sabiendo que el resto no podría entenderle:

—No todo se ha perdido, señora, los trabajadores y arqueólogos del museo pusieron a salvo muchas piezas de forma clandestina. Por favor, esto no debe conocerse oficialmente, se lo estoy contando con confianza, todavía no estamos del todo seguros de la situación del país. No hay estabilidad —miró a su alrededor, con miedo.

Irine sonrió para tranquilizar al hombre:

—¿Y dónde podemos encontrar a esas personas? Necesitamos hablar con ellas, eso sería al menos un avance. Quizás ellos tengan información, inventariados antiguos, archivos.

—Sígueme, pero dense prisa, debemos volver pronto al hotel, para que no sospechen. Tienen ustedes la cena a las ocho de la tarde, debemos acudir sin falta. Me estoy jugando el puesto de trabajo.

Irine tradujo a los demás lo que le acababan de revelar y éstos se apresuraron a seguir, emocionados, al guía.

—Irine, pregúntale al guía si el Gobierno sabe que los expertos salvaron piezas.

Irine le preguntó a Farukh, pero este negó con la cabeza:

—No, no nos atrevemos todavía. Ustedes no lo entienden, no confiamos en nadie. Gracias a eso, al menos, queda algo. Por mucho que digan que estamos en paz, la guerra continúa, nuestra sociedad está fragmentada. Seguidme.

Todos se miraron y aceptaron. No tenían otra opción, era la más esperanzadora.

El doctor Hoover soltó una carcajada nerviosa.

—No quiero ser negativo, pero no sabemos nada de este hombre, lo acabamos de conocer. Y nos cuenta una historia que, francamente, suena algo rocambolesca. Lo más seguro es que nos lleve a que nos atraquen, o nos secuestren, para así pedir rescate. Ya puedo imaginarme la foto, todos encapuchados, con un periódico en la mano...

—¡Hoover, no sigas! —le rugió Gaspar. Él también tenía sus dudas, pero no serviría de nada asustar al grupo. Ya habían tomado una decisión, tenían que comprobar si era verdad. No podían volver con las manos vacías. Este era su trabajo.

Bajaron un pequeño escalón y comenzaron a andar con premura. En cuanto pudo, el guía se salió de las calles transitadas, para ir por calles pequeñas y vacías.

El pánico invadió a Gaspar. ¿Y si era realmente una trampa? ¿Y si les robaban? O peor... ¿Y si les hacían daño, o les secuestraban como había aventurado el doctor Hoover? No pudo evitarlo y cogió con brusquedad a Irine por el codo, ésta se vio sorprendida; pero ante el cariz que tomaba el camino, se alegró. Comenzaron a subir unas escaleras destartadas de un gran edificio y pasaron por dentro de un patio, y luego, para sorpresa de todos, por la casa de una familia que estaba cenando. El doctor Hoover se paró estupefacto, pero la familia parecía acostumbrada, debía de ser algo así como una casa de paso, o un atajo. Estaban todos sentados en el suelo, niños y mujeres, comiendo con la mano de unos cuencos que había en el suelo.

Gaspar soltó a Irine y cogió al doctor Hoover para obligarle a continuar el camino. El doctor Kipling hacía lo mismo con su asustadizo asistente. Bajaron unas interminables escaleras y se encontraron en otra calle, parecía que ahora estaban en la periferia de la ciudad. Todos miraron asustados, el guía aceleró el paso y entró en un pequeño patio, rodeado por una verja de hierro. Les hizo un gesto para que esperaran. Los cinco se juntaron por instinto.

—Madre mía, qué miedo, podría pasarnos cualquier cosa y nadie se enteraría —el doctor Hoover verbalizó lo que los tres estaban pensando.

—Tenemos que mantener la calma —intervino Gaspar sorprendiéndose a sí mismo. La última frase del doctor Hoover era realmente propia de él. Gaspar era

extremadamente precavido, pero ahora se sentía responsable de sus colegas que parecían más asustados que él. A lo mejor no era tan miedica como siempre había pensado, a lo mejor lo único que tenía que hacer era salir del sofá de su casa.

Irine sonrió algo reconfortada por su seguridad, desde luego, aquel hombre estaba irreconocible. Era como si hubieran intercambiado sus papeles en el avión.

—Peter, respira hondo por la nariz y luego expira el aire por la boca. Tranquilízate —Gaspar intentaba calmar a Peter, que era el que peor lo estaba pasando.

—Te... te... te... tengo miedo —intentó explicar Peter.

—Balbucea siempre que está nervioso o asustado —explicó el doctor Kipling—. Venga, Peter, haz caso a Gaspar, estamos aquí todos juntos. Somos muchos, no va a pasarnos nada.

La oscuridad, y la calle sin tránsito, no contribuían a tranquilizar al grupo. Irine tiritaba, no sabía si de frío por no haber cogido ningún jersey o chaqueta, o de miedo. Al cabo de unos cinco minutos, que se les hicieron eternos, apareció un hombre desconocido, alto y canoso. Los analizó resoplando en farsi, con evidente desgana. Finalmente, tras unos segundos les dijo en un perfecto francés:

—Entren.

—¿Y el guía? —preguntó preocupado Kipling.

—No se preocupen, está dentro. No le ha pasado nada.

Todos le miraron con recelo, la forma en la que lo había dicho, con evidente tono de disgusto, o incluso enfado, no era un buen indicio. Aun así, estaban solos, en una calle oscura, en quién sabe dónde de Kabul. No tenían otra opción. Ya era tarde.

Entraron en una especie de despacho, o biblioteca; no estaba muy claro, el lugar estaba algo sucio y destartado. El hombre se presentó en un francés fuertemente marcado con acento árabe:

—Soy Munir, doctor en Historia. Fui uno de los trabajadores responsables del museo de Kabul. Sabía que venía un grupo de expertos en historia de este país. Siento que sus peores sospechas se hayan visto confirmadas. No queda nada, todo ha sido vendido, y lo que no, roto o expoliado por fanáticos religiosos que no creen en el peso de la historia, solo en el presente de sus ametralladoras.

—Sentimos oír eso —contestó el doctor Hoover que aprovechó para sentarse en un montón de cajas. No tenía ya edad para la tensión que acababan de pasar. Además, le dolían los riñones y la espalda.

—¿No queda nada? ¿Qué pasó con las piezas del yacimiento de *Ai Khanoum*? —Gaspar miró fijamente al doctor afgano Munir. El guía les había

dicho que habían conseguido salvar algo. Tenía que seguir por esa línea.

El doctor Munir sonrió y juntó las palmas de sus manos:

—Lo que tenía más valor, las monedas, fueron expoliadas y vendidas por los rusos. Muchas piezas se pueden encontrar, a buen precio, en los bazares de Pakistán o aquí mismo, en menor medida, en el de Kabul. Afortunadamente, mis colegas y yo conseguimos sacar en el último momento muchas de las piezas del tesoro.

—¿Qué? —todos se alegraron, incluida Irine, y soltaron un sentido «menos mal» acompañado de diversos suspiros de alivio.

Gaspar tuvo que apoyarse contra la pared de la emoción. Pero, acto seguido, hubo de sostener con firmeza a Peter, que se sintió repentinamente mareado.

El doctor Munir, sin prestarles mucha atención, se dirigió hacia una pequeña puerta metálica que había al fondo de un estrecho pasillo sin luz.

—Sígueme —el afgano les condujo a una pequeña nave que había dentro del edificio. Abrió una segunda puerta con una llave y, tras encender la luz, les instó a entrar.

Era un pequeño depósito que contenía cientos de cajas apiladas. Gaspar se acercó a la primera, y se alegró al comprobar que el doctor Munir no mentía a pesar de su actitud recelosa. Parecían piezas de piedra embaladas. Calculó a ojo que debían de haber miles de piezas. Era más de lo que a esas alturas había esperado encontrar. Rebuscó en la caja que tenía más cerca, a su izquierda, y sacó una pieza. La observó con detenimiento y alegría contenida. Era una figurita de claro corte helénico. Sublime. Parecía la figura de un niño con una barriga enorme. Le faltaba la cabeza.

Gaspar levantó la mirada y miró a Irine, que esperaba expectante a su lado, esperando que corroborara el descubrimiento.

—Mirad, Irine, doctores —y la levantó para que pudieran verla—, es parte de *Ai Khanoum*, no todo está perdido. Hemos encontrado un tesoro, quizás no de oro, pero sí en cuanto a historia.

El doctor Hoover observó a su alrededor y frunció el ceño. Metió la mano en una caja y rebuscó en su interior:

—Está todo mal embalado, las piezas no están convenientemente ordenadas, guardadas y etiquetadas —miró con descaro al doctor Munir.

Este sonrió con tristeza:

—Era difícil hacerlo entre tres personas, con bombas cayendo sobre el edificio y con disparos viniendo de todas partes. No era fácil trasladar todas estas pesadas piezas en esas condiciones y sin ser vistos. Muchas de las piezas las trajimos sin poder protegerlas ni siquiera con un papel de periódico por encima. Era eso o nada. Alguna hasta cayó por el camino, temíamos por nuestras vidas.



Sentíamos pánico y, aun así, no flaqueamos, seguimos adelante y me siento orgulloso por todo ello.

Todos miraron al hombre. El doctor Hoover se sintió culpable por la reprimenda. Había sido un hombre muy valiente, hizo más de lo humanamente posible. Imaginaron el esfuerzo que habían tenido que hacer.

—Fueron muy valientes —le reconfortó Kipling.

El guía entró apresurado:

—Debemos irnos ya, deben cambiarse para la cena. No podemos llegar tarde. Todos dejaron con pena de cotillear entre las cajas.

—Muy bien, pero mañana, nada de perder el tiempo con visitas turísticas y tiendas de recuerdos, Farukh. Nos traes directamente aquí, inventa lo que quieras, pero tenemos que revisarlo todo. Hemos venido por esto a este país.

Gaspar intentó sonreír mientras pronunciaba aquellas palabras, pero al guía le pareció una amenaza velada.

## Capítulo sexto



Pasaron los dos días siguientes abriendo cajas e inventariando entre todos, incluido el doctor Munir. El trabajo resultó un bálsamo vigorizante para todos.

Irine se involucró en la actividad y dejó de preocuparse por su situación. Volvió a adquirir seguridad al sentirse útil. Todavía tenía pendiente aquella visita a su tío, pero lo haría más adelante; ahora no era lo más importante. Lo importante era ser profesional y realizar su trabajo lo que mejor que podía.

No podían saltarse los actos programados para la coalición internacional de expertos, que incluían visitas a un poblado, reunión con representantes del Gobierno, comidas tradicionales y rutas por los lugares típicos de la ciudad; aunque no descansaran dedicarían hasta el último minuto a inventariar y analizar aquellas piezas. Había sido como un milagro, después de creer que no quedaba nada al ver el lamentable estado del museo de Kabul.

Farukh, el guía, sudaba, tenía que hacer verdaderos encajes de bolillos con ellos y temía que les descubrieran. Les dejaba allí a primera hora, y volvía a por ellos cuando tenían un acto en la agenda. Se estaba volviendo loco. No sabía cuánto tiempo podría seguir así, temiendo que el Gobierno, sus jefes, supieran no solo que estaba ayudando a aquellos expertos de forma clandestina, sino que sabía que aquellas piezas existían y que había colaborado en ocultarlas a los ojos de todos. Se tranquilizó al pensar que solo quedaban unos días para meter a los extranjeros en sus respectivos aviones y olvidarse de los apuros que estaba pasando. Entonces, todo volvería a la tranquilidad y no tendría esa angustiante sensación de haberse metido en problemas innecesariamente. La mayoría de las veces se arrepentía de haberles revelado la ubicación de las piezas, y por extensión, la de Munir. Podía haberlos puesto en peligro a todos, pero ya no había marcha atrás, tenía que continuar. Respiraría aliviado cuando cogieran el vuelo de vuelta a sus respectivos países.

Irine tenía la sensación de que no iban a acabar nunca, por muy rápido que iba ayudando a todos, tenía la impresión de que avanzaban poco. Solo habían desembalado, inventariado y clasificado unas treinta cajas. Levantó la cabeza desalentada; allí había cientos de ellas. El ánimo inicial que había vigorizado la

actividad del grupo estaba decayendo, era evidente para todos; pero hasta ahora nadie lo había verbalizado.

Gaspar dio una patada en el suelo, y sus compañeros, que estaban completamente concentrados en sus respectivos lugares, se giraron asustados:

—No tenemos tiempo, no tenemos suficiente tiempo. Irine, deja de apuntar como una loca todo lo que te vayan diciendo. ¡No tenemos tiempo! —repitió obsesivo— Necesitaríamos meses. Años, quizás. ¡Ojalá pudiéramos llevárnoslo todo a París!

El doctor Munir se estiró, indignado:

—¡No lo dirá en serio! Esto es patrimonio afgano. Además, se supone que no existe. No es el momento de que vea la luz. El país no está ni mucho menos estabilizado. No crea que pueden venir de fuera y quitarnos lo poco que nos queda.

Gaspar se sintió mal, le había malinterpretado:

—No pretendo robarle ni mucho menos nada al pueblo afgano, es solo que aquí, no tienen las condiciones, ni especialistas...

—Yo soy especialista, el mejor en mi campo. ¿Es usted mejor que yo porque tiene un título y una plaza en la Sorbona? Yo he arriesgado mi vida por salvar estas piezas por la historia, mientras usted veía por la tele los bombardeos en mi país.

Irine intervino como mediadora. Gaspar parecía asustado y arrepentido:

—Ni mucho menos estaba insinuando eso el doctor Bitball, créame. Le conozco bien. Solo quiere ayudar, él no es de aquí y no entiende la historia como algo del patrimonio de un país, sino como algo universal, de todos. No le malinterprete. Solo queremos ayudarle, doctor Munir.

—Está bien, perdonen también mi vehemencia —Munir miró algo más calmado a sus acompañantes—. Mil veces he tenido pesadillas por el estado de las cajas. No tengo ayuda, ni medios. Estoy solo. ¡Por supuesto que tengo remordimientos! Y encima, aislado de todos por miedo a que me descubran. Estaba solo, era el único responsable, todos salieron huyendo. Estaban seguros de que iban a morir cuando las bombas caían sobre cada barrio de esta ciudad. Es un milagro que esta casa, y su contenido, no hayan saltado por los aires o que no la descubriera en su día el Gobierno talibán. Ha sido una agonía, estaba seguro de que iba a morir.

Kipling intervino:

—Tenéis razón ambos, es mejor algo que nada —y señalando a su alrededor—. Yo diría que tenemos mucho. Es mucho lo que has salvado Munir, es increíble y estoy seguro de que pasarás a la historia por esto. Tu sacrificio no ha sido en vano, aquí están estas maravillosas piezas. Has puesto a salvo un tesoro.

Estoy haciendo fotos de las piezas con cada referencia con la cámara. Lo único que podemos hacer, si queréis, es cambiar la dinámica y seleccionar para inventariar solo lo que nos parezca más relevante.

Gaspar seguía ofuscado:

—¿Y qué es más relevante? ¿Esta figurita o esta otra? No, igual son demasiado pequeñas para ser relevantes ¿Qué criterio utilizamos, de más grande a más pequeño? Sabes bien que las piezas más pequeñas son a veces las más valiosas.

—Tienes razón, pero no lo pagues con nosotros, Gaspar —Hoover tomó las riendas de la conversación—. Empecemos por evaluar aquellas que tengan letras griegas, es decir, que contengan algún tipo de escritura. He visto en aquella caja del fondo un trozo de zócalo con una inscripción. Debemos priorizarlo, *Ai Khanoum* era una colonia griega, será la mejor prueba que tendremos de cara a nuestra vuelta. La ciudad existió, y aún quedan restos de ella, aunque no sepamos todavía lo que queda del yacimiento —el doctor Hoover miró esperanzado a Gaspar, esperaba poder animarle.

—Y cuando volvamos, ¿qué? ¿Con unas fotos no habremos conseguido nada! La mayoría de estas piezas las encontró la expedición francesa de 1965. He reconocido muchas de ellas entre las descripciones y dibujos del arqueólogo Paul Bernard. No aportamos nada nuevo, salvo decir que aún queda algo.

Irine pensó y decidió intervenir:

—Vayamos a *Ai Khanoum* —ni ella misma creía lo que acababa de decir. Pero era la solución más lógica, no sabía por qué no se le había ocurrido antes.

Todos se quedaron mirándola, incrédulos.

—¡Ni hablar, es un suicidio! Están locos —por una vez, al tímido Peter no le importó intervenir—. Nuestra obligación es analizar los datos y entregar un informe pormenorizado. Tienen que volver y presentar sus resultados, concienciar a la opinión pública de su valor. Y quizá, con todo ello, sin peligro, cuando tengamos las autorizaciones...

Gaspar intervino:

—Es verdad, ahora no tenemos las autorizaciones, ni el permiso. Es una zona muy peligrosa. Pero no sabemos si tendremos otra oportunidad para entrar en el país, no sabemos lo que pasará en Afganistán en un futuro.

—Tampoco tenemos permiso para estar aquí... Y aquí estamos —Irine los miró, desafiante— ¿Cuál es el problema? ¿Para qué hemos viajado realmente hasta aquí? ¿Para asegurarnos de si queda algo de *Ai Khanoum*? Pues para eso, lo que realmente tenemos que hacer, sin lugar de dudas, es verlo con nuestros propios ojos.

Munir les observó por primera vez con interés real, hasta ahora le habían

parecido unos petulantes historiadores acomodados.

Se hizo el silencio en el almacén.

—Debemos ir. Irine tiene razón —contestó por fin el doctor Hoover.

—¡Ni hablar, estáis locos! No voy a negar que se me ha pasado por la cabeza varias veces, muchas, desde que puse el pie en este país. Pero no voy a poner en peligro vuestras vidas. Nada lo justificaría. Nada. ¿Me entendéis? Peter tiene razón. No son las formas —dijo Gaspar.

—Mira que eres exagerado. Sigo pensando que debemos ir, Irine tiene razón —el doctor Hoover lo tenía claro.

Los cinco se enzarzaron en una acalorada discusión ante la atónita mirada del doctor Munir. Se habían acercado los unos a los otros y gesticulaban alterados, exaltados, con vehemencia, incluido Peter. Gaspar levantó la voz más de lo normal:

—Y si vamos, será sin ti doctor Hoover —le contestó Gaspar apuntándole con el dedo—. ¿Cuántos años tienes ya, aunque vayas disfrazado con chándal? Que por cierto, es ridículo. ¿Quién lleva chándal a tu edad?

El doctor Hoover se estiró digno:

—Tengo sesenta y nueve años, y a mucha honra, y el chándal es solo para viajar. ¡Ya te gustaría estar a ti igual que yo a mi edad! Me has ofendido. Todo el día aquí inventariando, agachándome para coger cajas. ¿Qué querías que me pusiera, traje como Kipling?

Kipling resopló, pero no dijo nada. Estaban todos nerviosos, especialmente Gaspar.

Irine se acercó y abrazó al doctor:

—¡Gaspar eres un bruto! No está mayor. Mírale, lleva días trabajando después de un vuelo transoceánico. ¡Si yo estoy muerta!

Munir decidió por fin intervenir:

—No en las formas, pero Gaspar tiene razón, doctor Hoover. Sería un estorbo para el viaje. Deberán atravesar el país y lo más seguro es que acaben con un tiro y en una cuneta. No podéis conseguirlo sin ayuda, habría que organizar una expedición en cuatro días, que es cuando se supone que debéis salir del país. Necesitamos transporte, víveres, armas, tiendas, linternas, cocina eléctrica.... Un equipo material y otro humano.

Todos le miraron extrañados, desde luego aquel hombre estaba deseando más que ellos mismos visitar *Ai Khanoum*.

—No os preocupéis, yo me encargaré de todo; pero necesitaremos mucho dinero. Hay que comprar a mucha gente.

—¿Podemos ir? —preguntó en voz alta Gaspar, más calmado.

Todos se miraron en silencio. Visitar el yacimiento se convertía en una

posibilidad.

—¿Vas a arriesgarte, por nosotros? —le preguntó Gaspar al doctor Munir— Nosotros formamos parte de la comunidad internacional y tenemos pasaporte extranjero. Nuestros países nos reclamarán si pasa algo, pero cuando tu Gobierno se entere de que nos has ayudado... Y no hablemos de que como los talibanes te cojan... Nadie te buscará.

Munir se levantó de una caja en la que estaba sentado y les miró con determinación, llevaba mucho tiempo esperando una oportunidad como aquella:

—No lo entendéis, llevo años sin existir, en la clandestinidad. Ya estoy mayor, mataron a mi mujer, la apedrearon en el estadio de Gazi. ¿Y sabéis por qué? Tan solo porque era médico y atendía clandestinamente a pacientes de ambos sexos en casa. Era la mejor persona que he conocido jamás, solo quería ayudar. No tuve el valor de ir a ver su ejecución pública al estadio. No pude despedirme. Soy un cobarde. Sus últimos minutos en este mundo, y no estuve a su lado —Munir suspiró, triste—. Después de cada bombardeo ella salía a la calle, por si había heridos, cuando el resto de las personas se quedaban escondidas por miedo en sus casas. Hacía todo lo posible por ellos, como si fueran su familia, sus hermanos, y no unos desconocidos. Nuestra casa era un hospital. Operaba, atendía partos... Desafió al régimen. Y era mujer. Una mujer inteligente, avanzada, que murió apedreada como en el siglo I.

¡Qué ironía! Yo ya lo he perdido casi todo en esta vida. Solo quiero ver *Ai Khanoum*. No he podido hacerlo hasta ahora; pero no os lo negaré, estaba buscando el momento propicio. Llevo a la espera años. Y ahora la situación ha mejorado con el derrocamiento del régimen talibán, gracias a la intervención de Estados Unidos. No es que me alegre de la invasión, de la guerra, de los bombardeos; pero así no podíamos seguir... Eso no era vida. Pero el país es muy inestable aún, hay muchos focos de talibanes y son impredecibles. Además, los señores de la guerra son volubles, muchos han cambiado tantas veces de bando que ya no saben siquiera a qué facción pertenecen. Quién sabe en qué lucha nos vamos a enzarzar en los próximos años, o qué otras guerras nos deparará el futuro. Es mi oportunidad.

Se miraron los unos a los otros. No hacía falta decir más, Munir los había convencido. Estaba decidido.

—Todos no podemos ir —dijo apesadumbrado el doctor Kipling—. Resulta ridículo que todos desaparezcamos. Debemos organizarlo bien. Yo volveré con Peter, para daros una coartada y por si pasa algo. Además, así puedo cumplir con nuestro trabajo, presentando el informe.

—Menos mal —suspiró aliviado Peter.

Se pusieron de inmediato con los preparativos. El doctor Munir se encargaría de la expedición en sí, del avituallamiento y de contratar a las personas adecuadas. Ellos poco podían hacer, salvo poner dinero:

—Yo aportaré todos mis ahorros, que no os voy a engañar, no dan ni para una cena en un restaurante —confesaba Munir con una mirada alentadora al grupo—. Necesito todo lo que me podáis dar, cuanto más dinero tengamos, más personas e infraestructura podremos comprar, menos riesgo correremos y más terreno podremos abarcar.

—Yo, la verdad, tengo solo como unos seiscientos francos... —intervino Irine entristecida y avergonzada. Irine seguía pensando en francos, aunque acababa de entrar en vigor el euro, no conseguía quitarse la costumbre.

Gaspar negó y gesticuló con la cabeza:

—Solo faltaba, Irine. Eres mi asistente, ni en broma voy a dejar que te gastes nada. Yo pagaré todo lo que haga falta, pediré a mi banco un giro de 15.000 euros, ¿será suficiente?

Munir e Irine abrieron mucho los ojos.

—Yo pondré lo mismo que tú, Gaspar —añadió Kipling.

—Eso es injusto; no vas a venir, me sabe mal.

—Yo estoy involucrado desde el principio, de la misma forma que vosotros. Aunque no vaya a ir, participo en la misma forma. ¿Qué creías que ibais a descubrir algo y llevaros todo el mérito? —sonrió Kipling.

—No, por supuesto que no, James, formas parte del grupo en igualdad. Cuanto más dinero reunamos, como dice Munir, mucho mejor.

Gaspar continuó:

—Munir tú sabes todo lo que se necesita para una expedición de reconocimiento de terreno. No voy a llegar hasta allí solo para mirar. Quiero instrumentos de medida, de topografía y todo el material de campo que puedas encontrar. Quiero recoger muestras de los diferentes niveles.

—Bueno, no sé entonces si será suficiente... Intentaré ver qué podemos hacer y en tan poco tiempo. Creo que sé quién puede facilitarnos ese material. Conozco a la persona indicada.

El doctor Hoover lanzó un pesado fajo de dólares atado con una pinza dorada encima de la mesa:

—Aquí tenéis más.

Gaspar miró incrédulo el dinero que había en la mesa:

—¿Pero estás loco? ¿Cómo diablos llevas tanto dinero encima?

—No me fío de los bancos y no me gusta dejarlo en casa, así que me lo repartí entre mis ropas y pertenencias. Llevo hasta en los calcetines...

Irine no pudo evitar reír a carcajada limpia, y todos la siguieron.

Munir hizo cálculos mentales, jamás había visto tanto dinero, desde luego era una oportunidad única. Él solo jamás habría conseguido ni una vigésima parte de ese dinero, ni jamás habría podido organizar el viaje a *Ai Khanoum*. Que aquellos extranjeros se hubieran cruzado en su camino había sido una bendición. Tantos años enclaustrado, pensado que iba a morir o que la casa estallaría en pedazos, la muerte de su mujer... Todo aquello le había hecho creer firmemente que nada bueno podía depararle ya el futuro. Sin embargo no era así, ahora tenía una oportunidad. Se sentía otra vez vivo, despierto, como si hubiera salido de un periodo de hibernación.

Trazaron un plan. Kipling, junto con la ayuda del profesor Hoover, les serviría de coartada: el día de su partida, dirían que Gaspar e Irine estaban enfermos con diarrea y vómitos causados por un agresivo virus muy contagioso. Eso alejaría a todo el mundo de sus respectivas habitaciones, quizás así lograrían que retrasasen su partida un día o dos. Les darían sus respectivas llaves de las habitaciones y, o bien el profesor Hoover, Peter o Kipling, según como se desarrollaran los acontecimientos, simularían que hablaban y consultaban con ellos. Eran un plan muy simple, pero muy fácil de llevar a cabo y resultaba verosímil, ya que era algo que solía pasarle a la mayoría de los turistas cuando viajaban. Nadie tendría razones para sospechar de ellos.

El doctor Kipling y Hoover viajarían hasta Inglaterra, donde presentarían las conclusiones del viaje a sus colegas y enviarían el informe a *monsieur* Mayeul, que era el encargado de organizar la comisión.

—Había pensado hacer una presentación visual, con las fotos del inventario. Tendremos que prepararlo todo bien, para que quede espectacular, quizás consigamos así un poco la atención de la prensa —dijo Kipling.

Peter tomaba notas de todo lo que iban señalando.

—Estaría bien. Si bien no hemos hecho por ahora ningún descubrimiento significativo, bien vale algún titular de prensa del descubrimiento de las piedras. Cuanta más publicidad le demos al asunto mejor —puntualizó Gaspar—. A mi llegada podremos exponer los resultados de la visita a *Ai Khanoum*, para bien o para mal, así que no estaría mal que empezaseis a crear alarma social sobre ello. Si no queda nada, como mínimo debería sentirse la indignación de la comunidad científica, historiadores y conservadores. Será justo revivir *Ai Khanoum* aunque solo sea para eso. Sí —Gaspar hizo una pausa visiblemente emocionado—, y ojalá sea así, que el yacimiento estuviera intacto. Deberíamos darle toda la publicidad posible, quizás con algún tipo de descubrimiento, para que nos dejen volver con permisos y con una gran expedición organizada.

—Gaspar, eso no creo que vaya a pasar. Aunque quedara algo del



yacimiento, que intacto te aseguro ya que no está, no tendrás ninguna oportunidad más como esta de tocar *Ai Khanoum*. No se vería con buenos ojos que extranjeros vinieran a desenterrar nuestra historia, además de tener ocupado ya nuestro país. Es un conflicto innecesario, que no tiene cabida en nuestra situación política actual; sencillamente porque a nadie en este país le importa ya ese lugar.

Dos hombres sentados en el interior de un viejo coche blanco vigilaban a los extranjeros. Su misión inicial había sido vigilar los movimientos de la coalición internacional, como simple medida preventiva, pasando desapercibidos. Se organizaban en pequeños grupos y controlaban los movimientos de las fuerzas internacionales en el país, todo ello de forma discreta, sin realizar tampoco una labor de investigación profunda.

El régimen talibán veía como una afrenta la intervención internacional y la deposición de su régimen. Creían que los habían derrotado, pero no era así. Faltaba poco para recuperar el país, solo había que expulsar a los entrometidos extranjeros. La ley Sharia se restablecería, no podía ser de otra forma. Pero para ello debían organizarse en la clandestinidad de Kabul, sin ser descubiertos. Ellos recuperarían la ciudad para la causa, poco a poco desde dentro, fomentando el descontento hacía los gobiernos extranjeros invasores. Hombres sin fe, sin valores. Era cuestión de pocos meses que pudieran crear las suficientes fisuras y malestar social. Conseguirían echarles del país.

—Hadi, estos extranjeros efectivamente planean algo, has hecho bien en informar. Se ocultan, no están teniendo un comportamiento normal. ¿Qué estaban haciendo exactamente en el país?

Hadi hizo memoria:

—Son una coalición internacional, algo así como observadores, para ver que queda de nuestro tesoro arqueológico.

Ghalib, un hombre con un turbante negro y con unas cejas muy pobladas, se sintió indignado:

—¡Entrometidos! ¿Y a ellos qué les importa? Como siempre le darán la vuelta a la tortilla y nosotros seremos los malos, los responsables de todo lo negativo que pase. Es nuestro tesoro, la historia afgana. Solo nosotros tenemos derechos sobre ella. Una historia de invasores infieles, una invasión tras otra, desde tiempos inmemorables.

—Sí, Ghalib —asintió el joven mecánicamente, sin saber muy bien de lo que hablaba su superior.

Ghalib era el supervisor de todos los grupos de vigilancia de Kabul. Era

muy poderoso. Todos le temían.

—Quiero que los vigiléis de cerca, están tramando algo. Conozco bien a este tipo de personas, sin Allah, sin principios. Deberían estar en el hotel o comprando libros, no aquí, viniendo cada día a una casa oculta, apartada. Seguro que hay una razón para ello. Engañan al propio Gobierno que les ha traído aquí, que les está ayudando. Este Gobierno de títeres no durará mucho como siga así, gracias al Profeta, los talibanes volveremos a gobernar Kabul. Es solo cuestión de días. Volveremos a controlarlo todo.

Ghalib se despidió de Hadi con un simple movimiento de cabeza y salió del destartalado coche, faltaba poco para una de las cinco oraciones *namaz* diarias y quería llegar a tiempo al piso que les servía de cuartel. Le gustaba rezar en la intimidad, su concentración en las palabras sagradas era mucho mayor sin interferencias. Anduvo apresurado y enfadado. Esos extranjeros eran una afrenta, su intuición pocas veces le fallaba, algo planeaban y él no iba a dejar que se salieran con la suya. Después del rezo, tendría que ir a hacer unas llamadas y ver si podían facilitarle más información. Tenían que andarse con pies de plomo, en cualquier momento, su red clandestina podía caer. La ciudad estaba sitiada por los ejércitos extranjeros, y por eso, debían de pasar lo más desapercibidos posible, o acabarían encerrados, o peor, torturados a cambio de información. Los americanos harían cualquier cosa a cambio de cualquier información que les pudiera llevar a conocer más sobre la red de información de los terroristas yihadistas de Al Qaeda. Se creían los dueños del mundo, a pesar del golpe recibido, y que podían derrocar y empobrecer a los gobiernos árabes. Ellos, parapetados en sus aliados lameculos, se movían por actos inmorales: fornicación, homosexualidad, drogadicción, ludopatía, usura... No tenían ningún derecho a creerse dueños del mundo.

## Capítulo séptimo



Esa tarde, Irine, Gaspar y el profesor Hoover salieron a pasear por el bullicioso bazar de Kabul. Peter y el doctor Kipling seguían trabajando a destajo en las piezas de *Ai Khanoum*, intentando seleccionar aquellas que debían destacar en el informe.

Munir les había mencionado esa mañana que todavía se vendían clandestinamente algunas piezas de *Ai Khanoum* en el bazar y, como ya no tendrían más tardes libres, habían decidido investigar si aquello era cierto, y si lo era, comprar algunas de ellas.

Munir les había señalado en un mapa en bolígrafo azul varios establecimientos donde posiblemente se venderían piezas procedentes del yacimiento. Les había indicado que creía que si realmente quedaba alguna pieza que se cotizara en el mercado negro sería en un establecimiento de gran reputación que había en el centro de la calle. Aun así, el doctor Hoover insistía en visitar personalmente cada uno de los otros lugares marcados; no podía soportar que se estuvieran vendiendo piezas de forma ilegal. Iba buscando monedas; su gran afición desde niño había sido la numismática y, con el tiempo, se convirtió en uno de los mayores expertos en monedas de civilizaciones antiguas. Por sus manos, como perito especializado en su datación, habían pasado miles de ellas. Era un tema recurrente que le había unido a Gaspar en estos dos últimos años. El doctor Hoover estaba al tanto de las búsquedas llevadas por Gaspar desde París para buscar piezas en el mercado negro y ambos se habían ayudado mutuamente.

—Doctor Hoover, no servirá de nada, habrá cientos de monedas... —le decía por el camino Gaspar no muy convencido.

Le sabía mal haber dejado al doctor Kipling y a Peter trabajando, pero por otro lado reconocía que le hacía falta salir y dar un paseo. Habían tenido demasiada tensión aquellos días y cambiar de ritmo, era de agradecer.

—Mejor si hay muchas. Pienso comprarlas todas.

Irine y Gaspar rieron. Gaspar intervino:

—Pues a ver cómo te las ingenias para meterlas en el avión sin que te

detengan.

—Pues compraré las pequeñas, haré lo que pueda. Para empezar quiero todas las monedas que pueda comprar que tengan el torso de algún dios o del rey Eucrátides I.

—Está bien —le tranquilizó Gaspar—, no te preocupes. Vamos a pelearnos por las mejores piezas.

Irine tuvo que esforzarse mucho aquella tarde, los vendedores querían endosarles relojes y telas a cada paso que daban y ella tenía la mente en otra parte; tenía que ir a visitar a su tío antes de partir y eso no le dejaba mucho margen de actuación. O iba a la mañana siguiente, o tenía que dejarlo pasar. Estaba tentada, no era algo que le apeteciera hacer, por eso lo había pospuesto hasta el último minuto; pero se lo había prometido a su madre. Tenía que ir, y aún no sabía cómo hacerlo.

En cuanto corrió la voz de que buscaban piezas de *Ai Khanoum* por las calles del bazar, la noticia pasó de un vendedor a otro y casi todos a su paso tenían algo que venderles asegurando que procedía del mismísimo yacimiento de *Ai Khanoum*.

—Deben de tener un sistema de comunicación entre ellos, de lo más eficaz —constató el doctor Hoover con admiración—. Sin duda alguna son buenos comerciantes, excepcionales diría yo.

Gaspar y el doctor Hoover examinaron las piezas que les iban mostrando, todas, sin excepción, resultaron un timo y las desecharon sin dudar.

Los vendedores les miraban con extrañeza, acostumbrados a colar cualquier venta a los turistas por muy resabiados que fueran. Corrió la voz de que eran expertos y cuando llegaron a la tienda especializada que les había recomendado Munir, ya les estaban esperando con el género extendido sobre una gran mesa alargada de cristal que servía de vitrina de exposición al público. Como bien había señalado Munir, por lo que podían ver sobre la vitrina, era ahí donde realmente se vendían piezas de valor, aquella era una verdadera tienda de antigüedades. Y por lo que les había contado, la más reputada de la ciudad.

Irine se pasó la tarde resoplando y regateando. No era una tarea grata. Era obvio que a aquellos vendedores no les complacía regatear con una mujer. Lo veía en sus miradas. La miraban con recelo, preguntándose qué hacía una mujer como ella allí, sola, con dos hombres de los cuales ninguno era su marido. Irine recalca sus palabras en francés al hablar con sus compañeros, para que no quedara duda de su origen francés a pesar de su buen farsi. Incluso cometió a propósito alguna falta al hablar y potenció su acento francés. No quería tener miedo, pero otra vez no podía evitarlo. Se aseguró de llevar el pelo bien recogido y tapado por el pañuelo. Aun así, cuando hizo el gesto para tocarse el pelo, vio la

mirada que se lanzaban entre los dos hombres de la tienda. Odiaba saber lo que estaban pensando. Se sintió ofendida y levantó la cara para mirarlos fijamente, a sabiendas de que era un suicidio. Los hombres apartaron rápidamente la mirada.

Gaspar y el doctor, completamente ajenos a la situación, ya que nada entendían de farsi, salieron contentos y satisfechos con la sensación de haber gastado bien su dinero. Irine sabía que no era así, que el regateo no había ido bien debido a que aquellos hombres tenían demasiados prejuicios. Les habían vendido las piezas como mínimo por el doble del valor hasta el cual podían haber llegado, pero no había podido hacer más, lo había intentado y no había sido precisamente una situación grata. Pero daba igual, porque sus compañeros estaban entusiasmados. Eran como niños en Disneyland. Gaspar sujetaba con una sonrisa en los labios una preciosa figurita que le parecía haber reconocido del inventario del doctor Bernard. El doctor Hoover había comprado todas las monedas que pudo, más de veinte en total y llevaba bien cogida, como si fuera un tesoro de incalculable valor, una de ellas en la palma de la mano. Era una moneda única y en muy buen estado que llevaba impreso un dios sentado que parecía Zeus.

—No me lo puedo creer, llevaba años detrás de una igual. Y aquí la tengo, en la palma de mi mano. ¡Menos mal que hemos venido!

En la cena del hotel, la enseñó orgulloso a todos.

—Mira James, parece Zeus sentado, pero esos rayos... Fíjate bien.

El doctor Kipling analizó la moneda y se la pasó a Peter y a Gaspar que frunció el ceño al examinarla:

—Sí, parece Zeus, por la ropa y por la pose; pero efectivamente, esos rayos... No es una representación habitual del dios Zeus. Me recuerda a algo, me es familiar... Espera que haga memoria, esto lo he visto antes.

El doctor Hoover emocionado no le dejó acabar.

—Sí, los rayos saliendo de la cabeza, como una especie de sol, son propios del dios Mitra, el dios persa coronado de luz.

Gaspar acercó la moneda a una lámpara encendida y se la mostró a Irine:

—Sí, es fascinante. Fíjate bien, el doctor Hoover tiene razón. Es una moneda única, de gran valor.

Irine intervino algo insegura, con aquellos dos hombres se sentía algo inculta:

—¿Es Zeus o Mitra? Igual no sabemos tanto de *Ai Khanoum* como creemos.

—Son ambos —contestó Gaspar—, los griegos eran muy tolerantes con las formas religiosas y debieron de añadirle los rasgos del dios persa, para los ciudadanos locales que creían en Mitra.

—Es fantástico. Ojalá todas las culturas tuvieran esa tolerancia religiosa...

—Irine miró entristecida a su alrededor. Afganistán, desde luego, no era un ejemplo de tolerancia.

El doctor Hoover y Gaspar se miraron preocupados.

—Desgraciadamente, pasan a la historia los actos de intolerancia y el racismo, pero ha habido muchas culturas y civilizaciones muy tolerantes que, o asimilaban otra cultura fácilmente, o la modificaban, para que otros se sintieran parte de ella. Ya sé que estás sufriendo aquí, en Afganistán —el doctor Hoover miró a Irine con afecto—. No está todo dicho, Afganistán avanza, seguro que será en el camino correcto.

Irine sonrió con tristeza. Y Gaspar no pudo evitar cogerle un segundo la mano por encima de la mesa, en un gesto de apoyo que inmediatamente reconfortó a Irine. Ella sonrió a Gaspar. Había que ver lo que había cambiado con aquel viaje, no era que en un principio no le gustara, porque le había parecido atractivo ya entonces, pero en París era como si le faltara algo, como una chispa de vida. Ahora no había rastro de su inseguridad, ni de sus miedos. Al contrario, le apretaba la mano sin timidez, con cariño y confianza. Pensó con una punzada de tristeza, que podía ser que ahora la viera solo como una amiga a la que proteger, y eso, por algún motivo que no llegaba a entender, le disgustó.

Recordó con una chispa en los ojos el momento que se conocieron en París y Gaspar se había sentido aturdido por su pelo. Ella lo había notado al instante, su turbación, sus ojos abiertos con curiosidad y la forma de bajar la mirada al suelo, como avergonzado. Como estaban en un hotel internacional decidió volver a probar su turbación. Se soltó el cabello, y lo dejó caer, voluminoso, sobre sus hombros, hacía un lado y luego hacía el otro, para ver su reacción. Gaspar, que seguía enzarzado en la misma tertulia de antes con sus compañeros, discutiendo sobre el dios Mitra, la miró intensamente, como hechizado. Irine sonrió para sí misma pero le sobrevino el recuerdo de la promesa que le había hecho a su madre. Ya no podía retrasarlo más, tenía que hacer la visita a su tío antes de salir de Kabul. No se había decidido todavía porque no quería ir sola y no sabía cómo proponérselo a Gaspar sin entrar en muchos detalles. Los acontecimientos habían precipitado que se decidiera, por fin, a llegar hasta la dirección que tenía escrita en el papel y contentar a su madre. No podía fallar y volver sin haber cumplido el encargo. Era cierto que había dudado mucho, hubiera preferido no ir. El tiempo corría en su contra, así que esa misma mañana, en el desayuno lo dejó caer como si no tuviera importancia:

—Gaspar, antes de ir a la casa de Munir, tengo que hacer un favor a mi madre —disimuló removiéndolo el café distraídamente y evitando el contacto de su mirada—. Tengo que ir a visitar a un pariente.

—Sí, claro. ¿Está muy lejos? —Gaspar no le dio mucha importancia, la

familia de Irine era de ese país, era lógico.

—He preguntado en la recepción y me han dicho que la dirección está algo apartada, en el suroeste de la ciudad. El recepcionista me ha dicho que lo mejor es que vayamos y volvamos en el mismo taxi —Irine levantó la vista y materializó su mejor y más cautivadora sonrisa. No iría si Gaspar no la acompañaba.

—Muy bien —accedió Gaspar mientras untaba su tostada con queso.

—El recepcionista se ha encargado de todo, en media hora estará aquí el taxista, es un hombre de confianza que suele llevar a los huéspedes del hotel. Será un momento, ida y vuelta. No tardaremos mucho.

Gaspar la miró fijamente. ¿Media hora? ¿Todo planificado? Aquella visita debía de ser muy importante para ella.

—¿Y en qué consiste el favor a tu madre? —intentó indagar.

Tenía la sensación de que Irine estaba bloqueada, algo no encajaba. Gaspar miró el plato de comida intacto. Irine no había probado bocado en el desayuno y eso que, normalmente, era la comida del día en la que tenía más apetito.

Irine se puso más seria, confirmando sus sospechas. Tardó un minuto en responder, mientras ponía orden en sus pensamientos. Seguía removiendo la taza. Intentó ser lo más sincera posible:

—Nada, es un asunto familiar. No es importante. Tengo que visitar al hermano de mi madre y entregarle una carta suya.

—¿El hermano de tu madre? Tu tío, ¿no?

—Sí, claro, mi tío, es lo mismo.

—No me habías hablado de él.

—No tiene mayor importancia, no lo conozco de nada. Lo hago únicamente por mi madre, he estado retrasando la visita simplemente por falta de interés. No me apetece mucho, francamente, presentarme en casa de un desconocido, por muy tío mío que sea. Créeme, si pudiera deshacerme del compromiso, lo haría, pero se lo he prometido.

—No te preocupes, vamos, yo te acompaño. Cumples con tu peliaguda misión y estamos de vuelta enseguida.

Era obvio que aunque Irine le quitaba hierro al asunto era algo importante para ella, un asunto delicado. Estaba encantado de que confiara en él y pudiera ayudarla. Tenía que reconfortarla y darle seguridad.

Afortunadamente, el recepcionista se había encargado de todo; ellos jamás habrían llegado a encontrar aquel pequeño edificio perdido en la ciudad de Kabul. En aquella zona de la ciudad las construcciones se apiñaban unas sobre las otras, sin apenas dejar espacio, creando una sensación de sobrepoblación, desorganización y pobreza. Varias familias parecían vivir en el minúsculo

estrecho edificio de dos pisos que en sus primeros días debía de haber sido blanco, pero que ahora tenía color café con leche con nata incluida, en opinión de Gaspar. A Irine la comparación le pareció muy acertada, ya que la nata correspondería a las pocas zonas que quedaban en blanco, y el café, a la suciedad acumulada por los años.

Irine entró decidida en el portal, seguida por Gaspar. Cuanto antes acabara con aquel asunto, mejor. Se arrepentía de haberle prometido a su madre que entregaría aquella carta a su hermano. Por un momento, pensó que lo mejor sería dejar la carta en los buzones y salir huyendo, pero sabía que aquello solo le provocaría remordimientos de conciencia el resto de su vida. Ya tenía suficientes temores con el inminente viaje al norte del país, fugándose de las autoridades de Kabul. Ya era una situación lo suficientemente surrealista por sí misma. Irine se detuvo antes de subir las escaleras.

—Gaspar, prefiero que no subas, espérame aquí.

—¿Estás segura?

Irine miró la destartada escalera y dudó. No, no estaba segura, pero era lo mejor. Era un asunto de familia, algo personal de su madre, no podía involucrarle en algo así.

—Sí, no te preocupes, es la primera puerta del primer piso. Tardaré poco. El corazón le palpitaba tan rápido que tuvo que pararse a inspirar y expirar con calma antes de llamar al timbre. No tenía por qué pasar nada malo, su tío había cuidado de su madre y había permitido que se casara con su padre. Prejuizar no convertía las cosas en reales. Solo la realidad, los actos y las palabras lo hacían. Cogió fuerzas y llamó a la puerta con el puño de la mano.

Un hombre mayor, delgado y con una larga barba apareció ante ella. Su mirada era severa.

—¿Sí?

—Buenos días, ¿qué tal está usted? —decidió saludar con formalidad.

El hombre gruñó:

—Bien, gracias a Allah. ¿Y usted?

—Muy bien, doy las gracias a Dios. Busco a Jalil, el hermano de Zuleima, mi querida madre.

El hombre abrió mucho los ojos por la sorpresa y le lanzó una mirada desaprobadora después de analizarla de arriba abajo. Irine iba vestida al estilo occidental, con unos pantalones beis, camisa y una rebeca. Gracias a Dios llevaba puesto un pañuelo oscuro sobre la cabeza, aunque ahora que lo pensaba quizá no debería haberse maquillado. O sí. ¿Quién era aquel hombre para condicionar su imagen?

—Puedes entrar a mi casa.



Irine sintió mucho miedo cuando la puerta que daba a la calle se cerró con un portazo tras ella. A lo mejor eran imaginaciones suyas, pero le pareció que su tío la había cerrado con más fuerza de la necesaria.

No sabía nada de aquel hombre, lo mismo podía ser un simpatizante del Mulá Omar que un asesino en serie. Se tranquilizó al ver a una joven que se levantaba del suelo a saludarla. Debía de ser su hija, una prima suya, por su aspecto era unos años más pequeña que ella.

—Te presento a mi mujer, Amara.

Irine lo miró a la cara con incredulidad. Pobre chiquilla. Por un segundo le pareció ver algo de vergüenza en la cara de Jalil.

—Es mi segunda mujer. La primera murió hace más de diez años, de unas fiebres.

—Lo siento mucho —no quería entrar en conflicto ni juzgar a su tío, no debía de haber tenido una vida fácil.

La pequeña estancia cuadrada era todo lo que había en el piso. Irine buscó alguna puerta con la mirada, pero no había. En una de las esquinas del fondo había un hornillo y una mesa con comida. Aquella minúscula estancia era dormitorio, salón y cocina. No vio ningún aseo y supuso que habría uno de uso común en el edificio. Eso, o a la antigua usanza, con cubos.

—Prepararé una infusión —la joven mujer se alejó aparentemente aliviada por tener algo que hacer.

Jalil la miraba con intensidad. Irine decidió ir al grano y salir cuanto antes de allí, tanto silencio incómodo se le estaba haciendo eterno. Rebuscó nerviosa en su mochila.

—Mi madre me ha pedido que le entregue esta carta. Y que le traslade su afecto.

El hombre levantó las pobladas cejas y de un manotazo le arrebató la carta. Irine retrocedió ante la violencia del movimiento.

Jalil leyó con rabia la carta y, al acabar se giró indignado hacía Irine. La fría mirada que le lanzó provocó su alarma. Aquello no iba a salir bien, no era un reencuentro familiar. Se había visto inmersa más bien en una guerra civil familiar. Tenía que haber aceptado que Gaspar subiera, había sido una inconsciente al hacerlo sola.

—Veo que habéis adoptado las costumbres extranjeras. Os habéis, ¿cómo lo llaman? ¿Occidentalizado? No esperaba menos de mi ingrata hermana.

Irine se sintió ofendida:

—Mi madre es afgana y te alegrará saber que no ha renegado de sus costumbres, al contrario. Yo soy francesa, europea y tengo mi propia cultura que usted ha de respetar. Si he venido ha sido por mi madre, porque sigue pensando

cada día en su querido hermano y quiere ayudarle.

—¿Respeto? ¿Respeto? —Jalil había subido tanto el tono de voz que chillaba dando grandes zancadas hacía ella—. Vosotros no tenéis respeto por nadie, no sabéis lo que es el respeto, la entrega y la obediencia. Carecéis de valores. Y tu madre, tu madre...

Se había acercado tanto que podía notar como gotas de su saliva impactaban en su cara. Retrocedió hasta que no pudo hacerlo, tenía una pared detrás. Pensó con desesperación que iba a liarse a golpes con ella.

—Tu madre era una niña caprichosa. Yo tuve que trabajar día y noche para sacarla adelante. Yo estaba solo y tuve que hacerme cargo de todo, sin más opciones en la vida. ¿Y qué es lo que recibí a cambio de mi dedicación? Ingratitud, malos modales... Tu madre siempre ha hecho lo que ha querido sin pensar en los demás. Se ha creído por encima de todos los mortales. Yo era su tutor, su deber era obedecerme, respetarme. Y acabó engatusándome. Fui débil, lo reconozco, pero eso no ha vuelto a pasar.

Irine miró de reojo a la joven mujer que se había quedado paralizada, dándoles la espalda. A saber las palizas que había recibido de aquel desgraciado corroído por el amargor.

Irine cogió con fuerzas lo único que tenía a mano, su bolso, por si tenía que liarse a golpes con él. Sabía demasiado de aquellas situaciones, que resultaban habituales en aquel mundo. Pero ella no pertenecía a aquel mundo, por mucho que últimamente lo pareciera. Se defendería, chillaría para que Gaspar la oyera.

A Jalil el gesto de Irine no le pasó desapercibido, se obligó a calmarse y reculó sobre sus pasos.

Ahora habló con tristeza:

—Tu madre me humilló, me llenó de vergüenza ante todos nuestros amigos, familiares y ante toda nuestra comunidad. Tú jamás entenderás lo que eso supone. La lacra que he tenido que soportar durante años. Mira donde vivo... Vete, hace tiempo que Zuleima no es mi hermana.

Pronunció el nombre de su madre con pesar y tristeza. Unas lágrimas se resbalaron por sus ojos:

—Zuleima es igual que nuestra madre. Igual, solo que yo no tuve el valor de actuar con rectitud. Mi madre Halima fue un deshonor y su hija, más de lo mismo. ¡Vete ya! No quiero que mi buena esposa se contagie de vuestra promiscuidad, te presentas en casa de un hombre, sola, perfumada, ligera de ropa y llena de maquillaje... Y ese pelo... ¡Sois indecentes! Menos mal que soy un buen hombre, cualquier cosa te podría haber pasado, por tu culpa, por tu provocación.

Irine no se lo pensó dos veces y salió por donde había venido con lágrimas

en los ojos. El corazón iba a estallarle, nunca había sentido tanto miedo en su vida como al sentir la violencia que rezumaba su tío.

Nada más bajar se lanzó llorando y muerta de miedo en los brazos de Gaspar.

—¿Qué ha pasado, Irine? Tenía que haber subido contigo... —Gaspar la apartó para comprobar que no le había pasado nada. La pobrecita estaba temblando, así que la volvió a estrechar entre sus brazos.

—Vámonos Gaspar, por favor, cuanto más lejos mejor. Vámonos. Mi tío ha resultado ser una persona horrible —Irine lloraba desconsolada.

Gaspar apretó sus dientes, enfadado y se dispuso a subir las escaleras para cruzar unas palabras con aquel hombre y enseñarle modales.

—No, no ha pasado nada, de verdad. Ha sido muy desagradable, eso es todo, no subas, te lo pido por favor. Solo quiero irme al hotel.

Gaspar dudó. No podía soportar que la hubieran tratado mal.

—Por favor, no vuelvas a dejarme sola, he pasado muchísimo miedo allí arriba. Además, ese hombre no merece la pena. No lo va a entender. He visto el amargor en sus ojos y la furia contenida.

No hizo falta que dijera más, Gaspar volvió a bajar con pesar los pocos escalones que había subido y la cogió por los hombros en dirección al taxi. No iba a dejarla sola.

## Capítulo octavo



El doctor Hoover bajó tranquilamente a recepción, haciéndose el despistado. Se consideraba un buen actor y estaba ilusionado con interpretar el papel de su vida. El doctor Kipling y él habían discutido por el papel. Ambos querían hacerlo, así que finalmente se lo habían jugado a cara o cruz con la moneda de *Ai Khanoum*. Como no podía ser de otra forma, su moneda había jugado en su favor.

Un joven sudoroso le esperaba junto a su guía, Farukh. Por deseo expreso de Munir, Farukh no sabía nada de la inminente expedición a *Ai Khanoum*. El doctor Kipling y Peter esperaban distraídos juntos con sus maletas en el vestíbulo del hotel en aparente estado de calma y desinterés. James Kipling leía un libro sentado en un sofá, mientras que su asistente estaba de pie, vigilando el equipaje.

—Ves, no pasa nada, ahí está el doctor Hoover —le señaló Farukh al joven guía.

—Llega usted quince minutos tarde, doctor Hoover, no llegaremos a tiempo al aeropuerto. Por favor, sus otros compañeros les están esperando.

—Pues no pasa nada. Ya me tiene aquí. No ha sido para tanto.

—Todavía faltan dos compañeros suyos —el joven guía miró a Farukh, para que corroborará la situación.

—Faltan el doctor Bitball y la señorita Irine.

El doctor se limitó a levantar los hombros, como si la cosa no fuera con él y se dirigió hacia Peter y James.

—Buenos días a todo el mundo.

Y los tres se enfrascaron en una conversación trivial sobre el viaje, el tiempo y los vuelos.

El joven guía se dirigió a la recepción y volvió a pedir que avisaran a las dos últimas personas de la lista que faltaban por bajar. Después de unos segundos marcando y esperando, el recepcionista le hizo un gesto negativo. No cogían el teléfono. Era muy extraño. El joven volvió a mirar impaciente el reloj y seguidamente su lista.

—Farukh, ¿estás seguro de que les dijiste bien la hora de salida, no? Unos minutos más y no llegaremos a tiempo.

—Sí, no entiendo como no han bajado ya, deberían estar aquí. Siempre han sido puntuales.

Farukh estaba tan sorprendido como su compañero. Esperaba por su bien que no hubiera ningún percance y que no saliera a la luz el asunto de las piedras escondidas de *Ai Khanoum*, fácilmente podrían averiguar que había sido él quién les había conducido hasta ellas.

—¿Alguien sabe dónde están el señor Bitball y la señorita Manzur? — gritaba desesperado, Omar, el joven guía.

El doctor Kipling intervino sonriente:

—¡Ayer mismo cené con ellos! ¡Pero qué bien cenamos en este hotel!

—Muy bien, señor; pero ¿dónde están?

—No sé, quedamos en encontrarnos aquí mismo, en el vestíbulo. Deberían haber bajado ya, ¿verdad, doctor Hoover?

—Sí, es cierto. El joven se acercó a ellos, aliviado de tener al menos noticias.

—¿Puede llamarles o localizarles de algún modo? Vamos a perder el avión.

—Sí, naturalmente, guárdenme las maletas, tengo la confianza suficiente para ir a buscarles a sus habitaciones. No se preocupe de nada —le tranquilizó Hoover.

El joven sonrió agradecido.

A los quince minutos, el doctor Hoover volvió a bajar, sin prisa, con la misma tranquilidad que la primera vez, para gran exasperación del joven Omar. Se suponía que aquello iba a ser un trabajo facilísimo, sin peligro alguno: recoger a unos turistas en el hotel, subirlos a la furgoneta y embarcarlos.

—Me temo que están indispuestos, no van a poder volar hoy, debe de ser un virus...

El joven le miró alarmado:

—¿Qué les pasa? ¡Están enfermos! Vaya contratiempo. ¡Farukh! ¿Subes tú que tienes más confianza? Tienen que coger el avión.

Farukh no llegó a contestar, estaba confundido, aquella historia no cuadraba mucho, pero tenía que intentar aparentar normalidad con el otro guía. Estaba seguro que detrás de todo aquello estaban las piedras y podrían relacionarle rápidamente con todo ello.

El doctor Hoover, intuyendo el azoramiento de Farukh, contestó por él:

—No les recomiendo subir a ninguno. Es un virus de estómago, no paran de vomitar y tienen diarrea. He entrado en las dos habitaciones y no sé cuál olía peor... La de la mujer tenía toda la moqueta vomitada... —esto último lo dijo en

un susurro, para intentar darle más efectividad.

El joven guía resopló y el doctor Kipling se apresuró en ofrecerle una solución que satisficiera a todos:

—No pasa nada, que cojan un próximo vuelo pasado mañana, que hagan otra combinación si hace falta para llegar a su país. París es una ciudad de conexiones internacionales. No es el fin del mundo, llame a su enlace de la organización y que les reserven el próximo vuelo. Total, ¿qué son, dos días?

El joven Omar hizo una mueca, igual aquel amable señor tenía razón y no era para tanto. Llamaría a su jefe y este se lo comunicaría a su superior.

—Farukh, ¿tú qué opinas? —le preguntó en farsi, para que los turistas no lo entendieran.

Farukh miró a los tres extranjeros, que ahora le miraban expectantes, sabía que aquello estaba mal y que podía tener problemas, pero decidió seguirles el juego:

—No creo que pase nada. Llama a tu jefe y yo pondré sobre aviso a los míos.

Antes de partir, el guía del aeropuerto deslizó una notita bajo la puerta de las dos habitaciones.

—Les recogeré pasado mañana a las 9:00 a.m. Recupérense, si necesitan algo en recepción se lo facilitarán. Beban mucho líquido. Si necesitan un médico, avisen al hotel.

El doctor Hoover sintió un vacío al llegar al aeropuerto. No quería coger ese vuelo, no estaba tan mayor, no señor. Quería quedarse con sus amigos y ver *Ai Khanoum* con sus propios ojos. No quería perderse la aventura. Ante la incertidumbre, sintió un retortijón en el vientre y decidió aprovecharlo, tosiendo y provocándose arcadas hasta vomitó en la furgoneta salpicando al joven guía.

—No puedo continuar, que mal me encuentro... —arcada— será mejor que me devuelvan al hotel.

Omar no daba crédito a lo que le estaba pasando ese día. Dos veces, además.

—No puede ser, si ya estamos aquí, en el aeropuerto... Es mejor que embarque.

—No puedo subir a un avión, ¿no lo ve? —y comenzó a toser con exageración— Estoy mayor, necesitaré una cama y muchos líquidos. Es imposible que haga vuelo transoceánico en estas condiciones y, menos aún, que pueda coger mi vuelo de enlace a Estados Unidos.

El guía, rozando el histerismo habló con el conductor en farsi.

El doctor Hoover intentaba no sonreír con su travesura. Se giró hacia las

filas traseras donde estaban sentados Peter y el doctor Kipling, para guiñarles un ojo. Ambos entendieron perfectamente sus intenciones.

Kipling se levantó de su asiento para atender a su amigo:

—Estás fatal, amigo. Seguramente ha sido una intoxicación, algo que comisteis los tres en mal estado —y dirigiéndose al guía—. Es imposible que viaje así, se deshidratará, es un señor mayor. Lo mejor es que vuelva al hotel con sus compañeros, no va a estar solo, no se preocupe.

Un sudor frío se apoderó de Omar. Seguro que todo era casual, habían probado algún alimento en mal estado. Al menos, aquellos otros dos hombres parecían estar en perfecto estado de salud.

—Está bien, doctor Hoover, mientras me aseguro que sus compañeros toman su vuelo, le llevarán de vuelta al hotel. No se preocupe que yo ya me encargo de llamar y organizarlo todo —el joven, algo inseguro intentó ser más amable—. Descanse y recupérese, pasado mañana iré a por todos ustedes.

El doctor Hoover, siguiendo con su papel, le dio las gracias y les pidió que le ayudaran a tenderse en los últimos asientos, donde estaría más cómodo.

## Capítulo noveno



*Kabul  
Julio de 2002*

Gaspar llamó con timidez a la puerta de la habitación de Irine. La número doce. Era consciente de que en esos días su relación de amistad se había afianzado y, más aún, después de la visita al tío de Irine. Aun así, no habían tenido ningún momento de intimidad, siempre habían tenido alguien al lado.

Esa noche, por fin, cenarían los dos solos y darían un paseo por la ciudad. Era una gran oportunidad. Llevaba días deseándolo. Se había informado en la recepción del hotel de dónde cenar con tranquilidad en la ciudad, después de asegurarles que ya se encontraban mejor, y que, como habían retrasado el vuelo, aprovecharían las dos jornadas suplementarias. Hubiera sido más seguro, como había indicado Irine, mantenerse enfermos al menos hasta la mañana siguiente, pero Gaspar era incapaz de pasar un minuto más encerrado en aquella habitación. Los hombres de la recepción, algo sorprendidos por su pronta mejoría, le habían reservado una mesa en un restaurante nuevo de comida internacional. Le habían dicho que no era muy lujoso, pero que era de los preferidos por los extranjeros, ya que hacían una mezcla internacional y típica de la zona, y poco especiada.

—Muchas gracias, apenas podremos cenar, como mucho una sopa. Mi compañera todavía no se encuentra recuperada del todo. Un restaurante de comida internacional es perfecto, gracias. Nuestros estómagos lo agradecerán — valía la pena seguir manteniendo la coartada ante aquellos hombres, había visto como le miraban con desconfianza.

Después de volver a su habitación y llamar por teléfono a Irine para avisarle de la reserva, se vistió con la única camisa que le quedaba sin estrenar en Afganistán, su preferida, una blanca de lino que había combinado con unos pantalones vaqueros azul marino muy oscuros.

Irine abrió la puerta con una amplia sonrisa que le invitó a entrar en la habitación, aunque ella no lo hubiera hecho expresamente. No se lo pensó dos veces, una sonrisa alentadora y para adentro.



Miró a su alrededor. Marie tenía razón. El adjetivo “ordenada” no le hacía justicia a Irine. Gaspar pensó en su propia habitación del hotel con la ropa por el suelo desperdigada y el neceser desparramado por toda la pila del baño. Sin embargo, en aquella otra habitación no había nada que evidenciara que estuviera ocupada. Ningún objeto personal a la vista.

Gaspar no pudo evitar bromear:

—Si nos están siguiendo, desde luego aquí no van a encontrar ninguna pista. En otra vida eras espía, seguro.

Irine, un poco cohibida ante la presencia de Gaspar en la que ahora le parecía una minúscula habitación, le lanzó infantilmente un cojín.

—Ya sabías que era ordenada.

—M-U-Y ordenada —Gaspar se acercó instintivamente a ella—. Y me encanta, luego me ordenas la mía... —la miró fijamente, era una broma obvia, pero también podía interpretarse como una invitación descarada a su habitación.

Pero por otro lado, era una invitación algo absurda, ya estaban los dos solos en esa habitación. Y desde luego si había que elegir entre una de las dos... ganaba ésta por goleada.

Gaspar estiró la mano y tocó su pelo, fue un gesto natural, movido por instinto, sin premeditación. En realidad, llevaba queriéndolo hacer desde el día en que la había conocido en su despacho. Su pelo ejercía de imán con él. Era algo tan absurdo, tan natural... Enrolló un precioso bucle negro entre sus dedos y se acercó aún más a Irine. Esta le miró asombrada y completamente inmóvil. Contenía el aliento, sin respirar. Demasiado inmóvil, pensó Irine avergonzada. No se lo pensó dos veces y se acercó a Gaspar cogiéndole por la cintura, para acercar su cara a la suya. Pudo sentir su suave respiración sobre ella. Era el momento, Gaspar rozó lentamente sus labios con los suyos, con cuidado. Fue un gesto tan lento que a Irine le recordó al momento en que la nieve se posaba sobre el suelo nevado.

—¡Toc! ¡Toc! —sonaron varios golpes secos en la puerta.

Los dos se sobresaltaron, asustados. No podía ser el guía, no tan pronto. Solo habían pasado unas pocas horas.

—Escóndete, por si acaso, yo abriré —Irine no hizo ningún caso a Gaspar, y se quedó de pie, perpleja ante el instante de intimidad que acababan de tener.

Una voz conocida irrumpió en la habitación cuando Gaspar entornó la puerta:

—Menos mal que os he encontrado, no sabía dónde estaríais... Ya os imaginaba camino del norte, sin mí. ¡Qué pronto os habéis recuperado de la intoxicación, podíais haber disimulado al menos hasta mañana por la mañana!

Era el doctor Hoover, con su chándal gris de viaje. Se quedaron pasmados.

—¿Pero qué haces aquí, doctor Hoover? ¿Algo ha salido mal? ¿Nos han descubierto? —le preguntó extrañado Gaspar.

—Nada, tranquilízate. Hola Irine, os echaba de menos —el doctor entró en la habitación y, con confianza, se sentó sobre la colcha de la cama.

Irine pensó, con una sonrisa en los labios, que el cuarto, ahora, sí que se había quedado realmente pequeño.

—He sido incapaz de coger ese maldito avión. Me voy con vosotros a *Ai Khanoum*. También es mi sueño, sois unos egoístas, no podéis dejarme al margen. Ni hablar.

Ambos le miraron con evidente incredulidad. El doctor Hoover supuso que era porque ya no pensaban verle allí y no porque hubiera roto un incipiente momento de intimidad entre los dos.

—No, no me miréis así, no hay vuelta atrás chicos, ya perdí mi vuelo... Me quedo con vosotros.

Irine se acercó a Hoover y se sentó a su lado. Le abrazó con cariño:

—Claro que sí, sin ti desde luego no iba a ser lo mismo, doctor —y le lanzó una mirada asesina a Gaspar, que no parecía muy contento por la irrupción del doctor Hoover.

—Eh... Claro que sí. No pasa nada. Es que me ha pillado por sorpresa, en un momento —y miró a Irine intensamente— que desde luego no esperaba...

—Bueno, no se hable más, ¿qué hacemos ahora?

—Nosotros habíamos pensado en salir para cenar, pero si acabas de decir que estás enfermo lo mejor será que te quedes en la habitación fingiendo un poco —Gaspar pensó esperanzado que quizás, al menos, Irine y él podían cenar solos con tranquilidad.

—Ni hablar, me voy con vosotros, ni lo van a notar en el hotel. Estoy muy nervioso después de todo lo que ha pasado. ¡Si vierais lo bien que lo he hecho! El doctor Kipling me ha ayudado, y eso que no habíamos preparado nada, todo improvisado... —Hoover soltó varias carcajadas— Vayamos a cenar, que me muero de hambre, con tanta intriga no he comido nada. Y, además, he vomitado la comida encima del guía.

Los dos le miraron incrédulos.

—Os vais a reír cuando os lo cuente todo. ¡Vaya actuación he realizado! Y nada de cenar en el restaurante del hotel, voy a animarme por fin con la comida típica de aquí, empezando por un kebab con un montón de salsas. ¡De perdidos al río! Además en esta habitación apenas cabemos, no sé qué hacíais aquí los dos metidos —el doctor Hoover salió al pasillo del hotel.

—Por cierto Gaspar, duermo en tu habitación, ya habían dado la mía, y no quería molestar al hotel. Como tú tienes dos camas, les he dicho que no se

preocuparan.

Gaspar no contestó y miró decepcionado a Irine.

Irine pensó que quizás la irrupción de Hoover no había sido tan desafortunada. Las cosas con Gaspar se habían acelerado demasiado, y no es que no quisiera, que quería; pero ella era una persona ordenada y cada cosa tenía su momento, y además era su jefe. Pero, sobre todo, estaba confusa por aquel breve momento que habían tenido a solas. Había sido increíble y solo le había tocado el pelo. Le temblaban las piernas solo de pensarlo, con ese pequeño gesto y casi se desmaya como una quinceañera. ¿Qué pasaría con un beso profundo? ¿Con caricias? Irine intentó desechar aquellos pensamientos de la cabeza. Jamás había sentido nada igual, con tanta intensidad, con tanta fuerza. Era completamente increíble.

## Capítulo décimo



El doctor Hoover no había parado de parlotear durante toda la cena y ahora no paraba de roncar. Gaspar maldijo en alto y se puso la almohada por encima de la cabeza. No entendía como había acabado durmiendo con él, cuando hacía tan solo unas horas estaba seguro de que iba a dormir en la pulcra y ordenada habitación de Irine. No tenía muy buena suerte con las mujeres, eso estaba claro.

Miró de soslayo a Hoover, se había dormido con el batín puesto. Cuando lo vio cambiado para irse a la cama no había podido evitar soltar una sonora carcajada:

—Y yo que creía que era clásico y anticuado. Me ha superado doctor.

El doctor Hoover se miró a si mismo aturdido, como si lo que le estaba diciendo no tuviera ningún sentido:

—Pero si voy muy elegante —y señaló las iniciales bordadas en su batín.

—Sí, tanto como el conde Drácula.

—Parece mentira que seas historiador, Gaspar. Sabes perfectamente que ese ser nunca existió, en todo caso dirás Vlad Tepes III, *el empalador*, y dudo mucho de que tuviera un batín y un pijama tan buenos como estos. Me los compré hace veinte años en un viaje a Londres. Y mira, si están como nuevos —el doctor giró sobre sí mismo sonriente—. Una buena compra, sin duda.

Los dos se habían tumbado en las camas, que estaban la una pegada a la otra. Gaspar, incómodo, hubiera agradecido que estuvieran más separadas pero la habitación era tan pequeña que no había encontrado una distribución apropiada para distanciar la una de la otra. Había intentado separarlas mientras el doctor Hoover se duchaba, poniendo la habitación patas arriba, pero no había habido forma. Por lo visto, aquel momento había sido únicamente incómodo para él, porque Hoover se había dormido feliz y relajado después de leer una novela de Stephen King y desearle las buenas noches.

Gaspar encendió el pequeño televisor, a ver si así conciliaba el sueño y se relajaba con las imágenes. Y así fue, como no entendía nada de lo que decían, se fue tranquilizando gracias a la suave cadencia de un idioma que no conocía. Cerró los ojos. Pensó en Irine, en qué estaría haciendo, ¿estaría leyendo? ¿O

estaría tomando un baño? ¿Habría encendido la televisión como él? Hacía mucho tiempo que no se preocupaba por alguien. Por lo que hacía, por lo que pensaba, por lo que le angustiaba. Pero aquello era como montar en bici, nunca se olvida.

No pudo evitar pensar también en Alice, en aquellas noches angustiosas en las que no aparecía hasta ya bien entrada la madrugada con unos cócteles de más y sin poder llegar hasta la cama. No era bueno depender emocionalmente de alguien, era un error que se había prometido a sí mismo no volver a cometer. Pero Irine parecía diferente. Exactamente el tipo de mujer en la que unos años antes jamás se habría fijado. No es que no fuera sofisticada, porque lo era. Era tremendamente elegante, pero a la vez descuidada en su imagen. Como si eligiera lo primero que encontraba en el armario sabiendo que todo le quedaba bien. Era sencilla. Nada de esa cuidada y estudiada imagen de su ex mujer, fruto de horas de preparación.

Si por su culpa le pasara algo a Irine en aquella rocambolesca expedición, no se lo perdonaría jamás. Quizás debía convencerla para que se quedara en Kabul esperando su regreso o volviera en el vuelo que les habían cambiado debido al falso virus gástrico. Sí, eso haría mañana, hablaría con ella.

Por otro lado, intentar convencerla era una tontería, la conocía bien, ella jamás accedería; y lo que realmente quería era que ella lo acompañara en aquel viaje. Sería maravilloso vivir juntos aquella aventura, como en las películas. Y con el doctor Hoover, por sentado, pensó con una sonrisa mirándole de refilón. El doctor Hoover tenía el don de la ubicuidad, sin lugar a dudas. Ahí estaba, tan tranquilo, durmiendo como un niño.

Notó como el sueño, por fin, le invadía caprichosamente tardío. Seguramente era debido a que en el fondo sus miedos seguían allí, no se habían desvanecido tal y como él suponía con aquel viaje. No era normal el cambio que se había producido en él. Desde que había llegado a aquel país se sentía mejor, con una misión determinada, y mucho más seguro de sí mismo. No creía que algo así fuera posible. El Gaspar de siempre seguía ahí, aunque hasta a él mismo le costara encontrarlo.

Desayunaron todo lo que pudieron. No sabían exactamente cuál era el plan de Munir, así que lo que iba por delante, iba por delante. Irine se sirvió dos platos de huevos revueltos con una especie de salchicha de cordero especiada. Miró a Gaspar, que ya llevaba dos cafés y no tenía muy buena cara:

—¿Estás preocupado? Tienes mala cara.

—No he dormido muy bien, la verdad —y aprovechando que el doctor

Hoover se había levantado a servirse le dijo en voz baja—, el Doctor Hoover ronca, y mucho. No te puedes ni imaginar la nohecita que me ha dado.

Irine no pudo evitar soltar una pequeña carcajada.

—Eso, y que seguramente estabas preocupado por el viaje. A mí también me ha costado conciliar el sueño.

Eso era, en cierto modo, verdad, había pasado la noche desvelada y no precisamente porque fuera a embarcarse en una misión suicida, en la que podían morir. Se había pasado la noche pensando en Gaspar, reviviendo aquel breve instante en que le había tocado el pelo, preguntándose, qué podía haber llegado a pasar si el doctor Hoover no hubiera llamado a la puerta. O tal vez estaba exagerando, dando demasiada importancia al asunto y fue una simple caricia de amigos que ella había malinterpretado. Pero recordaba bien como se había inclinado sobre ella para besarla, solo había sido un roce. Se había pasado la noche dando vueltas, tanto en la cama como en su cabeza, analizando en detalle lo ocurrido, intentando sacar conclusiones donde no las había. ¿Había sido un gesto? ¿Un acercamiento? ¿O, tal vez, un paso adelante? ¿Un momento impulsivo debido a la adrenalina del inminente viaje suicida? Lo lógico sería estar preocupada por el encuentro con su tío y con qué le diría a su madre. Y no por una simple caricia.

Al despertar esa mañana, se dio cuenta de su irracionalidad, de lo absurdo que resultaba haber pasado toda la noche sin poder dormir por algo, que ahora, a la luz del día, resultaba una preocupación completamente insignificante. Ese día iban a embarcarse en una gran aventura. Iban a viajar al norte de Afganistán en busca de *Ai Khanoum*. Uno de los yacimientos más espectaculares del planeta. Y ella formaba parte de la expedición.

## Capítulo decimoprimerο



Munir le entregó a cada uno lo que parecían pesados fajos de una tela celeste muy abultada. Estaba doblada. Los tres le miraron confundidos mientras lo desdoblaban. Irine fue la primera en hablar:

—¿Un *burka*?

—Sí, lo he pensado mucho y es la forma más segura de llegar hasta el norte y cruzar a la frontera de Kazajistán.

Todos se pusieron a hablar a la vez. El doctor Hoover:

—¿A Kazajistán? ¿Y por qué allí?

Gaspar estaba visiblemente enfadado:

—Ni hablar, no pienso ir disfrazado de mujer. ¿Qué se supone que soy, además? ¿Una gigante afgana?

Irine le daba, mientras Munir y Gaspar discutían, vueltas y más vueltas al *burka* y lanzaba quejidos. No estaba muy segura de que aquello fuera una buena idea. Jamás pensó tener que pasar por ahí. Su madre se pondría histérica si lo supiera... Tantos años de lucha para llegar a ese punto.

—Tranquilidad, por favor, no os pongáis nerviosos. El yacimiento de *Ai Khanoum* está a unos pocos kilómetros de la frontera de Kazajistán. No está muy controlada y aprovecharemos para despistar. Saldremos del país oficialmente y entraremos de forma clandestina. Vamos a trabajar ilegalmente en un yacimiento, debemos causar el menor revuelo posible. Además ha sido más fácil y barato organizarlo así, allí nos espera ya un equipo de personas contratadas para nuestra seguridad, con las provisiones y el material necesario. Era mucho mejor invertir el dinero en ellos, creedme. Lo tengo todo controlado, confiad en mí.

Gaspar miró a Munir sorprendido. Parecía un buen plan, sólido y lógico. Aun así, no pensaba ponerse el *burka*:

—Está bien, es un buen plan, pero no pienso ponerme el *burka*. No pienso hacer el ridículo —de reojo miró a Irine, herido en su orgullo por tener que ir disfrazado de mujer.

—Es la forma más sencilla, barata y segura para que lleguemos todos a

salvo a la frontera —insistió.

Irine intervino muy a su pesar:

—Tiene razón. El *burka* protege a la mujer del exterior, de los hombres... Si nos paran en el camino, no habrá ningún problema. Recuerdo perfectamente a una amiga de mi madre, no recuerdo el nombre, que estuvo en mi casa viviendo unos meses. A mí me parecía increíble, pero decía que echaba de menos el *burka*, que sin él se sentía desnuda y expuesta a todo. Ahora vamos a comprobar realmente qué se siente, pero también entenderé lo que no entendí en aquel momento. Cómo podía sentirse segura con él, en un país como este.

—¿Y yo qué? Si soy el más alto de todos, nos van a pillar enseguida —rebatía Gaspar.

Munir había pensado en todo:

—Irás encorvado, Gaspar —serás mi anciana madre.

—Tú —señaló Munir mirando a Irine—, serás mi mujer... Eres la única que puede hablar y hacerse pasar por afgana.

—Qué listo... —murmuró Gaspar sobre el comentario de que Irine sería su mujer.

—¿Y yo? ¿Quién seré yo? —preguntó divertido el doctor Hoover.

—Mi suegra, la madre de mi mujer —rió Munir ahora más tranquilo al haber expuesto su plan.

Los cuatro rieron a carcajadas, nerviosos, incluida «la suegra», el doctor Hoover.

Subieron todos en el destartado y cargado Toyota todoterreno Munir iba al volante con Irine a su lado. El doctor Hoover y Gaspar detrás. Ninguno de los tres se sentía cómodo con el *burka*. Gaspar tenía claustrofobia e intentaba mirar todo el rato a sus pies, a la abertura del suelo, con ganas de salir de allí pitando. Irine sentía el peso de la historia de la mujer afgana sobre sus hombros y se obligaba a soportar esa doble presión física y mental, con el fin de entenderlo un poco. Lo llevaría al menos un día, por muy incómodo que fuera. No podía ver nada. De hecho, a la hora de subir al coche, se habían tropezado los unos con los otros provocando el enfado de Munir.

—Tened más cuidado, parecéis patos mareados. Y os advierto; pararemos solo una vez. Y espero que no bajéis del coche, nos pegarán un tiro antes de empezar. Ir al baño antes de salir, no voy a hacer paradas, lo advierto. Nos estamos jugando la vida.

El doctor Hoover se quitó el *burka*.

—Pues he de ir al baño, uno ya tiene una edad...



El doctor Hoover bajó del coche, para volver a entrar en la casa e ir al aseo. Munir seguía con su discurso:

—Lo siento, pero no vamos a parar, no vamos a poner en peligro nuestra coartada. Orinen en el coche, debajo del *burka*, en una garrafa o en lo que sea, pero no paramos.

Gaspar lo miró incrédulo. ¿Orinar delante de todos en una botella? Ese hombre quería destrozar su ego. Ir vestido de mujer, orinar en el coche bajo un *burka*, delante de Irine. Eso no iba a pasar. Salió disparado del automóvil en dirección al baño adelantando al doctor Hoover.

El silencio en el coche era absoluto, sabían que se jugaban mucho. La tensión era palpable. Las bromas y el buen humor habían abandonado al grupo. Munir sudaba y tenía la mirada fija en la carretera. Avanzaban lentamente, por la ruta y caminos que habían aconsejado a Munir unos amigos, en los que confiaba; pero Afganistán era un territorio cambiante, una zona que era segura un día, podía no serlo al día siguiente. Cuando llevaban dos horas en el coche, se sintieron algo más confiados.

—Pobres mujeres, el *burka* es como una prisión; es como limitar el espacio vital —constató entristecido el doctor Hoover—. No veo más que de frente, eso sin contar que es pesado y da calor. Es muy poco práctico.

—Es una imposición de los hombres afganos —intervino Irine—. Es machismo en estado puro que ocultan bajo una capa de religiosidad. Es triste. Me siento triste.

El doctor Hoover intentó ponerle una mano en el hombro a Irine para reconfortarla, pero por más que lo intentó no supo hacerlo por culpa de la molesta prenda. No sabía cómo sacarla de aquella prisión sin quitarse el *burka* del todo.

Gaspar pensó en intentarlo él también, pero sabía que para hacerlo iba a tener que quitárselo y entonces Munir lo mataría. Notaba que Irine estaba triste, quizá habría lágrimas en sus ojos, ocultas bajo aquel bulto de telas.

Irine no estaba llorando, pero sí estaba pensando justamente eso, en cuántas mujeres habían derramado lágrimas ocultas al exterior, a su marido, a sus hijos. Una pareja debía de estar basada en el respeto, la igualdad, la confianza... Quizá no podía entenderlo porque realmente era una extranjera, había crecido en Francia: *Liberté, Egalité, Fraternité*, como bases de la República. Una filosofía a años luz de la de aquel país donde las violaciones y la violencia doméstica hacia las mujeres no estaban penadas. Las mujeres rara vez elegían a sus maridos y eran tratadas como simples mercancías. No podían estudiar, no podían ejercer

una profesión, no podían salir solas a la calle. Irine pensó en que aquel era un tipo de esclavitud. Las mujeres no tenían acceso a médicos ni a recursos financieros. Según la ley de los talibanes las mujeres estaban destinadas únicamente a criar buenos musulmanes.

Irine echaba de menos su pequeño apartamento y su trabajo anodino. Ahora entendía que eran un lujo que debía a sus padres. Habían arriesgado todo por el futuro de su hija. Ahora comprendía y valoraba a sus padres mejor que nunca. Habían sido valientes.

Munir cogió un desvío y se adentró por otra carretera. Dudó, era el punto de la ruta en el que no habían sabido recomendarle exactamente qué camino coger. Había cerca, en las montañas, un posible campo de terroristas talibanes. Finalmente decidió arriesgarse por el más empinado, el de su derecha. Se adentraron entonces en un camino polvoriento, con muchos baches y agujeros en el camino. Apenas se veían ya construcciones a lo lejos.

Vieron al grupo de hombres ocupando todo el arcén cuando ya era demasiado tarde, tendrían que parar o sería obvio que ocultaban algo. No podían dar marcha atrás.

—Por favor, no habléis, no os mováis. Aunque os pregunten. Tú tampoco, Irine —Munir intentaba mantener la calma y una sonrisa en la cara, pero le temblaban las piernas.

Paró el coche y salió con las palmas extendidas hacia fuera, en señal de paz. Intercambió de forma respetuosa unas palabras con los hombres en pastún. Gaspar intentó ver a través del *burka*, pero el campo de visión era limitado, podrían ser talibanes, o de otra facción, era imposible saberlo. Sus músculos estaban en tensión. A sus pies, de modo preventivo, Munir había ocultado una pistola, bajo el asiento delantero junto a un puñal. Si había algún problema, Gaspar no tenía la menor duda, pasaría a la acción.

Afortunadamente, no fue necesario, un hombre armado con una AK 47 se acercó a la ventana del automóvil para mirar en el interior, pero eso fue todo. Dentro del coche los tres dejaron de respirar, expectantes. El hombre, que vestía una especie de manta y se cubría con un turbante, hizo un gesto con el arma como que podían continuar su camino. Parecía un pequeño control de carretera.

Munir volvió a subir dando las gracias en pastún y bajando la cabeza en señal de respeto.

Cuando se alejaron lo suficiente Munir rompió el silencio:

—Ya está, era un control rutinario, eran aliados del norte del Gobierno. Hemos tenido mucha suerte, podrían no haberlo sido. Aquí están todavía en plena guerra, hay escaramuzas a diario. Los talibanes salen de sus escondites a diario y ya no se sabe qué territorio domina quién fuera de las ciudades.

El viaje hacia el norte proseguía milagrosamente sin incidentes, ya faltaba poco para llegar a la zona agrícola más septentrional del país. Los principales cultivos, según iba instruyendo Munir mientras conducía, eran los cereales, las frutas, los frutos secos, el algodón y la papaya. El noventa por ciento de la población vivía de la agricultura. Además, era un país productor de tabaco y de opio. Para sorpresa de los tres, resultaba que Afganistán era uno de los principales productores ilegales de opiáceos, de ahí el gran campo de amapolas adormideras que acababan de pasar.

—Pues será ilegal, pero las flores son preciosas. Qué bonito —murmuró Irine al contemplar el inmenso manto de llamativas flores fucsia.

—Ahora cuando volvamos al camino principal del que no debíamos de habernos separado, empezaremos a ver más autobuses. Es el medio de transporte más utilizado.

—¿Por qué nos hemos desviado, Munir? —preguntó confundido Gaspar.

—Tenemos que parar, reponer gasolina y comer algo. Y el sitio elegido es una pequeña aldea en la que vive un primo mío. He tenido que minimizar los riesgos. Aun así, aunque sean de confianza, prefiero que solo hable Irine, no os quitéis el *burka* sin que yo os lo diga. Podréis ir al baño cuando lo organice todo y os lo indique.

La palabra “aldea” era un eufemismo. En realidad, se componía de tres pequeñas construcciones semiderruidas en la ladera de una minúscula colina, rodeada por dos pequeñas murallas parcialmente derrumbadas y que había sido levantada a base de grandes piedras simplemente apiladas las unas sobre las otras.

—Ahora sí que vamos a conocer Afganistán... —añadió entre risas nerviosas el doctor Hoover antes de bajar del coche sin mucha elegancia y tropezar con el dobladillo del *burka*.

Menos mal que Munir había pensado en todo y le había equipado con unas sandalias de mujer con calcetines; sus zapatillas de deporte amarillas habrían sido demasiado llamativas.

Gaspar se encorvó todo lo que pudo y, ya que estaba metido en el papel, añadió un andar lento y con temblores. Tenía hambre y no tenía ni la menor idea de cómo iba a conseguir llevarse algo a la boca con aquel atosigante atuendo. Sin duda alguna era un instrumento de maltrato.

El primo de Munir salió a recibirles algo nervioso, saludó y les instó a entrar en una de las casas. Llevaba puesto un *pakol*, un típico gorro afgano. Dentro, los primos se abrazaron con cariño. Munir les presentó en francés y para sorpresa de

los presentes este contestó también en el idioma, pero de forma rudimentaria:

—Bienvenidos a mi hogar, mi nombre es Khaled. Por favor, seguidme, estaremos mejor y más seguros. Mi mujer os ha preparado comida sencilla.

Les condujo a una pequeña habitación trasera, donde había una mesa en el suelo con cojines sucios y desgastados. La comida estaba ya servida. Les ofrecieron *pulao*, un arroz hervido con pasas y zanahorias, unas tortas de pan alargado y un guiso de cordero en la cazuela del centro.

La mujer de Khaled no apareció en ningún momento, lo que extrañó a Irine, pero sabía que debía guardarse la pregunta, era demasiado personal y podía parecer maleducada. Estaba cansada, sabía que era algo psicológico, de repente se había convertido en una mujer con *burka* casada con un afgano que no había elegido. Ironías de la vida. No pudo evitar pensar en su madre, en su lucha constante por las mujeres de su pueblo; pero, sobre todo, por ella, su hija, para que fuera a la universidad y tuviera una profesión.

Cogió hambrienta un trozo de pan, lo olió y lo saboreó como un plato exquisito. Seguramente tenían un horno *tandur* en el patio trasero de la casa para cocer el pan, el sabor era inconfundible, delicioso, al igual que las manchas negras características que quedaban impresas sobre él. Sonrió al ver a Gaspar removiéndose incómodo dentro de aquellos metros de tela celestes, no sabía cómo poner las piernas. Finalmente el hombre optó por quedarse de rodillas.

Munir sonrió ante su incomodidad.

—Podéis quitároslo para comer.

Los tres suspiraron de alivio.

—Pero para ir al excusado que está en la parte trasera de la casa debéis ponéroslo.

Ante la mirada de sus invitados, Khaled cogió el primer puñado de arroz con la mano, para enseñarles cómo debían proceder y, antes de metérselo en la boca hizo una gran bola compacta de arroz moldeándola con la palma de su mano.

Irine pensó que el hombre iba a atragantarse, así que optó por repetir el acto pero cogiendo una pequeña cantidad de arroz que se llevó enseguida a la boca.

Khaled, que la observaba, rió mientras cogía más comida con la mano y la engullía a una velocidad vertiginosa. Apenas masticaba.

Gaspar volvió a ponerse a disgusto el ya odiado *burka* celeste para ir al baño. Sudaba y después de un minuto intentando vislumbrar a través de él y hacerse una idea del camino que debía tomar, llegó a la desesperante conclusión de que jamás llegaría a encontrar el váter en aquel desordenado patio. Ya había

tropezado con todo tipo de utensilios y aparejos agrícolas y, ahora, se acababa de enganchar con una cesta de mimbre en el pie.

—¡Mierda! —no pudo evitar soltar varias palabras malsonantes. Intentó avanzar, pero varias gallinas comenzaron a cacarear furiosas bajos sus pies—. ¡Pero qué diablos...! —Gaspar no pudo más y levantó la tela de su *burka* para hacerse una idea de cómo llegar hasta el excusado y de la distribución del espacio.

Y menos mal que lo hizo, porque una carretilla oxidada y rota yacía caída justo delante de una pequeña puerta de madera desconchada que debía de ser la guardiana del preciado bien destinado a la evacuación.

“Este Munir me quiere matar. Seguro que está compinchado con el gordito de su primo y ahora mismo se están riendo y burlando de mí en pastún” —no pudo evitar pensar Gaspar, a pesar de que estaba cogiendo cariño a Munir.

Los cuatro habían forjado un sólido grupo tras días de trabajo y preparativos encerrados en la nave de las piedras. Pondría su mano en el fuego por él. Munir era un hombre curioso, reflexionó. Cuando lo encontraron en Kabul, se mostraba distante, taciturno y muy frío; pero, poco a poco, había comenzado a hablar, a gastar bromas, a vivir y, no sabía si eran imaginaciones suyas, pero veía una chispa de ilusión en sus ojos, como si hubiera estado mucho tiempo sumido en unas tinieblas y acabará de despertar bajo un buen sol. Su vida no había sido fácil. Munir había pasado por muchas desgracias, su mujer, su trabajo, su país... Y se había visto enclaustrado en aquel almacén de Kabul, como custodio marchito de lo poco que le quedaba. Era algo loable y admirable. Y ellos habían entrado allí, en su casa, el primer día con reproches y queriendo controlarlo todo. Munir había tenido una paciencia infinita con ellos y se estaba encargando de cada detalle. Para él, aquella aventura seguramente lo era todo. Como para Gaspar. Se parecían el uno al otro más de que lo se había figurado en un principio.

## *Capítulo decimosegundo*



Hadi se había sentido frustrado al llegar tarde y no encontrar a los extranjeros como cada día en la casa en la que acostumbraban a reunirse, en la de Munir. Lo habían averiguado todo sobre él: era doctor en Historia y, en el pasado, responsable del museo de Kabul. No podía ser una coincidencia. Allí estaba pasando algo, tal y como Ghalib había insinuado.

Pasaron las horas sin ningún movimiento y sospechó lo peor. Rezó para que no fuera así. No podían haberse esfumado bajo su vigilancia. Sabía que los extranjeros ya no estaban en el hotel, sus contactos en el servicio de limpieza le habían informado que no se sabía nada de ellos allí. A Ghalib aquello no le iba a gustar. Les había perdido la pista.

Esperó con el corazón en un puño a que su jefe apareciera, efectivamente parecía enfadado. No le dirigió la palabra; venía acompañado por cinco hombres, de los que solo conocía a dos. Tembló, pensó en las veces que Ghalib había disparado a otros por situaciones más nimias. En cualquier momento le mataría. Y lo haría él mismo. Era su forma de actuar. Le gustaba hacerlo personalmente cuando era alguien que había traicionado su confianza. Era una medida efectiva de disuasión para que el resto de sus hombres no cayeran en los mismos errores. Los extranjeros y desconocidos se los dejaba a sus hombres.

Eran un grupo muy unido, vivían juntos, rezaban juntos y comían juntos, como hermanos. Eran guerreros fundamentalistas. No aceptaban el menor libertinaje en una estricta interpretación de la ley Sharia. Ahora, muchas dificultades se habían añadido, ya no estaban viviendo en una ciudad que controlaban, sino en una ciudad sitiada por sus enemigos y los gobiernos extranjeros. No tenían libertad de movimiento y tenían que evitar pasar a la acción, salvo que fuera imprescindible, ya que toda la organización podía caer. Y era la única que había organizada en Kabul, el resto se había refugiado en las montañas o en el campo. Por eso eran tan valiosos, tan útiles. Podían hacer saltar Kabul desde dentro en pedazos, ese era el plan. Atentados y más atentados, bomba tras bomba. Pero aún no había llegado el momento, no habían recibido órdenes. Las tropas extranjeras estaban bien organizadas y avitualladas.

Hadi bajó del coche nervioso y se reunió con aquellos hombres. No le dirigieron ni una mirada.

—Entremos —Ghalib dio la orden y los cinco hombres se adelantaron para irrumpir en el bajo que era propiedad del doctor Munir.

Forzaron la puerta con una patada, sin mucho esfuerzo, amparados en la noche. Era una calle alejada, no residencial, repleta de edificios abandonados. Ghalib hizo un gesto a Hadi para que entrara con el resto del grupo, al ver que este se había quedado inmobilizado en plena calle. Entraron por un estrecho y oscuro pasillo que desembocó en un amplio despacho. Estaba completamente vacío. Allí no había nadie.

Un hombre bajito, moreno, con turbante blanco y vestido, como los demás, con una sencilla camisola, pantalón del mismo color y chaleco, se adelantó:

—Ghalib, no hay nadie. Los extranjeros no están.

Ghalib se giró enfadado hacia Hadi, que se había quedado petrificado en una esquina de la habitación intentando pasar desapercibido.

—¿Por qué te ocultas? ¡Acércate! Al menos ten valentía, honor, Hadi.

El joven Hadi cumplió la orden como pudo, sus piernas tardaron en responderle.

—¿Dónde están? Los tres extranjeros y el doctor Munir.

—No, no lo sé... —Hadi no podía levantar siquiera la vista, le temblaba todo el cuerpo.

Ghalib se acercó.

—Hadi, no temas —le dijo en un susurro al oído que tranquilizó al joven—. ¿Dónde pueden haber ido? Son historiadores...

—No lo sé... —le temblaba la voz.

—Piensa, ¿y cómo pueden haberse ido?

A Hadi se le iluminó la cara, eso sí lo sabía, podía satisfacerle. Viviría.

—En el viejo todo terreno, es de color claro, un Toyota matriculado en el año 2000. Es muy nuevo, no pasa desapercibido. La información está encima de tu mesa, Ghalib.

—Muy bien.

Ghalib se dirigió al hombre que llevaba la voz cantante:

—Abdel, ya has oído, busca todo e infórmate en las carreteras que controlan los nuestros.

El hombre salió disparado de la habitación hacía la salida.

Ghalib miró a Hadi con una sonrisa amable.

—Bien, no has cumplido con tu trabajo. Los has perdido, Hadi. Arrodiílate.

—No, por favor, te lo suplico, he cumplido, lo intenté, no volveré a cometer errores... ¡Por favor! —suplicó.

—No, no volverás a hacerlo. De rodillas —el hombre se negaba—. ¿Ni siquiera tienes la dignidad de morir como un soldado de Allah? Me decepcionas. Aquí estamos todos dispuestos a morir por nuestra fe, sin titubear.

Miró a los otros cuatro hombres que quedaban en la habitación:

—Ayudadle. Lo quiero de rodillas.

Dos de los hombres se acercaron y le obligaron a arrodillarse. Uno dándole un golpe en la espalda con una metralleta y el otro haciendo presión en sus hombros hacia abajo.

Ghalib sacó una pistola del interior de su chaleco militar y disparó al hombre a la cabeza sin dudar. Fue un movimiento rápido, mecánico y muy profesional. El cuerpo del joven cayó al suelo, sin vida.

Ghalib miró despreocupado a sus hombres, acostumbrado a aquellas escenas:

—¿Habéis registrado todo?

Un hombre con barba oscura y botas militares contestó:

—Sí, esto es como un almacén. Allí detrás hay algo. Seguidme.

Ghalib siguió las indicaciones de su hombre y entró en un amplio almacén donde había cientos de cajas apiladas. Se extrañó, no se lo esperaba, pero sabía con seguridad que ahora iban a empezar a encajar las piezas del rompecabezas. Estaba mucho más cerca de saber lo que realmente estaba pasando y qué era aquello que se llevaban entre manos esos malditos extranjeros.

Rebuscó en la primera caja, parecían piedras. Frunció el ceño, confundido. No lo entendía muy bien. Rebuscó y encontró lo que parecía una estatuilla rota. La observó con detenimiento a contra luz. Parecían antigüedades, piezas arqueológicas. Miró la cantidad de cajas que ocupaban la totalidad de la pequeña nave.

—Son piezas arqueológicas —explicó en voz alta.

—¿Nos las quedamos y las vendemos? —preguntó uno de los hombres.

Ghalib dio una vuelta entre las cajas tratando de hacerse una idea de la magnitud del descubrimiento.

—No, son solo piedras —una idea se abría paso en su cerebro—. ¡Ah, la historia! Más de lo mismo... Los extranjeros, también en el pasado, se creían que podían llegar a nuestro país e imponer sus reglas, al igual que lo han hecho ahora. Disparad, destruidlo, voladlo, quemadlo. Todo esto es fruto de una colonización, un sometimiento. Como ahora los americanos, lo mismo. Es como si guardáramos en cajas los recuerdos de los americanos, de lo que nos han hecho. ¿Lo entendéis? Odiamos estas cosas... No importa que nos oigan disparar. Os doy dos minutos y salimos corriendo.

Los hombres asintieron y comenzaron a disparar con sus ametralladoras en



las cajas. Sin orden, aleatoriamente. Acompañaban el sonido de las balas con sus gritos de guerra.

El joven cuerpo de Hadi yacía retorcido en el suelo del despacho, ajeno ya a la guerra, la única forma de vida que había conocido en su corta existencia.

## Capítulo decimotercero



Milagrosamente habían conseguido salir del país sin ningún problema pero estaban exhaustos. Demasiada tensión acumulada, había sido un día interminable. El doctor Hoover roncaba bajo su *burka* apoyado sobre un malhumorado Gaspar, que le empujaba de vez en cuando hacia el otro lado para que reposara sobre la ventanilla contraria. Pero el cuerpo del doctor Hoover volvía a caerse una y otra vez hacía su lado, inerte.

—¡Doctor! ¡Despierte hombre! Que no estamos en un viaje de placer. ¿Cómo puede dormir tan tranquilo? Si ayer durmió más de ocho horas.

Irine y Munir rieron más relajados.

—Déjale tranquilo un rato, imagina lo cansado que debe sentirse. Ya está mayor y no es precisamente un aventurero.

Hoover despertó al oír las palabras de Irine:

—No os paséis. No estoy tan mayor, son los cambios de horario, que los llevo fatal. Aquí estoy, ¿no?, como vosotros. Y si me hubierais conocido hace unos años...

—Ya estamos llegando, ya os podéis quitar el *burka*, se me había olvidado

—Munir sonrió mirando a Gaspar a través del retrovisor divertido y ralentizó la marcha.

Los tres soltaron palabras y suspiros de alivio. Gaspar lo lanzó para atrás y le devolvió, muy enfadado, una mirada furibunda de vuelta a Munir a través del retrovisor.

—Menos mal, han sido solo unas horas. Pero es claustrofóbico, no sé cómo las mujeres de aquí pueden vivir en estas condiciones. ¿Qué dice la ONU al respecto? ¿Y el comité de derechos humanos? —Irine estaba indignada. Se sentía impotente.

Munir intervino por primera vez en asuntos políticos.

—Están muy lejos, Irine. A salvo en su gran mundo. El nuestro es pequeño y residual.

—Lo primero que tenían que haber hecho al entrar en este país los americanos es luchar contra esta práctica, dar derechos a las mujeres...

—¿Para qué? ¿Para que estos derechos se vayan con ellos? Las mujeres de este país saben lo que puede pasarles si se toman libertades. Lo hemos vivido una y otra vez, Irine... Sé que es difícil de entender desde fuera. Y no me malinterpretes, yo quiero que eso pase, pero tendrá que ser desde dentro, desde el pueblo afgano o no servirá.

Irine pensó en las palabras que había escupido su tío, el desagradable día de la visita. Había mencionado también a su abuela, no solo odiaba a su hermana, sino también a su propia madre. Recordó con una punzada de dolor la forma despectiva en la que las había mencionado, como asqueado. Sabía lo que había hecho su madre, en realidad, nada. No había hecho nada; casarse y ser independiente. Y aun así su tío sentía vergüenza y decepción. ¿Pero y su abuela? Su madre apenas la mencionaba y, si lo hacía alguna vez, era de pasada:

—Tienes los preciosos ojos de tu abuela Halima, hija.

Eso era lo único que sabía de ella, que tenían los mismos ojos. Tenía que preguntarle a su madre qué había pasado con ella, ahora que lo pensaba detenidamente estaba segura de que aquella historia que le había contado sobre su madre estaba incompleta; algún extraño secreto entrañaba toda esa historia de su familia materna. A su vuelta tendría que hablar seriamente con su madre, no le gustaban los secretos, no solían deparar nada bueno. Los secretos eran una ocultación de la verdad, y su experiencia le decía que si alguien se había tomado las molestias de ocultar algo, por algo sería.

Gaspar intervino ajeno a los pensamientos de Irine:

—Pues mucho tenéis que interiorizar y avanzar en vuestro modelo de sociedad... No quiero ser pesimista Munir —y le puso una mano en el hombro desde atrás para tranquilizarle, no pretendía ser una ofensa—. Lo veo difícil.

—Ya hemos llegado —anunció para sorpresa de los tres.

Intentaron ver algo a través de los sucios cristales, pero era noche entrada y solo distinguían sombras, bultos y lo que parecía, por los reflejos, un lago a lo lejos.

Munir paró el motor y como por arte de magia unos hombres rodearon el coche.

Gaspar cogió de forma instintiva la pistola del suelo.

—No os asustéis, son nuestros hombres. Tranquilos, ya hemos llegado, a partir de ahora estaremos protegidos noche y día.

Munir sonrió y levantó la mano en forma de saludo para los del exterior, a lo que los hombres respondieron de forma idéntica.

—¿Todos estos? —preguntó un incrédulo Gaspar. Había una veintena de hombres armados y con lo que parecían chalecos antibalas.

—¿En qué creías que me había gastado vuestro dinero? ¿En *burkas*?

Los hombres saludaron con poca amabilidad a los recién llegados, pero uno de ellos se adelantó y abrazó con alegría a Munir. Iba vestido de forma occidental con vaqueros, una gorra y bien afeitado.

—Qué alegría verte, menos mal —los hombres hablaban entre sí en francés sabedores de que así los entenderían los recién llegados.

Munir se giró contento para hacer las presentaciones:

—Este joven, aunque ya no sea tan joven, fue mi ayudante en el museo. Y uno de mis estudiantes más preciados en la universidad.

—Podéis llamarme Ben, encantado de conocerlos. Habéis llegado justo a tiempo para la cena. Hemos asado un cordero en vuestro honor. Os gustará.

—Nos comeríamos cualquier cosa —contestó el doctor Hoover—. ¿Y ahora a qué se dedica?

—Soy arqueólogo —Ben sonrió con amabilidad—. Estoy exiliado y especializado en Historia Antigua de Asia central.

Munir intervino:

—Se ha convertido en un gran experto, doctor Hoover, ha llegado incluso a trabajar para su país, señor Gaspar y para el gobierno ruso. Estoy muy orgulloso de él.

—Y para muchos otros países. Intento colaborar en todo lo que suponga excavaciones en el centro de Asia. Aunque sea gratis, no me pierdo ni una —añadió Ben entre risas.

Gaspar miró con sorpresa al joven. Ahora que lo pensaba bien, había oído hablar de un especialista en “Eurasia”, su propio campo, un tal Ben Al Banna.

—No me lo puedo creer, es usted ese Ben. He oído hablar mucho de su trabajo.

—Y yo de usted doctor Bitball. No se lo va a creer, pero tengo una copia de su tesis doctoral «Alejandría del Oxo: *Ai Khanoum*», en mi cuarto.

Gaspar sonrió con orgullo y miró con agrado a Munir. Había preparado un buen equipo. Habían tenido mucha suerte de encontrarle en Kabul, si no lo hubieran hecho, ahora estarían de vuelta en París en vez de a unas pocas horas del yacimiento.

Era la primera vez que Irine dormía en un campamento. Ni siquiera había ido de acampada cuando era niña. Había que reconocer que todo estaba muy bien organizado. Al ser la única mujer, tenía una tienda para ella sola, bien franqueada; por un lado, por la tienda que compartían Ben y Munir y, por el otro, la de Gaspar y el doctor Hoover. Estaba bien protegida. La ubicación no había sido casual y eso la hizo sentir reconfortada, todos se preocupaban por su

bienestar.

Le entró un bajón de cansancio, sentía que tenía la tensión muy baja. Luchó por no tumbarse ya en el camastro que le habían preparado, a pesar de no parecer muy cómodo, su cuerpo le pedía desconectar. Pero no podía ser, acababan de llegar y prefería no perderse nada. Quería disfrutar de aquella aventura con intensidad y no pensaba saltarse la primera cena en el campamento. Sonrió al pensar en lo contento que debía de estar Gaspar en su tienda por tener que volver a compartir espacio vital con el doctor Hoover. Podía imaginárselo con el ceño fruncido y haciendo muecas. A veces se comportaba como un niño, pero eso la hacía reír. Quería sentarse a su lado en la cena, sabía lo importante que era para él aquel momento, estar allí, a solo unas pocas horas de *Ai Khanoum*. Y ella quería estar lo más cerca posible de su persona. Su pasión e ilusión eran contagiosas. Le encantaba poder estar ahí, respirándolas. Le aportaban una increíble felicidad. Ella era parte activa de aquella expedición y sentía el sueño de Gaspar como suyo. Gaspar le trasmitía su ilusión y su euforia. Cada día que pasaba, se sentía más unida a él y más le entendía.

En dos días, seguramente conocería ella también, por fin, *Ai Khanoum*. Lo harían a la vez. Compartir un momento como aquel era algo que superaba todas sus expectativas.

Sacó de su mochila un voluminoso libro encuadernado. Su portada, impresa en cartóné llevaba escrito en unas sencillas letras negras: «Alejandría del Oxo: *Ai Khanoum*» de Gaspar Bitball.

Irine sonrió al pensar en su amiga Marie había insistido hasta en la saciedad para que lo metiera en su maleta. Ojalá hubiera podido acompañarles. No habría dormido sola tantas noches y ahora estaría allí, con ella en la tienda de confidencias. Sabía exactamente lo que le aconsejaría:

—Irine eres muy sosa, lánzate, que estamos en el siglo XXI.

Y ella le respondería:

—Es mi jefe, y tu jefe.

—Tuyo solo temporalmente, no seas tonta. No estás ligada a un contrato indefinido.

Irine miró el libro que sostenía entre sus manos, empezaba a pensar que Marie lo había preparado todo desde el principio. Le encantaba hacer de casamentera y controlarlo todo. Por eso le había hablado tanto de Gaspar durante aquellos años. Tanta insistencia por su parte, era sospechosa.

Era una gran amiga, su mejor amiga. Mañana era viernes, el día de la cena de chicas. Seguramente habrían quedado en el precioso apartamento de Adèle, con vistas al Sena. Se imaginó a Adèle y a Marie reunidas con una botella de vino, brindando en su ausencia y haciendo cábalas sobre lo que le estaba

sucediendo. Cuando llevaran cuatro copas subirían el tono de voz y empezarían a hacer conjeturas picantes sobre Gaspar y ella, riendo como locas...

Abrió el pesado libro. Nada más y nada menos que mil páginas de tesis. No podía esperar menos viniendo de su autor. Llevaba desde París leyéndolo a escondidas, pero era un libro muy pesado y solo podía llevarlo en la maleta o en la mochila grande. Ya le quedaba poco para acabarlo y sentía que conocía mucho mejor a Gaspar. Su forma de escribir, su forma de pensar, de concluir. Le gustaba aquella forma de razonar ante pruebas concluyentes, pero también su intuición sobre las posibilidades que conllevaban las lagunas arqueológicas. ¿Cómo era realmente el día a día en aquella ciudad? ¿Cómo vestían? ¿Qué comían? ¿Cuáles eran sus valores, sus normas de comportamiento?

Lo único que le había desagradado profundamente de la tesis era la dedicatoria de la primera página: «A Alice, mi amor». En realidad estaba harta de verla, y no tenía por qué hacerlo, así que arrancó la página e hizo una bola con ella, la comprimió con ganas, con ambas manos y la lanzó a un cubo que le habían dejado en la tienda a modo de basura.

—¡Bye bye, Alice!

De la tesis le había gustado especialmente el capítulo menos científico, el de la recreación de la vida cotidiana en Alejandría del Oxo o de Oxo. Gaspar utilizaba los dos términos indistintamente. En ese capítulo, Gaspar conjeturaba, basándose en una reconstrucción hecha virtualmente de la antigua ciudad por especialistas de la universidad sobre cómo sería la vida cotidiana. Su estructura social, las diferentes formas de vestir, los cambios en el idioma, en la religión, su administración centralizada... Gaspar hacía una reconstrucción exacta de cómo sería la vida en los diferentes grupos sociales: la familia real, la nobleza, las sacerdotisas, los funcionarios, los agricultores, los comerciantes y los artesanos. También había escrito un inciso sobre la educación de los niños, a la que se le daba mucha importancia en el imperio grecobactriano. Especialmente a la astronomía, a las matemáticas y a la historia.

Irine tenía la impresión de que estaba leyendo una novela histórica y no una tesis doctoral, el autor hablaba de un lugar de película, mágico, alejado de todo lo que ella conocía. Un enclave griego en Oriente, sofisticado, con una gran calidad de vida, y eso que se remontaba a más de dos mil años atrás. Cerró los ojos e imaginó que andaba por sus calles, que se paraba a saludar a las personas que se iba encontrando en el camino. Llevaba el pelo recogido en un alto moño, al estilo griego antiguo, igual que los que había visto en tantas películas. Sus sandalias estaban atadas en forma de trenza hasta la rodilla y su túnica era de un suave color azul.

# *Alejandría del Oxo*

## *1ª parte*



*Año 148 a.C.*

Aenas se despertó fatigado y con un fuerte dolor en la espalda. Había estado meses viajando y apenas había descansado; aun así, hizo un esfuerzo y se vistió con la que él llamaba su túnica azul, pero que por su desgaste era más bien de un suave color claro indefinido: ni gris, ni blanco, ni azul.

Siguió a su compañero de cuarto, el pequeño Nicodemus, escaleras abajo. El desayuno se servía dentro de la casa en un pequeño comedor circular con las paredes pintadas de un suave color cobrizo. La mesa estaba repleta de frutas servidas en unas bandejas decoradas en vistosos azules y naranjas. Aenas pensó que debían de ser típicas de la zona ya que nunca había visto unas iguales. Aunque tampoco tenía mucho con lo que comparar, ya que jamás había vivido en una casa tan próspera. Se quedó un buen rato parado ante la mesa, observando la mesa, reteniendo todos los detalles. El contraste de colores de las frutas con las bandejas y las paredes además de impactarle, le hizo sonreír. Había oído hablar sobre el poder de los colores sobre el estado del ánimo, pero hasta ese momento no había creído mucho en ello. Los colores eran para los ricos, ellos podían pagar telas, tintes, vasijas y paredes pintadas. Aenas había vivido entre un persistente color grisáceo y marrón. Era difícil valorar lo que no se conocía; y ahora que tenía ante él un mosaico de colores, debía intentar retenerlo en su mente, disfrutando de los regalos inesperados. Así debía vivir la nobleza y pronto podría ver también como vivía la realeza, en la cena del rey Eucrátides.

Aenas estaba muy contento con la invitación; un rey le había invitado personalmente a cenar en su palacio. Jamás en su vida soñó con algo así. Sin embargo, sentía como si se estuviera traicionando a sí mismo, a sus ideales, a la democracia. Nadie tenía derecho a erigirse como rey de nadie. La figura en sí era ya de por sí poco avanzada socialmente, un resquicio de sociedades poco avanzadas: tiranos que por la fuerza o por tradición mandaban sin razón sobre los demás.

—Por fin os habéis despertado, dormilones... —Pópulos estaba ya vestido y

preparado para salir de la casa de la familia Basina. Llevaba puesto un ligero y elegante quitón de lino granate a modo de túnica, que le llegaba hasta los pies. Cuatro de sus hombres armados lo escoltaban ya.

—He pensado que podríais acompañarme a la reunión con Eucrátides. Es de negocios, voy a enseñarle mis mejores piedras. He pensado que os haría ilusión.

—¡Por supuesto, padre, será un honor! Tenías que habernos despertado antes —Nicodemus miró la desaliñada ropa que vestía, lo primero que había cogido de la bolsa somnoliento—. Enseguida vuelvo padre. No tardo, voy a cambiarme.

Raudo salió corriendo escaleras arriba.

Aenas levantó la mirada, esperanzado por poder conocer el palacio por dentro antes de lo pensado:

—¿Yo también puedo ir, Pópulos?

—Por supuesto —le respondió sonriendo

— Lo siento, no tengo ropa mejor que esta... —Aenas miró con atención su mejor conjunto, su túnica azul era de buena tela, pero estaba completamente desgastada—. Tengo pensado confeccionarme ropa con mi primer sueldo como profesor en la escuela —se justificó algo apesadumbrado.

—No te preocupes, vas muy bien —le tranquilizó.

Y mirando a uno de los esclavos de Basid le ordenó:

—Trae una manta para mi amigo, Basid tiene muchas y no le importará que le cojamos una.

Aenas sonrió entre agradecido y aliviado. No quería llamar la atención en su primera visita al palacio. El propio Pópulos le colocó una gran tela de lino azul sobre sus hombros, en la forma en que se hacía en Alejandría de Oxo, sin sujetarla con un cinturón y dejándola caer abierta sobre la túnica.

Llegaron tarde a palacio y no pudieron parar siquiera en el gran patio. A Aenas le hubiera gustado ir con más calma, le intrigaba mucho aquella inmensa construcción, que combinaba el estilo persa con el griego. Esperaba poder pasear entre sus columnas y analizarla en detalle.

Nada más entrar por la puerta principal, dos guardias les condujeron directamente a una inmensa sala cuadrada.

Pópulos explicó a sus improvisados alumnos:

—Jóvenes, estamos en la sala de los embajadores, donde el rey y su consejo tienen las reuniones de trabajo con los embajadores. Ocasionalmente, se utiliza para cerrar tratos y transacciones comerciales. Eucrátides se suele reunir conmigo normalmente en la sala de audiencias.

Aenas recorrió andando la sala.

—Me lo esperaba más... ornamentado. Es una sala muy grande, pero resulta



sencilla —observó algo decepcionado. La sala era un gran cuadrado desprovisto de todo adorno, de paredes lisas, austera en su conjunto. Esperaba paredes repletas de ricos tapices y coloridos mosaicos.

—Sí —le dio la razón Pópulos—. La arquitectura del palacio, en su conjunto, está hecha para impresionar desde el exterior. Observa la geometría de la sala, un cuadrado perfecto, el arquitecto jugó con las proporciones.

En ese preciso momento irrumpió como un relámpago Eucrátides I seguido de varios consejeros y, al final del séquito, apareció un pequeño hombre asiático vestido de forma ostentosa con varias capas de sedas superpuestas llamando la atención por su combinación de rojo, dorado y azul.

Pópulos se sobresaltó al verle entrar y lo miró con evidente disgusto:

—An, no sabía que también estabas en la ciudad...

Eucrátides no pareció reparar en la incómoda situación entre aquellos dos hombres:

—Sentaos, pongámonos cómodos; pero no podemos tardar demasiado, son muchos los asuntos que me esperan.

En el centro había una mesa baja con tres patas acompañadas por dos banquetas. Se dirigieron hacia allí. Esperaron a que el rey tomara asiento para imitarle.

Aenas miró inquisitivamente a su amigo Pópulos y este le susurró:

—An es el mayor vendedor de joyas procedentes de Asia. Entre nosotros también negociamos, no muy a menudo la verdad; pero lo hacemos cuando es necesario. No sabía que estaba aquí. No nos llevamos demasiado bien, es mi principal competidor ante el rey.

—Bueno, Pópulos, An me ha vendido dos maravillosas perlas de tamaño considerable, han sido pescadas en el golfo Pérsico.

El pequeño hombre sonrió con orgullo y sacó con lentitud, regocijándose en ello, de un bolsillo interior de una de las cuatro capas de ropa, un paño que abrió con cuidado y enseñó a los asistentes.

—Espectaculares —tuvo que reconocer a regañadientes Pópulos después de manosear las perlas, pesarlas en la mano y mirarlas desde todos los ángulos, como el experto que era.

—Pues bien, mi hijo mayor va a comprometerse y quiero regalar a su futura mujer algo espectacular, digno de mi estirpe. He decidido que sean unos pendientes. Los más bonitos. El joyero real me ha sugerido coral para combinarlo, en un homenaje al mar, y alguna piedra más luminosa para hacer contraste.

A Pópulos se le iluminó la cara, le estaban ofreciendo participar en el negocio.

—Tengo justo lo que necesitáis, majestad, varios trozos de coral del Mediterráneo que al tallarlos darán un resultado magnífico. Pero hoy no los he traído conmigo al palacio, aunque yo mismo puedo llevárselos más tarde al joyero real, Nidus. Nos une una gran amistad —dicho esto miró de soslayo a su competidor, para dejar clara su posición de habitual proveedor real—. Lo que sí puedo enseñaros, mi rey, son dos preciosos rubíes de Birmania que obran en mi poder desde hace varios años, y que por cariño, no he querido desprenderme de ellos. No veréis jamás nada igual, es una oportunidad única —dijo lentamente, regodeándose en ello para crear inquietud en An.

Pópulos sacó de entre sus ropas un paño azul celeste y extrajo con cuidado las preciadas piedras. Cogió una entre el pulgar y el índice y la mostró orgulloso, muy despacio, a los presentes. No solo era grande, sino que también tenía un brillo rosado inusual que maravilló a los espectadores. Se oyeron exclamaciones de admiración entre el séquito del rey.

Aenas pensó con curiosidad que quién sabría cuántas riquezas llevaban ocultas aquellos dos comerciantes de piedras entre sus ropas. No dejaba de ser curioso, debía de ser una práctica común en el gremio. Seguro que les confeccionaban la ropa a medida con una decena de bolsillos secretos. Ahora entendía la necesidad de Pópulos de llevar siempre varios hombres de escolta, aún estando en la ciudad o cerca de casa de Basid.

El monarca simplemente asintió complacido al ver los rubíes.

—Entregadlas a mi joyero. Ahora debéis disculparme, tengo que retirarme. Hoy me reúno con mi comandante, mi eficiente Milos.

Todos se levantaron solícitos a la vez.

Aenas no pudo más que maravillarse por la perfecta koiné del rey; no tenía acento extranjero de ninguna clase y, desde su llegada, le había sorprendido mucho que el idioma en aquella colonia no se hubiera visto contaminado, como él había esperado. Lo lógico era que hubieran adoptado el acento de la zona, o que tuvieran más interferencias lingüísticas de los abundantes reinos vecinos. No era así, el idioma era pronunciado prácticamente de la misma forma.

Antes de retirarse, Eucrátides les dijo:

—Os espero en la cena —y mirando a Aenas—. Espero que algún día puedas escribir sobre Eucratidia y sobre mí. Me alegra tenerte aquí. Otro día, si mis ocupaciones me lo permiten, te enseñaré la gran biblioteca de palacio.

Y con una sonrisa, se esfumó seguido por sus acompañantes, antes de que Aenas pudiera agradecerle el gesto.

De camino a la casa de Basid, Aenas le preguntó extrañado a su amigo. No

había entendido las últimas palabras del rey.

—¿Eucratidia?

—Sí, el monarca ha cambiado el nombre a la ciudad, para su mayor gloria. Naturalmente, lo veo excesivo —Pópulos se anticipó a los pensamientos de Aenas—; pero esta es la capital del reino y el monarca quiere hacer una ostentación de poder y unidad ante los países vecinos. Es un enclave independiente, rodeado de reinos muy diferentes y por tanto digamos que es una especie de medida estratégica con tintes personalistas. Si bien Eucrátides en su trato, como has podido comprobar, es cercano; no te equivoques, es un personaje extremadamente complejo, con su orgullo, como todos los reyes. Utiliza bien sus armas personales, pero también es caprichoso y algo vanidoso.

Aenas asintió.

—Lo entiendo, él sabe cómo tratar a sus ciudadanos, pero no es oro todo lo que reluce.

—Sí, más o menos. Aquí todo gira a su alrededor, él lo controla todo. Cada mañana visita en el palacio la zona destinada a la administración del Imperio. El gobierno está centralizado en su propio palacio. Pero no es un rey déspota, descuidado o negligente. Como ser humano que es, no es perfecto. Ni siquiera nuestros dioses son perfectos, caen en trampas y celos... Imagina lo que sucede con un mortal que acumula tanto poder. Eucrátides es una persona mortal, como nosotros... De ahí que toleremos varios de sus defectos, como intrínsecos a la situación.

—¿Y la biblioteca? ¿Es grande? —se interesó Aenas cambiando de tema.

—Yo no he sido invitado nunca, no me interesa tampoco mucho. Dicen que es realmente magnífica, que guarda miles de pergaminos y papiros. Los reyes bactrianos han sido muy aficionados a la filosofía griega, guardan todo sobre Aristóteles que yo sepa, pero también pergaminos procedentes de todos los rincones del planeta que han sido traducidos aquí, en Eucratidia, al koiné —Pópulos pronunció el nombre de la ciudad con un tono de burla. Nunca llegaría a acostumbrarse al cambio. Nadie utilizaba aquel nombre, que sonaba tan ridículo, salvo en presencia del rey, y solo para contentarle.

Prosiguió:

—Se me hace difícil llamarla así, le pega más Alejandría del Oxo. A estas alturas, después de cientos de años, cambiarle el nombre que le otorgó Alejandro *el Grande*, me parece un disparate. Pero no seré yo quien se lo mencione al rey, An se haría con todo el mercado de joyas... Sería mi ruina—rió Pópulos.

Pero Aenas ni siquiera le estaba escuchando, solo podía pensar en aquellos miles de pergaminos que con suerte podría leer. Definitivamente, había sido una buena decisión no haberse dirigido a Alejandría. En Alejandría del Oxo también

había una biblioteca en la que poder trabajar.

Aenas miró con satisfacción su nueva mesa de trabajo, tenía tablillas con cera para sus alumnos, tinta fabricada con cola animal y hollín, en una pequeña aula que ya sentía en su primer día de trabajo como suya. Tenía todo lo necesario para poder enseñar. Todo había sido muy rápido, había llegado hace tan solo una semana y ya estaba impartiendo clase. Solo había tenido que presentarse en la escuela y señalar que había sido el propio rey quien le había ofrecido formar parte de ella. Para su sorpresa, el resto de maestros ya estaban esperando su llegada y le ofrecieron una cálida acogida.

Había tenido mucha suerte a su llegada a Alejandría del Oxo, todos sus deseos se estaban cumpliendo. A lo largo del día, varias decenas de alumnos, habían pasado por su aula. Estaba siendo una experiencia muy grata, tal y como había soñado. Tenía incluso a su disposición una colección propia de papiros, guardados cuidadosamente en paños de lino en la estructura de madera fijada a la pared. Quizás con el paso del tiempo podría llegar a ampliar la colección y crear un pequeño museo de consulta para los estudiantes de la escuela.

Recordó entre risas al pequeño Ajax, que había tropezado azorado, cuando le había pedido que se pusiese frente a sus compañeros para valorar sus dotes de orador. Tropezó con la estantería de madera y después con la mesa del propio Aenas, ensuciando con la tinta negra toda su nueva y reluciente mesa de trabajo. Lo único que pudo musitar el pobre pequeño al llegar, por fin, al frente de la clase y con su túnica manchada de indeleble tinta fue:

—Queridos compañeros y ciudadanos, como podéis comprobar no soy un gran orador, lo mío son la Geometría y las Matemáticas de Pitágoras. Es obvio que debo desarrollar y esforzarme en esta faceta. Mi madre va a matarme por lo de la túnica.

La clase entera, con sus alumnos sentados en el suelo, estalló entre risas, rompiendo la formalidad inicial de una primera clase. A partir de ese momento, a Aenas le había sido fácil hacerse con sus alumnos, e incluso había llevado al grupo de los más pequeños a dar una clase improvisada en el soleado patio. Habían jugado con la posición del sol y las sombras que producían sus pequeños cuerpos sobre la arena. Aenas les explicó entre risas que existía una correlación numérica entre la posición del sol y lo alargadas que podían llegar a ser las sombras. Los pequeños, asombrados, intentaban atraparlas o corrían de un lado al otro para fijarse en el efecto que podían producir cambiándose de posición.

Había sido un día increíble y esa misma noche asistiría a la cena en el gran palacio. Podría así conocer más de cerca al monarca y a su familia y, si tenía

suerte, colarse por el palacio y llegar hasta la biblioteca. Pensó con insufladas esperanzas, que también pudiera ser, con la suerte que le estaban ofreciendo tan descaradamente los dioses, que volviera a ver a la bella Atanasia.

Había estado preguntando e investigando sobre ella. Todos parecían tenerle un gran cariño, pero también un gran respeto. Decían que tenía grandes poderes y había estudiado mucho para formarse como sacerdotisa. Se imaginó a una Atanasia niña, con el pelo negro y largo, enfrascada entre pergaminos. Las sacerdotisas tenían una sólida formación en todas las materias. Uno de los maestros más veteranos de la escuela le contó que de niña, Atanasia sentía predilección por los números, como él.

Aenas tenía la impresión de que estaban hechos el uno para el otro y que, quizá, los dioses estaban jugando caprichosos con ellos, desde aquel día en el que los habían hecho coincidir en el zócalo del centro de la ciudad. Y, nada más y nada menos, que ante una de sus citas preferidas, que ella también conocía bien. Tenían demasiadas cosas en común como para ser todo una coincidencia. Su instinto le decía que eso no pasaba de forma espontánea. Aquello era imposible, era una situación tejida, trazada y organizada por un ser superior.

El palacio, a la cálida luz de miles de antorchas, parecía aún más grandioso que a la luz del día, ya que se resaltaban sus ángulos. Los invitados saludaban en el patio a sus amigos y conocidos antes de entrar a la cena. Aenas observó que todos vestían ricas telas de colores cálidos y muchas joyas. La aristocracia bactriana era bastante ostentosa e incluso recargada. Su sencillez contrastaba con aquellos invitados, pero lo prefería. La opulencia excesiva le desagradaba, aun así no pudo evitar sentir la emoción de ser uno de los privilegiados invitados en la cena. Era la primera vez que sentía esa sensación, como si realmente fuera por primera vez valorado, importante. Esperaba que aquello no se le subiera a la cabeza, debía de recordar siempre con humildad sus orígenes. Aenas era una persona poco ostentosa y le gustaba ser así; pero no podía evitar sentir curiosidad al verse rodeado de tanto color y riquezas. Se sentía como un espectador en una obra de teatro, siendo partícipe de ella pero sin formar parte de los personajes.

Vio a una mujer con un collar de rubíes y oro que debía de pesar más que ella misma, y que portaba macizos brazaletes dorados tallados a conjunto con el collar. Pópulos se apresuró a saludarla e incluso inclinó su cuerpo a modo de reconocimiento.

—Por Apolo, no me extraña que vengas hasta el confín del mundo, Pópulos, para comerciar, debes de ser riquísimo a juzgar por tus clientas, si no pueden ni

andar del peso de las joyas —le dijo Aenas en cuanto este volvió a reunirse con él.

Nicodemus y sus hermanos rieron la broma, pero Pópulos le miró airado.

—No es tan fácil como parece, Aenas el filósofo. Hay mucha competencia y muchos comerciantes avispados, con buenas dotes de servilismo. Mirad, ahí mismo está An, el comerciante, que no para de inclinarse, mordiéndose el polvo, ante cada invitado sin ningún escrúpulo. La nobleza grecobactriana es voluble, igual que me compran a mí, mañana será a él. Una palabra de Eucrátides, en su favor, puede destruir mi negocio durante años.

Aenas buscó ansioso a Atanasia con la mirada entre la multitud, pero para su disgusto, no la encontró por ninguna parte. Dio un rápido paseo por el patio antes de entrar, intentando localizarla, pero no había ni rastro de ella. Cuando volvió a la entrada reparó en que la familia Papadopulus había desaparecido sin él, ya debían de estar dentro, en la cena. Sonrió, así le sería más fácil escabullirse para buscar la preciada biblioteca.

En vez de seguir a los pocos invitados que quedaban por entrar, Aenas tomó el camino contrario adentrándose por una gran puerta hacía un ancho pasillo que conducía a una galería con numerosas puertas, todas idénticas. Se tomó la libertad de abrir una de ellas. Era una estancia cuadrada, de dimensiones reducidas con dos mesas. Al ver la tinta y los papiros sobre ellas dedujo que era el lugar de trabajo de administradores y funcionarios. Recorrió ese largo pasillo y el siguiente intentando no hacer mucho ruido. Calculó que al menos doscientas personas, entre escribas y funcionarios debían de llenar a diario aquellos despachos. No había casi luz y el pasillo estaba desierto. La visión diurna de aquellos lóbregos pasillos debía de cambiar considerablemente con el bullicio diario. Aenas recordó que Pópulos le había contado que entre aquellas paredes se administraba todo el reino, de forma bien centralizada por el propio monarca. Eucratides controlaba directamente todo el reino desde su propio Palacio.

Llegó a una encrucijada y escogió el camino que pensó era el que más se alejaba de los invitados a la cena. Los pasillos empezaron a estrecharse, y se cruzó con varios esclavos vestidos con un pantalón oriental. Le miraron extrañados, y por fin, uno de ellos, el que parecía tener más autoridad, se dirigió a él:

—Señor, no debe estar aquí, son las dependencias y pasillos del servicio.

—¿Circuláis libremente por el palacio? —preguntó Aenas curioso.

El hombre, de origen asiático, atorado, no respondió.

Una voz femenina retumbó entre las paredes del pasillo:

—Tranquilo, no hace falta que respondas.

Aenas se giró sorprendido. Allí estaba Atanasia, mirándole divertida:

—Eres muy curioso, Aenas. No pongas en un apuro a los sirvientes. Son muy fieles y discretos, no te dirán nada.

—¿Atanasia? ¿Qué haces aquí? —preguntó visiblemente contento por la interrupción.

Atanasia no contestó directamente, se limitó a sonreír. Cuando se hubo acercado lo suficiente, ella misma respondió a la pregunta que Aenas le había hecho al sirviente:

—El servicio doméstico no puede circular libremente y, mucho menos, pasar por el patio principal.

—¿No? —preguntó sorprendido.

—No, tienen sus propios pasillos y, aunque tengan que dar una vuelta enorme, están obligados a utilizarlos. No se mezclan mucho con la familia y aún menos con los invitados.

Atanasia comenzó a andar por donde él había venido y le hizo un gesto con las manos para que la siguiera.

—La arquitectura del palacio ofrece un paralelismo con nuestra jerarquía. El rey es el centro del palacio, de la capital real y del país. Todo debe ser construido alrededor de su persona. Voy a enseñártelo, pero en secreto.

Atanasia parecía conocer bien los atajos del palacio. Aenas estaba completamente desorientado y pensaba que con los giros que habían hecho iban a volver a encontrarse en el punto de partida. Para su sorpresa, cuando giraron otra esquina, estaban en un corredor desconocido.

—El octágono, el dodecaedro y todos sus secretos han sido aplicados con éxito en esta construcción creando un lugar único.

Llegaron al dintel de una estancia y Atanasia lo invitó a entrar con un gesto.

—El corazón del palacio: las estancias del rey, justo en el centro de la construcción y a su lado, a la derecha, las estancias de la consorte real, y detrás de estas, la de sus hijos. Por supuesto, su hijo mayor ocupa un lugar privilegiado, como también lo hace en la línea de sucesión.

Aenas admiró los ricos mosaicos de las paredes, de estilo evidentemente helénico. Figuras geométricas hechas con piedrecitas coloreadas. El friso era de color rojo. A los pies, vistiendo el frío suelo de piedra, lucían preciosas alfombras de colores vistosos donde destacaba el color azul. Sobre los muebles y sillones reposaban ricas telas ornamentadas vistiendo el cuarto de un suave color crema, dando más luminosidad a una estancia sin ventanas al exterior.

—Precioso y cálido, lo reconozco. No tiene nada que ver con lo que había visto del Palacio, zonas más austeras, con poca decoración. Gracias por haberme traído hasta aquí. Soy curioso, no lo puedo evitar.

Aenas lanzó su mejor sonrisa acercándose a la joven. Esta inclinó la cabeza

hacia un lado, sorprendida y pensativa debido al acercamiento. Aenas hubiera dado todo el oro del mundo por saber qué había pasado por su cabeza en ese preciso instante. No quería intimidarla, así que separó su cuerpo del suyo y salió de la estancia por el mismo lugar por el que habían entrado. Se había sentido un intruso por haber entrado en las habitaciones de la familia real, pero sin duda también por haber intentado escrutar los pensamientos de Atanasia. Desde luego, la había desconcertado con su proximidad, eso era evidente. ¿Pero le había disgustado? ¿O la sorpresa que había leído en su cara era simplemente curiosidad? ¿O quizá había algo más?

Andaban por el pasillo contrario en un silencio incómodo. Atanasia permanecía pensativa para la desesperación de Aenas. Pronto oyeron el murmullo de los invitados a la cena. Aenas se detuvo, prefería continuar su ruta por el Palacio.

—Atanasia; no quiero ir a la cena, yo quería conocer la biblioteca.

—No puede ser, tienes que asistir a la cena, ya habrán reparado en tu ausencia. Lo siento, pero debe de ser el propio rey quien te autorice para entrar allí.

—¿Tú has estado, verdad?

—Sí, muchas veces, tengo una sólida formación. El rey solo deja entrar a las personas, digamos, adecuadas.

—A mí me ha invitado —se justificó Aenas, intentando que cambiara de opinión; quería dejar claro que él también era adecuado para acceder a la biblioteca

—Pues mejor aún. Será él mismo quien te conduzca a ella. Algún día, pero no hoy. Debes entrar a la cena, no querrás enfadar al rey menospreciando su invitación...

—¿Tú no asistirás? —le preguntó más que sorprendido al verla dar la vuelta por donde habían venido.

—No. No estoy invitada, además tengo que volver al templo.

Antes de entrar en el salón de la cena, Aenas la observó partir con su característico andar, flotando sobre el suelo.



## Capítulo decimocuarto



Kabul  
Julio de 2002

Ghalib tenía un rosario *tasbé* entre las manos y recitaba en voz alta *suras* y *ayats* del Corán. Uno de sus hombres irrumpió en su habitación sin llamar:

—Ghalib, han visto el coche cruzando la frontera de Tajiskitán.

Ghalib siguió con los ojos cerrados, no le gustaba que le importunaran y menos aún si estaba rezando. Pese a ello, controló su enfado, él mismo había dado orden de que le interrumpieran cuando tuvieran noticias. Respiró hondo alejando la ansiedad que le había provocado el enfado. Abrió los ojos. El hombre le miraba con fijeza, pero no parecía haber notado su enfado.

—¿Y para qué habrían de cruzar la frontera? —se sorprendió, confundido.

El hombre que le había dado la noticia le miró con extrañeza.

—No lo sé, Ghalib, a mí me cuesta mucho razonar como ellos.

—Puedes retirarte. Si se sabe algo más, no dudes en volver.

Ghalib se levantó del suelo y caminó por la pequeña estancia. Apenas podía dar cuatro pasos, pero le gustaba; e incluso, era capaz de hacerlo con los ojos cerrados, lo que le permitía concentrarse. Sabía que estaba cerca de resolver el enigma de los extranjeros. No tenía sentido nada de lo que habían hecho desde su llegada. Se habían distanciado de su grupo, de su misión internacional y estuvieron encerrados durante días en casa de un afgano que fue conservador y profesor de Historia Antigua. Ese, sin duda, era el lazo de unión con el francés, el tal Gaspar Bitball. Lo había investigado, aunque con pocos resultados, salvo que se trataba de un reputado doctor de Historia Antigua en París. Solo había que sumar dos más dos, para saber que ahí estaba ocurriendo algo. Tal vez, algún tipo de intercambio de información, o de búsqueda de alguna pieza en el mercado negro. Esa era la primera idea que había tenido y se había ratificado con la visita de los extranjeros al bazar. Pero ahora, ya no estaba tan seguro. Habían tomado el camino hacia el norte. Si lo analizaba con detenimiento, parecía que no estaban buscando un objeto, sino más bien un lugar. Eso era: un lugar, un sitio, un enclave. Por eso se desplazaban hacia el norte. Estaba seguro

de que aquellos extranjeros iban en busca de algún tesoro arqueológico afgano. Y si tenían suerte, sería algo de mucho valor. Tenía que pensar y atar cabos.

Se sentó sobre su camastro, su instinto no le fallaba nunca. Y las pruebas estaban ahí, las piedras, tres historiadores extranjeros, uno afgano, uno francés, uno americano... A lo mejor estaban intentando despistarle y por eso habían cruzado la frontera del norte. Pero eso era imposible, nadie engañaba ni burlaba a Ghalib. Además, no le conocían, ni siquiera sabían que iba tras ellos. En ningún momento su vigilancia había sido percatada, de eso estaba seguro. Salvo que el descuido de Halib no hubiera tenido cuidado. Pero no lo creía. Simplemente, los extranjeros debían de haber tomado medidas de precaución en general. Sí, era eso, de ahí que se hubieran tomado tantas molestias en trazar un plan y huir. En el hotel se había montado un gran revuelo, los extranjeros habían dicho que estaban enfermos y sus vuelos habían sido retrasados.

Se le ocurrió una idea. Salió de su habitación y llamó a uno de sus hombres:

—Vete y búscame un mapa arqueológico o de historia afgana. O de excavaciones... Lo que sea.

Un hombrecito pequeño, de nombre Nasir, que vigilaba su habitación contestó confundido:

—¿Y dónde voy a encontrar algo así? No sé nada de historia... Aunque lo vea no voy a saber qué coger...

—Vete a la universidad, a las librerías antiguas, a lo que quede de la biblioteca... Ni idea, ¡apáñatelas! Pero cógelo todo, sin ser visto. Lo mejor será que hables con los anticuarios del bazar, ellos sabrán orientarte mejor. Diles que es para mí.

—Pero no quedará mucho, si nosotros mismos nos encargamos de ello. Lo destruimos.

—Vete y busca. Y no me decepciones tú también. Ya sabes lo que le ha pasado a Halib.

Nasir partió no muy convencido, no iba a ser una tarea fácil.

Para su sorpresa, Ghalib no tuvo que esperar mucho, el hombre volvió con varios libros y con cara de cordero degollado. Se los tendió, inseguro:

—Espero que sea eso lo que buscabas. No sé leer. Podrían haberme dado cualquier cosa los del bazar. Te ruego que lo tengas en cuenta. Si no es lo que me has pedido, volveré, mataré a alguien y seguiré buscando. No tenía otra forma de asegurarme que traerlo hasta aquí, para que lo revisaras.

Ghalib examinó los libros con detenimiento. Los dos primeros los desechó rápidamente, eran libros de historia religiosa. Resopló impaciente. Desechó dos

más, hasta llegar al último. Miró con fijeza a su hombre. Nasir había sido siempre muy útil y de confianza. Por eso era él quien vigilaba siempre su habitación. Hubiera sido una lástima tener que matarlo. Pero como siempre, no le había fallado. El libro que tenía en sus manos seguramente contenía todas las respuestas a sus preguntas.

Se sentó en su pequeña cama y abrió el libro. Era el más grande de todos los que había traído Nasir. Era una enciclopedia arqueológica. Ojeó el índice y buscó la página que le era de interés dentro de las explicaciones sobre los yacimientos arqueológicos del país:

*Ai-Khanoum es un yacimiento situado en el noreste de Afganistán en la provincia de Konduz, cerca de la frontera de Tayikistán. La ciudad se llamaba Alejandría de Oxiana o Alejandría del Oxo y fue supuestamente fundada por Alejandro Magno a orillas del río Oxo (Amu Daria), en su confluencia con el Kokcha, y en el umbral del subcontinente indio. Fue uno de los focos del helenismo en Oriente durante casi dos siglos hasta su aniquilación por invasores nómadas hacia 145 a. C., fecha en la que se ha estimado la muerte de Eucrátides I.*

Cerró el libro incrédulo, conocía el lugar. No esperaba ese desenlace. Había luchado allí mismo, aquel lugar había sido un campo de batalla. Era imposible que los extranjeros encontraran nada allí. ¡Si no quedaba ni una piedra en pie!

Hizo memoria de la batalla, de las horas que pasó allí a la intemperie, hace ya muchos años, en ese valle cuando solo era un simple soldado raso, recién entrenado. Sobretudo, recordaba el frío de la noche y el peso del rifle sobre su cuerpo. Tuvo que pasar toda una noche escondido en un agujero en el suelo. Sus compañeros estaban a su alrededor, en la misma posición que él en agujeros idénticos, esperando sorprender al enemigo. No había pasado miedo en ningún momento, al contrario, recordaba haberse sentido incluso feliz, realizado por poder luchar por su fe. No había sensación mejor de realización personal que esa. Sabía que si moría luchando obtendría la gloria eterna. Morir por Allah, por la ley Sharia, por el único modo de vida que debía existir, era un privilegio. Algún día moriría luchando por la verdadera fe.

A pesar de la coincidencia, tenía que haber un error, o había planteado mal el asunto. Miró extrañado el libro y volvió a buscar a ver si encontraba otro lugar, otro yacimiento, repasó diez veces sus páginas, infructuosamente. Recordaba ruinas, aunque en realidad más que ruinas eran viejas piedras rotas y desperdigadas, insignificantes y en mal estado. Era imposible que aquel lugar

fuera la ciudad que ilustraba el libro: una ciudad fundada por Alejandro Magno.

Omar y el recepcionista del hotel llamaron infructuosamente varias a veces a las puertas de las habitaciones.

—¿No me habías dicho que ya estaban mejor, que la noche pasada habían salido a cenar?

—Sí, yo mismo le indiqué el restaurante, ese que le gusta tanto a los soldados americanos e ingleses. Les vi salir, iban los tres juntos. La mujer y los dos hombres.

Omar cambió de puerta y llamó insistentemente con los nudillos:

—¡Abran! ¡Por favor! Vengo a llevarles al aeropuerto.

—Es muy raro —añadió el recepcionista del hotel—. No cogen el teléfono de la habitación, ni contestan. Igual les ha pasado algo.

—Sí. Son las diez y media de la mañana y en la nota les dije que estuvieran listos a las 9:30. No tenemos otra opción, tenemos que abrir.

El recepcionista asintió mientras sacaba la llave. Abrió la primera habitación, la de la señorita Manzur. Nada, en la habitación no quedaba ningún rastro de ella, salvo la papelera llena y la cama desecha.

—Mira a ver si están sus maletas o la ropa en el armario.

El recepcionista lo verificó:

—Aquí no hay, nada. ¡Se ha ido!

—¡Pero eso no tiene sentido! ¿A dónde iba a ir? ¿No la habrán raptado? Es mucho más probable.

—Hombre, sí, es más probable, pero nos habríamos dado cuenta en el hotel si hubiera salido retenida a la fuerza. Pero algo le ha tenido que pasar, no me lo explico. Vayamos a la otra habitación, la de los hombres.

Los dos corrieron hasta la segunda habitación. Con idéntico desenlace.

—Tengo que avisar a mis jefes de la agencia y a las autoridades. Tendrán que ponerse en contacto con las embajadas. No podemos descartar un secuestro, quizás Al Qaeda.

Los dos hombres se miraron angustiados. Aquello iba a traerles muchos problemas y quebraderos de cabeza.

El capitán Miller estaba corriendo con sus hombres como cada mañana antes de desayunar. Era importante mantener una rutina estricta cuando estaban desplazados, eso les daba seguridad.

—¡Capitán Miller! ¡Capitán Miller! ¡Tiene una llamada urgente! —el

capitán paró en seco, sin aliento. No le gustaba perder el ritmo.

—Sigan corriendo sin mí, les veo en el desayuno.

Sus hombres se alejaron por el camino polvoriento. El cabo William le esperaba para acompañarle hasta el teléfono.

—Siento haberle molestado. Pero es urgente, varios turistas han desaparecido. Se cree que pueden haber sido secuestrados. El embajador está al teléfono.

—¿Estadounidenses?

—Al menos uno, los otros son dos franceses. Estaban en una misión diplomática, de gran calado cultural. No saben si eso ha tenido que ver.

Llegaron hasta uno de los despachos de la pequeña oficina administrativa de la base militar.

—Al habla el capitán Miller. Sí, señor... ¿Qué misión tenían? —el capitán Miller iba anotando todo lo que le decían sobre un papel. Antes de acabar la conversación, pidió que le remitieran toda la información por correo electrónico a la base.

Colgó el teléfono. Le habían asignado la misión de rescate de los tres extranjeros civiles. Pero no tenía claro por dónde empezar, aunque no podían descartar el secuestro por ser la situación más lógica, parecía que se hubieran esfumado por su propio pie del hotel. Necesitaba reconstruir la agenda de aquellos hombres desde que habían llegado a Afganistán. Se ducharía, y junto con el cabo William y varios de sus hombres, visitarían el hotel donde se habían hospedado.

Omar y Farukh estaban sudando nerviosos. Los habían retenido en el despacho del hotel para hablar sobre los extranjeros con los soldados americanos. Afortunadamente, no les habían llevado a la base. Solo de pensarlo el pánico les invadía. Un hombre alto, rubio y corpulento, con corte militar entró con otro hombre en la habitación. Los dos guías se levantaron asustados.

—Relájense, no han hecho nada malo. Solo necesito que me expliquen con calma lo que ha pasado.

Omar, más tranquilo, comenzó a hablar:

—Yo solo tenía que recoger a los cinco extranjeros y llevarlos hasta el aeropuerto.

—¿Cinco ha dicho? William, investiga sus nombres, pasaportes y nacionalidades. Habrá que ponerse en contacto con ellos, por si saben algo. Omar, sigue por favor.

—Dos de ellos, la señorita Manzur y *monsieur* Bitball, no bajaron al

vestíbulo a la hora convenida. Llamé a las habitaciones, pero no obtuve respuesta. Uno de ellos, el doctor Hoover, se ofreció en ir a buscarles. A la vuelta me dijo que estaban muy enfermos de la barriga. Entendí que algo les había sentado mal. No tenía razones para pensar otra cosa. Informé a mis jefes y llevé al resto hasta el aeropuerto.

—¿Y cogieron sus vuelos? Me habían dicho que el americano, el doctor Hoover, también había desaparecido.

—El doctor Hoover se puso a vomitar en la furgoneta. Yo mismo lo vi con mis propios ojos, no cogió el avión; lo llevamos de vuelta al hotel. Es un hombre mayor y no iba a poder soportar el vuelo transoceánico, ni los transbordos. Ya no sé mucho más, solo que cuando fui a recogerles a la hora convenida, a las 9:30 de esta mañana, se habían esfumado. El recepcionista y yo supervisamos las habitaciones.

—¿No quedaban efectos personales suyos? No lo entiendo, los secuestradores no suelen coger cepillos de dientes, ni ropa... Esta historia no cuadra, me falta una pieza —dijo mirando con fijeza al otro hombre. Farukh estaba lívido y se retorció en la silla. Algo ocultaba, su instinto, después de años de interrogatorios así se lo decía.

—Y bien, señor... —hizo una pausa para mirar él la hoja que tenía enfrente — ¿Farukh?

Farukh llevaba todo el día nervioso, ya no podía soportar más la presión. No había matado a nadie, no había hecho nada malo y se sentía como el peor de los criminales por haber estado ocultando información.

—Bueno, quizá yo sepa algo que pueda ayudarles. Espero no haberme metido en un problema, yo solo quería ayudar... Farukh es bueno, ayuda a los extranjeros con su misión.

—No lo dudo, ¿y cómo les ayudaste, exactamente? No te pongas nervioso.

—Visitamos el museo de Kabul, como estaba previsto en la agenda de la comisión. Pero se sintieron muy decepcionados al encontrar el museo vacío, en ruinas.

El capitán Miller abrió mucho los ojos, el asunto empezaba a ponerse interesante. Un giro inesperado.

—¿Qué esperaban encontrar en el museo? ¿Qué causó su decepción?

—Esperaban encontrar los restos del tesoro de *Ai Khanoum*...

—¿*Ai Khanoum*? No me suena de nada —lo apuntó en su papel mientras miraba al cabo William para que hiciera lo mismo y buscara información.

—Sí, es un yacimiento arqueológico, de gran valor, situado en el noreste del país. Los franceses y los rusos durante los años 60 y 70 excavaron en el yacimiento. No soy historiador y no sé exactamente las fechas, ni muchos datos

más.

—Está bien. ¿Y qué pasó cuando no encontraron lo que vinieron a buscar?

Farukh respiró hondo. Había llegado el momento de confesar y aquel hombre le inspiraba confianza y respeto. En todo momento había sido correcto y educado.

—Yo conocía a un antiguo conservador del museo, su nombre es Munir. Así que les llevé hasta él. Munir vivía recluido, oculto, en una casa apartada de Kabul.

—¿Oculto? ¿Por qué iba a vivir oculto un reputado conservador?

—Por las piezas.

—¿Las piezas?

—Sí, cuando comenzó la guerra, Munir y algunos de sus compañeros pusieron a salvo todas las piezas que pudieron de *Ai Khanoum*. Era nuestro gran tesoro y no querían que cayera en las manos de los talibanes, ni de los ejércitos. Querían preservarlas, para el futuro.

—¿El tal Munir? ¿Qué tipo de persona es? ¿Podría él haber estado involucrado en algún asunto turbio, en el mercado negro de piezas arqueológicas? —Miller no podía descartar ninguna opción. El asunto cada vez adquiría más complejidad, y por su experiencia, aquello significaba problemas para los extranjeros. Sus vidas podían correr peligro.

—¿Munir? No, se equivoca, al contrario. Él ha estado protegiendo las piedras, como su custodio. Prefiere vivir en la miseria y solo, antes que poner en peligro aquellas piedras. Es un buen hombre. No le mueve el dinero, le conozco bien.

—¿Los extranjeros llegaron a ver las piezas?

—Sí, claro que sí... Se pusieron muy contentos. Tuve que llevarles allí, cada día, a trabajar.

—¿A trabajar? ¿Qué hacían?

—Pues creo que hacer un listado del contenido de las cajas. Para ver lo que quedaba del tesoro arqueológico.

—¿Y sabes dónde pueden estar ahora? Quizás allí, con las piedras.

—Fue lo primero que pensé al saber que Omar no los había encontrado, me acabo de enterar. Pensaba ir ahora a verificarlo... Me siento culpable por no haberlo dicho desde el principio, pero jamás pensé que algo malo pudiera pasarles. Lo siento.

El capitán Miller se levantó cogiendo sus papeles:

—No perdamos más tiempo, vayamos en busca de Munir. Si no están con él, estoy seguro de que sabrá dónde han ido. Omar, tú ya puedes marcharte.

Omar suspiró aliviado, le acababan de quitar un gran peso de encima.

Ghalib conducía concentrado, salir de Kabul no iba a ser fácil. Por eso, había desperdigado a sus hombres en varios coches, por delante y por detrás de él.

En el primer coche había metido a cuatro hombres con chalecos y armas, para que fueran detenidos; así, su coche pasaría los controles sin mucho esfuerzo. Era una jugada sucia, pero sus hombres lo entenderían. Tampoco quería que los interrogaran, así que había equipado a uno de sus hombres con un cinturón explosivo. Morirían por su fe.

Tomó una curva. Faltaba poco para llegar al retén de carretera, el coche debería de haber explotado ya, pero lo hubiera oído. Esperaba que todo saliera bien. Volvió a tomar otra curva. Había muchos más caminos para salir de Kabul, pero Ghalib había optado por el más concurrido y vigilado. Estaba seguro de que si armaba mucho ruido en una gran maniobra de distracción, se saldría con la suya. Sin embargo, no había contado con que hubiera formada una gran cola de tráfico para salir de la ciudad. Maldijo enfadado, no le gustaba la improvisación. No había contado con ello. Decidió parar a un lado como si se le hubiese pinchado una rueda. Los coches de detrás le pitaron, pero él hizo oídos sordos. Miró el principio de la cola, ahí estaba el coche de sus hombres, a punto de pasar el control.

Todo sucedió muy rápido. Sus hombres ni siquiera hicieron amago de salir del coche, sino que apretaron el botón del explosivo en cuanto pararon el coche.

El ruido fue ensordecedor y el pánico cundió. El explosivo había hecho saltar por el aire el coche y a otros dos más. Afortunado el tercer coche, que había dejado bastante distancia de seguridad.

Ghalib no había contado con que aquello se convirtiera en un acto terrorista de gran magnitud. Ahora se había quedado aprisionado con su coche, sin poder avanzar para adelante, ni para atrás. Enseguida llegarían las tropas y las ambulancias. Tenía que pasar desapercibido. Se giró y se adelantó, para ayudar en la catástrofe. Era la mejor forma.

Cuanto llegó cerca de la explosión vio a una señora mayor, herida, tendida en el suelo. Se había quitado el *burka*, lleno de sangre.

—No se preocupe, se pondrá bien, no tiene heridas graves. Yo me quedaré con usted.

—¡Mi hijo ha muerto! —la mujer lloraba desconsolada. Ghalib buscó alrededor suyo con la mirada. Efectivamente, allí estaba el torso del hijo de aquella mujer.

—Túmbese. No se preocupe. Allah está con nosotros.



—Es usted un buen hombre. Muchas gracias.

El capitán Miller y sus hombres entraron por la fuerza en casa de Munir. Habían estado llamando primero, infructuosamente. Era obvio que no iba a ser tan sencillo, como había pensado al hablar con el tal Omar. La posibilidad de que estuvieran todos juntos, allí dentro, a salvo, se esfumaba.

El cabo Willian, entró el primero, con varios de sus hombres.

—¡Despejado!

Al cabo de unos segundos se oyeron más voces de sus hombres:

—¡Despejado!

—¡Despejado!

—¡Despejado!

—¡Despejado!

El cabo William salió al patio.

—Puede entrar capitán, está vacío, pero me da mala espina. Aquí ha pasado algo muy gordo.

El capitán Miller siguió las indicaciones de sus hombres hasta llegar a un pequeño despacho. En el suelo, yacía el cuerpo de un hombre joven. Se agachó a tocarlo, estaba muy frío. Intentó estirarle la mano, pero no pudo, por el rígor mortis.

—¡Lleva varios días muerto! ¡Maldición! ¿A ti qué te parece, William?

El cabo se puso en cuclillas, a su lado.

—Por su indumentaria, yo diría que es un terrorista. Pero es una suposición. Esto no es lo único. Mire en el almacén que hay tras esa puerta.

El capitán Miller se levantó intrigado y traspasó la puerta.

Ahí estaban las piezas. O mejor dicho, lo que quedaba de ellas. Polvo y escombros. Les habían disparado indiscriminadamente. Los agujeros de bala estaban por todas partes, en las paredes, en las cajas.

—¿Pero qué diablos ha pasado aquí? No entiendo nada.

## Capítulo decimoquinto



*Tajiskitán*  
*Julio de 2002*

Pasaron un día más en Douchanbe, en Tajiskitán, a orillas de un precioso lago que confluía con el río Oxo. Estaban a tan solo unos pocos kilómetros de la ciudad olvidada y los nervios iban aumentando entre los miembros del grupo. Ben le había contado a Gaspar esa mañana en el desayuno, que en realidad, podrían ir a pie hasta *Ai Khanoum* si no tuvieran que cargar con tanto material y avituallamiento. El convoy de coches y camionetas con más de veinte hombres no era precisamente discreto.

Por eso, habían acordado salir dos horas antes del amanecer del día siguiente, ocultos entre las sombras de la noche y sin que fuera visible desde lejos la polvareda que levantarían las ruedas de los coches.

Gaspar buscó a Irine y al viejo profesor con la mirada entre los miembros de la expedición. Habían pasado de ser cuatro a casi treinta en unos pocos días. Los vio. Estaban detrás de una camioneta haciendo inventario del material que iban subiendo a la parte trasera de la camioneta. El doctor Hoover tenía la mirada concentrada en una pequeña libreta en la que apuntaba diligentemente todo lo que Irine le iba diciendo y señalando. En ese mismo momento, Irine dio un salto y se subió a la parte trasera, haciendo malabarismos entre las bolsas, para asegurarse de que todo estaba en orden y no se les había escapado nada.

Gaspar no pudo evitar sonreír al verla sentada a horcajadas encima de un bulto irreconocible. A Irine le encantaba organizar e inventariar. Se la veía pletórica. Era muy eficiente y útil. Desde luego, era una habilidad en general subestimada. Pensó en los libros de su despacho en París, antes maltratados, por el suelo, sin orden, y ahora en su sitio, ordenados en la estantería. Y él había sido tan cabezota, tan reacio a ello... Le gustaba Irine, y cada vez más su orden y su sistema de clasificación. Por él, que le hiciera la maleta si ella quería. Era una virtud que nunca había sabido apreciar convenientemente, y ahora, con aquella expedición, la realidad de la eficacia y de su saber hacer era innegable.

En ese mundo había personas que sacaban lo mejor de él, e Irine, desde

luego, era la que más lo había conseguido. Se sentía más seguro, más estable, más alegre y desde luego, mucho más intrépido. Con su ex mujer, sin embargo... Alice sin duda había conseguido sacar lo peor de él: inseguridades, infelicidad y celos. Había oído la teoría de que el carácter y la actitud de la persona dependían de un origen genético propio y no del externo, del ambiental. No sabían lo que decían, era una teoría obviamente absurda, las personas son el mayor influjo sobre el comportamiento de sus propios congéneres.

Irine paró un segundo y levantó la cabeza, y allí estaba él, quieto, observándola como un tonto. Lejos de amedrentarse, Irine le saludó con la mano y una amplia sonrisa. Para gran disgusto de Gaspar llevaba el pelo recogido en una trenza que le llegaba hasta la parte baja de la espalda. Vestía unos pantalones largos beige con bolsillos en los laterales y una blusa de manga corta blanca. Se había mimetizado con el entorno con un atuendo de exploradora, ya no llevaba sus sandalias, sino unas botas de escalada marrones con calcetines rosas. Estaba preciosa.

Cenaron todos juntos rodeando una hoguera, como si de una película se tratara. Irine sentía los nervios en el ambiente, iban a cruzar de incógnito la frontera para buscar la ciudad olvidada de *Ai Khanoum*. Todos eran conscientes de que era un momento trascendental, hasta los mercenarios contratados por Ben y Munir parecían más nerviosos de lo habitual. Unos pocos revisaban sus mochilas, otros, se aseguraban de que todo estuviera bien empaquetado y anclado.

Irine miró a Gaspar, bastante más contento y despreocupado que el resto del grupo. Estaba segura de que ni siquiera había guardado sus pertenencias en la mochila, y que en el último momento lo metería todo, por supuesto, sin doblar. Tuvo la tentación de entrar en su tienda y prepararlo ella misma, pero lo desechó enseguida por absurdo. Pensaría que estaba loca. Miró la metralleta que estaba apoyada frente a ella, contra una caja. Parecía pesada. Se levantó y la cogió con curiosidad. Nunca había tenido un arma en sus manos, ni siquiera se le había pasado por la cabeza hacerlo algún día. Pero allí, en aquel lugar, parecía, por cotidiano, un elemento más. Se lo había visto a soldados americanos, franceses, a los talibanes, al doctor Munir y, ahora, era casi un elemento decorativo en el campamento. Era una situación algo surrealista. Un objeto bélico que infundaba pavor, intimidante, campando a sus anchas de un lado al otro del país, como si fuera una planta típica de la zona. No pudo evitarlo, lo sujetó con fuerza y lo levantó para hacer el gesto de disparar. Cogió la postura que había visto en las películas y cerró un ojo.

Un hombre, que debía ser el dueño de aquella arma se acercó con una mueca de disgusto en la cara. No parecía un tipo muy fiable. Llevaba la ropa sucia y cuando le quitó la metralleta vio que tenía las uñas largas y negras.

—Ten cuidado, podrías hacerte daño —su voz sonó suave y no como ella había esperado, amenazadora e intimidante. Hablaba farsi.

—Disculpa, no quería molestar. Sentía curiosidad —Irine le devolvió el arma avergonzada por haberla cogido.

—No es un rifle, no hace falta cogerlo así, ni cerrar el ojo. Solo tienes que apretar aquí...

El hombre la levantó bien para que pudiera ver el disparador.

—Ah, gracias, solo era curiosidad. No pensaba de ningún modo... Bueno, me voy, que tengo mucho que hacer —se alejó incómoda.

Tropezó sin darse cuenta con alguien, se sobresaltó y no pudo evitar soltar un grito. Levantó la cabeza. Era Gaspar. Menos mal.

—Tranquila, soy yo —la sujetó con firmeza por los brazos para que no cayera al suelo.

—Hola, menos mal que eres tú... ¡Vaya susto me he llevado!

Gaspar miró entre las sombras al hombre que había estado hablando con Irine.

—¿Ha pasado algo?

—Nada, de verdad, tonterías... No te preocupes, estoy algo susceptible.

—Venga, te acompaño a tu tienda, disponemos de pocas horas de descanso, en seis horas salimos. Le pediré a Ben que te prepare una infusión con plantas de la zona que dice que es mano de santo.

—Ni se te ocurra meterme opiáceos... Mejor que no me pidas ninguna infusión, ya me encuentro mejor. Solo ha sido un susto.

Gaspar cogió con cariño a Irine por encima del hombro. Estaba soportando demasiada presión en el viaje de vuelta a sus raíces, la fuga de Kabul y ahora, por si fuera poco, una expedición ilegal.

Esa noche, antes de que saliera el sol, emprendieron el camino en un largo pero organizado convoy. La ruta fue asombrosamente corta, cuando pararon el coche, poco más de media hora después de haber salido. Gaspar pensó que era porque había ocurrido algún tipo de contratiempo.

—Ya estamos aquí, un poco antes de lo previsto —anunció un alegre Ben abriendo la puerta del todo terreno.

Gaspar miró a su alrededor y solo pudo distinguir la silueta de una colina. Bajó del coche, aún era noche cerrada, pero sí, aquel era el lugar, un pequeño

valle entre dos montañas rocosas. Buscó el río Oxo, para ubicarse, infructuosamente.

—Si buscas el río Oxo está en esa dirección y ahí el Kokcha.

—¿Ya conocías el lugar? —le preguntó sorprendido.

—Sí, me arriesgué a venir una vez, pero desgraciadamente no pude acercarme más sobre el terreno. No quiero desilusionarte... Tendrás que juzgar por ti mismo. Venga, tenemos trabajo, hay que descargar, desempaquetar y montar las tiendas. Esta vez vamos a montar una tienda de trabajo de campo, con mesas y sillas para que podamos trabajar en condiciones. Y no nos faltará una mesa para clasificar.

Gaspar asintió esperanzado y miró intensamente hacia la colina, como si fuera capaz de ver a través de la oscuridad, los tesoros que ocultaba bajo su vigilante manto protector.

Estaban desembalando trastos cuando el cielo comenzó a adquirir un suave tinte rojizo. Gaspar dejó en el suelo lo que llevaba entre las manos y se puso tenso, expectante. Había esperado ese momento toda su vida.

Poco a poco una suave luz fue invadiendo el valle, y las sombras que Gaspar intentaba ver no aparecían. Nervioso, comenzó a andar hacia el lugar donde se suponía que debía estar *Ai Khanoum*, pero no veía nada. No podía ser. Sintió un palpito y la bilis le subió hasta la boca. No se dio cuenta, pero Irine y el doctor Hoover le seguían a la zaga.

—Por favor, no —murmuró para sí mismo Gaspar. Comenzó a andar más y más rápido, hasta correr. Buscó y buscó como un loco. Nada era como debía ser. Nada estaba como debía estar. Ni el *gimnasio*, ni los capiteles del palacio, ni los cimientos de las construcciones... Nada. Cerró los ojos y reprodujo en su cabeza el mapa en tres dimensiones de cómo fue aquella ciudad hace dos mil años.

Y eso no era lo peor, el lugar estaba grotescamente mutilado, como si fuera la obra del más sangriento psicópata.

Aquella situación sobrepasaba todos sus límites. Gaspar se dejó caer en el suelo, entre dos grandes agujeros, le faltaba el aliento, se sentía mal. Notaba los ojos llorosos. Él había esperado que aquel lugar hubiera sido expoliado, pero jamás, ni en sus peores pesadillas pensó que lo hubieran arrasado todo. Ya no había más que excavar. El sol iluminaba ahora todo el valle. Miró a su alrededor, estaba rodeado de un millar de agujeros. Ya estaba excavado, con fines bélicos, pero excavado.

Irine y el doctor Hoover iban siguiéndole como podían, sorteando los

obstáculos, pero Hoover procedía con la lentitud de su edad. Vieron desde poca distancia cómo Gaspar caía derrotado en lo que parecía un mar de pequeños agujeros profundos cavados en la tierra. Irine ayudaba nerviosa al doctor, que a duras penas podía avanzar. Sentía que Gaspar estaba sufriendo pero no podía llegar hasta él.

—Irine, adelántate... No puedo ir tan rápido, me duele la rodilla —el doctor se había dado cuenta de su inquietud.

Irine le miró avergonzada, estaba tirando a rastras del pobre hombre por el hombro.

—Gracias, enseguida vuelvo. Quédese aquí, no se mueva.

Irine aceleró el paso, no podía correr, pero sí saltar por encima de los agujeros. Y eso hizo. Estuvo a punto de caerse en dos ocasiones, pero finalmente llegó hasta él.

Estaba en el suelo sentado con la cabeza entre sus piernas, como si quisiera ocultar a su vista todo lo que le rodeaba.

—Gaspar... —Irine se acuclilló para verle mejor— Gaspar, lo siento mucho de verdad. Tu ciudad...

—Tenía la esperanza, tenía la esperanza... —gimió más que habló.

Irine se sorprendió, parecía que estaba llorando. Tenía que ayudarlo, reconfortarlo, se le partía el corazón de verle así. Le abrazó por detrás, no podía ver su cara, pero sí sentir su dolor. Aquel sitio había sido su vida, su ilusión, su preocupación. Habían arriesgado mucho para llegar hasta allí. No encontraba las palabras adecuadas, pero lo mejor era distraerle, hablar:

—Lo siento mucho. Sé lo que significaba para ti...

Gaspar levantó la cabeza:

—Eso es lo peor, Irine, no quería que significará algo solo para mí. Quería que el mundo lo descubriera. Que supiera que este lugar había existido y había sido un enclave importante, el foco de la civilización griega en Asia central. Tan maravilloso y espectacular como el que más. Y ahora no queda nada. Los talibanes han mutilado su propia historia. No entienden el valor de la historia, la cultura o el patrimonio —miró a Irine—, ni el valor de las personas.

—Sí, han destruido su propio país. El país de mis padres, por el que tanto han luchado.

Gaspar giró su cuerpo hacia ella para sumergirse aún más en aquel preciado abrazo. Una isla entre un mar de agujeros. Se dejó caer sobre ella como un niño.

Oyeron al doctor Hoover desde lejos:

—¿Estáis bien? ¡No han dejado nada! ¡Bárbaros! ¿Cómo pueden ser tan brutos? ¡Ni que las piedras fueran personas o tuvieran religión! ¿Qué sentido tiene todo esto? ¿Qué daño habían hecho? ¿Resistir el paso del tiempo?



## Capítulo decimosexto



*Ai Khanoum (norte de Afganistán)  
Julio de 2002*

Ben les explicó a su vuelta que allí se libró una cruenta batalla y fueron los talibanes quienes habían escavado aquellos agujeros para esconderse. Realmente no sabía más, ni qué había pasado realmente, porque por allí también habían pasado los rusos y estos habían estado muy interesados en el yacimiento.

—Yo creo que ha sido un sumar de despropósitos: los rusos, los talibanes, los señores de la guerra. No han sido uno, sino todos.

Quedaban cuatro piedras mal puestas y mil agujeros.

Munir intentó animar al desolado grupo, especialmente a Gaspar:

—Hemos llegado hasta aquí y no vamos a quedarnos en la superficie. Alejandría del Oxo era enorme, no debemos olvidarlo, seguramente quedará algo, hay que seguir buscando. Yo voto por empezar en el lugar más probable: en la loma donde la ciudad se asentaba, por los dos extremos... Los que se alejan del centro.

Gaspar intervino un poco más animado por la idea de Munir:

—Tienes razón, las excavaciones que se hicieron solo llegaron a desvelar una pequeña parte de la ciudad. Podría ser... Tengo que revisar todo lo que sé sobre las excavaciones de Paul Bernard. Hasta ahora me había centrado en sus descubrimientos y sus implicaciones; pero no propiamente en el terreno, ni en las capas de sedimentos, ni en los lugares en que profundizaron. No sé mucho de la excavación en sí.

—Podría empezar por ahí, Gaspar, documentándose —Munir se dirigió a todos insuflando sus ánimos—. Y deberíamos poner a la vista de todos la recreación de la ciudad en su día, para que nos vayamos situando y aprendiendo. Nuestro cuartel general será la tienda de trabajo. Tú eres el más indicado para dirigir esa tarea, Gaspar. Ben y yo estamos más acostumbrados al trabajo de campo. Bueno, yo no tanto, miento... Pero Ben es muy bueno. Y estoy deseando trabajar con él.

—Muchas gracias, Munir —retomó la conversación Ben—. Gaspar, voy a



sacarte todos mis papeles y material, te lo dejo en la tienda, para ver si pueden ayudarte. Supongo que será lo mismo que tienes tú, pero nunca se sabe. Necesitaré al resto de las personas para el trabajo de campo, incluido el doctor Hoover, porque la mitad de los hombres tendrán que quedarse para tareas de vigilancia.

Todos estuvieron de acuerdo, era un comienzo. Hace unos minutos no tenían nada y el viaje había sido un fracaso. Ahora tenían al menos un plan y por tanto, una esperanza.

Gaspar e Irine dieron un paseo. Irine notó la voz quebrada de Gaspar por la emoción.

—Irine, ¿sabes lo que había justo ahí? —le preguntó tras unos minutos de silencio nada incómodos.

Irine negó con una sonrisa.

—Imagínatelo, en ese flanco de la colina, aprovechando la pendiente natural había un impresionante anfiteatro. De esos grandes que se ven en las películas.

Irine miró donde le señalaba Gaspar. No había nada, unas piedras mal puestas, pero Aun así hizo todo lo posible por imaginar cómo habría sido aquel lugar hace más de dos mil años.

—Era la principal atracción de la ciudad. Se representaban desde comedias de Aristófanes hasta las tragedias de Sófocles y Eurípides.

—Era una cultura sofisticada, la grecobactriana —Irine estaba aprendiendo mucho.

—Sí, lo era, había adoptado lo mejor de la cultura griega, de la persa, de la hindú... Estamos en un cruce físico, por donde pasaban todas las rutas. Prácticamente, a los pies del Himalaya.

—¿Tan cerca? —Irine miró confusa a su alrededor. Estaba bastante desubicada geográficamente, pero no quería confesarlo.

—Sí, tan cerca. Imagina, hasta aquí viajaban compañías de artistas para representar sus obras y miles de personas se acomodaban en los bancos del teatro para verles actuar. El rey mismo y su familia asistían y se sentaban donde todos pudieran verles —un brillo iluminaba los ojos de Gaspar.

Irine decidió confesarse:

—Lo sé, Eucrátides era un rey cercano... su palacio estaba abierto al pueblo...

Gaspar la miró asombrado:

—¿Cómo sabes tú eso?

—Marie me metió en la maleta tu tesis doctoral —rió nerviosa.

—¿Mi qué? Es un disparate, hasta yo deseché traérmela, era demasiado pesada... —Gaspar también rió con agrado ante la revelación.

—Ya me la he acabado. Es impresionante —Irine le miraba con orgullo—. Cuando regresemos, te la dejo en la tienda. Hay tanta información, a lo mejor la respuesta a lo que buscamos está entre esas páginas.

Gaspar pensó que tenía razón, era probable que así fuera. Anotó mentalmente agradecer a Marie el gesto. Su tesis podía serles muy útil. Había recopilado todo sobre Alejandría del Oxo en aquellas páginas, y podría ser que algo se les hubiera pasado por alto. Repasó mentalmente el índice de su tesis. Tuvo la sensación de que así era, algo se le pasaba por alto y no sabía qué. Intentó hacer memoria, recordó la estructura de la tesina, sus capítulos... Pero era demasiado extensa y habían pasado muchos años. Tendría que releérsela.

## Capítulo decimoséptimo



*Ai Khanoum  
Julio de 2002*

Se levantaban temprano, mucho antes de salir el sol y se dividían en dos grupos provisionales. Uno más numeroso con Munir que se encargaban de rebuscar vestigios en la superficie y el otro únicamente formado por Ben y el doctor Hoover. Desayunaban café, té y, aunque al principio le había parecido raro a Irine, kebab con arroz. Ahora estaba contenta de ir al yacimiento con el estómago bien repleto, pasarían horas de pie y en cuclillas y volverían exhaustos al atardecer, tal y como habían hecho el día anterior.

El doctor Hoover y Ben estudiaban por su lado, con detenimiento, las alteraciones del terreno, para buscar nuevos sitios donde excavar. Aunque Ben no era geólogo, era un entendido del tema al haber colaborado en multitud de excavaciones. Para la tarea de prospección utilizaban fotografías aéreas y varios mapas antiguos. Era una tarea que entrañaba una gran dificultad. Intentaron subir a la montaña, pero al ser como una enorme roca empinada, el doctor Hoover tuvo que desistir. Aun así Ben se empeñó y lo consiguió con ayuda de material de escalada.

La vista era sublime, pero solo sirvió para eso, para disfrutar de una nueva perspectiva del valle, más global y general, aunque mucho más poética. Desde allí, los cientos de agujeros le daban incluso una bonita cadencia al terreno, como si estuvieran cavadas por obra de algún artista y no por hombres con metralletas. Aprovechó para hacer varias fotos con la cámara, quizás al revelarlas verían algo que él, a simple vista no podía ver, o en el peor de los casos, acabarían ampliadas y enmarcadas en el pasillo de su casa, junto a muchas otras. A Ben le encantaba la fotografía. Era una afición que armonizaba muy bien con su trabajo, ya que se había pasado la vida viajando por el mundo.

Una vez regresado al campamento, Ben y el doctor Hoover decidieron que empezarían por el flanco de la montaña contrario al anfiteatro, el lugar donde

debía de estar ubicado el palacio. Consultaron con Gaspar, y este estuvo de acuerdo, allí no había llegado nadie a excavar y no había agujeros de los talibanes. Parecía el lugar propicio. Las esperanzas de todos se vieron renovadas, a lo mejor no estaba todo perdido, quizás encontrarán la casa de algún noble, o en el mejor de los casos, un templo.

Trabajaron durante tres días acotando el lugar, trasladando el material y montando allí una tienda de trabajo de campo. A cada uno se le asignó una zona, siendo la inclinación el lugar designado a los expertos, Ben, Munir y Gaspar.

Irine no podía creer lo que estaban haciendo. Tenía una pala entre sus manos y debía cavar. No podía ser tan sencillo, se dijo. Pensaba que los arqueólogos tendrían un método más científico y limpio para la tarea. Sacó tierra con la pala y la llevó hasta el gran cubo asignado para tal tarea, donde el doctor Hoover rebuscaba y lo desechaba todo. Aún estaban en una capa muy superficial. Cuanto estuviera lleno, uno de los hombres de seguridad lo cargaría y se lo llevaría lejos. Se sentía como si estuviera violando o mutilando el lugar. Clavar la pala se le antojaba un acto algo grotesco. Se giró para observar a sus compañeros, ninguno parecía tener la misma inquietud, al contrario, parecían animados y resoplaban contentos.

Irine soltó en voz alta:

—Estamos cometiendo una ilegalidad.

Nadie la escuchó.

Pasaron cuatro días muy duros en los que acababan muertos en sus camastros con unas terribles agujetas. El doctor Hoover tuvo que quedarse sentado en la tienda de campo, tenía fiebre alta y apenas se podía mover. Irine estaba tan preocupada que le obligó a tomarse un antibiótico genérico, por si hubiera cogido algún tipo de virus y algunas bacterias se estuvieran aprovechando de ello. No era normal que tuviera una temperatura tan alta solo por cansancio.

Ya no trabajaban entre bromas, el silencio había tomado el valle. Solo se oían resoplidos y a Ben, ir de un lado para otro, cada vez más nervioso. Mucho antes de que el sol comenzara a bajar ya no pudo más y estalló, histérico:

—Vamos a dejarlo, todos. Es absurdo seguir aquí. Solo hay tierra.

Irine se dejó caer al suelo, derrotada. Ben tenía razón, allí no quedaba nada, solo habían sacado tierra y piedras.

—Reunámonos, vamos a cambiar el emplazamiento. Creo que lo mejor será cambiar radicalmente de zona, al otro lado de la colina...

—Gaspar y yo nos adelantaremos a buscar el sitio exacto. Id recogiendo y

cargando todo en los cubos y cubetas.

Los hombres contratados por Munir resoplaron, ellos eran los encargados de transportar de un lado al otro el pesado material y llevaban toda la semana dando vueltas con él. No estaban acostumbrados a ese tipo de trabajos tan esclavos. Preferían estar con sus compañeros supervisando tranquilamente el perímetro. Lo suyo eran tareas de seguridad y no ser burros de carga.

Munir se dio cuenta de su descontento al oír los resoplidos.

—Nos os preocupéis, esta noche rotaréis. Cambiaréis de turno con vuestros compañeros. Veo que echáis de menos vuestras armas...

Los hombres se sintieron aliviados. Era mucho más justo así. Rotaciones.

Ben y Gaspar dieron varias vueltas con el todoterreno más pequeño. No veían claro un lugar determinado para seguir excavando. Pararon y siguieron a pie.

Ben fue el primero en hablar y en materializar lo que ambos estaban pensando en realidad, a pesar de los esfuerzos.

—Gaspar, no creo que encontremos nada. Todo esto ha sido un derroche inútil.

—Lo sé —hasta ahora no había querido reconocerlo— ¿Cuánto tiempo más podemos quedarnos?

—Cuatro días. Más, imposible; acabarán descubriéndonos. Además, a estas alturas, vuestras embajadas ya os deben de estar buscando. Tenemos que aparecer antes de provocar un conflicto internacional. Pero deberíamos aprovecharlos, hemos llegado hasta aquí, tenemos el material... Sería una tontería dar media vuelta ahora.

—Estoy de acuerdo, pero tengo la impresión de que estamos tirando por la borda una oportunidad, como si algo se nos estuviera pasando por alto. Hemos llegado hasta aquí pero estamos cegados y, francamente, Ben, haciendo una chapuza. Vamos a tientas.

—Lo sé —Ben bajó la mirada al suelo, en cierto modo se avergonzaba... las prisas, la falta de permisos, la clandestinidad...

—Mira, vamos a parar, Ben. Déjame tomar un respiro sin presión y pensar. Excavaremos solo si tenemos un motivo. Este lugar ya está bastante agujereado. Tomaros el resto del día para descansar, que os hace falta. Preparad una buena cena.

—¿Y tú?

—¿Yo? Tengo que estudiar. Volvamos al campamento base, deshagamos lo andado.

Gaspar se sumergió en la tienda central. Con todos los documentos y su tesis. Había algo... Algo que no conseguía recordar. Y eso le preocupaba. Dejó la mente en blanco. Debía verlo todo desde otra perspectiva, una por completo diferente a la que tenía estructurada en ese momento en su cabeza. Solo podía encontrar lo que buscaba comenzando de cero. Cogió su tesis por la primera página.

Cuando Irine entró para traerle un té, Gaspar estaba tan concentrado que ni la oyó. Ella no le dijo nada, no quería interrumpirle. Se limitó a dejar la bandeja cerca de él, a un lado.

Cuando a medio día entró con pan y frutos secos, la bandeja de té seguía igual y Gaspar no había cambiado de postura. Tenía entre sus manos su tesis y leía rápido. Sus ojos iban de un lado al otro, con concentración.

Irine cambió una bandeja por otra y salió a contar con preocupación al doctor Hoover que Gaspar había entrado en una especie de trance.

No salió a comer, ni en toda la tarde de su tienda.

Nain, uno de los hombres de seguridad, que había ejercido de cocinero en todo aquel tiempo, preparó una gran cena que sirvió en platos de plástico. Kebabs, arroz, estofado con nabos, *sabzi* de espinacas... Un auténtico banquete para reponer fuerzas. Todos los hombres se alegraron, al fin y al cabo no habían tenido ningún percance en el viaje, ni corrido ningún riesgo y estaba resultando un trabajo fácil, además de bien pagado. Poco a poco las conversaciones se fueron animando, en farsi, en pastún y en francés.

Nain sorprendió a todos con el postre. Unas deliciosas almendras garrapiñadas, membrillos y una caja de dulces típicos de la zona. El hombre ofreció la caja a Irine con una sonrisa desdentada, para que ella la distribuyera.

Irine se levantó y comenzó a pasar la caja. Cada hombre iba metiendo la mano en ella y Irine notó alguna mirada lasciva de más que le erizó el pelo.

Iba a entrar a la tienda a ofrecer uno de los dulces a Gaspar, cuando este salió de golpe, les miró a todos con extrañeza, como si hubiera salido de un largo y pesado sueño y ellos no debieran estar ahí. Sonrió y levantó los brazos:

—Lo tengo amigos, lo tengo. O mejor dicho, casi lo tengo.

—¿Casi? —contestó Irine ofreciéndole los dulces de la caja. Gaspar no había comido nada e iba a ponerse enfermo.

Gaspar alejó la caja de él, no tenía ganas de comer nada, tenía una gran idea que a lo mejor podía dar un vuelco a la situación:

—No tengo el sitio exacto, pero sé qué buscar. Venid, entrad...

Munir, Ben, el doctor Hoover e Irine se apresuraron en seguir sus pasos al interior de la tienda. El desorden era absoluto, Gaspar lo había desperdigado todo dejando caer al suelo la mayor parte de los documentos.

Gaspar siguió la mirada de sus amigos.

—Ah, eso son los documentos desechados. He sido muy tonto, siempre he tenido la información pero no he sabido verla. Supongo que no es lo mismo estar pensando y sacando conclusiones en mi despacho, en París, que aquí, con presión... Desde luego, es algo que debería haber recordado mucho antes.

Munir se adelantó impaciente, no les quedaba mucho tiempo:

—¿Qué has descubierto?

—Mirad —Gaspar señaló una foto que tenía sobre la mesa.

—¿Un templo? —contestó Munir después de echar una ojeada a la imagen.

—Ya encontraron dos en su día —prosiguió Ben intentado averiguar la línea de razonamiento de su compañero.

—Sí, ese es el caso, encontraron dos. Uno en el centro de las murallas y otro casi a las afueras, pero estaban seguros de que había como mínimo otro más escondido en algún lugar.

Todas las miradas se concentraron en la pequeña foto. Era un templo escalonado, espigado, con una entrada alta en el frente por la que bajaba una rampa muy inclinada.

—¿Eso es un templo griego? Parece asiático o...

—Babilónico —contestó Gaspar—, un zigurat. Recuerda lo que te contamos de las monedas y los dioses...

Todos miraban la foto pegados unos a los otros.

—Ojalá tengas razón, Gaspar —añadió Ben—. Encontrar algo así es el sueño de cualquier arqueólogo, además, estaría intacto.

—Exacto —prosiguió Gaspar—, lo hemos estado enfocando mal, estábamos intentando redescubrir lo ya descubierto. No, tenemos que ir más allá... Podría haber estatuas, monedas, joyas para ofrendas religiosas...

—Ya, pero apenas tenemos tiempo. Y no sabemos exactamente el lugar —el doctor Hoover estaba intentando ser realista. Ya se habían llevado bastantes desilusiones.

—Bueno, sí. Pero creo que sé exactamente dónde buscar. Mañana al alba partimos. Necesitamos luz.

Gaspar no podía conciliar el sueño. Estaba nervioso, creía firmemente que su corazonada era buena, pero disponían de poco tiempo para encontrar el lugar. Era algo así como encontrar una aguja en un pajar, bueno, algo más fácil, una moneda en un pajar, reflexionó. Deseaba con fuerzas que saliera el sol y comprobar si su teoría era la acertada. Para eso debía encontrar el lugar. Oyó los ronquidos ya familiares del doctor Hoover. Estaba cansado de dormir a su lado,

por mucho cariño que le hubiera cogido, así que se levantó de un salto y salió al exterior. Era el momento de hacer locuras. No le había pasado desapercibida la página arrancada de su tesis. No podía ser coincidencia que Irine hubiera arrancado justamente la página de la dedicatoria a Alice. Aquello tenía un significado de gran calado.

La tienda de Irine estaba justo al lado. Introdujo su cabeza sin hacer mucho ruido intentando escuchar o ver si estaba despierta. No se oía nada y tampoco podía ver. Entró con sigilo. Estaba muy oscuro, se orientó hacia el lugar donde creía que estaría la cama. Por lo visto, no estaba donde debería, sino mucho más cerca, tropezó y cayó sobre ella. Un chillido histérico pudo escucharse por todo el campamento. El doctor Hoover se levantó sobresaltado y corrió en pijama a la tienda de al lado. Había sido un chillido de mujer inconfundible e Irine era la única allí. Los hombres de seguridad se le habían adelantado y ya estaban dentro de la tienda.

El espectáculo era único. Irine en pijama de cuadros contemplaba aturdida a un asustado y avergonzado Gaspar, mientras los hombres de seguridad hacían mofas y conjeturas sobre lo ocurrido.

—Doctor Bitball deje de molestar a la señorita. Es usted un perverso. Esa no es forma de tratar a las mujeres —dijo el único que sabía hablar en francés y luego comenzó a hacer burlas en farsi con sus compañeros.

—¿Y los extranjeros se dicen más civilizados que nosotros? —los hombres rieron entre sí por la situación e hicieron un millón de burlas con lo que se les pasaba por la cabeza.

Irine, que acababa de atar cabos y entendía perfectamente todo lo que decían, se hizo cargo avergonzada de la situación:

—Gaspar, desconocía que eras tú. No me hubiera asustado de haberlo sabido.

Gaspar intentó sonreír, mirando de reojo a los hombres que se estaban desternillando de risa mientras le señalaban. Para más humillación Munir y Ben acababan de entrar y el doctor Hoover les ponía al corriente.

—Por lo visto el doctor ha decidido entrar en la tienda de Irine, sin avisar y le ha dado un susto de muerte.

Gaspar le miró enfadado. Su amigo le traicionaba y hacia leña del árbol caído.

El doctor Hoover intentó suavizar la situación:

—Seguramente, iba a contarle algo importante sobre el templo, quizá sobre su posible ubicación...

A Munir le entró un ataque de risa, creía que había pasado algo grave y había ido directo a buscar una pistola. Ben le acompañó aliviado, se esperaba lo



peor, que uno de los hombres hubiera decidido propasarse con ella o algo así. Irine se levantó de la cama todavía asustada, enseñando a todos su pijama rosa a cuadros:

—Salid, por favor. Salid todos de mi tienda, estoy en pijama. Menudo susto... Creía que me atacaban. Lo he pasado muy mal.

Todos salieron entre risas, salvo Gaspar que estaba malhumorado por la humillación. Estaba esperando a que se fueran todos los demás, para salir evitando más burlas. Había hecho el ridículo y le habían tachado de pervertido. Se paró en seco antes de salir al oír la voz de Irine:

—¿Gaspar, podrías traerme una de esas infusiones tranquilizantes? Muy cargadita, por favor.

Gaspar se giró lentamente y sonrió con timidez. Irine quería que volviera a entrar en su tienda. Le perdonaba.

Volvió con una infusión que había pedido a Nair. Tuvo que soportar sus burlas mientras hervía el agua en el hornillo. Afortunadamente, no entendía ni una palabra de lo que decía, pero fácilmente podía imaginarlo. Nair chapurreaba como mucho veinte palabras de francés: pan, té, agua, comida, peligro, bueno, malo, más... Lo básico para realizar su trabajo y sorprendentemente también conocía las mismas veinte palabras en inglés. Era todo un profesional en el campo.

Gaspar volvió a entrar en la tienda. Ahora, Irine, gracias a Dios, le esperaba con una sonrisa nerviosa.

—Vaya por Dios, menudo momento de azoramiento hemos pasado...

—Sí, lo siento. No pretendía asustarte —levantó la cabeza, ahora más osado, total, ya no podía fastidiarlo más—. Irine, siento haberte asustado. No podía dormir solo, quería venir aquí y estar contigo.

Irine sonrió. Gaspar se lo tomó como una invitación, ya le daba igual lo que pensara el resto del campamento. Peor, no podía quedar. Se sentó a su lado en la cama y le ofreció el té:

—Me he asegurado de que esté ya tibio, para que no te quemes. He soplado y todo.

Irine bebió con avidez. Necesitaba calmarse. Acabó en pocos sorbos la infusión y miró fijamente a Gaspar. Y entonces, para sorpresa de Gaspar, comenzó a reír como una loca.

—¡La que hemos organizado! No se me olvidará nunca tu cara...

—Ni a mí la tuya chillando como una loca.

Los dos se doblaron de la risa en la cama. Irine se incorporó algo cansada, seguía riéndose pero notaba que la infusión empezaba a hacer efecto.

—Puedes quedarte, Gaspar.

Gaspar aprovechó para lanzarse a la piscina y darle ese beso que había quedado interrumpido en el hotel de Kabul. Irine sintió el calor reconfortante de su presencia y se sintió feliz. Excesivamente tranquila y feliz, notaba como si su cuerpo se estuviera alejando de ella. Tenía sueño, demasiado para estar en el momento cumbre más importante de todo el viaje. El momento que había estado esperando desde Kabul, tenía a Gaspar en su cama.

—Gaspar, ¿qué diablos le has echado al té? No me encuentro muy bien... Noto como un peso en la cabeza...

—Me dijiste que lo cargara... No sé lo que lleva, solo le dije a Nain eso. Muy cargado, mucho sueño y después de hacer el gesto de dormir señalé tu tienda y dije tu nombre...

—Creo que acabo de probar la famosa amapola adormidera...

Irine se durmió entre los brazos de Gaspar. Y este intentó coger la mejor postura en aquella pequeña cama. ¡Menuda noche! No había sido exactamente como lo había planeado, pero últimamente todo escapaba a su control y el azar campaba a su antojo en su vida. Y desde luego, contra toda apariencia, estaba a su favor, pensó feliz, envuelto en el suave pelo negro de Irine.

Al día siguiente, todos hicieron como que aquello no había ocurrido. Aun así ambos notaron las miraditas de burla de los mercenarios. El doctor Hoover se sentó a su lado a desayunar como de costumbre, y por educación, no mencionó la ausencia de Gaspar en la cama de al lado. Al contrario, hizo todo lo posible por encauzar la situación hacía la verdadera misión del grupo:

—Gaspar, ¿sabes ya más o menos donde debemos buscar?

—Exactamente no, pero tengo una idea, lo sabré en cuanto lo vea. No te preocupes.

—¿Y hacia dónde nos dirigimos y trasladamos el material? —preguntó Munir por pragmatismo, ya que no tenían mucho tiempo, y montar y desmontar el campamento era un trabajo arduo.

—Sí, vamos a alejarnos de todo. Iremos a los montículos que hay cerca de las tumbas, en el otro flanco de la montaña, en el este —dijo con confianza.

—Está bien, ya voy organizándolo todo —Ben se levantó de la silla y se dispuso a dar las pertinentes órdenes.

—Yo me adelantaré, prefiero ir solo.

Quiso dar un beso antes de irse a Irine, pero prefirió evitar las miradas de sus compañeros y ser discreto.

Gaspar cogió un todoterreno y dio una vuelta por el valle muy despacio, observando bien cada montículo. Siguió hasta el otro extremo del valle, lejos de donde estaba el yacimiento y aparcó el coche en una planicie polvorienta.

Sacó un viejo mapa y lo dispuso sobre el capó. Para que no se volara puso encima el pesado *walkie talkie*. Miró a su alrededor, estaba seguro de que aquel era el lugar, pero dudaba entre un montículo solitario en mitad de la planicie y otro que había pegado a la pendiente de la montaña. Sí tuviera tiempo, si aquello fuera una excavación legal... Pero no era así, tenía que decidirse por uno de los dos, y a la fuerza acertar. Era su última oportunidad. Aquel viaje no podía acabar en vano, habían arriesgado todos demasiado: Irine, Ben, Munir, el doctor Hoover... No podía defraudarles. Caminó hasta el montículo solitario. Dio varias vueltas a su alrededor, observando concentrado y cogió un puñado de tierra. Desde luego allí abajo había algo, pero no era el templo. Era demasiado pequeño, pensó comparándolo con el tamaño de los ya descubiertos. Calculó a ojo el volumen de tierra y se ratificó en su decisión. Si había un templo, sería en el otro lugar. Levantó la vista y sintió su corazón palpitar. Desde allí podía ver la otra opción, en la que ya había decidido que excavaría. El montículo se alzaba imponente protegido por la ladera de la montaña. Era imposible que alguien hubiera reparado en él, estaba como escondido. Sonrió. Si aquel montículo era finalmente el templo, sería casi el doble de grande que los otros descubiertos en expediciones pasadas.

## Capítulo decimoctavo



*Universidad de Cambridge, Inglaterra*

Peter y el doctor Kipling trabajaban a destajo preparando la conferencia sobre las piezas de *Ai Khanoum* en una de las salas de la universidad. No tenían tiempo que perder. Debían hacerlo según lo pactado, antes de que sus compañeros acabaran la expedición al yacimiento. No tenían ningún contacto con ellos, pero el plan debía marchar como habían establecido. Peter seleccionaba las mejores fotos y se las enseñaba en el retroproyector a Kipling, que era quien establecía el orden en el que iban a ir apareciendo en la presentación. Ya habían descartado las piezas menos importantes y, aunque los resultados de las pruebas aún no estaban listos, no les cabía ninguna duda de que conformarían su datación y su procedencia.

El teléfono móvil del doctor Kipling vibró y sonó sobre una de las mesas de la sala.

—Por favor Peter, cógelo tú —Peter dejó su ordenador y cogió el teléfono.

—Soy Peter, el asistente del doctor Kipling.

—Soy el capitán Miller, llamo desde Afganistán. Necesito hablar urgentemente con el doctor Kipling.

—¿Afganistán? —Peter se temió lo peor y levantó mucho la voz, para que su jefe lo oyera.

Este se levantó y le arrebató el teléfono.

—Soy el doctor James Kipling, ¿sucede algo?

—Sí, sus compañeros. Me temo que están en peligro. El doctor Hoover, la señorita Manzur y el doctor Bitball —el capitán Miller no quería perder el tiempo.

—¿En peligro? —Kipling intentó hacerse una idea de lo que estaba pasando y calcular cuanta información podría dar a aquel hombre. Había prometido no revelar la misión, salvo causas excepcionales— No entiendo bien, estaban enfermos, un virus gástrico al parecer... ¿Han empeorado?

—Usted y yo sabemos que no es así. Lo sé todo, hemos ido hasta la casa de Munir.

Kipling estrujó su teléfono y casi se le cae al suelo.

—¿Han descubierto las piezas?

Peter, al entender de lo que estaban hablando, se acercó hasta su jefe, para ver si podía escuchar algo.

—No entiende la gravedad del asunto, doctor. Ya no hay ninguna pieza.

—¿Cómo que no hay ninguna pieza? Yo mismo estoy ahora preparando la presentación de ese descubrimiento con mi asistente...

—Todas las piezas han sido destruidas.

—¿Destruídas? ¿Pero por quién? Eso no tiene ningún sentido, nadie sabía de su paradero...

—Señor Kipling, creemos que han sido destruidas por un grupo terrorista talibán, no sabemos si vinculado a Al Qaeda. En este momento sus colegas están en gran peligro, quizá, secuestrados y quién sabe si están vivos.

Kipling se desplomó en una silla, sin habla.

—¿Sigue usted ahí?

—Sí, le contaré lo que haga falta.

—Vaya a lo más esencial, no tenemos mucho tiempo.

—¿Sabe usted lo que es *Ai Khanoum*?

—Hasta ayer, no lo había oído jamás, pero empieza a resultarme muy familiar.

—Están allí. Han ido a ver qué quedaba del yacimiento.

—¿Qué? ¿Han cruzado el país sin avisar a las autoridades? ¿Para qué querían hacer algo así, poniendo en peligro sus vidas?

—Queríamos excavar. Pedimos la autorización, pero nos la denegaron. No pudimos evitarlo, somos historiadores, sabemos que el enclave ha estado en peligro. Seguramente no quede nada de *Ai Khanoum*. Nos pareció una buena idea...

—No ha sido una buena idea. Ha sido un suicidio, doctor. Las cosas no se hacen así. Y, de lo que estoy seguro, es que un grupo de peligrosos terroristas les siguen de cerca.

—Nosotros no sabíamos nada de eso. Se lo prometo.

—Le creo, tengo que dejarle y organizar una expedición al norte del país. No va a ser fácil. Le avisaremos en cuanto sepamos algo.

—Sí, por favor, estoy muy preocupado. Manténgame informado.

Pero el capitán ya le había colgado.

## Capítulo decimonoveno



*Ai Khanoum  
Julio de 2002*

Trasladaron otra vez todo el material de sitio y volvieron a montar la tienda cerca del lugar señalado por Gaspar. No tenían mucho tiempo que perder. Ben volvió a tomar el mando y fue el primero en meter la pala, nervioso por la premura de tiempo. La clavó en un lado del montículo, donde le pareció que había menos capas de sedimentos. Necesitaban coger todos los atajos posibles. Ben sudaba como nunca lo había hecho en su vida, era la última oportunidad que tenían.

Gaspar y Munir se afanaron en seguirle con sendas palas. Irine y los demás se encargaron de trasladar la tierra. A pesar de que el sol apenas había comenzado a recorrer su camino, hacía ya un intenso calor e Irine no paraba de sudar. Se esforzó por no parar y seguir trabajando. Lo que estaban haciendo, en realidad, era una locura; además de ser completamente improbable, que a esas alturas, llegaran a descubrir nada. Aun así haría cualquier cosa por aquel proyecto, el sueño de Gaspar, que ahora ya era también suyo. Se cuestionó si era demasiado influenciado, pero no era una persona muy enamoradiza. Por lo menos hasta el presente. Su desapego a los hombres había sido en general constante. Sus relaciones más largas no habían llegado a los once meses, así que, si por una vez se dejaba influenciar o contagiarse o como aquello se llamara, tampoco era para tanto.

¿Que estaba sudando cansada transportando kilos de arena? Estaba haciendo algo en lo que valía la pena poner todo su ímpetu. ¿Que soñaba con la ciudad de Alejandría del Oxo cada noche? Eran unos sueños bastantes agradables, mejores que los que tenía antes, que nunca llegaba a recordar. ¿Que estaba obsesionada por todo lo que tenía que ver con el Imperio bactriano y la colonización de Asia por el joven Alejandro Magno? Eso era realmente bueno, además de que estaba adquiriendo una sólida cultura general sobre el tema. ¿Que quizá se estaba sumergiendo demasiado, centrándose en la figura de su jefe? Pues sí. Miró de soslayo a Gaspar que trabajaba con intensidad. Sus músculos se tensaban y

estaba sudando mucho más que ella. Su camiseta estaba prácticamente empapada. Pero de perdidos al río, ya no había vuelta atrás.

Irine fue en busca de agua para ofrecérsela a Gaspar. Al verla este sonrió embobado y bebió con avidez.

—Qué calor hace, Irine. Llevo menos de una hora y estoy exhausto.

—Tírate agua por la cabeza y mójate el pelo.

Gaspar obedeció y el alivio fue instantáneo.

El doctor Hoover supervisaba la actividad a una distancia de diez metros. Observaba el montículo, que podría derrumbarse por el lado en el que excavaban, en cualquier momento. Estaban actuando de forma poco profesional e inadecuada, pero solo tenían tres días por delante. El doctor Hoover estaba preocupado, no era ese el brillante final que esperaba para su carrera académica, pero, aun así, pensaba que había tomado una buena decisión al no subir a ese avión. Su mujer había fallecido hace años, dejándole viudo. No tenía hijos y su vida se reducía al campus de la universidad. Llevaba años de rutina en los que se había sentido como el viejo doctor, esa vieja gloria o antigualla que había en cada universidad, convirtiéndose en un elemento arquitectónico más de la misma. Podía oír a los estudiantes de último curso explicar a los de primero:

—Y ahí está el edificio principal, construido hace más de cien años, en muy buen estado de conservación. Y allí, fijaos bien, saliendo por la puerta el histórico doctor Hoover...

Siempre había pensado que el reconocimiento le iba a alegrar en su ocaso, pero no había sido así. Al contrario, le había resultado superfluo y le hacía sentir mayor. Ahora, a pesar del calor y del cansancio, al menos se sentía vivo, con fuerzas renovadas gracias a un nuevo objetivo, una meta propia de un joven ingenuo recién licenciado en historia. Aun así, se sentía como otro cliché, como si estuviera jugando a Indiana Jones, o peor, al padre de Indiana Jones. ¿Cuántas películas había visto sobre profesores jubilados en busca de un tesoro? ¿Cuántas novelas? Demasiadas, no pudo evitar soltar una risita nerviosa al imaginarse con el sombrero de Indiana Jones y la pajarita típica de doctor de universidad, imagen que utilizaba el género una y otra vez, sin descanso. Qué ironía. Pero se sentía bien, vivo. Al final resultaba sencillo: eran los proyectos, los objetivos, los que le daban vida. Cuando todo acabara debía hacer una lista. Sí, una lista con nuevos proyectos, por muy descabellados que fueran. Obviamente, no debían conllevar un alto grado de esfuerzo físico... Estaba viviendo una gran aventura en pleno ocaso. No se podía pedir más. Bueno, sí, que allí debajo de aquellas piedras encontraran un templo. Eso ya sería increíble, conocía bien a Gaspar y apostaría por que tenía razón, pero aun así, desenterrar algo en tan pocos días no era realista.

Unos gritos de alegría interrumpieron sus pensamientos y vio como sus compañeros saltaban y lanzaban las palas a un lado, desde allí, le hicieron gestos con la mano para que se acercara. No podía ser, habían encontrado algo. Corrió hacia ellos todo lo que su cuerpo le permitió, que no fue mucho.

Al llegar todos estaban contemplando el lugar donde estaba excavando Ben. Había encontrado lo que parecía un escalón. La arista de un escalón.

—Gaspar, estabas en lo cierto, es el escalón de un zigurat... —exclamó Hoover.

Gaspar le miró con alegría y estiró la mano para tocar la piedra en un gesto de caricia.

—Sí, pero no servirá de nada si no encontramos la entrada. Y ya es casi la hora de volver al campamento, solo nos queda el día de mañana. Ya casi no hay luz. Tenemos que retirarnos.

Les costó moverse. Todos contemplaban el lugar, fascinados. Era un milagro. Lo más seguro era que allí abajo hubiera sepultado un bello templo, tal y como Gaspar había pronosticado. A la mente de todos vino la imagen del templo que Gaspar les había enseñado el día anterior. Un dibujo en color de la recreación de uno de los templos encontrados por la expedición de la DAFA. Finalmente tuvieron que ponerse en marcha, aunque ninguno quería irse ahora que, por fin, lo habían encontrado.

Según caía la noche, igual de rápido bajaban los grados de temperatura, por lo que decidieron aprovechar la ausencia de calor para despejar y limpiar bien la zona. Se ahorrarían trabajo al día siguiente.

Irine hizo fotos de todo, para documentar el hallazgo con la cámara del departamento que les había facilitado Marie. Si pasaba algo, al menos tendrían imágenes. La cámara con la que habían fotografiado las piezas de Kabul estaba ahora en Cambridge con el doctor Kipling, junto con el inventario de piezas que habían realizado entre todos a marchas forzadas. Irine había hecho fotos de las piezas también con aquella cámara, como copia de seguridad, pero no de todas, únicamente de las más significativas.

—Podría no ser un templo, podría ser otro tipo de edificio comunitario, ¿no? —preguntó el viejo doctor Hoover. Alguien debía de hacer de abogado del diablo, no fuera a ser que se llevarán otra desilusión.

—Podría ser, pero lo veo difícil por la forma y la altura del escalón. Además de la ubicación, algo apartada de la ciudad y del complejo principal. Debe de estar dedicado para algún culto o algún uso público que desconozcamos; pero, aun así, estoy seguro de que es un templo muy parecido en la estructura al de la foto que os enseñé.

—Estoy de acuerdo —señaló Ben—. En ese punto soy optimista, pero no



contamos ni con el tiempo ni con los materiales para sacar el templo a la luz. La única salida que tenemos es que hayamos excavado justamente en el lugar donde está ubicada la entrada. Y eso sería demasiada casualidad teniendo en cuenta el volumen del presunto templo.

—Bueno, esos templos tenían dos entradas, la principal a gran altura, a la que se llegaba por la rampa y escaleras, y una más pequeña en un lado a la altura del suelo. Esta se utilizaba mucho más a menudo que la otra —puntualizó Gaspar para que no decayera la esperanza.

Solo con lo que habían conseguido aquel día ya habían descubierto mucho. Podía volver a París y escribir un artículo con el material que tenía. No era mucho, ni sería algo de tipo sensacionalista, de esas noticias que se publicaban a nivel mundial, pero al menos tenía algo... Y quizá dentro de unos años pudieran volver. No sabían realmente que podía pasar en el futuro. Afganistán bien podría ser una democracia abierta al mundo exterior. Igual estaban exagerando con aquello de excavar ilegalmente...

Ben seguía hablando, siguiendo el razonamiento de las dos entradas. Era muy intuitivo:

—Descartemos por tanto la entrada más baja, sería lateral en el caso de existir y estará por tanto escondida bajo varias capas de sedimentos. Habría que excavar la superficie al menos dos metros más, eso sin contar con la pendiente de arena. Por tanto, solo nos queda la entrada principal, que debe quedar justamente a la altura de donde estamos. Pero claro, son cálculos a ojo, basándome en mi experiencia; pero sí, yo diría que si por casualidad diéramos con una entrada, sería la principal del templo.

—Y eso sería en el caso de que estuviéramos buscando en la cara de la fachada del templo, y no lo tengo nada claro —puntualizó Gaspar.

—Seamos positivos Gaspar, hemos llegado lejos, hace dos días solo teníamos unos miserables agujeros y tierra.

—Tienes razón, Ben. De todas formas, dibujemos en papel el templo tal y como creemos que es. Y luego, por si acaso, con otras distribuciones posibles.

Ben cogió un papel y dibujó a lápiz el templo de la forma más lógica, la que estaba en la mente de todos. Con la entrada mirando de frente hacía ellos, hacia el valle. Todos miraron el dibujo, asintiendo por turnos. Era lo más lógico, pero eso no lo hacía real.

El doctor Hoover intervino:

—Dibuja las cuatro orientaciones posibles del templo, Ben. Norte, sur, este y oeste. Yo también creo que la más lógica es la primera, pero podría ser un templo especial, dedicado a una divinidad en particular, al sol, por ejemplo; y entonces podría estar completamente al revés de cómo lo hemos dibujado.

Aunque sería raro, pero en fin, debemos tener en cuenta todas las posibilidades.

—¿También podría estar ladeado, doctor Hoover? —preguntó Irine curiosa.

—Hombre podría, pero lo veo difícil, no tendría tanto sentido. Se solían construir los templos teniendo en cuenta los puntos cardinales.

Ben dejó el lápiz sobre la mesa, después de dibujar cuatro zigurats:

—Pues ya está, esperemos que esté construido de la primera forma, si no ya os digo que podemos dar por concluida la expedición. Imposible hacer más. Metimos la pala en lo que creímos que era el frente, si resulta que es un lado, no da tiempo a más. Irine, sigue con las fotografías que me parece que es lo único que nos vamos a llevar de aquí. Tenemos poco tiempo por delante, pero una labor de gran intensidad.

## Capítulo vigésimo



*Ai Khanoum*  
*Agosto de 2002*

Se levantaron somnolientos al alba, pero con muchas ganas de encontrar una abertura en el templo. La suerte les había demostrado estar finalmente de su lado a pesar de los percances iniciales.

Comenzaron con el ánimo insuflado, hasta los mercenarios se habían contagiado y colaboraban de buen ánimo, pese a que solo unas horas antes consideraban aquella tarea algo ingrata. Hoy era el día de estar a pie de campo y no en las tareas de vigilancia. Todos aceleraron el ritmo de trabajo. Sacaban tierra y más tierra. Piedras y más piedras, exultantes por la ilusión renovada. Pasaron las horas y llegó el momento de comer. Habían conseguido desenterrar dos escalones, sin embargo, la tierra comenzaba a moverse y a dificultar la tarea. Conforme pasaba el día la euforia inicial fue desvaneciéndose.

—Es imposible, no sé cómo hemos podido ser tan ilusos... —Ben andaba nervioso, de un lado para el otro. El cansancio había hecho mella en él.

—Dejadlo ya, volvemos al campamento —Gaspar levantó la voz y todos dejaron lo que estuvieran haciendo. Entristecidos porque no habían tenido éxito a pesar de haberlo visto de cerca. Se acababa el día. Se acababa la aventura. Pero por otro lado se sentían aliviados de terminar la tortura que había supuesto aquel día de trabajo. Cada vez que conseguían desenterrar un escalón más, la tierra resbalaba desde arriba caprichosa por volver a esconder sus propias tripas abiertas.

Irine, la única que no había dejado sus cosas al escuchar la orden de Gaspar, intervino:

—Gaspar, todavía quedan unas horas de luz. Mañana nos iremos, dejemos esta zona de aquí e intentémoslo más en el centro... Bueno, en lo que creemos que es el centro, según el dibujo.

Gaspar la miró pensativo, estaba desesperado y cansado, pero le dio la razón:

—Está bien, ya que hemos hecho tantas locuras... Total, unas horas más...

Hagamos todo lo posible, lo que esté en nuestras manos.

Ghalib llevaba un día con sus hombres apostados en el valle. Hubiera llegado antes sino le hubieran retenido durante días en Kabul por la explosión. Tuvo que controlar su ira y ser amable, ayudando y declarando ante las autoridades. Pero con cada hora que perdía su enfado crecía. Los extranjeros se estaban saliendo con la suya.

Cogió los prismáticos y supervisó el escenario. Sus hombres habían visto cómo los extranjeros cambiaban de lugar de trabajo y comenzaban a desenterrar algo. No se les veía muy contentos, parecía que no habían tenido mucho éxito en sus descubrimientos.

Pensó durante toda la noche en cómo abordar la situación, y llegó a la conclusión de que no estaba para más tonterías. Aunque no hubieran encontrado nada de valor, no tenían ningún derecho a estar ahí.

A mediodía dio la orden a sus hombres de atacar cuando se pusiera el sol, los extranjeros estarían más cansados y desanimados, apenas encontrarían resistencia. El único punto a tener en cuenta como relevante eran los hombres que vigilaban el perímetro del campamento principal. Habían sido muy astutos al contratar a profesionales. Ghalib había esperado encontrar solos a Munir, los dos extranjeros y la mujer. Por eso no había atacado al llegar. Se había quedado sorprendido al constatar que contaban con un efectivo de unos treinta hombres. Eran muchos. Por eso había buscado el momento adecuado para intervenir, en su mayor momento de debilidad.

Ghalib tuvo que ausentarse la noche anterior y pedir ayuda a sus amigos, un clan familiar de pastunes del norte. No eran muchos, pero había conseguido reforzar su grupo para igualar las fuerzas con los extranjeros. No había trazado ningún plan en detalle. Atacarían primero a los hombres del campamento y luego irían a por los que estaban en el yacimiento. Así de sencillo.

Los mercenarios que habían contratado los extranjeros cubrían un amplio perímetro de defensa, lo que hacía presumir que los que estaban en el yacimiento no iban armados. Mucho mejor así. No todo iba a ser impedimentos.

Nain estaba en el campamento hirviendo el arroz para la cena, faltaba poco para que cayera el sol y tenía mucho que preparar. Sudaba como no lo había hecho nunca. Hacía mucho calor y estaba deseando que el sol desapareciera por el lado contrario a por donde había venido. El calor del fuego no ayudaba. Se agachó para levantar un saco de harina cuando alguien le agarró por detrás pasándole un afilado cuchillo por la yugular. No tuvo tiempo de gritar, nadie pudo escucharlo. La sangre salió por su cuello a borbotones. El asesino dio una

patada al saco de harina, ahora cubierto de una llamativa sangre roja y el polvo blanco se desparramó sobre el cuerpo inerte del cocinero.

El encargado de vigilancia del campamento, oyó ruidos y anduvo en su dirección, procedían de la tienda donde cocinaba Nain, pero no llegó hasta allí, ya que, para su sorpresa, escuchó dos disparos en dirección contraria. Provenían de donde estaban apostados dos de sus hombres. Corrió hacía allí como si el demonio le estuviera persiguiendo.

Enseguida los vio, eran más de veinte hombres, no podía hacer nada. Dio media vuelta lo más rápido que pudo esperando que no se hubieran percatado de su presencia. Intentó dar el grito de alarma. Pero no pudo ser, un disparo asombrosamente certero le atravesó por la espalda. El resto de hombres de ese lado fueron cayendo uno a uno. Los hombres de Ghalib habían entrado por diferentes direcciones, sin que se hubieran percatado. Los ataques llegaban por todos los flancos. No estaban preparados para un ataque así.

Gaspar y Ben lanzaron las palas al suelo al oír el tiroteo.

—¡Nos atacan! Doctor Hoover, Irine, poneos a salvo tras el montículo... — Ben fue en su dirección y les empujó para que se escondieran en un hueco muy pequeño que había en la parte de detrás, suficiente para ocultarles.

Los mercenarios del campamento que quedaban, una decena que estaban ayudando con las excavaciones, estaban mejor preparados de lo que los talibanes pensaban. Sacaron de un cubículo las armas y corrieron a proteger a sus clientes al yacimiento. Se encaramaron ágilmente al montículo para tener una situación de defensa privilegiada. Ben, Munir y Gaspar cogieron las armas que les ofrecieron y se situaron en el flanco izquierdo.

—Gaspar, déjanos a Ben y a mí aquí, vete con Hoover e Irine. Necesitan protección por si llegan hasta ellos.

Gaspar dudó, no quería dejar a Munir y a Ben allí solos, pero finalmente decidió proteger a sus amigos. No podía permitir que les pasara nada.

Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y desapareció en busca de sus amigos. El doctor estaba mayor y seguramente, Irine no podría sola con la situación. Intentó cruzar por la parte de atrás, pero tenía que pasar al otro lado y eso no lo había previsto. Si pasaba por delante del montículo le matarían. Así que se colocó la metralleta a la espalda y subió por el empinado montículo hasta donde estaban apostados los mercenarios. Estos ni siquiera se detuvieron a mirarle. Estaban concentrados en el enemigo. Gaspar no pudo evitar cambiar ligeramente su camino para echar un vistazo desde arriba. Se le pusieron todos los pelos de punta. Acababa de darse cuenta de que lo más probable es que murieran aquel día. Abajo, más de treinta hombres, muy bien pertrechados se preparaban para atacar. Y tenían dos inmensos lanzamisiles montados en el

suelo, listos para aniquilarles. Debía moverse rápido y llegar hasta Irine y el doctor, para ponerse a cubierto. Cuando llegó arrastrándose hasta el lado contrario, simplemente se dejó caer hacia abajo, cayendo justo delante de ellos, como un saco pesado. No fue una caída muy limpia y se hizo daño en la pierna derecha, además, se torció la muñeca al intentar frenar el golpe.

El tiroteo comenzó. Irine oía el estruendo agazapada entre Gaspar y el doctor Hoover. Gaspar estaba herido. La pierna sangraba, pero no parecía rota. Le cogió la muñeca y Gaspar chilló. Esta si parecía haberse roto. La sujetó con todas sus fuerzas mientras cogía el pañuelo que llevaba en el cuello para resguardarse del polvo de la excavación y se lo ató con fuerza en la muñeca. No tenía ni idea de si eso serviría de algo, pero no se le ocurrió qué más hacer. Los tiros retumbaban en su cabeza sin parar ni un segundo. Era una pesadilla que no acababa nunca y allí estaba ella, cuidando de dos hombres.

Tras unos minutos que se les antojaron horas, Gaspar, se arriesgó a asomarse y observar lo que estaba pasando por ese lado. Irine intentó disuadirle, pero no sirvió de nada. Gaspar desapareció por el saliente unos segundos, pero afortunadamente volvió intacto y algo más aliviado.

—Están aún lejos, no pueden avanzar, estamos muy protegidos por la montaña. Nuestros hombres lo están haciendo bien. Están en una posición privilegiada, en alto. Veo difícil que se salgan con la suya. Tranquilizaos.

—Pero ¿quiénes son?

—No sé, mercenarios, talibanes, señores de la guerra... No me ha dado tiempo a preguntar, pero te puedo asegurar que no les conozco de nada.

## Capítulo vigésimoprimerο



*Ai Khanoum*  
*Agosto de 2002*

Ghalib acabó de rezar postrado hacia el oeste. Había llegado el momento de dejarse de tonterías y acabar con ellos. Había dejado a Nasir al mando para el ataque inicial. Se acercó al lugar donde estaban sus hombres.

—¿Pero qué pasa? ¡Ya debería estar hecho!

Nasir le miró con algo de temor. Ghalib estaba impaciente.

—Tienen muy buena posición defensiva. Fíjate en la colina —no dudó en explicarle. No era culpa suya sino de su ubicación.

Ghalib contestó a Nasir con frialdad:

—Pues, ¿a qué esperáis? Deshacedla... Lanzad granadas y morteros. Haced saltar todo por los aires sin ningún temor. No han encontrado nada. No tienen nada de valor que no sean sus armas. Ese es el único botín que tendremos, desgraciadamente, así que no os andéis por las ramas.

Gaspar se quedó paralizado por el miedo al oír el silbido característico de las bombas antes de caer, se extrañaba de que no las hubieran lanzado antes. Su reacción instintiva fue lanzarse sobre los cuerpos de sus amigos, pero solo llegó a proteger a Irine que estaba a su lado. El doctor Hoover estaba sentado medio metro más allá, con la espalda apoyada contra una roca. Ninguno de los tres había dicho ni una palabra, tenían demasiado miedo. La tierra tembló y Gaspar intentó apartarles de allí antes de que todo se desmoronara sobre ellos, pero el doctor Hoover desapareció bajo los cascotes de unas piedras que cayeron sobre él.

Gaspar volvió en su busca e Irine no pudo evitar seguirle. Temían lo peor. Lo encontraron tendido con medio cuerpo debajo de una gran roca.

—No puedo mover la pierna derecha, no la siento... —chillaba.

Entre los dos intentaron mover la piedra, pero fue peor, le dolía si la movían.

El doctor Hoover apenas podía hablar, ni respirar. Oyeron otro silbido y

antes de que pudieran ponerse a cubierto cayó otra bomba, pero afortunadamente esta vez no impactó de lleno contra ellos.

Irine cogió a Hoover de la mano y lloró:

—Gaspar, sácale de ahí, por favor, busca alguien... Está sufriendo. No va a poder soportarlo.

El doctor Hoover ya no reaccionaba, estaba perdiendo la consciencia. Finalmente, se desmayó por completo. Irine lloró asustada. Gaspar se levantó para ir en busca de ayuda, cuando otra bomba impactó cerca de ellos haciéndoles caer. No tenían escapatoria. Gaspar intentó buscar al menos un lugar donde poner a salvo a Irine, a la que tampoco podía ver. No podía hacer nada por el doctor Hoover. Ni siquiera sabía si estaba vivo o muerto.

Buscó a Irine. No veía nada, una densa nube de polvo les cubría. Los oídos iban a estallarle, si estaba chillando, no podía escucharla. Buscó a tientas a su alrededor deslizándose a ras del suelo y se topó con el cuerpo inerte del doctor Hoover. Miró a ver si tenía pulso... Lo tenía, muy débil, pero estaba vivo. Una mano le cogió por la pierna. Se giró, era Irine. Se arrastró hasta ella y la abrazó con fuerza.

Irine temblaba muerta de miedo. La miró a los ojos, no respondía, había entrado en estado de shock. Se aseguró de que no estuviera herida. Tenían que cambiar su posición. No podían seguir allí o morirían. Miró el cuerpo de su querido amigo, no podían moverle, no quedaba más remedio que dejarle allí.

Gaspar cogió en brazos a Irine y corrió todo lo que pudo en dirección contraria a las bombas. Intentó pasar entre los escombros, hacia el otro lado por la parte de atrás, pero no había salida... Oyó el silbido de otra granada y no se lo pensó dos veces. Se internó en una oscura abertura que había abierto la explosión. Parecía lo suficientemente profunda para que cupieran los dos. Dejó caer el cuerpo de Irine y se aseguró otra vez de que no le hubiera pasado nada:

—No te preocupes, todo va a salir bien... —la calmó. Irine tenía la mirada perdida— Irine, reacciona, estamos vivos. ¡Irine! —la sacudió por los hombros.

Ella le miró por fin, parecía volver en sí.

—Irine, todo va a salir bien. Vamos a escondernos.

La joven asintió. Gaspar se sintió aliviado, por un momento había pensado que estaba conmocionada. Gaspar cogió la pequeña linterna que tenía en el chaleco e iluminó el hueco. Parecía una cueva, era mucho más amplia de lo que él se había imaginado. Se acercó hacia el final y se percató de que había otro agujero que caía en una empinada pendiente. Lo iluminó con la linterna. No podía ser, allí había lo que parecía un hueco tallado en la pared. Era una pequeña entrada construida por la mano del hombre, no había ninguna duda. Era un milagro. Debía de ser la entrada trasera al templo. Volvió a por Irine y la cogió



de la mano. La ayudó a bajar hasta la entrada. Irine la tocó con sus manos, asombrada.

—Es la entrada trasera al templo —le explicó Gaspar. Irine aún no oía muy bien, pero entendió perfectamente lo que Gaspar le quería decir por el movimiento de sus labios.

Se cogieron de la mano, no había de todas formas otro camino por el que ir. Era su única salida. Debían adentrarse en el templo. No era esa la forma que imaginaron para ese momento, ni siquiera se alegraban, sus vidas corrían peligro, y el doctor Hoover podía incluso haber muerto.

Gaspar alumbró al vacío y no pudo evitar soltar una exclamación:

—¡No! No puede ser. ¡Cielo santo! ¡Irine, mira!

Lo que veían era un amplio templo, intacto por ese lado. Anduvieron incrédulos. A su paso encontraron un montón de objetos, parecían ofrendas: figuritas de arcilla, de piedra y de mármol. Gaspar acercó la luz para poder verlas mejor, pero Irine tiró de él, había visto algo más grande al fondo. Señaló con el dedo hacía el fondo, a la derecha. Se acercaron y encontraron un recipiente de piedra repleto de monedas. Irine metió la mano y sonrió enseñándole un puñado a Gaspar.

—La cámara, Irine, la cámara, ¿la tienes? ¿La llevabas contigo?

Irine rebuscó entre los bolsillos de sus pantalones, nerviosa, tenía que estar ahí, la había metido allí. Buscó en el otro bolsillo y se alegró al palpar su forma. La sacó.

—Haz fotos de todo, de las estatuillas, de todas las monedas, de una moneda sobre tu mano... ¡De todo!

Irine asintió y comenzó a documentar cada hallazgo. Estaba muy oscuro y no podían separarse, solo había una linterna. Pero por lo poco que podían ver habían conseguido lo inimaginable, este sería uno de los grandes descubrimientos de la historia, por muy ilegal que fuera. El miedo por lo que estaba sucediendo fuera, desapareció de golpe. Se olvidaron de todo. Habían encontrado un templo intacto, en cuyo interior todo permanecía tal y como lo habían dejado hacía miles de años. Gaspar hablaría con sus colegas, les explicaría la verdad, que la situación del país les había obligado a tomar medidas drásticas. Se habían visto obligados a actuar bajo la clandestinidad.

No debía de quedar mucho para alcanzar el final del templo, Gaspar levantó la linterna y del asombró la dejó caer al suelo y se apagó.

—¡Gaspar! ¿Estás bien? ¡No veo nada! No me asustes...

—Lo siento, no te muevas, se me ha caído la linterna, eso es todo. No puedes imaginar lo que hay ahí delante... —Gaspar palpaba el suelo, a cuatro patas, nervioso, hasta que por fin dio con la pequeña linterna.

La encendió resoplando por la emoción:

—¡Mira, Irine, mira!

Irine se acercó a su lado. Sí, ya veía a lo que se refería, era una visión espectacular. Un inmenso Zeus sentado sobre un gran trono les miraba desde arriba, su cabeza prácticamente daba con el techo del templo. Sus ropajes caían en cientos de pliegues de mármol pulido sobre sus sandalias. En su mano, sostenía un trueno y en su cabeza portaba una gran corona puntiaguda.

—Espectacular. Es Zeus... O Mitra —Irine recordó todo lo que había aprendido.

—No hay ninguna pieza así en el mundo. Está perfectamente conservado.

Gaspar se acercó embelesado y la acarició con la mano. Irine no pudo evitar imitarle. El mármol estaba frío, pero era extrañamente suave.

—Fotos... —murmuró un Gaspar conmocionado.

—¿Perdón?

Gaspar señaló la cámara.

—Ah sí, perdona, no te había escuchado bien. Ponte al lado, así tengo escala. Voy a hacer varias...

Gaspar posó para la foto con una sonrisa. Esta era la mejor foto de su carrera. Giró la cara por encima sobre sus hombros, como para asegurarse de que Zeus seguía allí:

—Medirá cuatro veces el tamaño de un hombre. Nunca había visto ni oído hablar de un templo así, tiene algo, no sé, de maridaje de religiones, por un lado la obvia, la griega, con Zeus aquí, por otro lado la hindú, la babilónica. Y hasta de la persa. Esa forma de dejar las estatuillas en el suelo..., debían de ser ofrendas para curaciones.

—Gaspar, mira, en el lateral hay un pequeño espacio. Parece un cuarto.

—Debía de ser para las sacerdotisas o sacerdotes del templo. No tengo muy claro el culto.

Entraron en la pequeña habitación que a Irine le pareció muy similar a los refectorios de las iglesias católicas. Allí el aire parecía aún más cargado que en el resto del templo. Gaspar alumbró las paredes, pero no se veía nada relevante, así que bajó la linterna antes de dar media vuelta cuando Irine se lo impidió:

—¡No, vuelve a alumbrar! Mira, allí abajo hay algo.

Gaspar alumbró el suelo. Parecían huesos, pero no podían verlo bien, así que se acercaron más. Un viejo esqueleto deshecho yacía en el suelo y, como por arte de magia, entre sus huesos había un gran cuenco de oro macizo.

—Gaspar, parece como si hubiera muerto protegiendo ese cuenco...

—Sí, podría ser, pero eso no lo sabremos nunca Irine, son especulaciones. Podría haber mil explicaciones. Haz una foto antes, por favor, luego quiero

cogerlo.

—Parece el escenario de un crimen, y yo la especialista que lo documenta todo con su cámara.

La luz del flash inundó la pequeña habitación.

Gaspar apartó con cuidado los huesos, moviéndolos lo mínimo imprescindible. Intentó levantar el cuenco, pesaba muchísimo.

—¡Irine, no te lo vas a creer! ¡Si es de oro! ¡Es de oro macizo, casi no puedo levantarla! No había visto nunca nada igual...

Irine se acercó y prosiguió con su tarea, ahora centrándose en fotografiar la gran pieza de oro.

—Gaspar, mira, tiene una inscripción tallada en ese borde.

Gaspar pasó la mano sobre ella, sobre los símbolos cincelados. Soltó una exclamación.

—No puede ser, sujétame la linterna por favor, Irine. Alumbra la inscripción.

Irine guardó la pequeña cámara en uno de los bolsillos laterales de su pantalón.

—¿Puedes traducirlo? ¿Entiendes lo que dice?

—¿Qué clase de especialista en historia griega sería si no? —bromeó. Se concentró en el texto y frunciendo el ceño miró a Irine— No puede ser, madre mía, no... Alguien tiene que estar burlándose de nosotros.

—¿Qué pone?

—Aquí dice: Este es el oráculo tallado por el rayo del mismísimo Zeus.

Los dos se miraron incrédulos. No les dio tiempo a pensar más. Un cañón de pistola que salió de la nada apuntó la cabeza de Gaspar. Ni siquiera les habían oído llegar por detrás, de lo concentrados que estaban en el descubrimiento. Un montón de hombres aparecieron y les empujaron hacia un lado.

Gaspar no entendía nada de lo que aquellos hombres gritaban. Entre dos hombres le arrebataron el cuenco y un tercero le dio un golpe con la culata de un rifle en la cara.

Gaspar siguió con pesar al recipiente dorado con la mirada. Le dolía más que se lo hubieran arrebatado que el golpe. Esos hombres no entenderían nunca lo que tenían entre las manos.

Irine lanzó un quejido y Gaspar volvió a la realidad. La habían empujado y había caído al suelo. Intentó levantarse para acercarse a ella, pero un hombre le pegó una patada en la cabeza.

Gaspar chilló horrorizado e intentó zafarse sin importarle el cañón de la pistola que le apuntaba ni que le dispararan. Fue un acto instintivo. Quería llegar hasta Irine y decirle que no abriera la boca, no quería que supieran que era de

origen afgano. ¡Le costaría la vida! Entre tres hombres tuvieron que sujetarle para que no pudiera llegar hasta ella.

Uno de los hombres fue hacia Irine y le propinó una patada. Gaspar lloró de impotencia al ver que esta no se había defendido. Ni siquiera se había movido. Debía de haberse golpeado la cabeza con algo y quedado inconsciente cuando la tiraron al suelo.

Gaspar volvió a chillar, pero esta vez con rabia:

—Irine no, no por favor...

Le sacaron a empujones del templo. Vio como los hombres recogían y metían en bolsas de basura todo lo que encontraban de valor. Las estatuillas no se salvaron de la criba y recibieron patadas y pisotones.

A la salida le lanzaron como un saco roto a los pies de un hombre con una larga barba negra que parecía estar al mando. Unos segundos después tiraron sin cuidado el cuerpo inerte de Irine a su lado. Gaspar valoró la situación, miró a su alrededor y espantado vio los cadáveres de Munir, Ben y los demás hombres grotescamente apilados en un montón.

—Soy Ghalib, fiel servidor de Allah —le dijo para su sorpresa en francés—. Sí, doctor Bitball, los talibanes podemos hablar varios idiomas, e incluso haber estudiado algo más que los versículos del Corán. Nos tienen subestimados.

—¿Nos? Yo no tengo nada ver con vuestra lucha.

—¿No? —la mirada que le lanzó Ghalib le heló las venas—. ¿No estás aquí, invadiendo mi tierra, imponiendo tus costumbres y eso que llamáis “progreso”?

Gaspar negó con la cabeza. Tenía que intentar hacer razonar a aquel hombre. Era la única salida.

—No, yo respeto vuestras costumbres, vuestra religión. En mi país existe la libertad de culto.

Ghalib le propinó una patada en la cara:

—Eso es porque realmente no creéis en nada. No tenéis valores. Sois débiles de espíritu.

Los hombres le acercaron la gran vasija plana de oro.

—¿Y esto? —Ghalib la admiró asombrado— ¿Pretendías llevártelo a tu país? No respetáis nada, os creéis los dueños del planeta.

Se acercó y le dio un puñetazo en la cara. Gaspar sangraba por todo su cuerpo, especialmente por su cara. Su labio, su nariz y sus cejas chorreaban cantidades ingentes de sangre.

—No podéis venir a nuestro país y pretender invadirlo como si nada, sin respeto. ¿Qué pasaría si invadiéramos vuestro país y os impusiésemos la ley Sharia? ¿Lucharías, no? Pues eso es lo que estamos haciendo. Desde tiempos inmemoriales sucede una y otra vez. Aquí está la prueba, en este mismo lugar,

los extranjeros han intentado colonizarnos infinidad de veces, sin piedad. Este lugar es una abominación. Es un templo pagano.

—No, no lo entiendes, no es así, es vuestra historia. No tiene nada que ver con la religión, ni la dominación... Nada de lo que dices, tiene que ver con la lucha, con la Yihad.

—Los que no entendéis nada sois vosotros. ¡Nada! Tenéis tan poca fe, incluso en vuestros dioses, que me río, me río de vuestra falta de valores. Todo en esta vida tiene que ver con la religión. Allah es en centro de la vida. Por eso nosotros rezamos cinco veces al día mirando a La Meca. ¿Y vosotros? ¿Qué tiempo dedicáis a vuestra fe? Vosotros vais, como mucho, media hora a misa y en domingo, eso los más creyentes. ¿Y eso es fe? ¿Eso es amor a Dios?

—Yo eso no te lo discuto —con aquel hombre no se podía razonar. Gaspar habló con sinceridad—; pero, déjanos marchar, te lo dejamos todo... No quiero nada.

—Ni siquiera este precioso cuenco... —Ghalib mandó elevarlo para que Gaspar lo pudiera ver bien.

Gaspar le devolvió la mirada con fijeza:

—Nada.

—Está bien —llamó a uno de sus hombres en pastún—. Destruidlo todo —El hombre asintió con diligencia—. Todo es todo. Pon explosivos dentro.

—¡No! Eso es absurdo, no hagas eso, quédate el templo, pero no lo destruyas. Allí dentro hay una preciosa estatua del dios Zeus —Gaspar no podía creer lo que acababa de oír. ¡Destruir el templo! No tenía sentido. Aquel hombre estaba completamente loco.

—¿Dios Zeus? No hay más Dios que Allah.

## Capítulo vigésimosegundo



Gaspar contempló con lágrimas en los ojos como destruían el lugar más maravilloso sobre la faz de la tierra. Para su horror, Irine seguía sin moverse y los hombres de Ghalib habían metido los cuerpos de sus amigos dentro del templo para hacerlos desaparecer. Lloró de impotencia por Ben y Munir. No podía creer que estuvieran muertos.

Afortunadamente, no habían encontrado al doctor Hoover o si lo habían hecho, se habían olvidado de ir a por él. Por si acaso, Gaspar evitó mirar en esa dirección para no delatar la presencia de su amigo. También resultaba una ventaja que Irine estuviera inconsciente, se habían olvidado de ella. Si estuviera despierta hubiera intentado mediar con aquellos hombres y a saber lo que le habrían hecho. No tenían escrúpulos. Además, así no vería los cadáveres de Munir y de Ben. A Gaspar se le había quedado grabada en la retina de sus ojos la imagen de sus cuerpos inertes. Estaba seguro de que le atormentaría de por vida.

La pequeña explosión retumbó en todo el valle y el montículo se vino abajo con los cuerpos de sus amigos dentro, pillándole desprevenido.

—No sabes lo que has hecho, la atrocidad que has cometido... ¡Eres un loco! ¡Un fanático y no un hombre de fe!

Ghalib sonrió, no había hecho más que empezar a ser cruel. Sacó de su chaleco una semiautomática y apuntó con ella a Gaspar.

Gaspar cerró los ojos.

—Abre los ojos, quiero que veas primero cómo mato a la mujer.

A pesar de tener las manos atadas, Gaspar consiguió levantarse arrollando al hombre que tenía al lado. Luego corrió con todas sus fuerzas hacía Ghalib. No permitiría que le hiciera daño a Irine.

—¡Nooo! —chilló mientras embestía a Ghalib por un costado.

Pero el hombre fue más rápido y giró disparándole en la pierna. Gaspar tropezó y cayó herido con la pierna doblada en alto. El dolor era insoportable. Iba a morir, iban a morir los dos... No salvaría a Irine, podía verlo en la mirada de aquel hombre. Era un asesino y le gustaba matar.

Ghalib apuntó a Irine:

—Despídate de tu amiga, pero no por mucho tiempo, tú vas detrás.

Inesperadamente, se escuchó un disparo y Ghalib cayó al suelo, con los ojos abiertos por la sorpresa. Alguien le había disparado por la espalda. Gaspar estaba confuso. Había perdido mucha sangre. Levantó la cabeza como pudo para comprobar si Irine estaba bien y no la había disparado antes de caer. No pudo ver nada más que su cuerpo tendido en la misma posición de antes. No pudo más, estaba muy mareado y vomitó hacia un lado. Escuchó unos gritos inesperados, intentó enfocar la vista, pero no podía. Todo resultaba confuso, se preguntó si había enloquecido.

—¡Están aquí! Los tenemos... ¡Un médico! —escuchó en un inglés con acento americano.

Antes de poder ver de quien procedían esas voces, Gaspar perdió el conocimiento.

Despertó dolorido, aturdido y desorientado. Estaba tumbado en una cama dentro de lo que parecía un hospital militar. Un médico militar se acercó para tranquilizarle:

—No se preocupe, está a salvo en la base militar de las fuerzas estadounidenses, en el aeródromo de Bagram, a las afueras de Kabul.

Gaspar hizo un gesto para incorporarse:

—¡Ay! Mi pierna, me duele —la tenía inmovilizada en alto.

—Tuvimos que operarle de urgencia. Le dispararon.

—¿Disparo? —las imágenes se agolparon súbitamente en su mente. Gaspar lo recordó todo— ¿Y Irine?, ¡¡Irine!!

Volvió a intentar levantarse mientras chillaba su nombre.

—No se preocupe, su amiga está en perfecto estado, solo tenía una leve contusión. Ha tenido mucha suerte, es un milagro, ha sido la mejor parada.

Gaspar se sintió aliviado, solo por unos segundos:

—¡El doctor Hoover! Tienen que ayudarle, lo dejamos bajo las piedras del templo...

—El doctor Hoover ha sobrevivido, pero ha estado muy crítico, no le voy a mentir.

El joven médico le miró con fijeza.

—Tiene que descansar.

Una voz conocida irrumpió en la habitación:

—Gaspar, Gaspar... Menos mal, tenía tanto miedo... —Irine se abalanzó sobre Gaspar para abrazarle cogiéndole con firmeza la cabeza entre sus brazos.

Irrumpió a llorar:

—Dios mío, Gaspar, el doctor Hoover... Está muy mal...

El médico intervino:

—No se preocupen, ya ha salido de peligro. No morirá, pero necesitará mucha ayuda para su recuperación. Hemos intentado localizar infructuosamente a alguien de su familia, pero solo hemos localizado al rector de su universidad.

Irine levantó la cabeza:

—No se preocupe, nosotros cuidaremos de él. Somos casi familia, él estará conforme.

Gaspar sonrió contento al oír las palabras de Irine. No podía estar más de acuerdo:

—Yo ya no puedo conciliar el sueño sin sus ronquidos de fondo...

Antes de irse de Afganistán, entre los tres y el capitán Miller intentaron encajar todas las piezas en su sitio. No entendían bien lo que había pasado. Quedaban demasiados cabos sueltos.

—Capitán Miller, ¿quién era ese loco? El tal Ghalib... Voy a tener pesadillas con él el resto de mi vida.

—Un cabecilla terrorista talibán. No sabemos mucho más.

—¿Y la vasija? El oráculo no puede haberse esfumado sin más —preguntó Gaspar.

—No encontramos nada, y mucho menos un objeto así, de esas características.

—Pero no puede ser capitán, no nos lo hemos inventado...

—Por supuesto que no, les creo.

—Yo vi como aquellos hombres cogían la vasija de oro. Y digo hombres en plural porque no es fácil transportarla. Pesa mucho. Tiene que estar por allí. Ghalib murió allí, no pudo llevársela. Yo no le vi moverse de allí.

—Lo revisamos todo, no quedaba nada. Habían pulverizado el templo.

El doctor Hoover intervino desde su silla de ruedas:

—Se lo llevarían sus hombres, no te darías cuenta Gaspar. Habías perdido mucha sangre.

—Sí, puede ser. No lo recuerdo... Pero ¿cómo pudieron escapar con la vasija estando los soldados americanos vigilando el perímetro? No sé... Me parece rocambolesco.

—No sabemos exactamente cuántos eran, y creemos que algunos pudieron huir... —puntualizó el capitán Miller.

—Lo hemos perdido todo, estamos como al principio. Y encima, los dos postrados en una silla y casi morimos —Gaspar estaba mucho más que frustrado,



completamente desorientado. No lograba asimilar todo lo que les había sucedido.

Irine no intervino en la conversación y mantuvo una sonrisa en su boca. Estaba sorprendentemente tranquila. Todos pensaron que se debía a que Gaspar y Hoover habían sobrevivido.

—Bueno, les deseo un buen viaje, mis hombres les llevarán hasta el aeropuerto. Me alegro de que al final hayan salido casi ilesos, no tendrán secuelas y sí una fantástica historia que contar.

—Muchas gracias por todo. Nos ha salvado la vida —el doctor Hoover apretó varias veces con fuerza la mano del capitán a modo de agradecimiento—. Una pregunta más capitán Miller... ¿Cómo consiguió encontrarnos?

—Les seguí el rastro gracias al guía, Farukh. Así fue como llegué hasta la casa de Munir y supe que algo les había pasado al ver las piezas destruidas.

—¿También se han cargado las piezas?

—Sí, lo siento mucho. Tuve que llamar al doctor Kipling. Él fue quién me dijo dónde se encontraban ustedes. Tardé varios días en tener el visto bueno para la incursión al norte, siento no haber podido llegar antes, quizás así sus amigos...

—No ha sido culpa suya, capitán. Nos ha salvado.

Irine sonrió al capitán para darle seguridad.

—Adiós capitán, muchas gracias por todo —le dijo mientras empujaba la silla del profesor Hoover hacía el avión militar. Un soldado hacía lo mismo con la de Gaspar.

—Irine, a ver cómo consigues hacerte cargo de dos tullidos como nosotros al llegar —Hoover estaba encantado de poder contar con sus amigos. No tenía ganas de volver a su antigua vida.

—Con dotes de mando, naturalmente. Nada de protestar por todo, que os conozco, menudos sois los dos juntos.

—No me digas, tendremos que compartir habitación... —por primera vez en días, Gaspar rió después de gastar una broma.

—Naturalmente.

Cuando estuvieron los tres instalados en el avión Irine decidió confesar. No podía retener por más tiempo su secreto:

—Bueno, iba a esperar hasta que estuviéramos en el aire, pero francamente, no puedo aguantar más... No todo ha sido en balde.

Gaspar y el doctor Hoover la miraban fijamente.

Irine se agachó para sacar un pequeño objeto de su mochila:

—¡Qué susto! ¡Por un momento creí que llevabas la vasija ahí escondida!

Los tres rieron.

—¡Pero qué bruto! Eso sería imposible, no cabe, Gaspar. Los golpes te han afectado más de lo que pensaba.

—Has dicho que no todo había sido en balde y como la vasija se había esfumado... Pues pensé...

—¡Yo también! —se sumó Hoover, y los dos rieron por la confusión.

Irine enseñó lo que había sacado de la mochila:

—¿Queréis ver las fotos de nuestras lánguidas y sosegadas vacaciones?

—¡Las fotos!

—Sí, aquí llevamos prueba de todo. Mi preferida es la de Zeus posando con Gaspar.

## Capítulo vigésimotercero



París, Francia  
Octubre de 2002

Tenía la sensación de que habían pasado años, cuando apenas habían pasado tres meses desde la última vez que estuvo en los jardines de las Tullerías. Su vida había cambiado por completo. Tras varios encendidos debates, Gaspar se había mudado a su pequeño apartamento *des Batignoles* y, el afortunado doctor Hoover, mucho más recuperado, se había instalado, a cambio de un alquiler simbólico, en el céntrico y lujoso apartamento de Gaspar.

Nada más llegar, Irine había llamado a su madre para relatarle el viaje, y con especial detenimiento la visita a Jalil. Había preferido obviarle los malos momentos en Afganistán. Su madre se había cerrado en banda desde entonces y no había querido volver a hablar del tema con su hija. Se habían visto todas las semanas e Irine seguía sin tener respuestas a sus muchas preguntas sobre la familia. Había reflexionado mucho sobre el tema, y había rememorado la visita a su tío en su cabeza cientos de veces, intentado obtener más pistas o dar un sentido concreto a cada una de las palabras de Jalil. Irine había intentado indagar más en el asunto preguntando también a su padre, pero este había decidido respetar el silencio de su mujer.

Por fin, anoche, había recibido una llamada de su madre, parecía estar mejor, más animada. La citó en la fuente del jardín de las Tullerías, donde solía llevarla de pequeña.

—Irine, ya estoy mejor hija. Siento haber estado tan triste. No quería hablar, pero mañana domingo, si quieres, responderé a todas tus preguntas —le había dicho por teléfono.

Así que allí estaba, llegando al lugar indicado y con muchas ganas de resolver el misterio que rodeaba al drama que había vivido su familia materna. Mucho había pensado en ello, sobre la actitud de su madre y las palabras de Jalil.

Sonrió al distinguir la figura de su madre, iba con un vestido típico de su país, de color oscuro hasta los pies. El pelo cubierto por un velo negro. Su hábito destacaba con el ambiente europeo que la rodeaba. Estaba sentada con seguridad

sobre una de las verdes sillas de hierro que rodeaban la fuente. Su actitud relajada era la de una persona que estaba exactamente donde quería estar, en su entorno. Tenía más en común con su madre de lo que pensaba reconocer.

Irine llevaba unos vaqueros con un jersey de cuello de cisne granate y un abrigo de color gris abotonado hasta el cuello. Hacía muchísimo frío.

Se sentó en la silla verde anclada al suelo al lado de su madre. El agua de la fuente estaba empezando ya a congelarse y los pájaros, acostumbrados a la comida de los turistas rozaban la temeridad. Irine tuvo que apartar a uno suavemente con su pie.

—Buenos días madre, has madrugado mucho, no hacía falta.

Al llegar había visto que sostenía sobre sus piernas un periódico abierto, en la página estaba impresa la foto que Irine había hecho de la vasija de oro de *Ai Khanoum*. Irine sonrió, la historia había dado la vuelta al mundo. Su madre estaba orgullosa de ella.

—Llevo ya unas horas aquí, pensando, hija. No he podido dormir bien.

—Mamá, no quiero que me cuentes nada si te afecta tanto. No es tan importante.

Zuleima la miró con pena.

—Siempre te he enseñado que no hay que renegar de nuestros orígenes, de nuestra historia, hija. Y no he dado ejemplo con mi actitud, he rechazado mis raíces familiares, mi historia. Y eso no estaba bien. Tengo que ponerle remedio, solo así me sentiré mejor.

—Claro, lo entiendo.

—Si no te lo he contado antes, fue debido a la promesa que le hice en su día a tu tío. Le prometí no volver hablar de ello nunca, y para mí, esa promesa era importante.

—No lo entiendo, ¿qué diantres pasó? Nunca te he visto tan triste, mamá. Eres una mujer fuerte.

—Te contaré la historia. No la juzgues hasta que acabe —Zuleima respiró hondo y cogió aire—. Yo era muy pequeña, tenía siete años y no estuve presente, pero el pobre Jalil sí que estuvo... Supongo que por eso aquel suceso no supuso una losa tan grande para mí. Pobre Jalil, era un niño tan bueno, tan diferente de los demás. No debes de juzgar a tu tío con dureza, tenía razón cuando te dijo que su vida había sido un infierno. Aquel suceso le cambió de por vida.

—¿Qué pasó mamá? ¿Es algo que tiene que ver con la abuela, verdad?

Su madre suspiró y miró la fuente antes de comenzar su relato. Era como si le pesara tanto en el alma que tenía que sacar fuerzas para sacarlo al exterior.

—Fue hace tanto tiempo, tanto... Hace ya casi cincuenta años, hija.

*En la provincia de Badghis, al noroeste de Afganistán.  
Hace 50 años...*

*Jalil temblaba, no quería estar ahí, pero su padre le llevaba a rastras a su lado, mientras el tumulto de hombres gritaba indignado insultos contra su madre, Halima.*

*Su padre andaba a zancadas grandes, siguiendo al Mulá Abdul que llevaba la voz cantante del acto. Sentía el odio de su padre, sentía el odio que transmitían todos aquellos hombres. Pero él no sentía lo mismo. Su padre le decía lo contrario, que Jalil sí sentía lo mismo, que no podía ser de otra forma. Debía odiar a su madre. Pero él lo que sentía era pesar y tristeza. Quería con locura a su madre, solo tenía buenos recuerdos de ella, como cuando le hacía reír, o le cantaba nanas por la noche... Cuando reservaba las mejores porciones de comida para él, su querido hijo. Se suponía que ya era un hombre, con sus trece años, y no debería estar enmadrado. Pero su madre no había dejado que su padre la alejara de él.*

*Vio a su madre, apaleada y zarandeada de un lado al otro. La tiraron de un empujón al suelo y ella se quedó allí, inmóvil, en posición fetal, escuchando los chillidos de aquellos cientos de hombres indignados: ¡Pecadora! ¡Fornicadora!*

*Menos mal que la pequeña Zuleima no estaba allí. Dio gracias a Dios por ello.*

*Quiso ayudar a su madre, pero sabía que aquello era un suicidio y que nada podría hacer. Estaba sentenciada. En ausencia de su padre, su madre había intentado fugarse con otro hombre, un primo suyo. O eso decían aquellos hombres, él no lo creía. Su madre jamás les habría abandonado. No había pruebas, pero eso daba igual, habían visto a su madre andando con otro hombre que no era su marido y cuando registraron la casa, tenía una maleta lista con sus cosas, como si fuera a fugarse. Jalil sabía que aquello era poco probable, imaginaciones de su padre. Nunca se habían llevado bien. Así conseguiría deshacerse de ella. Fácil y sencillo.*

*Casualmente estaban en una época inusual de sequía, las cosechas no saldrían adelante y serían aún más pobres de lo que lo eran.*

*Estaban allí porque los líderes de la comunidad después de escuchar a testigos y a su padre, habían decidido su ejecución.*

*El Mulá Abdul tomó la palabra:*

*—Vosotros mismos podéis juzgar por qué no llueve. ¿Cuál es la principal razón? Yo os lo digo, nos hemos alejado de la ley de Dios, los asesinatos, los adulterios y nuestras malas acciones son la causa. Esta mujer ha cometido adulterio y pretendía abandonar a su esposo e hijos.*

*Un murmullo de indignación se oyó entre los presentes. La mayoría escuchaba sentados a cuclillas sobre el suelo.*

*—Los mulá honestos y los líderes de la comunidad hemos decidido que hay que ejecutarla, según el islam.*

*Fue apoyado por un rugido ensordecedor de palabras a favor.*

*—¡No! —chilló Jalil. Su padre lo miró enfadado.*

*—No hagas nada que pueda avergonzarme. Tu madre es una pecadora.*

*Lo cogió por la camisa y le hizo acompañarle hasta el lugar donde iban a ejecutar a su madre.*

*Se hizo el silencio, y su padre, empuñando una pistola que le entregó uno de los hombres disparó a su madre dos tiros.*

*Jalil cayó sobre sus piernas.*

*El mulá intervino:*

*—¡Gritad! ¡Gritad! ¡Allah es grande! ¡Allah es grande!*

*Y todos aquellos hombres lo corearon, algunos incluso reían. Su padre gritaba levantando el arma:*

*—¡Allah es grande!*

*Jalil no podía ni llorar, un ataque de ansiedad le había invadido. Se desmayó. Una losa había cubierto para siempre su corazón.*

## Capítulo vigésimocuarto



*París, Jardín de las Tullerías  
Octubre de 2002*

Irine miró a su madre, unas lágrimas se deslizaban por su rostro. La revelación era mucho más dura de lo que ella había esperado. Demasiado sufrimiento, ahora las piezas encajaban, las palabras de su tío cobraban sentido, al igual que la actitud de su madre.

—Lo siento mucho, mamá, de verdad, es horroroso. Entiendo tu dolor, tenías que habérmelo contado antes, hubiéramos podido hablarlo, hubiera podido aliviar tu carga...

Su madre le cogió la mano.

—Sí, hija, lo siento. No soy perfecta, creí que lo mejor era respetar la promesa que le hice a mi hermano. Le quiero, le respeto, siento pena por él. Es mi familia. Tenía que haber sabido que los secretos siempre acaban saliendo a la luz, siempre, Irine.

Irine miró la foto que reposaba sobre las piernas de su madre, la de la vasija entre los huesos. No todo salía a la luz. Habían llevado la foto a un especialista antropólogo forense, para intentar saber más sobre lo que había pasado en los últimos días de *Ai Khanoum*, de quién eran aquellos huesos. El especialista ni siquiera había podido determinar si eran de un hombre o una mujer. No tenían nada, solo una foto parcial. Ningún hueso, ninguna prueba. No tenían nada que analizar.

Nunca sabrían la verdad, como tampoco se sabía la del noventa por ciento de las cosas que habían ocurrido en el pasado. Solo sabemos la verdad de lo poco que hemos arañado de la historia.

# *Alejandría del Oxo*

## *2º parte*



*Año 147 a.C.*

Cada vez que nacía una niña en la ciudad, se enviaba recado al templo y la gran sacerdotisa acudía inmediatamente a reconocerla. Ya llevaba años realizando esta tarea: buscar a la nueva gran sacerdotisa.

Esa mañana tenía más esperanza que nunca, tres niñas habían nacido en el transcurso de la noche. Visitó a las tres familias, que nerviosas, la esperaban en las puertas de sus casas. Pero finalmente ninguna resultó ser la elegida por los dioses. Su cuerpo no había reaccionado ante el contacto con las pequeñas. El ritual era sencillo, llegaba y bendecía a la familia; ellos le ofrecían a su hija y, ella cogía al bebé en brazos y tocaba su suave manita, o alguna otra parte de su cuerpo. Pero el resultado siempre era el mismo, no sentía nada. La vieja sacerdotisa, su maestra Isaura, antes de morir le había explicado que cuando encontrara a su sucesora, lo sabría al sentir un escalofrío recorrer todo su cuerpo.

Pero los años pasaban y empezaba a preocuparse, había tenido que ampliar el reconocimiento a aldeas que estaban fuera de las murallas de la ciudad. Aquello había sido una idea propia, no recordaba que su maestra le explicara si aquello se podía hacer. Pero había llegado a un punto en que realmente le urgía encontrar a su discípula. Atanasia sabía que era mucho lo que tendría que enseñar a su sucesora, necesitaría años para formarla. Quizá fuera ella la que estuviera fallando en su cometido y los dioses ya le hubieran mandado a su sucesora sin que ella hubiera sabido reconocer las señales. Volvió emprendió el camino al templo desalentada.

Atanasia sentía cada día el peso de la responsabilidad que suponía su posición como gran sacerdotisa del templo exterior. Debía interpretar correctamente las señales que le enviaban los dioses y aquello no era fácil. Ella era la única que podía hacerlo. Por eso era tan importante encontrarla, para garantizar la continuidad del templo sagrado.

Miró el gran oráculo dorado, un gran recipiente en oro que ella misma había depositado con cuidado en el pequeño altar para la ceremonia. Solo ella podía



tocar aquel objeto de origen divino, el mayor tesoro de todos los tiempos. Ella era su custodio. Atanasia había estado preparándose para esa tarea a lo largo de toda su vida.

Con cuidado, y muy concentrada, lo levantó a modo de saludo al gran Zeus que presidía el templo y lo dejó en el suelo sin hacer ningún ruido. La sorpresa siempre era evidente en todas las sacerdotisas que la rodeaban. El peso de la pieza era descomunal, ni ella misma comprendía cómo podía llegar a levantar el oráculo. No podía caerse al suelo, ni siquiera podían temblarle las manos, o la ceremonia no tendría éxito. Había entrenado desde pequeña para ello y resultaba fundamental no perder la concentración.

Recitó una corta plegaria al dios Zeus, ensalzando su poder. Su gran estatua presidía imponente todo el templo. Yacía sentado y en sus pies estaban grabados sus símbolos: el trueno, el rayo y el relámpago.

Una de las sacerdotisas le acercó una jofaina de agua.

Atanasia la cogió con delicadeza y vertió el agua en el oráculo mientras cantaba la canción de gracias a los dioses. El sagrado objeto dorado solo podía contener agua de lluvia, el agua que bajaba directamente de las manos de los dioses.

No había llovido mucho en los últimos meses, así que el ritual no había podido llevarse a cabo en mucho tiempo. Atanasia ya llevaba días inquieta por si los dioses querían comunicarse con ella y no podía oírles. Tal vez querían darle pistas sobre el paradero de su sucesora, debía encontrar a la niña. Y sabía que al igual que había pasado con ella, solo había una. No sabía su nombre, ni su paradero, pero los Dioses sí. Estaba segura de que la niña ya había nacido.

Notó como le palpitaba el corazón, nervioso. Aquel objeto era la pieza más codiciada sobre la faz de la tierra, la pieza más importante del tesoro del Gran Alejandro. Ni siquiera sus más fieles soldados sabían de su existencia, que, Alejandro guardó celosamente.

Ese objeto era el oráculo de Zeus, cincelado por su rayo, una vía de comunicación directa con los dioses. Ni siquiera el rey Eucrátides estaba autorizado a poner su mano sobre ella, solo la Gran Sacerdotisa.

Atanasia recordó su solitaria infancia en el templo, no sabría nunca quiénes eran sus padres, los lazos se cortaban de golpe, tenía pocos meses de vida cuando llegó el templo. Pero nada de eso importaba porque su destino y su cometido eran únicos. Sonrió al recordar la primera vez que había visto el oráculo sagrado, de la mano de la anterior sacerdotisa:

—Es el mayor objeto sagrado, pequeña Atanasia, forjado en el mismo monte del Olimpo por los dioses. El propio Zeus estampó su firma en él con una inscripción «Este es el oráculo de Zeus, cincelado por su rayo». Tú serás la única

en tocarlo después de mí.

—Prueba, acarícialo.

Su pequeño cuerpo se había estremecido al oír las palabras de su tutora, sus esfuerzos, su trabajo, su soledad adquirirían por fin sentido. Obedeció.

—¿Notas su calor?

—Sí.

—Intenta moverlo.

—Puff... No puedo. Pesa mucho, Isaura. ¿Tú puedes?

La Gran Sacerdotisa cerró los ojos, se concentró y levantó sin esfuerzo el oráculo.

—Tranquila, yo te enseñaré —y así lo hizo—. Nosotras podemos, gracias a su poder, comunicarnos con los dioses, pero sobre todo, debemos protegerlo. Son muchos los hombres que lo codician y no dejaremos que se rompa la cadena de custodia sagrada. El mismísimo Zeus quiso que nosotras, mujeres especialmente preparadas para esta tarea, fuéramos sus custodios. Esta es nuestra vida y debemos de dar gracias por ella, por el gran honor que se nos ha dado.

La pequeña Atanasia se sintió por primera vez en su vida importante, necesaria. Ya no era tan relevante saber quiénes eran sus padres o cuál era su procedencia. Ella era hija de los dioses. Había sido elegida entre todas como tal. Y ese era el mayor honor, y así lo sentía. Su familia era su religión; su casa, su templo.

—El propio Alejandro Magno, antes de partir hacia el Indo, mandó construir este templo a su gran amigo Kinéas, fundador de nuestra ciudad. Fue el mismo dios quién le susurró en sueños a Alejandro que este debía ser el lugar exacto del templo y de una gran ciudad, que protegería el oráculo. Alejandría del Oxo sería una ciudad inexpugnable gracias a la protección de dos ríos y una montaña de piedra, que más tarde, sería la acrópolis de la ciudad.

Muchos años habían pasado desde entonces, recordó Atanasia con añoranza. Echaba de menos a su tutora, Isaura, cuyo nombre significa “aire suave”. Ella había sido realmente su madre. Una mujer sabia, empeñada en que estudiara hasta el grado de maestro, mucho más lejos de lo que lo había hecho ella misma.

Otra sacerdotisa se acercó con los polvos sagrados diluidos en agua y le ofreció el brebaje de rodillas. Había llegado el momento.

Atanasia cogió la preciada copa de marfil e ingirió hasta el último trago. Un conocido sabor amargo invadió sus sentidos. La primera vez que había realizado la ceremonia tuvo una arcada, y para disgusto de Isaura, la ceremonia había tenido que ser invalidada. Todo tenía que salir a la perfección, por eso, su maestra le había obligado a ingerir durante días infusiones amargas, para que se acostumbrara a su sabor.

Se puso de rodillas, frente al recipiente, que parecía refulgir, de una forma especial su luz dorada, como si tuviera vida propia. Atanasia debía de esperar el momento exacto para sumergir su cabeza en él. Este punto era de vital importancia, debía de estar lo suficientemente consciente como para ser capaz de hacerlo por sus propios medios antes de desmayarse; porque si lo hacía demasiado pronto, sin que la droga hiciera su efecto, no tendría ninguna visión y todo habría sido en balde.

Por fin, sintió como las potentes medicinas entraban en su cuerpo y, poco a poco, iban potenciando sus sentidos. Podía ver a sus sacerdotisas, aunque estas estuvieran a su espalda, ellas debían levantarla en el momento preciso, sin tocar la vasija de oro, antes de que muriera ahogada. Les confiaba su vida. Sumergió la cabeza y el lacio pelo oscuro invadió a su antojo la visión. Entró en trance.

Atanasia vio polvo, sangre y miles de muertos en las calles de Eucratidia. Andaba sobre ellos, vestida con una túnica blanca. Oía chillidos y gritos por todas partes. Miró confusa a su alrededor, tenía que averiguar la causa de tanto mal, caminó por la avenida principal en dirección del palacio, una avenida repleta de cadáveres.

Sintió el calor del fuego mucho antes de llegar, el palacio ardía en llamas incontrolables. Era el desenlace final de Eucratidia. Todos morirían, era el final de los tiempos. Las lágrimas empapaban su rostro.

Vio a unos hombres grandes y fuertes a caballo, parecían nómadas, chillaban y daban vueltas con sus caballos alrededor del palacio en una macabra danza de triunfo. Uno de ellos, el que parecía el cabecilla, arrastraba por el suelo un cuerpo atado con una cuerda a su caballo negro. Estaba completamente mutilado y retorcido sobre sí mismo, pero aun así pudo percibir algo familiar en él.

Desgraciadamente, Atanasia sintió que era el momento de partir, que sus acólitas comenzaban a tirar de ella, alejándola de aquel lugar de muerte y sufrimiento. Pero ella quería averiguar quién era la persona que se balanceaba grotescamente ante sus ojos. Se resistió, debía saber más. Centró sus esfuerzos en aquel pesado y polvoriento cuerpo... Y súbitamente, cuando ya iba a dejarse llevar, lo reconoció. No podía ser. Era él. Su rey. Eucrátides vencido y humillado.

Las Diosas del destino habían hablado.

Atanasia durmió entre pesadillas en su lecho durante todo el día, pero cuando despertó, sabía exactamente lo que debía hacer. Debía prevenir a Eucrátides y a toda la ciudad.

Debían prepararse para la invasión e impedir que el amargo futuro se cumpliera. Ese era el deseo de los dioses. ¿Para qué sino le habrían mostrado una visión tan cruel? Si no hubiera forma de evitarla, no se la hubieran mostrado. Tenían que evitar el final de los tiempos.

Se dirigió decidida a pie hacia el palacio, con un terrible dolor de cabeza, seguida por sus sacerdotisas. En su camino debía de pasar primero por delante de las ricas casas del barrio residencial de la ciudad. Atanasia sintió un escalofrío al recordar los cientos de cadáveres asesinados en el suelo. Las personas, a su paso, se inclinaban a modo de saludo, intentó devolverles la sonrisa, como hacía habitualmente, pero no podía, su cara se había quedado petrificada por el miedo. Podía seguir oliendo la muerte, aún rodeada de vivos. Las imágenes de muerte se sucedían con confusión en su mente y pudo ver detalles en los que no había reparado en su momento. Cuando una mujer se acercó a pedirle la recuperación de su hijo pequeño, aquejado de fiebre, le vino a la mente como un destello, su imagen desnuda y degollada en aquel mismo lugar.

Asqueada por las terribles visiones llegó al palacio y entró sin esperar a que la recibieran. Pasó por la puerta principal del patio en busca del consejero del rey, Agatodoro. Rauda se dirigió a sus dependencias.

Nada más entrar por la puerta éste se sorprendió y se levantó a saludarla:

—Mi querida gran sacerdotisa, no te esperaba.

Agatodoro era un hombre voluminoso, entrado en carnes y de sonrisa amable. Atanasia le tenía en alta consideración, era fiel y trabajador, pero sobre todo era justo, una virtud poco frecuente.

—Tengo que ver a Eucrátides, Agatodoro, es urgente, he tenido una visión.

Agatodoro la miró con fijeza. No necesitaba más explicaciones, por la cara de la mujer debía de haber visto algo importante. Aunque su rey no era muy creyente, él sí lo era. Conocía bien a Atanasia, y hasta ahora nunca había visto el miedo en sus ojos.

—Vamos, por tu pálida cara no deben de ser noticias gratas. Está en el salón de audiencias, no le importará que le interrumpamos.

No tardaron mucho en llegar. El salón de audiencias era el lugar donde Eucrátides despachaba sus asuntos a diario. Sus paredes estaban recubiertas de piedra pulida y mosaicos de diferentes colores. El techo estaba decorado con un precioso estucado dorado que habían hecho traer desde la mismísima Alejandría. A pesar de no ser una estancia grande, su opulencia contrastaba con el resto del palacio.

El rey estaba sentado sobre un trono, con los ojos cerrados. Parecía meditar, pero también podía ser que estuviera descansando de un ajetreado día de recepciones.

Abrió los ojos y se sorprendió al encontrarles de pie, ante él. No les había oído entrar. Su consejero y la gran sacerdotisa se habían materializado delante suyo como por arte de magia.

—Me habéis asustado. No volváis a hacerlo, avisad antes de entrar.

Atanasia se sintió descorazonada. Eucrátides no estaba de buen humor.

—Lo sentimos mucho —contestó el consejero, solícito—. Es importante, la sacerdotisa ha tenido una visión.

Eucrátides miró con atención a Atanasia, que bajó la mirada en señal de sumisión.

—Está bien, aquí estoy. Gran Sacerdotisa, ¿qué has visto? —dijo con evidente cansancio.

—Mi rey, he visto muerte y destrucción. He visto el final de este imperio, de esta ciudad, y...

No sabía si debía de continuar.

—¿Y? Continúa.

—El tuyo —Atanasia levantó la cabeza y miró directamente a los ojos de su rey, para que viera que no mentía.

El monarca se mantuvo en silencio con la mirada fija en su sacerdotisa y tardó unos segundos en contestar.

Atanasia temía que no la creyera y no tomara medidas. Tenía que ser persuasiva. Las visiones de muerte no debían cumplirse.

—Te creo —sentenció al final Eucrátides.

Atanasia soltó un suspiro de alivio, había llevado una pesada carga sobre ella.

El consejero se adelantó.

—¿Qué hacemos? Deberíamos construir una doble muralla, y preparar a los hombres. Haced venir de vuelta a la ciudad a los destacamentos que tenemos desperdigados por todo el territorio.

El rey se levantó de su sillón y les miró a ambos con curiosidad.

—No. No haremos nada.

Los dos le miraron incrédulos.

—Señor, si ha dicho... —prosiguió el consejero.

—Sé lo que he dicho. Creo que ella cree que ha tenido una visión, pero no creo que sea cierta.

Atanasia se adelantó, ofendida.

—Señor, con todo el respeto... Soy la depositaria del oráculo.

—Lo sé. Y aun así, la mayoría de las veces no se han cumplido tus visiones.

Atanasia se mordió la boca. No era cierto. Había interpretado mal alguna de ellas, de hecho, había errado una muy especial para el rey. La que vaticinó, en el

primer embarazo de la reina un hijo varón, que no se había cumplido. Aun así no fue una predicción incorrecta, ya que Eucrátides había tenido, en efecto, un hijo varón, pero no aquella vez. El rey no entendía lo complicado que era interpretar las visiones. Ella había visto un hijo varón, un heredero y la alegría de su rey, pero no había tenido ninguna indicación de que era una predicción que no se iba a cumplir inmediatamente. Esa era la única vez que había errado, no había habido ningún otro fallo. Las palabras del rey le habían sorprendido, se sintió herida.

Decidió responder con diplomacia, lo más importante era que Eucrátides tomara medidas y para nada ahondar en conflictos pasados que no les llevarían a ningún sitio.

—No es fácil interpretar las visiones mi rey... Pero lo que he visto va a cumplirse. Creedme os lo ruego. He visto nuestras calles llenas de muertos, he sentido el fuego en mi cara.

—Claro que no es fácil, y menos si uno ha ingerido un montón de drogas. No creo en esas supersticiones... Es obvio que todo es fruto de las potentes infusiones que tomáis. Hasta yo vería visiones si las tomara.

Atanasia se sintió confundida, sabía que la fe de Eucrátides estaba flaqueando a favor de las nuevas creencias que habían aparecido por todo el territorio, pero jamás había pensado que hasta ese punto.

—Pero los dioses... El mismo Zeus vela por esta ciudad, por vuestra ciudad, por vos, mi rey. Se construyó en su honor. Has visto el oráculo con la firma estampada del mismo Dios.

—¿De verdad creéis que los dioses tienen forma humana, viven como nosotros en una montaña y juegan caprichosos con nuestro destino, con la misma racionalidad que un niño de pocos años?

Atanasia levantó la cabeza, ofendida.

—Sí, lo creo firmemente. Los siento, los oigo, los veo. Para mí son tan reales como usted. Mi rey, no podéis dar la espalda a nuestras creencias. Y menos ahora, cuando la desgracia se cierne sobre nuestra querida ciudad.

Eucrátides se levantó y la miró por primera vez con cariño. Le puso una mano sobre el hombro, a modo de consuelo.

—Esas tradiciones antiguas no van a tardar en desaparecer, mirad a vuestro alrededor, a nuestros ciudadanos. ¿Qué creen ellos? Nuestra civilización avanza hacia una nueva era.

Atanasia sintió tristeza. Era cierto que el culto, y con él su templo, estaba en desuso. Cada vez menos personas se acercaban a dejar sus ofrendas. Sintió las lágrimas resbalar sobre su cara. Se sentía traicionada. Eucratides debía ayudarla, creer en ella. Aquello no podía estar pasando.

—Es tu origen, tu religión, tus dioses, mi rey...

Eucrátides sonrió con tristeza:

—Zeus, Cibeles, Mitra, Visnú... ¿No os dais cuenta? Todos se asemejan, son lo mismo. Con otros nombres, pero iguales. Es algo tan sencillo de ver...

Atanasia cogió fuerzas, no quería seguir escuchando.

—¿Y en qué crees, mi rey? —preguntó retadora.

—¿Acaso eso importa? Hemos dado cobijo al culto de cada dios. Somos una ciudad tolerante. He pensado mucho en ello Atanasia... Creo en la deidad del sol, no importa su cara o su nombre.

Atanasia abrió mucho los ojos espantada. Era el culto del nuevo templo, en lo alto de la acrópolis y estaba dedicado al dios del sol. Desde hacía poco era el culto preferido de los habitantes de la ciudad. Atanasia había pensado que era una extravagancia, una moda pasajera que jamás haría daño a la suya. Llevaba años conviviendo con otros dioses. Sintió las lágrimas de impotencia caer sobre sus mejillas.

—¿No hay nada que pueda hacer para convencerte? No pierde nada con tomar medidas preventivas, por si la visión es cierta.

—Lo siento Atanasia, no te lo tomes como algo personal. No creo que los dioses se comuniquen directamente con nosotros, y menos de esa forma. Son supersticiones antiguas. Sé que te hago daño al decir esto, pero tolero tu creencia, la respeto, y te garantizo que no te pasará nunca nada. Pero no te preocupes, esta ciudad está de todas formas muy protegida al asedio. Por un lado tenemos la acrópolis, inexpugnable, por los dos flancos, los ríos, y detrás de ellos, las inmensas murallas. No voy a hacer volver a mis hombres y dejar desprotegidas las fronteras, hemos tenido demasiados problemas, demasiadas guerras. Sería un suicidio. Nuestros países vecinos aprovecharían sin dudar esa debilidad. No es cierto que no pierda nada. Tengo que proteger mis fronteras.

Atanasia no pudo decir nada más. La causa estaba perdida. Comprendió inmediatamente que la protección natural de la ciudad no era suficiente. Los argumentos del rey no eran sólidos. Sintió la bilis subir por la garganta hasta su boca. Su visión iba a cumplirse. Todo estaba perdido.

Agatadoro el consejero la acompañó entristecido hasta la puerta. Él sí creía en las visiones de la sacerdotisa, pero su fidelidad por el rey era inquebrantable.

—Lo siento mucho, Atanasia. No podemos hacer nada.

—Algo tendré que hacer. No puedo quedarme de brazos cruzados sabiendo que todos vamos a morir.

—¿Y qué piensas hacer?

—Soy el custodio del oráculo, yo sé lo que he visto, y mis dioses son tan reales como este suelo de piedra que estamos pisando. Sabía que el rey se había alejado de nuestras creencias originales, pero nunca pensé... —Atanasia no pudo continuar, estaba muy afectada. Se apoyó con una mano contra la pared. El frío contraste disipó su mente.

—Agatodoro, sé exactamente lo que tengo que hacer. Cumpliré con mi cometido, pero antes iré a confirmar si mi predicción es cierta.

—¿A confirmar la visión?

—Sí, la vieja sacerdotisa me llevó cuando era una niña a las montañas del indo, a tan solo unos días a pie. Espero recordar bien el camino y sus instrucciones. Allí vive la anciana sacerdotisa, ella me dirá si mi visión es real o fruto de las drogas.

—¿La anciana? Creía que era una leyenda... Recuerdo la canción: La anciana de la montaña tiene más de cien años y unos ojos azules tan grandes como el mar. Su vida es eterna, en su morada no cabe muerte ni enfermedad. Si la llamas, no te oirá. Pero si la visitas, te recibirá.

Atanasia lo miró ensimismada, tenía que intentar recordar cada detalle del viaje que había hecho con Isaura, el viaje en sí era un ritual y tenía que acertar en cada punto. Había pasado demasiado tiempo, pero tenía que intentarlo. Era la única solución, no podía quedarse de manos cruzadas y dejar que todos murieran. Si estaba en lo cierto la anciana le aconsejaría y le ayudaría a encontrar una solución. Eucrátides la había abandonado y con ello, sentenciado a su pueblo.

Agatodoro se vio en la necesidad de explicar la actitud de su rey, para que Atanasia lo entendiera mejor. Veía sus lágrimas resbalar por su cara. Y era la primera vez. Ni siquiera había llorado cuando en su día desató la ira de Eucrátides al vaticinar mal en el tiempo, un heredero varón.

—Eucrátides es un gran rey, volcado en su pueblo. Hemos adoptado tantas creencias, tantos dioses con similitudes... Es un hombre moderno, con una mentalidad racional, no debes olvidar que fue educado por preceptores griegos, pero también persas e hindúes. Tiene una amplia visión del mundo.

—Sí, pero desgraciadamente, no la correcta.

Atanasia salió despacio del palacio, preocupada y descorazonada. Sus piernas pesaban como si fueran de roca. Sus ayudantes sacerdotisas, que esperaban a la sombra de las preciosas columnas corintias, se apresuraron a seguirla en silencio de vuelta al templo. Sintió cómo se preocupaban por ella al ver sus ojos llorosos. Paró y se apoyó en la base de una estatua con coloridos ropajes. Tenía que calmarse, no debía crear alarma entre sus fieles más allegados. Si corría la voz en la ciudad, cundiría el pánico y eso sería desastroso.



Debía tomar decisiones, y debía hacerlo rápido. No podía implicar a más personas de las necesarias. Y desde luego debía encontrar la forma de que Eucrátides se replanteara su decisión. Sin él, poco podía hacer. La anciana confirmaría su visión, estaba segura y así el rey cambiaría de opinión. Ella sola no podía luchar por la ciudad, y menos aún, enfrentarse a miles de sangrientos salvajes. Se obligó a sonreír a sus sacerdotisas, provocando un efecto calmante sobre ellas; al instante dejaron de cuchichear entre ellas. Aun así leyó en sus caras el conocimiento de que algo estaba pasando, algo que tenía que ver con su última y dolorosa visión. No eran tontas, solo había que atar cabos.

—No os preocupéis. Volvemos al templo. Hay mucho trabajo pendiente. Tengo que preparar un gran viaje.

Las cuatro mujeres levantaron las cabezas, esperanzadas por acompañarla.

—Esta vez no podréis acompañarme. Es algo que tengo que hacer sola.

Atanasia tenía mucho por hacer, y muchas oraciones que lanzar al viento.

Aenas ayudó a cargar todos los bultos de la familia Papadopoulos en las mulas. Hizo un nudo llano para asegurar bien el equipaje al lomo del animal. Acarició el áspero pelo y la mula giró su cabeza, en señal de agradecimiento.

Todavía no había amanecido y una suave brisa insistente se hacía notar. Sintió un agradable escalofrío sabiendo que a media mañana haría un calor sofocante.

Pópulos quería aprovechar y tener por delante todo el día para viajar. Llevaban ubres de agua, carne seca y cereales en abundancia. Cogieron poca fruta y verdura, se pudriría enseguida, era mejor ir comprando la que pudieran por el camino. Aun así, Aenas sabía por experiencia que esta escasearía en la dieta de la familia durante varios meses. Basid prefería alejarse de las grandes poblaciones para seguir sus atajos, sabía perfectamente dónde parar y a quién comprar; llevaba muchos años realizando el mismo itinerario. Había creado una red de sustento en puntos estratégicos del viaje.

Sus mercenarios, que habían estado en su mayoría de vacaciones esos meses en Alejandría de Oxo, parecían otros, armados y vestidos para el combate. Mejor así, pocos se atreverían a contrariarles durante el camino. Aenas había llegado a conocerles bien y estaba seguro que llegarían sin ningún contratiempo de vuelta a Macedonia. Lo que no sabían realmente era en qué estado se encontraba realmente el país. Habían llegado rumores de revueltas y que los romanos habían anexionado el territorio de las Héldes en forma de provincia romana. Si Pópulos iba a tener algún problema sería por ese lado, ya que se negaba a pagar los elevados impuestos sobre el comercio que pedían los romanos. Pero

Alejandría de Oxo estaba demasiado lejos, las noticias habían llegado a través de las caravanas y no sabían si era cierto o cual era el escenario actual. No sería extraño que otra guerra hubiera estallado.

No podía creer que hubiera llegado el momento de la despedida, aquellos hombres habían sido su familia en los últimos meses y gracias a ellos había encontrado su hogar. El pequeño Nicodemus había sido su compañero de cuarto durante meses. Echaría de menos sus bromas y sus risas.

De hecho, Aenas se había quedado definitivamente como inquilino en la habitación que habían compartido en casa de Basid. Había sopesado mudarse a su propia casa, pero lo había desechado con facilidad, en cuanto, el amable Basid, le había ofrecido la oportunidad de quedarse a cambio de un alquiler simbólico.

También podía haber decidido quedarse a dormir en la escuela, con los pocos alumnos que vivían allí, pero por ahora lo había descartado. Quizás lo haría más adelante. En casa de Basid se encontraba a gusto, le trataban como a un hijo y esa era una grata sensación que no había llegado a conocer nunca a lo largo de su vida como huérfano. El cariño que le habían dado Pópulos y Basid era especial e irrechazable, no recordaba haberse sentido tan querido nunca. Hasta ese momento no sabía lo que significaba la unión familiar, esos lazos invisibles que se estrechan entre diferentes miembros.

Pópulos salió por la puerta del pórtico de delante de la casa:

—Mi querido amigo —y abrió los brazos contento para darle un achuchón—, no te preocupes, si siempre regresamos, en tres años como mucho, estaremos de vuelta... Y tú no te vas a mover de tu querida ciudad... ¿Verdad?

Aenas se esforzó en sonreír:

—Verdad. Te agradezco profundamente todo lo que has hecho por mí, me has tratado como a un hijo.

—Vamos, vamos, no te pongas dramático. No me gustan ni un pelo las despedidas, si no son alegres, ¿verdad Basid?

Basid, que también estaba ayudando a organizar la partida intervino:

—¿Despedida? Aquí nadie se va, aquí se vuelve —Basid se acercó a ellos.

Los dos amigos se dieron un fraternal abrazo, se les veía contentos y relajados.

—Esta es tu casa Pópulos, y la de tu familia.

Y mirando a su pequeña esposa añadió de refilón:

—Y mi mujer y yo esperamos sinceramente, que por fin, la próxima vez que recorras medio mundo para venir hasta aquí, traigas contigo a tu mujer e hijas... Quizás podríamos arreglar algún matrimonio entre las familias... —esto último lo dijo en tono irónico, sabía cuánto le disgustaba el tema a su amigo.

—¿Con un colono griego que vive en el lado más alejado y polvoriento del mundo? —rio Pópulos— Ni hablar, no dejaría aquí a ninguna de mis preciosas hijas ni por todo el oro del mundo.

Y así, entre bromas y chanzas acompañaron a la familia hasta la puerta principal de la muralla. La entrada estaba atestada de viajeros y caravanas, formando una alegre algarabía que hacía menos dura la despedida gracias al ruido y a las risas. Nicodemus fue el único que volvió a dar otro abrazo de despedida a un desconsolado Aenas.

—No te preocupes, volverás a verme en poco tiempo.

Aenas admiró de la madurez del joven:

—Claro que sí, no estoy triste, tienes razón. Tráeme algún regalo a tu vuelta —se obligó a decir con alegría.

Aenas se quedó allí, plantado en la puerta, observando cómo las figuras de sus amigos se difuminaban en el polvoriento camino anaranjado. Sintió una sensación extraña de vacío en el estómago.

Antes de distanciarse mucho, Pópulos le gritó:

—Aenas el filósofo, espero que cuando vuelva estés casado y tengas por lo menos dos hijos.

No recordaba más familia que sus compañeros de la escuela y sus tutores. No había llegado a conocer a sus padres, pero sí a su tío, que había sufragado desde la distancia su preciada educación. Apenas había tenido relación con él, así que era imposible echar de menos a una persona que no había mostrado interés por él. Las pocas veces que había hablado con su arisco tío le había hecho sentir como una pesada carga.

Siempre las mismas palabras:

—Espero que estés sacando provecho a la fortuna que me cuesta tu educación...

—Sí, tío, mis tutores están contentos.

—Sigue así, puedes volver a tus quehaceres.

Nunca un abrazo o una palabra amable, ni siquiera cuando era tan solo un niño de pocos años. Recordaba que al principio se sentía dolido, pero conforme había ido creciendo y haciéndose mayor, el dolor que sentía, poco a poco fue transformándose en indiferencia. Y allí estaba él, de pie, despidiéndose de Pópulos y sus hijos, a los que hacía tan solo un año ni siquiera conocía, y ya les tenía más cariño que a nadie en este mundo.

Hasta ese momento no se había dado cuenta de cuánto había estado realmente necesitado de afecto en su vida. Era una sensación curiosa, no recordaba haberse sentido huérfano antes, y ese día, estaba sintiendo lo que más se debía de parecer a ello. Sus padres habían desaparecido en una tormenta en el

mar. Eso era todo lo que sabía de ellos. Su tío no le había dado más información. No sabía ni cómo eran, ni qué pensaban, ni cuáles fueron sus gustos. Nunca les había echado de menos, y ahora entendía el porqué. Para hacerlo, necesitaba haberlos conocido. No recordaba haber derramado jamás una lágrima en su vida. Ni siquiera al dejar a su querido maestro y compañeros. Nunca. Era una persona fuerte y equilibrada. Sonrió en dirección a sus amigos, no era una despedida definitiva, pronto volverían.

# *Alejandría del Oxo*

## *3ª parte*



*Año 145 a.C.*

Aenas había oído en la escuela por casualidad que la gran sacerdotisa partía de viaje, había sido esa misma mañana, cuando dos de los alumnos mayores estaban hablando sobre ello en el soleado patio interior de la escuela.

—Disculpad, ¿Dónde habéis oído eso? ¿Estáis seguros? —Aenas había hablado con Atanasia la víspera en la plaza y ella no le había mencionado nada. Era muy extraño.

—Sí, se va a las montañas. Me lo ha dicho mi madre, que va a diario al templo y habla mucho con las sacerdotisas. Llevan semanas preparándolo.

—No sabía, nada, que raro...

El joven observó que el maestro estaba confuso y quiso matizar:

—Bueno... se sabe poco del viaje, solo que la gran sacerdotisa va en busca de su sucesora aún más lejos. Lleva años recorriendo las aldeas cercanas, sin éxito. Pero esta vez irá sola, sin sus sacerdotisas y llegará hasta el valle de las montañas del indo. Seguro que la encuentra.

—Estoy convencido. Gracias por la información.

Aenas sopesó las palabras del joven, aquello sonaba descabellado. Era imprudente por parte de Atanasia aventurarse en algo así, sin protección. Si fuera a hacerlo se lo habría mencionado. Su amistad se afianzaba con los días, si bien era cierto que no se veían con Basiduidad, pero la confianza entre ellos era creciente, de eso Aenas estaba seguro. Siguiendo aquella lógica no resultaba difícil aventurarse a pensar que quizás Atanasia pensaba que Aenas la disuadiría en su empeño.

Decidió seguir su instinto y se dirigió con grandes zancadas hacia el templo. Tendría que salir de la ciudad, pero quería aclarar el asunto con ella.

Daba igual las veces que viera el templo, su efecto era impresionante. Sin duda era el más grandioso de la ciudad y pocas similitudes observaba con los templos que él conocía en Macedonia. Tenía una curiosa forma de pirámide escalonada que acababa rematada por templo elevado. Subió las escaleras,

esperando poder hablar con la gran sacerdotisa. Hasta entonces nunca había ido a buscarla expresamente, las veces que se veían era de casualidad, generalmente en la plaza, delante de la piedra donde se conocieron, que parecía ser el lugar favorito de ambos.

Al entrar le recibieron dos sacerdotisas que, al reconocerle, se lanzaron una mirada extrañada. Aenas no solía visitar el templo, ni rendir culto.

—Me gustaría hablar con Ata —iba a decir su nombre, pero no le gustó la mirada de desaprobación de las jóvenes— la gran sacerdotisa. Es un asunto importante.

—No sé si será posible. Está muy ocupada. Voy a preguntarle —Aenas reconoció a la joven que habló, siempre acompañaba a Atanasia, Calandra.

Aenas esperó impaciente, teniendo la impresión de que quizás había sido imprudente presentarse y exigir su presencia. Quizás no era una costumbre aceptada, o estaba mal visto. Tras un tiempo que le pareció eterno apareció finalmente Atanasia. No parecía contenta, al contrario, parecía estar haciendo un esfuerzo por contenerse:

—Aenas, ¿sucede algo urgente? ¿Qué haces aquí?

Como sospechaba su visita era inusual.

—He oído que partías de viaje, a las montañas del indo...

Atanasia miró descontenta a sus sacerdotisas, como si fueran las culpables de que él se hubiera enterado. Algo raro sucedía detrás de aquel viaje, ahora estaba seguro.

La gran sacerdotisa se recompuso y miró a Aenas.

—Suelo viajar a menudo, me gustaría encontrar a mi sucesora. Ya te lo había contado antes.

—Sí, lo recuerdo. Sé lo importante que es para ti. Pero, no entiendo por qué vas a realizar el viaje sola, sin tus sacerdotisas. Cualquier cosa puede pasarte, yo puedo acompañarte si lo deseas.

Se oyeron murmullos escandalizados.

Atanasia levantó una mano, a modo de silencio, algo enfadada.

—Te lo agradezco. Pero no puede ser. Es un viaje largo y tedioso. Voy a bendecir a las familias por el camino. No necesito a nadie. Nada puede pasarme, soy la gran sacerdotisa, todos reconocerán mi atuendo y peinado. Soy respetada. Y ahora si me disculpas, estoy muy ocupada, nos veremos a la vuelta —y dicho esto, giró sobre sus talones sin dejarle ocasión de replicar y desapareció en el interior del templo.

—¿La he hecho enfadar? No entiendo —Aenas estaba confundido, se sentía culpable.

Una de las sacerdotisas confirmó con la cabeza.

—Atanasia es la gran sacerdotisa de la ciudad. Este es su Templo. Toma sus decisiones. No tiene que pedir permiso. Ni informar a nadie. Te tomas demasiadas libertades con ella. Cuidado, no está a tu alcance, es de origen divino. Trátala con el debido respeto o si no me veré obligada a denunciarte ante el rey —le escupió una de las mujeres, a la que no conocía, antes de desaparecer.

Calandra le dirigió una mirada algo comprensiva. Sin duda había sido un error dirigirse al templo, tenía que haber esperado a encontrarse con ella como siempre. Estaba seguro de haber roto algún tipo de regla de comportamiento. Le dolía la forma en que le había hablado Atanasia. Tenía la impresión de que había querido alejarle con un propósito determinado y que aquel misterioso viaje era importante. Era cierto que pocos se atreverían a hacer daño a una sacerdotisa intocable, pero Aenas había viajado lo suficiente para saber que había muchos desalmados que no creían ni respetaban nada. No podía correr el riesgo.

Aenas pidió a varios de sus pequeños alumnos que vigilarán el templo y todo lo concerniente a la gran sacerdotisa. Fue el pequeño Agatón, el más travieso de todos, pero también el más espabilado, quien averiguó el día de la partida de Atanasia:

—Maestro, parte mañana mismo, al alba.

Aenas se levantó del taburete, contento:

—Gracias pequeño, tengo que preparar mis cosas y cambiarme de ropa. Voy a hablar con el gran maestro Fileas para informarle sobre mi partida.

El pequeño salió corriendo de la estancia, sin haber escuchado siquiera sus palabras. Poco le interesaban los asuntos de su maestro, prefería estar por las calles, con sus amigos, jugando y bromeando. Aunque haber hecho de espía había sido divertido, ya se había cansado de estar tantas horas de pie delante del Templo.

Aenas salió de casa de Basid aún cuando era noche cerrada y por ello tuvo que pedir a los soldados que le abrieran la puerta de la ciudad antes del amanecer. No fue difícil convencerles, Aenas se había convertido en un referente en la ciudad y todos le conocían.

Necesitaba encontrar un lugar cerca del camino donde esconderse, para que Atanasia no le descubriera. No se dejaría ver hasta que pasara uno o dos días, o ella le haría volver. El problema era que la extensión que rodeaba la ciudad por ese lado era un terreno bastante yermo, así que resultaba difícil ocultarse. Finalmente optó por subirse a una pequeña colina rocosa y sin vegetación que había más adelante, a la derecha del camino principal. Había preguntado a Basid sobre la ruta para llegar a las montañas del indo, y el camino resultó ser el

mismo por el que él había llegado a la ciudad pero cogiendo la bifurcación del norte, en vez de la del sur, situada a tan solo medio día de la ciudad. Aenas podía dejar todo ese recorrido de ventaja a Atanasia, sin seguirla visualmente, sin riesgo de perderla. Sin embargo la ruta de las montañas era más intrincada, con muchas salidas y varios pasos de montaña. Basid no había sido capaz de indicar que camino iba a escoger Atanasia.

—No importa, Basid, prefiero seguirla desde el principio, a una distancia prudencial. He estado muchas estaciones en los caminos, y soy muy sigiloso. No me verá. Prefiero no perderla de vista y saber que está bien en todo momento.

—Aenas, querido filósofo, ¿sabes que enamorarse de una sacerdotisa, más aún, de una gran sacerdotisa, no solo está prohibido, sino que es la cosa más absurda que podrías hacer?

La cara de su protector y amigo no mostraba enfado, ni reproche, más bien cariño y pena. Aenas no había hecho más que preguntarle sin cesar por ella. Era algo obvio y el joven tenía buenas intenciones. Tarde o temprano se daría cuenta de que aquello no llevaba a ningún sitio, que ella nunca le correspondería. Ni se le pasaría por la cabeza. Estaba seguro de que para la gran sacerdotisa, Aenas solo era un personaje interesante con el que encontrarse por la ciudad, un filósofo de Grecia con el que entablar conversación, pero nada más.

Aenas resopló nervioso.

—Cierto, querido amigo, soy plenamente consciente. Pasaré, no te preocupes, solo necesito tiempo. Pero no puedo dejar que vaya sola, sin protección, además tengo la impresión de que ese viaje es importante. Tengo la habilidad de observar los sentimientos de los demás. Hay que ser observador y te puedo garantizar que Atanasia está diferente; callada y triste. Quiero averiguar que le sucede.

—Que la indecisa Diosa Tyche de la fortuna os favorezca en vuestra aventura. Las montañas son un lugar mágico, único, será una gran experiencia para ti. Recuerdo que la primera vez que estuve allí aprendí una lección esencial...

—Era demasiado joven e impetuoso, y aprendí el concepto de tiempo. Descubrí que tenía toda una vida por delante. Estuve horas en silencio, observando al sol y la naturaleza, en calma. Algo que jamás había hecho. Y entendí la importancia de la serenidad. De estirar el tiempo sin presión, sin luchar contra él. Un aliado en vez de un enemigo. Ve, te esperaremos —Basid le dio un gran abrazo de despedida.

Esperó hasta que el sol salió como cada mañana para iluminar el valle de



un suave color rojizo. Las sombras refulgían con destellos anaranjados. Desde donde estaba podía escuchar el sonido del caudal del río al bajar por su lecho. Amaba aquellos parajes más de lo que recordaba haber querido a Macedonia. Los colores eran completamente diferentes. Vivían envueltos de rojos, naranjas y carmesí mientras que en su tierra natal predominaban los azules.

Ahora que estaba fuera de la ciudad, se sintió más ligero por la expectativa de un nuevo viaje. Iba a ir más allá de lo que jamás había pensado ir, hacia el este, a través de las montañas del Indu-Kush. Como si su cuerpo recordara su pasado viajero, se sentía con fuerzas renovadas.

La vio llegar por el camino con una pequeña mula justo a tiempo para agacharse y dejarla pasar por delante de él. Iba vestida con una clámide corta de viaje de color rojo, como un viajero más; su única distinción era el inconfundible e intrincado tocado que reposaba sobre su cabeza. Iba andando a paso ligero al lado del animal, pero no a lomos de su montura. La mula cargaba sus enseres y lo que parecía una gran manta carmesí enrollada descansaba sobre el lomo del animal. Aenas jamás había llevado una manta en sus viajes, para eso estaba la práctica clámide, que servía tanto de abrigo como de manto para dormir. Su único bagaje era un pequeño hatillo con un recambio de ropa. La experiencia le había enseñado a ser práctico. Recorrer los caminos ligero de peso era una bendición.

Anduvieron toda la mañana y parte de la tarde, hasta que llegaron a la bifurcación que había mencionado Basid, sin dudarlo Aenas giró hacia la izquierda, al Norte, a pesar de no ver a Atanasia ya que la distancia que los separaba no se lo permitía. Era hora de acercarse a ella o la perdería, dejaría pasar la noche y a media mañana la alcanzaría. Esperaba que su reacción fuera positiva, aún tenía clavado en su memoria el último encuentro entre los dos en el templo, y sus desagradables palabras. Por lo que la conocía era una mujer decidida, con carácter. No era precisamente una mujer cálida, pero eso se debía a su status y su educación. Le fascinaba todo; su fuerza, su independencia, su dedicación a los demás. Estaba deseando poder andar a su lado. Aquel viaje era la única oportunidad que tenía para estar con ella, para conocerla con más profundidad. Le había dicho a Basid que era por protegerla, pero le había engañado, todo aquello era para estar cerca de ella. Así de sencillo. Sin la mirada intimidatoria de las otras sacerdotisas, o de los habitantes de la ciudad. No eran tan comprensivos como su anfitrión. Desde luego descartaba todo acercamiento físico a ella, pero podían hablar, estar juntos y así poder entender qué le estaba pasando a Atanasia, estaba muy desmejorada. Más delgada y con oscuras ojeras bajo los ojos. Llevaba todo el día observándola, cuando los tramos se lo permitían, y desde luego su bello andar no era tan liviano como solía ser. Algo le

sucedía, parecía llevar una pesada carga. Sería feliz si ella accediera a que él la ayudara a levantarla. Entre dos, dividirían el peso

Por la mañana aligeró el paso para alcanzarla. Había pasado toda la noche pensando cual sería la mejor forma de mostrarse; descartaba aparecer por sorpresa cuando despertara, la mataría del susto y le enviaría de vuelta a Alejandría del Oxo, enfadada, de eso estaba seguro. Finalmente decidió acercarse poco a poco. Estaban en un territorio llano, sin vegetación y era un milagro que no se hubiera percatado de su presencia.

Atanasia sintió que alguien la estaba siguiendo, así que se giró y divisó a un viajero por detrás de ella. Era una forma imprecisa y polvorienta. No le dio importancia, aquel era un lugar de paso hacia las montañas. Bastantes preocupaciones tenía en la cabeza. Debía encontrar a la anciana de la montaña y para ello tenía que cumplir con todos los rituales o no sería capaz de dar con su paradero. Isaura había sido clara; si alguna vez se encontraba en una tesitura de emergencia podía acudir a la anciana buscando ayuda, pero todo debía de hacerse conforme a un ritual reglado. Tenía que acudir a pie y bendecir a todas las personas que fuera encontrando por el camino. Giró sobre sus pasos, debía entonces bendecir al viajero. Se quedó paralizada, sus ojos parecían querer traicionarla, parecía Aenas el filósofo, aquello no podía ser cierto. Había estado sometida a demasiada tensión esos días. Esperó a que el viajero se aproximara para poder saludarle y bendecirle.

No podía ser, efectivamente era el cabezota y sobreprotector Aenas. Aquella era su inconfundible sonrisa. Su pelo, con suaves mechones claros, caía sobre su rostro. Le sonreía con timidez.

—¿Aenas? —acertó a decir entre sorprendida y enfadada.

—Pensé que a lo mejor cambiabas de opinión por el camino y me dejabas acompañarte. Es una buena oportunidad para conocer las montañas...

Atanasia le lanzó una mirada furibunda.

—No necesito protección, Aenas.

—Lo sé, lo sé. Tienes razón, sé que de alguna forma te ofendí el otro día, pero no era mi intención. Simplemente quiero viajar contigo.

Atanasia lo miró con curiosidad, no estaba acostumbrada a hombres como él; siempre tan franco, era francamente inusual. Le pedía perdón y le decía lo que pasaba por su cabeza.

—No puedes presentarte en mi templo como si tal cosa, exigiendo verme. No puedes dirigirte a mí en la forma coloquial en que lo haces. Soy la gran sacerdotisa, soy una adulta, no necesito que me cuides, ni que te preocupes por

mí. Yo dedico mi vida a cuidar de las otras personas. No puedo mostrar debilidad. Debo infundir seguridad y fortaleza.

Aenas miró al suelo. Enfrentarse a ella no era el camino y no le faltaba razón.

—Y sin duda esa es la imagen que das. Lo entiendo. Cuídame a mí —Aenas no pudo evitar bromear.

Aquel hombre sabía cómo desarmarla, con aquella sonrisa y con su forma de pensar. No era como el resto de hombres con los que solía tratar: orgullosos, engreídos, posesivos y egocéntricos.

—Bien —se limitó a decir antes de proseguir su marcha.

—Vamos hacía aquellas montañas, ¿no? —en realidad aquello era una obviedad puesto que estaban rodeados por el frente por las montañas y solo había una dirección en la que podían ir.

—Sí, pero entraremos por un paso que hay más al norte, para llegar al pueblo que está en el valle.

—¿Es ese nuestro destino?

Atanasia sopesó cuanta información debía dar a su acompañante. Pero no encontró ningún motivo por el que ocultar algo.

—No, nos adentraremos en las montañas. Necesito encontrar a la anciana de la montaña.

—Nunca he oído hablar de ella. Parece más una leyenda que una realidad.

—Mi tutora, la anterior gran sacerdotisa me llevó de pequeña con ella a visitarla. Existe. Vive en una cueva en las montañas. Ella podrá ayudarme.

—¿La llegaste a ver con tus propios ojos?

Aenas sabía que la mayor parte de las historias que circulaban eran irreales.

—No, la verdad es que no. Sólo puede subir una persona. Yo esperé a Isaura abajo. Pero ella nunca me mentiría. Es real.

Un pequeño silencio se adueño de la conversación. Aenas pensaba en todas las implicaciones que aquello acarrearía. No quería atosigarla con sus preguntas, notaba que Atanasia estaba nerviosa. Aún así se aventuró a indagar:

—¿Para que necesitas ayuda?

Atanasia paró de caminar y le miró a los ojos. Sintió la necesidad de confiar en él.

—Tuve una visión catastrófica. Era el fin de los tiempos. Fue hace unas semanas. Vi el palacio en llamas y la ciudad destruida. Los suelos de las calles estaban repletos de cadáveres.

—¿Y que causará tal desastre?

A Atanasia le reconfortó que no dudara de sus poderes.

—Una invasión de nómadas, de extranjeros. Iban a caballo, y se

abalanzaban a millares sobre nosotros. Moríamos sin piedad. Se lo conté al rey, para prevenirle, pero no me creyó, así que el único camino que me queda, es confirmar la visión y pedir consejo.

—Por eso estabas tan preocupada... Puedes confiar en mí, te ayudaré. Encontramos a esa anciana, si es que existe. Y quizás ella te diga cómo evitar el desastre.

Llegaron a un pequeño poblado con tres granjas pequeñas y Atanasia se aventuró en él.

—Pero si tenemos comida de sobra...

—Forma parte del ritual para llegar a la montaña. Tengo que bendecir todas las casas y personas que me encuentre por el camino. Ayudar en lo que sea posible, interceder por ellos.

No hizo falta llamar a la puerta, las familias salieron contentas a recibirla al verla. No tenían muchas oportunidades de ser bendecidos por los Dioses, y menos por una sacerdotisa de la Alejandría del Oxo. Aenas se quedó en el camino con la mula, contento al ver como Atanasia parecía recobrar su fuerza al atender a sus fieles.

Conforme pasaron los días, Atanasia fue recuperándose, volvía a sentirse lúcida. Cada familia que ayudaba resultaba para ella el alivio de una pesada carga. Realizar su trabajo era lo mejor que podía dar de ella misma. No había sido en sí la visión lo que la había provocado el bloqueo interno, sino el desencuentro con Eucrátides. Ahora, mientras andaba y analizaba la situación con su amigo se daba cuenta del impacto que había causado en ella saber no sólo que su rey estaba sentenciando la ciudad, sino que encima no la creía. Que Eucrátides pensara que ella era como aquellas magas charlatanas que deambulaban mendigando por la ciudad, le ofendía. Y a todo ello había que sumar la impotencia que sentía, tenía que proteger a miles de personas y no sabía cómo. Si la ciudad caía, lo hacía su mundo, y con él presumiblemente sus creencias. Eran demasiadas cosas, cuando pensaba en ello sentía como su corazón se oprimía de miedo. Pero ella no era sí, Isaura la había educado para ser fuerte, para tomar decisiones.

—No te equivoques niña, ser débil es lo más fácil. Difícil es hacerse fuerte, como una roca. Y tú tienes que ser una, porque todos dependerán algún día de ti. Todos pasamos frío, hambre y dolor. Podemos llorar, quejarnos o quedarnos quietos. A mí no me impresionan esas mujeres que lloran por todo, que se quejan por cada cosa. Mi respeto es para las mujeres que sufren, trabajan y cuidan a los demás con la cabeza bien alta y en silencio, las que paren solas sin ayuda en mitad del campo. Hay mujeres que van subidas en el carro, mientras otras tiran de él. ¿Cuál quieres ser tú?

Y así era. Todos dependían de ella. Y sabía que tenía la fuerza suficiente para tirar del pesado carro. No debía claudicar ante sí misma, tenía que seguir andando. Paso a paso se sentía mejor, renovada. Se alegraba de llevar a Aenas a su lado, llevaban cuatro días de camino y su relación era cordial. Al principio había pensado que sería algo incómodo, los dos solos, durante días, durmiendo bajo las estrellas. Y si bien era cierto que había una ligera tirantez entre ellos por momentos, ella lo prefería así. Prefería tener a Aenas a una educada distancia protectora, por mucho que le gustara aquel joven.

Esa noche acamparon tras unas rocas en la falda de una pedregosa montaña. Habían llegado por fin a la cordillera y estaban exhaustos pero contentos. Atanasia sonreía mientras montaba el improvisado campamento. Le había contado todo sobre la visión pero había omitido deliberadamente al oráculo de Zeus, no le había mencionado el objeto sagrado. Y no lo haría salvo que fuera imprescindible, era una norma tajante, el secretismo era la máxima protección que podía dar a la preciada vasija. Nadie sabía de su existencia y nadie buscaba lo que no existía. Su secreto se mantenía en el templo; y fuera de él solo tenía conocimiento de su existencia el vigente monarca Bactriano. Así había sido siempre, y aunque confiaba plenamente en Aenas no pensaba romper una regla sagrada si no era por un buen motivo.

Aenas, con su pericia de viajero encendió una pequeña hoguera en poco tiempo. Por la noche en las montañas hacía mucho frío y aunque estaban guarnecidos tras una roca el viento era helador. Se acercaron instintivamente el uno al otro. Nunca habían estado tan cerca. Sus hombros casi se tocaban. Se hizo un silencio incómodo.

—¿Falta mucho? —Preguntó al final Aenas con una sonrisa.

—No, dos días más y llegaremos al valle. El problema es que iremos por las montañas y por tanto iremos más lentos y menos seguros. Hasta ahora hemos andado a un paso ligero, tardando casi medio día menos de lo que esperaba. Mañana, antes de entrar en las montañas tengo que rezar y dejar una ofrenda a los Dioses.

—¿Qué tipo de ofrenda?

—Lo habitual es una pieza de caza o de pescado, pero como lo veo complicado, dejaremos parte de nuestra comida.

Aenas no dijo nada y miró con fijeza al fuego. Luego se enderezó y se acercó más a ella. Sus hombros se rozaron.

Atanasia sintió un pánico repentino, como si estuvieran violentando su cuerpo. Sabía que no era así, que Aenas la respetaba, aún así, se apartó con brusquedad. Fue un gesto instintivo, de liberación. Sin decir nada se sentó al otro lado, enfrente de Aenas, avergonzada.

Aenas la examinó lentamente, con tristeza, y se levantó para acercarse a ella. Cuando estuvo enfrente de ella se puso en cuclillas a su lado.

—Lo siento, no pretendía incomodarte. No haría nunca nada que te molestara. Había pensado que un pequeño acercamiento era inofensivo.

Atanasia sintió que su piel enrojecía.

—No te preocupes, perdóname a mí por ser tan brusca. Me han educado así. Eres un hombre y estamos solos. Confió en ti, pero es algo instintivo que no puedo evitar. Es algo marcado a fuego en mí, el sello de propiedad de los Dioses.

—Lo entiendo a la perfección. A mí me sobra con estar a tu lado, con poder hacer este viaje contigo. Es suficiente.

Siempre tan sincero. Si ella no fuera gran sacerdotisa estaría desde la primera noche entre sus brazos, estaba segura, podía sentir ese palpito, esa atracción bajo capas y capas de creencias y responsabilidades que formaban su cuerpo. Pero ella era la gran sacerdotisa. Sopesó la situación; teniendo en cuenta que nadie les veía y que probablemente iban a morir ambos a manos de los salvajes decidió correr riesgos, vivir.

Le cogió por el brazo y lo sentó a su lado, codo con codo. Extendió la manta que reposaba a su derecha por detrás de ellos y se tumbaron.

—Aenas. —Dijo mirando a las estrellas— Esto es todo lo que te puedo ofrecer. Más de lo que he dado a nadie, más de que daré jamás.

—Es mucho. Más de lo que esperaba. Soy feliz. En este instante, lo tengo todo —Aenas se sintió turbado y enternecido por el gesto. Lo significaba todo. Sabía que para ella había sido un esfuerzo de titanes, que iba en contra de todas sus enseñanzas y creencias. Un acto de imperfección en una persona intachable.

Y así durmieron cada noche, hombro con hombro, brazo con brazo; en una unión casta que era toda una osadía. Un pequeño gesto de intimidad que lo cambiaba todo.

El valle estaba cubierto por una pesada nube gris, aún así parecía un oasis en mitad de un montón de rocas. Desde arriba vieron los verdes campos cultivados y las reses pastar. Sus habitantes eran campesinos sencillos, que se arrodillaban al paso de Atanasia. Aenas había visto que ese gesto se repetía cada vez más conforme se habían alejado de Alejandría.

Le preguntó a su acompañante.

—Aquí no ha venido nunca el rey, ni Milos, ni nadie de la corte. Yo misma solo he estado una vez, acompañando a Isaura. Ella había llegado a estar aquí cinco veces, la última conmigo. Por eso aquí todavía la recuerdan, las sacerdotisas son queridas y respetadas, más que el rey. Somos una gran autoridad sagrada, algo que solo se suele ver una vez por generación.

Unos niños llegaron corriendo y les rodearon para acompañarles al centro del pueblo. Chillaban y daban vueltas sin cesar, contentos.

—Por Hefesto, Atanasia, la mayor parte de los niños tienen los ojos azules. ¿Cómo es eso posible? No entiendo lo que dicen, ¿en qué idioma hablan?

—¿No me creíste? Cuentan que este es un lugar mágico, sus habitantes son los más longevos de este mundo. Por eso dicen que esta es la tierra de la juventud eterna, el Shangri-la.

Atenas observó que efectivamente había un montón de ancianos por la ciudad, algo poco habitual. Hoy en día uno debía de sentirse agradecido si vivía más allá de los treinta y cinco años.

—En el valle hablan su propio dialecto, aunque entienden el koiné, por fortuna para nosotros. Por aquí paso parte del ejército del Gran Alejandro y dejó poso. Yo apenas lo hablo, pero entiendo algunas palabras sueltas.

—¡Es fabuloso, jamás creí vivir para ver algo así! Longevidad, vida eterna ¿Tú lo crees?

—Sí, lo creo. No es casualidad que la anciana de la montaña viva a tan solo dos jornadas de aquí. Ella es inmortal.

Aprovecharon la hospitalidad del pueblo para avituallarse de provisiones. Mientras Aenas cargaba la mula, Atanasia aprovechaba para hacer su cometido. Todos los habitantes, alegres, como en un día de festividad se habían concentrado alrededor de su persona. Las mujeres pedían que intercediera por sus hijos, que alejará le enfermedad o que adivinará el porvenir. Atanasia intentaba atenderles de uno en uno y no perder la compostura. Le costaba entender lo que le pedían, pero los gestos y señales servían de gran ayuda. Estuvo toda la mañana de pie, sin moverse, hasta que el sol empezó a caer.

Aenas la observaba maravillado. Su fortaleza era algo único. Era como si ella sola pudiera levantar con una mano aquellas montañas sin pestañear. Eso era lo que le gustaba de ella y se sorprendió al rogar que no cambiara nunca. A pesar de que aquello condenaba su relación para siempre.

No hicieron noche en el valle, Atanasia estaba cansada y prefería la soledad de la compañía de Aenas en el campo abierto. Resultaba asombrosa la facilidad con la que se había acostumbrado a ese pequeño contacto físico con el filósofo. Como cada noche se tumbaron, hombro con hombro, mirando al cielo.

—Estás muy cansada, no me extraña, te has pasado todo el día de pie, sin moverte. Aenas se incorporó para arroparla mejor con la manta.

—Sí —apenas podía abrir los párpados de sus ojos—. Pero ya estamos muy cerca.

Atanasia recordaba a la perfección aquel tramo del camino, no debía estar muy lejos. Bajaron por una estrecha senda que acababa en un pequeño llano con unos chamizos, parecía una pequeña aldea.

Atanasia miró a su alrededor, confusa.

—¿Qué pasa?

—No sé, es raro, no recuerdo ningún asentamiento desde el valle hasta la montaña de la anciana.

—¿Nos hemos equivocado?

—Lo dudo, recuerdo bien este paso estrecho.

—Es curioso, no ha salido nadie a recibirnos, ni se ve a nadie trabajando.

De repente, se oyeron en el valle unos chillidos endiablados.

Ambos retrocedieron asustados.

Los aullidos pararon para seguir con un lloro desesperado.

—Parece un niño, Aenas... parece un niño llorando.

Aenas no lo pensó dos veces, dejó a la mula y salió corriendo hacía aquella voz. Atanasia parecía tener razón, algún pequeño debía de estar en peligro. Quizás unos bandidos habían asaltado la aldea. Algo debía de haber sucedido. Tuvo que atravesar el pueblo hasta llegar a una hendidura en el suelo. La voz del niño era desgarradora. Miró confuso alrededor y luego al suelo; se arrodilló aturdido sin entender bien lo que estaba viendo.

Allí había un gran agujero, profundo y al fondo había un niño pequeño llorando, o lo que quedaba de él. Estaba muy delgado, sucio de barro. Su pelo era una masa pegajosa que se atenazaba por el rostro. Su cara estaba cubierta de mocos verdes.

Atanasia llegó por detrás.

—Hay que ayudarle —pero Aenas ya se había dejado caer dentro y trataba de tranquilizar al pequeño.

—Shhh... ya está, no preocupes, te vamos a sacar de aquí. ¿Quién puede haber hecho algo tan cruel?

El pequeño, que no debía de tener más de cinco años, se abrazó desesperado a su cuello. Y con sus manitas le arañó la cara.

—Tienes que soltarme para que pueda levantarte. Mi amiga te ayudará a salir.

Pero el niño estaba aterrorizado y se abrazaba a él con todas sus fuerzas.

Atanasia contemplaba la escena atónita desde arriba.

Aenas intentaba convencer al niño para que colaborara.

—No podemos quedarnos aquí. Es un sitio horroroso. Estaremos mucho mejor fuera. ¿A qué te gustaría estar fuera?

El pequeño le miró con tristeza y asintió. Su boca se curvaba hacía abajo,



triste.

Aenas lo levantó como una pluma por encima de sus hombros y lo empujó hacia Atanasia que lo agarró de la mano.

No necesitó más. Atanasia sintió como sí un relámpago saliera del pequeño para introducirse dentro de su cuerpo. Cayó hacia atrás, aturdida y el niño volvió a caer sobre los hombros de Aenas.

—No puede ser, no puede ser... murmuraba atónica.

—¡Atanasia! ¿pero qué haces? ¡Podía haberse lastimado! Ayúdanos...

No hizo falta más, se recompuso y estiró del pequeño hasta que estuvo fuera para luego ayudar a Aenas a salir.

Atanasia levantó el pelo del niño de la cara.

—Es una niña. No es un niño —lo había sabido antes de hacerlo, solo necesitaba confirmarlo.

—Sí —rió Aenas confuso—. No entendía por qué era relevante. Lo realmente necesario era saber qué persona cruel podía haber sentenciado a aquella pequeña de esa forma. Le hirvió la sangre. Cogió a la pequeña en brazos. Sí prácticamente acababa de ser destetada.

—¿Pequeña, cómo te llamas?

La niña, con los ojos azules más bonitos y tristes que había visto nunca, hipó entre sollozos en el dialecto del valle unas frases inconexas.

Atanasia se acercó más a ella.

—Pobrecita, ha dicho: Mala, soy mala, soy un demonio.

La niña, al oír las palabras en koiné, las repitió en ese idioma.

—Mala, demonio —repitió claramente. Parecía conocer algunas palabras.

—¿Un demonio? Estoy seguro de que eso no es cierto...

Atanasia se levantó con brusquedad al ver aparecer un grupo de ocho hombres, no sabían de donde habían salido, iban armados con cuchillos y garrotes.

La pequeña comenzó a temblar incontroladamente y Aenas la inmovilizó con un abrazo.

—Dejadla donde estaba o moriréis —un hombre, el que parecía el jefe, se adelantó— es un demonio maldito.

Aenas fue a contestar, pero Atanasia le hizo callar con un movimiento de cabeza.

—Escapad por atrás.

Aenas aprovechó para andar hacia atrás con la niña temblando en brazos, alejándose del tumulto. Atanasia hizo lo contrario, se estiró en todo su cuerpo, con elegancia y se acercó a los hombres. Tendría que hablar alto y claro para que la entendieran.

—¿Demonios? Eso son supersticiones extranjeras, los demonios no existen. Los Dioses deberían castigarnos por lo que le habéis hecho a la pobre niña. Avergonzaos y pedir perdón. ¡Ahora mismo!

Los hombres se miraron los unos a los otros, confusos. El jefe finalmente habló:

—Aquí no creemos en tus Dioses. Niña maldita... Mírala ahora, ¿qué más pruebas que esa? —El hombre señaló a la niña presa de convulsiones. El hombre, de tez clara y pelo oscuro, no hablaba bien koiné, pero lo suficiente para que se entendieran.

Aenas había tenido que tumbar a la pequeña el suelo, estaba presa de un ataque incontrolable, nunca había visto nada igual. Su cuerpo se contorsionaba con rápidos espasmos, y el filósofo, intentaba sujetarla.

Atanasia no necesitó más pruebas, aquella niña era su sucesora, y estaba teniendo una visión. Era como ella.

—Esta niña no es un demonio, será una sacerdotisa. Yo la reclamo, y por tanto es mía. Me la llevaré. —Atanasia levantó los brazos hacia el cielo y con solemnidad, para que todos aquellos rudos hombres la oyeran rezó—yo Atanasia, la gran sacerdotisa del Templo de Zeus de Alejandría del Oxo reclamo a esta niña para los Dioses. Se consagrará al templo, curará a los enfermos y dará paz a quien la necesite.

Los hombres retrocedieron ante sus palabras, aunque no creyeran en ella, eran supersticiosos y no iban a hacerle ningún daño.

—Llévatela y que no vuelva. Dejados, iros lejos. No volváis jamás.

Se alejaron lo más rápido que pudieron. La niña se aferraba al cuello de Aenas con todas sus fuerzas. Cuando estuvieron a una distancia prudente pararon en un claro elevado rodeado de rocas.

Atanasia rebuscó entre los bultos de la mula y sacó fruta y agua.

—Tendrá hambre —Atanasia le pasó el fruto a Aenas, parecía no querer tener ningún contacto con la niña. Este la miró extrañado, pero ella bajó la mirada.

—Toma pequeña, come —le dijo infundiéndole valor.

La pequeña cogió la manzana sin pestañear y la devoró, manchándose toda la cara de una pasta amarillenta. Luego bebió con avidez y Aenas tuvo que quitarle el agua para que evitar que lo vomitara todo.

—Yo, me llamo Aenas. Ella —y señaló con su mano a la sacerdotisa— Atanasia, ¿Y tú, cómo te llamas niña?

Para facilitar la comprensión se ayudaba por gestos.

—Oxia —respondió y, por primera vez, sonrió. Unos preciosos dientes blancos de leche inundaron su cara.

—A-ta-sia —intentó balbucear entre risas— E-nas, dijo sentándose encima suyo.

—No tendrá ni cinco primaveras, quizás cuatro. Es muy pequeña.

—Tengo la impresión que no sabe hablar ningún idioma en concreto, balbucea palabras sin formas frases. Nadie le ha enseñado y ha aprendido de donde ha podido, escuchando. Tenemos mucho que trabajar con ella.

Constató Atanasia.

—¿Era cierto lo que le dijiste a aquellos hombres, que sería tu discípula?

—Sí, por fin la he encontrado. Resulta tan inverosímil que me cuesta asimilarlo, llevo años buscando a la niña, y ahora la encuentro por casualidad...

—No creo en la casualidad, han sido los Dioses —miró fijamente a su amiga—. La visión que tuviste, el viaje, la niña... Estoy seguro de que todo está relacionado, los Dioses juegan con nosotros. Tú yo, no puede ser debido al azar, lo supe en cuanto de conocí.

Atanasia miró a la pequeña, que se había dormido entre los brazos de Aenas, era como un cachorro.

—No te preocupes, los niños a esta edad olvidan muy rápido. En pocos meses no recordará nada de este valle, del agujero. Conozco bien como piensan, soy maestro. Has salvado a la niña...

—¿La he salvado? ¿Estás seguro? ¿Y qué me dices de la invasión? ¿Y si la llevo hacía un destino peor?

—Vivamos el presente. La hemos salvado, la niña está bien, solo esta desnutrida y asustada. Los temblores que ha tenido pueden ser consecuencia de la tensión.

Atanasia se levantó y miró al horizonte, pensativa.

—Los temblores, son la marca de Zeus. Ella es especial. Isaura me habló de ellos, son la enfermedad de los Dioses. Será una sacerdotisa única, mucho más fuerte de lo que lo soy ahora.

Atanasia se acercó con cuidado a la pequeña. Y por fin se decidió a tocarla, estiró la mano y tocó su suave mejilla sonrosada.

—Encenderé un pequeño fuego, tenemos que descansar —la esbelta mujer desapareció, en busca de hierba seca y palos con los que encender una lumbre. No quería sacar a la niña de los brazos del filósofo. Dormía con una pequeña sonrisa en los labios.

Y comenzaron a ascender, el camino era tortuoso, de vez en cuando tenían

que retroceder y coger otra senda. Atanasia ya no recordaba bien por donde tenían que ir, así que tenía que ir siguiendo su intuición. Tenían que llegar a un gran altiplano, era lo único que sabía.

Aenas intentaba que la pequeña anduviera, pero la niña insistía tercamente en ir agazapada entre sus brazos. Atanasia no intentó ayudarle, sabía que el vínculo entre los dos era especial, y no quería romperlo. La niña se sentía segura con él y eso era lo importante. Tampoco sabía muy bien cómo actuar con ella, Isaura la había tratado siempre con cariño, pero manteniendo las distancias entre maestra y discípula. Sabía que el respeto era algo fundamental en el arte de enseñar. Era algo que tenía que transmitir a Oxia, y quizás era mejor así, que Aenas ejerciera de figura paternal. La niña necesitaba cariño, a juzgar por todo lo que habían visto, había pasado por un infierno. Ella sin embargo había vivido desde que tenía unos meses bajo la seguridad del templo y sus sacerdotisas. La situación era diferente y la niña debía afianzarse y perder todos sus miedos. Necesitarían muchas lunas para ello y tenía el palpito de que no iba a poder ser así. Lo malo de las visiones era que no podía saber cuando iban a suceder, de ahí su error sobre el hijo de Eucrátides. Era imposible conocer cuando sucedería. Si en unos días o en unos años. Tenía la sensación de que el suceso era inminente, pero ya se había equivocado en otras ocasiones. Era necesario llegar pues hasta la anciana, para resolver sus dudas y trazar un plan de acción. Haría todo lo que estuviera en sus manos para salvar a la ciudad. Lucharía con todas sus fuerzas y, con la ayuda de Aenas enseñaría a aquella niña. Y sí llegaran a cumplirse los augurios, se aseguraría de que ambos salieran indemnes.

Les observó dumiendo, abrazados. Sintió un inmenso cariño por ambos, como si fueran su familia. Tenía que protegerles. Cuando llegará el momento, les obligaría a abandonar la ciudad y evitar el peligro. Era la mejor salida. Ella jamás podría dejar su templo, ni al oráculo, pero ellos sí. No dejaría que la pequeña volviera a estar en peligro. De ahí la importancia de Aenas en el plan, ahora podía entenderlo, todo empezaba a encajar, necesitaba una tercera persona. El filósofo tenía razón, todo parecía minuciosamente orquestado por los Dioses. Y cuando encontrará a la anciana de la montaña, todo por fin encajaría. Le preocupaba no saber si el futuro podía cambiarse, confiaba que las visiones no fueran indelebles. Todas las visiones que había tenido en su vida se habían cumplido. Y las de Isaura también. Aquello era preocupante. Quizás el futuro era lo que veía y no se podía alterar. Esperaba que aquello no fuera cierto, nunca había intentado modificar lo que iba a suceder, nunca había osado interferir en el designio de los Dioses, porque si ellos querían evitarlo, simplemente lo harían, o no provocarían esas situaciones. No tenía sentido luchar contra ellos, ella era su servidora. Pero por otro lado, también podría ser que ella fuera su instrumento y

por eso había tenido esa visión. Quizás querían que ella lo evitara.

Atanasia se agarró a ese clavo hirviendo mientras veía ascender por el cielo las rojizas chispas de la lumbre de la hoguera. No se oía más que el ruido del viento voltear a sus espaldas, y la intrincada montaña que sobrevolaba su cabeza brillaba con un fulgor misterioso, blanca e imponente; el hogar de la anciana de la montaña.

Despertaron helados con el sonido de la tos de la pequeña Oxia. El fuego se había apagado de madrugada y el sol estaba todavía bajo; hacía mucho frío.

Aenas cogió la gran manta de Atanasia y la enrolló alrededor de la niña con fuerza metiendo sus brazos por dentro.

—Estamos cerca, solo hay que subir un poco por esa intrincada ladera. Deberíamos dejar aquí al animal atado, solo nos estorbará.

—¿Y qué sucederá? ¿Aparecerá la anciana? ¿Y si no lo hace? ¿Y si es una leyenda... o peor, una anciana que no puede andar, ni ver..?

—Nos arriesgaremos, ya que estamos aquí —Atanasia esbozó una gran sonrisa cansada—. Pero vosotros no podéis acompañarme. Tengo que buscar el lugar donde me esperaréis acampados.

—¿No recuerdas como seguir?

—No, fue hace mucho tiempo. Pero recuerdo el ritual que realizó Isaura, creó una gran hoguera, para anunciar su presencia. Buscaremos restos de fuego y lumbre y así encontraré la posición exacta.

—Reconozco que al menos este punto de la historia tiene su lógica, seguramente el fuego de la hoguera se verá desde el lugar donde viva la anciana. Las hogueras en las montañas son el método más eficaz de comunicación entre grandes distancias. De todas formas, ¿no podemos acompañarte? No me gusta que vayas sola, ¿y si nunca la encuentras y te pierdes?

Atanasia sopesó la situación.

—Solo puede subir la gran sacerdotisa. Cuando vine con mi maestra tuve que quedarme sola, aunque era una niña, esperando durante un día entero a que volviera. Mantén la hoguera encendida, si me desoriento, podré ubicarme.

Se pusieron manos a la obra, dejaron a la mula atada a una gran roca y Aenas cogió a la niña en brazos ya que no quería destaparla. No paraba de toser y tenía la frente un poco caliente.

Encontrar los restos de un fuego no fue sencillo, estuvieron todo el día dando vueltas hasta encontrarlo. Estaba en un extremo desprotegido en el lomo de una empinada subida de la montaña. Buscaron hierba seca, madera y palos e hicieron una gran pila. Aenas tuvo que hacer viajes al altiplano para encontrar la suficiente como para mantener la hoguera encendida durante dos días. No quería

dejar a la pequeña Oxia sola enferma.

Atanasia rebuscó en uno de los bolsillos que llevaba atado con una cuerda al cuerpo debajo de clámide.

—Toma, dale estas hierbas en una infusión caliente y mejorará. Puedes darle como mucho cuatro tomas en un día.

Atanasia se sentó al lado de la niña y le tocó la frente. Estaba más caliente, pero mejoraría, no era grave.

Cogió unos polvos blancos que llevaba ocultos bajo su ropa y los mezcló con agua en un cuenco hondo de madera que había cogido de la mula antes de dejarla. Bebió la mitad del brebaje.

—Aenas, si en dos días no he vuelto, volved sin mí a Alejandría del Oxo. Allí, recoge tus cosas y prepara un gran viaje. Debéis ir a la Alejandría de Egipto.

Aenas la miró atónito.

—¿La niña y yo? ¿No será mejor que la deje al cuidado de una buena familia, que se eduque con una madre y hermanos? No soy el apropiado para tener una niña pequeña.

—Eres el indicado. Tú mismo me hablaste del plan. Y tu misión es cuidar y proteger de esa pequeña. Serás su padre y su maestro. Escúchame, Oxia es muy valiosa, todavía no puedo explicártelo, quizás más adelante. Digamos que tiene un poder especial que la hace convierte en única

—Entiendo, por eso mismo debes ser tú quién la cuide y la forme. Tú eres su maestra, ella es tu discípula. No conozco tus rituales, ni tus costumbres, y tus Dioses suenan tan diferentes de los que yo conozco...

—Aenas, volveré, enseñaré a la niña. Pero por si acaso, prométeme que no os quedaréis en Alejandría del Oxo si no vuelvo.

Aenas expiró el aire frío y al hablar un remolino de humo salió de su boca.

—Está bien, así sea.

Atanasia atravesó un pequeño sendero y comenzó a ascender, sin importarle el camino. Subir y subir; aquello era lo único que podía hacer. Cada poco rato bebía un sorbo del cuenco. Su mente se volvió más ligera, sus pies volaban sobre la empinada cuesta. No tenía que esforzarse, no estaba cansada. Le pareció estar andado todo un día, pero sabía que eso no era posible porque el sol aún no había cambiado de posición. Apuró todo lo que quedaba del brebaje, sabía que necesitaba todo su poder si quería encontrar a la anciana de la montaña. Apenas podía ver a su alrededor, todo era confuso, una gran bruma rodeó su cuerpo y ya no se sentía tan ligera. Comenzó a trastabillar, y se hizo varias heridas en las rodillas al caer al suelo. Aún así siguió subiendo y subiendo. No iba a rendirse.

Ella era una mujer fuerte.

Empezó a tiritar, le dolía todo el cuerpo y tenía mucho frío. Se asustó cuando comenzó a oír voces, susurros incomprensibles traídos por el viento. No entendía su significado, pero eran sonidos familiares. Empezó a perder el sentido y vomitó delante de sus pies. Intentó subir otro tramo, pero fue demasiado y perdió el conocimiento.

Su cuerpo resbaló monte abajo, dando varias peligrosas vueltas sobre sí mismo hasta acabar boca abajo en un gran tumulto de piedras pequeñas.

Cuando abrió los ojos estaba en una gran cueva repleta de sombras. Le dolía la tanto la cabeza que al incorporarse no pudo evitar vomitar.

—Tranquila, tranquila...

No veía todavía bien, pero sintió varias presencias a su alrededor.

Oyó el eco de voces. Varias mujeres susurraban a su alrededor. La cueva no debía de ser de grandes dimensiones ya que estaba caldeada. Su cuerpo estaba cubierto por varias capas de pieles.

—¿Quién eres? Le preguntó una voz que sonó más autoritaria que las otras. Desde luego no era la misma mujer que la había reconfortado al principio.

Intento encontrar fuerzas y dignidad para responder:

—Soy Atanasia, la gran sacerdotisa del Templo de Zeus de Alejandría del Oxo. La discípula de Isaura.

—¡Isaura! —repitieron al unísono las misteriosas mujeres.

Atanasia recobró fuerzas para incorporarse y mirar bien a su alrededor. Ahora podía ver con más claridad, había cuatro mujeres mayores en la cueva. Una de ellas, con el pelo blanco y la cara arrugada la miraba con seriedad. Fue ella la quien habló.

—Está bien, te reconozco. ¿Qué visión has tenido para que hayas tenido que viajar hasta aquí?

La anciana parecía cansada, aún así, esta vez su voz sonó cálida.

—Vi el final. El desastre. La ciudad de Alejandría del Oxo arrasada. Miles de cuerpos muertos. El Palacio real ardiendo. El rey, muerto después de ser torturado. Hablé con él, pero no quiso creerme.

—¿No te creyó? —la mujer arrugó aún más su piel en señal de disgusto. ¿Cómo puede ser eso?

—El rey ha abandonado nuestras creencias.

Todas las mujeres exclamaron con indignación.

—Así que es cierto. El declive de nuestra civilización, de nuestra religión. Habíamos oído hablar de ello, pero no lo hemos querido creer. No puede ser, ha sido demasiado precipitado.

—Somos entonces las últimas —una de las mujeres, con el pelo negro como la noche, se acercó a ellas—. Anciana, tú misma lo viste en una visión.

—Es cierto. Pero el futuro no estaba claro. Atanasia, deberás volver a tener la visión, solo así podré verla yo también. Beberemos juntas.

—Pero no lo soportarás, la última vez... —exclamó la mujer del pelo oscuro. Pero calló ante la mirada furibunda de la anciana.

—Si hace falta moriré teniendo visiones, es mi camino, es mi sino. Estamos aquí para eso. Cruzaré la laguna Estigia con el orgullo de haber servido con fidelidad a los Dioses. Minos, Radiamantis y Eco, sabrán valorar mi vida con justicia. Y daré justa cuenta de todo al mismo Zeus en los bellos Campos Elíseos.

Otra de las mujeres, que apenas había abierto la boca e iba tapada por una inmensa túnica de lana que le quedaba grande, se acercó con una infusión caliente.

Atanasia la aceptó y bebió, aún a sabiendas de que su estómago a duras penas lo soportaría y estaría durante días enferma.

La anciana le quitó la copa y la apuró hasta el final. Luego, las mujeres la ayudaron a recostarse en un gran camastro elevado que había en el lado más caldeado de la cueva.

Y las dos tuvieron sueños marcados por la muerte y la destrucción. No fue necesaria la intermediación del oráculo dorado. Era la primera vez que Atanasia tenía una visión sin su ayuda. El poder de la anciana, a pesar de su avanzada edad, era inmenso.

Atanasia despertó entre chillidos y arcadas. Pero solo vomitó un poco de saliva espumada. Las mujeres rodeaban el cuerpo de la anciana preocupadas.

—Cada vez necesita menos infusión para entrar en trance, y tarda más tiempo en despertarse —le explicaron preocupadas.

—Un día de estos no volverá a abrir los ojos —sentenció la mujer de pelo oscuro con desaprobación.

Atanasia se levantó, titubeante aún por el efecto de las drogas para intentar ayudar.

Se acercó y cogió la mano de la anciana, para intentar despertarla.

Tuvo que pasar más de medio día para que aquello sucediera. Todas respiraron aliviadas, parecían sentir una gran devoción y afecto hacia ella. Atanasia se sintió agradecida, si no despertaba no obtendría ayuda.

La sentaron y la rodearon con las pieles. La anciana estaba pálida y helada.

—Atanasia, acércate —ella obedeció como pudo puesto que empezaba a encontrarse peor. Le dolía mucho la cabeza y sintió la que la fiebre le estaba



subiendo. Se acercó mareada. La mujer le cogió la mano.

Ahora que la veía bien de cerca vio que su piel era de un color ceniciento, entre amarillo y verde. Desgraciadamente conocía bien ese color, el de la muerte por vejez. No era inmortal. Longeva quizás, pero no inmortal.

—Niña, tu visión es certera, reconfortate, porque sé que eso te preocupa. Lo he visto en mis sueños, has dudado de tu fiabilidad, de tu poder. No vuelvas a hacerlo, eres una de los mejores sacerdotisas que han existido nunca.

Atanasia se sorprendió cuando unas grandes lágrimas involuntarias brotaron de sus ojos, eran de alivio y gratitud. Hasta ese instante no se había dado cuenta de cuánto le había afectado que pusieran en duda su trabajo.

—La pequeña, la niña...

—¿Cómo sabes? Yo no te llego a hablar de ella...

—La vi también. Ella es nuestra esperanza, de todas nosotras. Ella es nuestro legado. Es poderosa, como ninguna de nosotras lo hemos sido antes, ni siquiera yo.

Todas murmuraron, admiradas por la revelación.

—Oxia se llama —añadió Atanasia pensativa.

—¡Oxia! —repitieron todas como invocado a una Diosa.

—Anciana, ¿Qué hay de la ciudad?

La anciana movió la cabeza.

—Las visiones no se pueden cambiar. Son certeras, lo que vemos, sucederá. No importa como reaccionemos, ni actuemos. Solo vemos lo que está escrito.

Atanasia bajó la cabeza derrotada. Sus peores sospechas se confirmaron. Su viaje había sido en balde.

La anciana pareció ver lo que estaba pensando.

—Has actuado bien, pero tus conclusiones no han sido las correctas. Has creído tener la visión para salvar la ciudad. Te alejas mucho del propósito de tu destino, de tu camino...

—No entiendo...

—Te has olvidado de lo más importante y por tanto no has sabido ver el mensaje que se te enviaba.

Atanasia hizo un esfuerzo por entender. Lo más importante...

—¡El oráculo! —exclamó

—El oráculo, sí. Ese siempre ha sido tu cometido, tu destino.

—Tengo que proteger al oráculo —Atanasia se sintió aliviada al entender realmente su papel.

—No es eso exactamente. Tienes que sepultar para siempre el oráculo. Por eso ha aparecido la niña precisamente ahora. Ella no necesitará ningún instrumento para comunicarse con los Dioses. Debes hacerlo desaparecer de la

historia. Jamás volverá a ser utilizado. Y nosotras, las últimas de nuestra estirpe, desapareceremos también. Damos paso a nueva era. No dejaremos que la avaricia de los hombres corrompa nuestra pieza más sagrada. Ha llegado el momento. El fin.

Atanasia intentó abrir la boca, pero antes de que pudiera hacerlo para manifestar sus dudas, se desvaneció mareada.

Cuando despertó yacía entre unas rocas, hubiera podido creer que todo había sido un sueño si no fuera por las conocidas pieles que la cubrían. Faltaba poco para el amanecer y una suave luz iluminaba a su alrededor. Era un resplandor frío, plateado, pero que anunciaba el calor del día.

Hizo un esfuerzo por levantarse, tenía que volver hasta sus amigos. Bajó como pudo, entre vómitos y mareos. Estaba convencida de que se había extraviado cuando por fin vio el humo de la hoguera que Aenas mantenía encendida. Cayó varias veces al suelo y sintió la sangre brotar de las heridas de sus rodillas. La túnica se le pegó a la piel.

Cuando ya pudo distinguir a Aenas, levantó la mano e intentó llamarle, pero ningún sonido salió de su garganta. Estaba demasiado enferma. Volvió a perder el conocimiento.

Aenas y Oxia se afanaron por cuidarla. Aenas la llevó en brazos al lecho improvisado que Oxia había preparado. La cubrieron con la manta. Aenas invocó su curación al Dios Asclepio.

—Está muy caliente, no vamos a abrigoarla más. Lo justo.

Pasó todo un día y, aún así la fiebre no hizo más que subir. Atanasia deliraba entre chillidos y Aenas, impotente, solo podía acertar a darle de beber agua. Durante dos días lo vomitó todo, incluso el líquido. Por fin, al tercero empezó a tolerarlo.

—Tenemos que conseguir llegar al valle, Oxia —la niña lo miraba preocupada, aún no entendía bien lo que le decía—. Allí podremos cuidarla mejor y conseguir pan. Eso será lo primero que conseguirá retener. Aquí hace mucho frío, puede empeorar.

Consiguieron llegar hasta la mula, aunque tardaron horas. Aenas la llevaba en brazos y paraba a descansar cada poco.

Entre los dos la subieron a la mula, y como se caía hacía delante la ataron con la misma cuerda que llevaba el animal de sujeción. Aenas se quedó a su lado, sosteniéndola y guiando al animal. El problema era el poblado de Oxia, tenían que evitarlo, pero no sabía si iba a poder ser posible, porque necesitaban ir por un sendero, o el animal no podría avanzar. Si fueran solo a pie, sin un enfermo, podrían haber bajado monte a través, por cualquier parte, pero era imposible en la situación en la que se encontraban.

Efectivamente, tal y como se temía Aenas, tenían que pasar necesariamente por allí y lo mejor era hacerlo al amparo de la noche. Pero debía preparar a la pequeña, cualquier fallo podría suponer una desgracia. Habían salido de allí indemnes, pero gracias al poder de la gran sacerdotisa. Si la veían ahora, enferma y desvalida, seguramente tendrían problemas.

—Oxia, ven —la pequeña obedeció y se sentó delante de él.

—Mira —Aenas ya sabía que aquella era una palabra que la pequeña ya entendía, y le señaló su propia aldea a lo lejos.

—¡No! —aulló la pequeña, espantada al creer que la iban a devolver a su agujero.

Aenas la aupó en brazos.

—Tranquila —la tranquilizó mientras le acariciaba el enredado pelo— Oxia, allí, no va.

Aenas acompañó sus palabras de gestos y la niña comenzó a entender.

—Atanasia, enferma. Hay que pasar por allí, por la noche, sin hacer ruido. Shhh...

Oxia pareció entender la explicación, porque dijo:

—Shhh... —y se levantó a andar despacio, con sigilo.

—¡Exacto! ¡Qué inteligente eres! Aprendes muy rápido.

Los dos se abrazaron contentos.

Esperaron a que fuera noche entrada y todo el mundo estuviera dormido para atravesar los destartalados chamizos que un día fueron la cárcel de la pequeña Oxia.

Afortunadamente no tuvieron ningún problema y pudieron llegar al valle sin ningún incidente. La pequeña fue muy valiente y ni siquiera tembló al pasar por delante del agujero.

Resultaba sorprendente el poder de recuperación de los niños.

Atanasia abrió los ojos por primera vez. Yacía en un camastro en el suelo. No le costó nada recordar por todo lo que había pasado. Las imágenes venían nítidas hacía ella. Las conclusiones se cernían sobre su corazón. Se sentía tonta por no haberlo visto venir, era tan lógico, tan claro. Y ella no había sabido verlo. Había estado tan ofuscada en evitar que la masacre ocurriera que no había pensado en lo esencial: el oráculo. Oírsele a la anciana había sido como recibir un golpe seco en la cabeza, la misma sensación. No podía entender como no había pensado en ello antes.

Aenas se alegró al verla despierta.

—¡Qué alegría! Estábamos tan preocupados...

—Ha sido más arduo de lo que imaginé —Atanasia sonrió, para reconfortar

a su amigo.

Sabía que si le contaba todo lo que había sucedido en realidad, no lo soportaría. Le iba a costar asimilar la situación. Si le contaba ahora lo que tenía que hacer, él trataría de impedirselo. Tenía que esperar y prepararle para el acometido. Era una persona sensible.

—¿Qué tal Oxia?

—Muy bien, se ha recuperado muy rápido. Ya ha aprendido muchas palabras de nuestra lengua, estoy maravillado por sus capacidades de aprendizaje. Es una niña extraordinaria... Pero, dime, ¿encontraste a la anciana de la montaña?

Aenas siempre tan directo.

—Sí —respondió con cautela.

—¡Increíble! ¡No era una leyenda! Quiero saberlo todo, no omitas ningún detalle... ¿Qué aspecto tenía? ¿De verdad es inmortal?

—No creo que lo sea, parecía muy enferma. Había tres mujeres que cuidaban de ella. Pero si que parecía muy mayor, una edad indefinida, sería capaz de creerme que tiene cien años...

—¡Eso es imposible!

—No me dio tiempo a preguntar su edad, Aenas, porque hablamos sobre la visión.

—Claro, ¿y es cierta?

—Desgraciadamente, es cierta, y no se puede hacer nada por evitarla. Da igual lo que hagamos, sucederá. Las acciones de los hombres no interfieren en los resultados que nos reservan los Dioses.

Aenas sopesó la información. Aquel era un tema recurrente, al que le había dado muchas vueltas con su maestro y por fin tenía la solución a uno de los grandes enigmas de la filosofía. Aún así le costó asimilarlo. Nada se podía hacer para evitar los sucesos futuros, los seres humanos no podían influir en los designios divinos.

Aenas aprovechó el tiempo que iban a pasar en el valle para instruir a la pequeña Oxia. Cada mañana con un palo le enseñaba las letras del alfabeto trazándolas con cuidado sobre la arena, y con cada una de ellas, le mostraba las principales palabras en koiné que empezaban por esa letra. Tenía que enseñarle a escribir y leer, pero también a hablar. Le gustaba estar con la pequeña, era una niña muy despierta con ganas de aprender y agradar. Oxia estaba empeñada en seguirle a todas partes.

—Oxia, hemos acabado, ve a jugar con los otros niños.

—¡No, con Aenas! —y le señalaba, con el dedo. Era muy cabezota. Así que

se convirtió en su sombra. Le gustaba correr en círculos a su alrededor, o hacer de mensajera, visitando a Atanasia en su lecho para volver corriendo:

—¡Aenas, Atanasía bien!

Tuvo que pasar una semana hasta que Atanasia se recuperó lo suficiente para proseguir el viaje. Apenas habló durante el viaje de vuelta.

Oxia la miraba de reojo, con respeto. Era una mujer muy poderosa, mágica. La había visto infundir temor a los hombres malos de la aldea, y solo con palabras. De vez en cuando le sonreía, pero no se acercaba mucho a ella, al contrario que Aenas. Ni abrazos, ni caricias. Aún así no le tenía miedo, ella la había salvado. Quizás, algún día, cuando fuera mayor llegaría a ser tan fuerte y poderosa como ella. Y así no tener miedo. No tendría que despertarse cada noche, empapada de sudor, por culpa de las pesadillas. Tampoco tendría miedo a los hombres malos, ni a la oscuridad, ni a los agujeros en el suelo. Oxia quería ser feliz y querida. Miró a su querido Aenas, que la llevaba cogida por la mano y sintió que aquello realmente podía suceder.

# *Alejandría del Oxo*

## *4º parte*



*Año 145 a.C.*

Había pasado más de un año desde el viaje a las montañas y Aenas se había convertido en un ciudadano más de su querida Alejandría del Oxo. Oxia, cuyo nombre ya pronosticaba una buena aclimatación a la ciudad, dormía en el Gran Templo, con las sacerdotisas, pero pasaba todo el día con él en la escuela. Podía decir, sin ninguna duda que era su mejor alumna. Había aprendido más en un año que otros en toda su vida y parecía feliz. No parecía recordar nada del pasado, era una niña dulce que se desvivía por agradar a los demás.

La vida de Aenas en Alejandría del Oxo era tal y como la había soñado. Seguía viviendo en casa de Basid y visitaba el templo externo de Zeus, para así poder ver a Atanasia, varias veces a la semana. La excusa era siempre comentar el progreso de Oxia. Gracias a ello, las protectoras sacerdotisas toleraban mejor su presencia. Aenas agradecía que las relaciones con ellas se hubieran suavizado. Con Calandra tenía incluso una buena relación.

Ya quedaban menos años para que Pópulos volviera y aunque había tenido más proposiciones de matrimonio de las razonables, Aenas seguía sin comprometerse y volcado en su trabajo como maestro en la escuela de la ciudad.

Aquel día Aenas estaba especialmente contento, se dirigía junto a algunos de sus alumnos más pequeños al teatro. Oxia formaba parte del grupo. Todavía no había tenido la oportunidad de asistir a ninguna representación en el impresionante anfiteatro escavado en la roca de la montaña. Ese día prácticamente toda la ciudad iba a reunirse para la representación de una gran tragedia, la de Eurídice.

—Agatón —no cojas por favor todas las piedras que te encuentras por el suelo.

El niño sonrió ante la reprimenda.

—Y tira todas las piedras que te has guardado...

El niño negó con la cabeza, no era muy hablador, y eso le tenía muy preocupado. Solo se interesaba por los deportes, y no prestaba atención en

ninguna de las otras especialidades.

—Abre la túnica, Agatón.

Agatón frunció el ceño y sacudió los pliegues de su ropa. Varias piedras cayeron al suelo con estruendo.

—¡Por Hades! ¿Para qué querías esas piedras? —Aenas se agachó para hablar con su pequeño alumno.

Oyó la risa de la pequeña Oxia.

Agatón se quedó en silencio, mirándose los pies. Otro alumno, Pascasio, contestó en su nombre:

—Por si no nos gusta la obra, maestro.

Aenas se levantó y miró a los niños con seriedad:

—Ni se os ocurra. Sentaditos todos y a oír la obra. Luego os preguntaré y espero que contestéis correctamente.

Los niños asintieron no muy convencidos. Ellos preferían las carreras de caballos.

Cientos de personas empujaban a las de delante para lograr subir por los laterales del teatro y sentarse en los mejores sitios. Aenas juntó a sus alumnos para que no se separaran:

—Cogeros entre vosotros, agarraros a la túnica del compañero que tengáis delante.

Todos obedecieron y subieron las escaleras de piedra. Aenas subió hasta los últimos bancos donde no había nadie. Dejó que Oxia se sentara en el otro extremo de la fila.

Agarró a Agatón por la túnica y lo sentó a su lado para evitar contratiempos inesperados. Este, refunfuñando, habló por primera vez en toda la tarde:

—Hemos llegado tarde, tenemos los peores sitios...

—Pero tenemos una vista privilegiada de la ciudad, hay que ser positivos — Aenas habló alto para que todos sus alumnos pudieran escucharle.

Efectivamente, el niño tenía algo de razón, estaban sentados en la cima del teatro. La afluencia de espectadores les había ido tirando hacia los asientos más elevados.

Todos sus alumnos estaban nerviosos, expectantes y se removían impacientes en sus sitios. No era para menos, ya que el teatro era el mayor acontecimiento social de la ciudad. Aenas miró a la multitud, que había llenado a rebosar el teatro, incluido el último banco que tenía a sus espaldas. Los espectadores se saludaban a voces, unos a los otros, aunque estuvieran en la otra punta.

Aenas intentó buscar a Atanasia con la mirada, pero no la encontró. Había demasiada gente, seguramente más de un millar de personas. Intentó calcularlo a

ojo, haciendo una media de asistentes por fila. Estaban muy apretados, calculó que había en torno a 1.200 personas.

En el último momento, justo antes de que la obra empezara, la familia real al completo hizo acto de presencia, para regocijo de sus habitantes. Eucrátides levantó la mano a modo de saludo y se sentó centrado en el primer sillón, que había sido llevado hasta allí expresamente. Se había vestido a la moda mediterránea, en vez de a la persa que utilizaba habitualmente, una túnica con una toga de un llamativo color rojo. A pesar de ello, lo había combinado con un tocado dorado al estilo persa.

En ese momento distinguió por fin a Atanasia, por su proximidad a la familia real. No estaba con ellos, sino algo más apartada en un extremo de la primera fila y acompañada por sus sacerdotisas. Le hubiera gustado llamar su atención, pero era imposible, estaba demasiado lejos y ella estaba mirando al frente.

Estaba sentada, muy seria, con las piernas juntas. Se levantó un momento a saludar a alguien y a acomodarse mejor. Algo en su cara le turbó. Parecía triste, más delgada y demacrada, pero estaba demasiado lejos de él como para asegurarlo. Era solo una impresión; pero, aun así, sabía que era acertada. La conocía demasiado bien, se habían hecho buenos amigos a lo largo del tiempo. Quizá podría encontrar un momento para acercarse a ella, al final de la representación. Tendría que ser con sus alumnos, naturalmente.

Los artistas salieron a escena. El gran escenario estaba construido en madera y estaba decorado con telas de colores y papeles pintados que representaban un gran salón de banquete. El realismo era sorprendente. Habían dibujado incluso un frutero con naranjas que parecía estar efectivamente sobre el escenario.

Aenas reconoció al instante la escena, era el banquete de la boda de Orfeo y Eurídice. Los actores, con unas preciosas máscaras pintadas en tonos rojos y naranjas, declamaban muy alto los versos para que todos pudieran oírlos. Aun así, Agatón tenía razón, estaban demasiado lejos, y tuvo a cada instante que repetir lo que decían a sus inquietos alumnos.

Los ciudadanos de las filas de abajo parecían molestos con ello.

—Callad y escuchad mejor... —les reprendió.

En el momento que Aristeo, el pastor rival de Orfeo y personaje cruel de la historia, salió a escena, se oyeron abucheos entre el público. Sus alumnos se sumaron rápidamente a ellos.

—El malo, el malo... —se decían unos a otros con caras de pavor.

Aristeo en ese instante intenta raptar a la bella novia de Orfeo, Eurídice;



pero esta, afortunadamente, escapa pegando a su raptor y provocando risas entre el público. Desgraciadamente, en su huida, Eurídice pisa una enorme serpiente, que se abalanza sobre ella clavándole sus dientes y provocándole una muerte fulminante.

Un silencio sepulcral se hizo en el teatro. Ni los pájaros osaron hacer ruido. Incluso el viento paró de insuflar vida en aquel remoto lugar.

Orfeo, desesperado, llora a su amada y decide partir en su búsqueda hasta el inframundo.

Para sorpresa de Aenas, el pequeño Agatón se sorbía los mocos con la manga de su túnica. Era una gran compañía de artistas. El público estaba completamente inmerso en el drama, y eso no era fácil. Oxia, asustada se levantó de su asiento para acudir donde estaba él. Se sentó entre sus piernas.

—No pasa nada, no es real, es una historia. Un cuento...

Las lágrimas entre el público aumentaron cuando el valiente Orfeo, desesperado ante la negativa de Caronte de llevarle en su barca a la otra orilla de la laguna Estigia, sacó su lira y tocó una canción para convencerle. Una bella melodía invadió el auditorio, ablandando el corazón del propio Caronte.

Orfeo consigue llegar por fin hasta el dios Hades, que reina sobre las almas de los difuntos. Le convence de que le deje llevarse a su amada. Hades accede, pero a cambio no podrá contemplar su rostro hasta que ambos no hayan salido de los infiernos.

Todos los espectadores suspiraron aliviados al saber que los protagonistas iban a salir victoriosos. Pero en el último momento, justo antes de salir, Orfeo no puede evitar mirar hacia atrás para contemplar impaciente a su amada a la que lleva cogida de la mano. En ese momento, ella le es nuevamente arrebatada, ante la indignación del público que creía que el héroe iba a salir vencedor. Escucharon varias protestas entre el público.

Oxia clavó sus uñas en sus brazos.

Como por arte de magia, el sol se desvanecía en el valle y el escenario se sumió en una suave penumbra. La escenografía estaba calculada hasta la perfección. Una antorcha pareció subir sola al escenario. Sobre el escenario apareció un desgraciado Orfeo que comenzó a tocar suavemente una melodía. Parecía estar acariciando a su amada en vez de a la lira. El efecto óptico era espectacular.

Las menadas, el séquito del dios Dionisio, irrumpen en escena entre risas. Cada una va acompañada por una antorcha. Se burlan de las lágrimas de Orfeo y le piden que toque para ellas. Este se niega y ellas se abalanzan ansiosas sobre él para darle muerte.

Una de ellas enseña al público, la que se supone, es la cabeza cortada del

protagonista. El público se estremece y grita de espanto, pueden ver incluso la sangre gotear sobre las tablas de madera. Aun así, de fondo, se escucha la lira de Orfeo con su bello sonido y acompañada por su dulce voz.

El teatro entero estalla en aplausos y vítores. Los efectos han sido espectaculares.

—¿Cómo lo han hecho maestro? No lo entiendo —preguntó Accas, uno de sus alumnos más aventajados.

—¿Y la música? —preguntó otro antes de que pudiera responder.

—¿Y el fuego? ¿Y la oscuridad? —las preguntas salían impacientes de las bocas de los niños.

Le tiraban incluso de la túnica en todas direcciones para que les prestara atención.

—Calma. Bajemos y os lo explico todo. Vamos al escenario y así lo vemos todo de cerca. Cada cosa tiene su explicación. La más obvia es que han calculado que el desenlace de la obra llegaría con el ocaso y la oscuridad.

Oxia volvía a sonreír, aunque todavía podían verse los surcos de las lágrimas en su cara. Todos se encaminaron en fila escaleras abajo, emocionados por desentrañar el misterio y conocer a los artistas

Aenas por un motivo bien diferente: acercarse a Atanasia. No tardaron mucho en bajar, la gente tenía más prisa por salir que por entrar.

Efectivamente, allí seguía ella, sentada, ensimismada, con los ojos rojos.

Se dirigió a ella, sobresaltándola:

—¿Tanto te ha afectado la obra?

—Es una historia preciosa... —Atanasia miró a su amigo como si fuera un fantasma.

No parecía ella misma. El brillo de su mirada se había desvanecido.

Atanasia hizo un esfuerzo para levantarse.

—Estás débil, Atanasia.

—No te preocupes, es algo pasajero —sonrió a su amigo.

—Un poco triste la historia de Orfeo, ¿no?

—La vida es triste Aenas, los finales felices no existen. Esos hay que escribirlos a propósito, porque no forman parte de la realidad. Quizás deberías tú escribir un final adecuado.

La última frase sonó algo enigmática y el filósofo supuso que aquello tenía que ver con la visión. Apenas habían hablado de ello, a pesar de que había intentado sacarle el tema en varias ocasiones.

Preocupado levantó la mano para posarla sobre su hombro, fue un gesto instintivo, sin premeditación. La dejó caer antes de llegar a su destino, cuando vio la alarma en los ojos de Atanasia. Estaba prohibido tocar a la sacerdotisa.

Sus acompañantes se levantaron, alarmadas.

—Tranquilas —medió Atanasia—, ha sido un acto reflejo. No pensaba tocarme en realidad. No os preocupéis.

Las jóvenes no volvieron a alejarse, ofendidas por la osadía del joven. No veían con buenos ojos aquella amistad. Aenas y Atanasia hablaban demasiado entre ellos, y aquello no era natural. Nunca les dejaban solos, ni siquiera en el propio templo. No entendían aquella relación.

Atanasia se zafó de ellas dándoles la espalda:

—Llevo tiempo queriéndote hablar de una cosa; pero aquí no puedo.

—Claro. ¿Es sobre lo que te tiene tan preocupada últimamente, tiene que ver con la invasión de los nómadas?

—Lo has notado... —agradeció Atanasia con un nudo en la garganta. Era reconfortarte saber que al menos una persona se preocupaba por su bienestar. Observó cómo la gente les miraba al pasar, con reproche y burla—. No me busques, ya te encontraré yo.

Sus alumnos, impacientes por la espera comenzaron a tirar de él. Atanasia aprovechó para esfumarse.

—Vamos a la fuente, maestro. Nos vamos a perder lo mejor.

—¿A la fuente? ¿Qué hay allí?

—Allí se reúnen todos para comentar los sucesos, seguramente ahora están todos hablando sobre la tragedia.

—¿La fuente de la roca?

—Sí, la que está en el otro flanco de la acrópolis —le informó Accas.

Se aseguró con una mirada de que Atanasia hubiera abandonado el teatro.

—Está bien —accedió con una sonrisa.

Los niños tenían razón, cientos de personas se habían reunido a los pies de la preciosa fuente. Aenas había pasado muchas veces por allí, pero no le había prestado la suficiente atención. Apenas había luz. Dos antorchas se habían colocado, una a cada lado de forma estratégica.

El agua brotaba de la boca de una máscara muy parecida a la que habían usado los actores en el teatro. La fuente había sido labrada en la propia acrópolis, parecía formar parte de la misma montaña. El sonido del agua al caer ofrecía un efecto tranquilizador. Aenas ideó un juego para sus alumnos:

—Niños, vais a separaros y escuchar lo que la gente dice. Luego, cuando regreséis, hacemos una puesta en común y sacamos conclusiones... Rápido, que se nos está haciendo tarde.

Los niños se alejaron contentos a zancadas, en grupitos. Oxia se quedó

rezagada, entre sus piernas:

—Venga, ve con los demás —y la empujó suavemente por la espalda.

Aenas vio un sitio libre en el borde de la fuente, iba a sentarse cuando sus alumnos ya estaban de vuelta.

—¡Qué rápidos! ¿Qué habéis oído? Es importante saber escuchar lo que opinan los demás.

Agatón frunció el ceño, parecía no estar de acuerdo. En su tónica general, no abrió la boca.

—Maestro, a la mayoría les ha encantado la obra, especialmente los efectos especiales —el primero en contestar fue Aquiles, solícito.

Aenas asintió y preguntó:

—Interesante. ¿La mayoría? ¿Y cómo sabes que eso es lo que piensa la mayoría?

Aquiles frunció el ceño, pensativo. Quería responder correctamente.

—Porque he escuchado diez comentarios, y solo dos eran negativos. Por tanto, 8 a favor, 2 en contra.

—Muy bien Aquiles. Muy buena respuesta.

El niño sonrió orgulloso, mostrando sus pocos dientes.

—¿Y quién me dice qué es lo que piensan los que no les ha gustado?

Un niño gordito del final levantó la mano.

—¿Sí, Eryx?

—No les ha gustado el final.

—Ah, ya llegamos al tema importante del debate sobre la obra de Eurídice. El final. ¿Qué decían al respecto?

—Que el final es triste y cruel. Que casi todas nuestras historias griegas que tengan que ver algo con los dioses, son un drama sin sentido.

—Muy bien. Veamos. Que levante la mano a quien le haya gustado el final.

Casi todos los niños levantaron la mano.

—Y ahora, a quien no le haya gustado...

Nadie se atrevió a levantar la mano. Los niños se miraron unos a otros impacientes a ver quién no estaba de acuerdo con el grupo.

—¿Nadie? Veo que ha habido abstenciones... Que no queréis contradecir a la mayoría. Y eso no debe daros nunca miedo. La libertad de votar, de decidir, es uno de los rasgos esenciales de nuestra cultura, lo que nos diferencia de los bárbaros.

Agatón levantó la mano. Aenas le dio la palabra con estupor.

—Dime, Agatón.

—Ya te digo que todo esto de que el final es cruel, es cosa de mujeres.

—¿Mujeres? —preguntó confuso.

—Sí, los que se quejaban del final no eran hombres, eran mujeres. Me he fijado bien porque me ha llamado la atención. ¿Quién podría pensar que el final no es bueno? Mujeres.

Aenas no pudo evitar soltar una carcajada. No quería desalentar a su alumno, que rara vez intervenía en los razonamientos.

—Muy bien Agatón, muy observador. ¿Y por qué crees que es así?

—Cosas de mujeres, quién sabe, como dice mi padre... Son tan sentimentales... No les gustan las luchas, ni las guerras, ni las muertes. Imaginad qué aburrimiento —lo último lo comentó en voz baja a sus compañeros que rieron la ocurrencia.

—¿A ti te ha gustado entonces?

—Por supuesto, de lejos ha sido lo mejor de la obra, especialmente el momento en el que le cortan la cabeza. A mí me hubiera gustado más aún escuchar la historia de Aquiles, pero reconozco que no ha estado mal.

Aenas asintió con aprobación y removió con cariño el largo pelo de Agatón, que incómodo, hizo un gesto para zafarse de él.

Le estaba cogiendo mucho cariño a sus alumnos, incluso a Agatón.

De vuelta a la escuela no pudo evitar pensar en Atanasia y eso tan importante que quería decirle y no había podido. Demasiado misterio. Tenía un mal presentimiento, era algo malo, seguro. Pensó en todos los momentos que habían pasado juntos, en aquellas noches de intimidad bajo las estrellas, en el carácter afable de la sacerdotisa; pero, sobre todo, en la vitalidad y energía que solía desprender. No era una persona dada a expresar sus alegrías, u ostentosa en su comportamiento, pero eso se debía a su estricta educación y a su cargo de sacerdotisa. Había algo en ella que había cambiado, ese cansancio, esa fragilidad. Era muy diferente a su estado en el viaje, cuando estaba asustada y enferma por las drogas. Ahora, estaba como hundida a su suerte. Atanasia era una mujer fuerte y segura. Algo la había perturbado. Y esperaba saber pronto de qué se trataba.

La razón debía de deberse algo relacionado con la visión, por lo que él sabía la respuesta que había obtenido de la anciana no había servido para nada: no podían hacer nada por evitar la desgracia. Podría ser que hubiera tenido otra visión o encontrado una solución al problema. Atanasia conocía secretos universales, que incluso él desconocía, de eso estaba seguro. Eso hacía que estuviera por encima de los demás. Formaba parte de una élite superior.

La admiraba. Quizá demasiado. Sentía que el vínculo entre ellos era algo mucho más profundo y que el que fuera una mujer culta, repleta de secretos y sombras, no hacía más que acrecentar su interés por ella.

El bueno de Basid seguía intentando disuadirle.

—Olvídate, Aenas —le había dicho una tarde, después de la cena—, ella está por encima de todos nosotros. No es ni de este mundo, ni del de los dioses. Ha nacido solo para ser sacerdotisa. Ha sido elegida. Es su sino.

Aenas sabía que su protector tenía toda la razón. Debía defenestrarla de sus pensamientos. Pero no tenía ni la más mínima idea de cómo llevarlo a cabo. Lo único que se le ocurría como medida era esperar a que pasara el tiempo, y con él, quizás sus crueles esperanzas pudieran esfumarse. Le había parecido esta la solución más sensata, más plausible. Aun así habían pasado los meses y su deseo solo se había visto acrecentado como las llamas por el viento. Pensó con tristeza que para librarse de ese sentimiento tendrían que pasar años, o mejor lustros; pero si los dioses eran tan crueles como empezaba a pensar, tendría que pasar toda una vida. Todavía podía sentir su suave piel y su almizclado aroma... Cada noche cerraba los ojos para imaginarse junta a ella, bajo las estrellas, brazo con brazo, como en el viaje. Se había impuesto no volver a hacerlo, recrearse en ello solo prolongaría la agonía. Se estaba perjudicando a sí mismo.

Toda una vida queriendo en la distancia a Atanasia... Dicho así, no parecía tan malo. Era casi dulce, poético. Para los dioses su vida era tan solo un pequeño suspiro en su amplia eternidad.

Estaba solo en el jardín de Basid así que se aventuró a preguntarlo directamente:

—Padre de los dioses, ¿hacia dónde me llevas, Zeus? ¿O acaso, sentado en tu trono, te burlas de mí, un humilde mortal sin poderes?

Le pareció escuchar el eco de una risa en el firmamento. Era una ironía pensar que le habían hecho recorrer el mundo, para hacer que se enamorará de un amor prohibido y acabar muerto al poco tiempo, masacrado por la espada de un bárbaro. No había querido pensar mucho en todo lo que le había dicho Atanasia, en lo que debían hacer. Lo mejor sería que los tres partieran antes de que todo aquello sucediera, más no había forma de datar ese futuro suceso.

El sol caía, ya sin fuerzas, sobre la ciudad aliviando a sus habitantes. Había sido un día de un intenso calor y los niños habían estado jugando en los afluentes de los ríos, bajo su atenta vigilancia. Desgraciadamente, los caudales estaban bajos. Los dos poderosos ríos, el Oxo y el Kokcha se habían visto reducidos hasta convertirse en dos serpenteantes e irregulares pequeños caminos de agua, cuya profundidad, no llegaba por encima de las rodillas de los niños. Sus afluentes, ahora charcos, sufrían el último día de agonía hasta su desaparición total. Los pequeños habían disfrutado con aquel inesperado día de juegos. Aenas había dejado incluso que le salpicaran provocando las risas de los niños cuando

exageraba su enfado y les amenazaba con los castigos más extraños del mundo:

—Agatodoro, tendrás que contar las piedras del palacio real. Y decirme exactamente cuántas hay. ¡No te equivoques!... ¡Y tú! —señalaba a otro— Sí, tú, deberás limpiar la tierra de toda la acrópolis.

Los jóvenes se reían a carcajadas y repetían los castigos unos a los otros, imitando la voz de su maestro. La tarde había pasado rápido para todos, incluso para Aenas. De vez en cuando, era positivo romper la monotonía del aula y de la escuela. Los niños lo agradecían, especialmente si hacía tanto calor.

—Oxia, es hora de que vuelvas al templo, corre.

La pequeña se escabulló entre las piedras, obediente.

Para su alivio, Aenas tenía aún la ropa húmeda, y no sentía el abrasador calor del poniente como lo estaban sufriendo los demás habitantes, más bien sentía un suave frescor que erizó su pelo con un placentero escalofrío.

Volvió a casa de Basid después de haber dejado a los niños en la escuela. Estaba cerca de la avenida principal cuando le pareció escuchar unos pasos tras él. Alguien le estaba siguiendo. Pensó que podía ser alguno de sus alumnos o la pequeña Oxia que acostumbraba a hacerlo cuando no quería volver al templo. La pequeña prefería estar con él y aquello le había causado algún que otro malentendido con la Gran Sacerdotisa. Se giró antes de que una sombra embozada pudiera alcanzarle. Aenas se paró sorprendido, desde luego, no era ninguno de sus alumnos.

Una mujer levantó las manos en señal de calma apartándose el velo que llevaba sobre su cabeza para que nadie pudiera verle la cara. Era una de las sacerdotisas de Atanasia. Aenas se acercó a ella con curiosidad al reconocerla. Era la misma del incidente en la puerta del templo. No recordaba su nombre.

La mujer no le miró a los ojos directamente y susurró:

—La gran sacerdotisa dice que te reúnas a media noche con ella en la cima de la acrópolis, en el lado contrario al templo de fuego. Debes guardar silencio sobre este encuentro y ser discreto.

Le sorprendió el tono suave de la voz de la mujer. Las sacerdotisas del templo de Zeus recelaban de él, como si fuera posible que él pudiera arrebatarles su bien máspreciado, la propia Atanasia. O, tal vez, era que simplemente sentían celos por la atención que ella le prestaba. Podía ser perfectamente que le estuvieran tendiendo una trampa. La mujer vio en el rostro de Aenas la duda, aquella era una situación embarazosa. Así que no tuvo más remedio que mirarle a los ojos, para afianzar sus palabras.

Aenas escrudiñó la sincera mirada de la joven. Sus ojos eran de suave color avellana. Podría decirse que era bella si no fuera por su prominente nariz, que sobresalía grotescamente sobre el resto de sus rasgos. No vio rastro alguno en

sus ojos que mostrara recelo hacia él.

Asintió.

—Está bien, dile que allí estaré. Voy a cenar con Basid y su familia, luego la esperaré arriba el tiempo que haga falta.

La joven asintió aliviada y dio media vuelta sobre sus pasos sin añadir ni una sola palabra. El encargo de su señora no había sido fácil. Si no fuera por la desesperación y tristeza que la sacerdotisa destilaba, quizás se hubiera negado a ello. Pero la quería, y al contrario que sus otras tres compañeras, sabía que no había peligro en aquel joven. La rectitud de Atanasia era intachable. Sus ideales, los más altos. Tenía la intuición de que todo aquello tenía que ver con la última ceremonia, y con la posterior visita al palacio. El viaje a las montañas había sido precipitado. Atanasia, desde entonces, no había vuelto a ser la misma y apenas dormía. Se pasaba las noches en vela rezando a los dioses con una desesperación que no era propia de ella.

Una noche, se había despertado y al buscarla, ni siquiera la había encontrado en el recinto del templo. La esperó hasta que ésta volvió al amanecer, cansada y llena de polvo. Fue en aquel momento cuando le pidió que le hiciera ese gran favor, que diera el mensaje al joven Aenas, con discreción y sin que nadie la viera. Sus compañeras no debían enterarse.

Aenas la vio desaparecer tras una esquina. Todo lo relacionado últimamente con Atanasia resultaba inverosímil, incluso aquella misteriosa petición, la de verse en la cima de la acrópolis. No era un lugar ni mucho menos de fácil acceso y por la noche estaba completamente deshabitado. Miró al cielo y asintió aliviado. Había luna llena así que al menos no se despeñarían por una ladera.

Aenas sintió la sangre subir a la cabeza. Quizás Atanasia tenía planes con él, a lo mejor para ella no era tan importante su condición de sacerdotisa como él había supuesto. A lo mejor el plan era salir los tres de la ciudad. Quizás pretendía que huyeran. Pero aquellos pensamientos resultaban completamente absurdos. Estaba delirando. La conocía bien y sabía lo importante que era para ella su papel de sacerdotisa y protectora del templo. Pero ¿para qué si no iba a citarle en semejante e inhóspito lugar sin testigos? Entendía que iba a acudir sin sus sirvientas. De ahí la clandestinidad de la petición. Estarían solos en la oscuridad y en un lugar de difícil acceso. Sintió sus esperanzas insuflarse. Lo imposible quizá podía suceder. Tal vez sí. Pudiera ser que, lo que hasta ahora creía sobre ellos, fuera falso. No eran tan buenos, ni tan correctos, ni tenían tantos valores.

Movió la cabeza disconforme consigo mismo. Esas esperanzas solo podían llevarle a la autodestrucción.

Aenas se obligó a andar en dirección a casa de Basid. Sentía una



contradicción interna. La lógica y los sentimientos pugnaban por caminos opuestos. Su razón le indicaba el camino de la realidad, pero su corazón construía arriesgados palacios en el cielo.

Al llegar pensó en contárselo al bueno de Basid para que le ayudara a poner orden en sus ideas, cosa que se le daba excepcionalmente bien, pero no podía defraudar la confianza que Atanasia había puesto en él. Le habían pedido discreción y confidencialidad. Y Basid para eso no era muy bueno. No podría evitar contárselo como mínimo a su mujer.

Apenas pudo probar bocado durante la cena. La conversación se centraba sobre la vida en palacio, por lo poco que escuchó.

—Aenas, es raro, no dices nada, con lo que a ti te gusta intervenir en estas conversaciones... —le llamó la atención Basid.

—¡No! Todo lo contrario. Me parece muy interesante, estaba simplemente escuchando. ¿Hablabais sobre la boda de Eucrátides hijo, no?

Atenea, una de las hijas pequeñas de Basid, contestó por su padre:

—Será el mejor día de todos los tiempos. Nos han invitado a palacio. Incluso yo podré asistir. Tendremos que comprar telas nuevas para confeccionarnos ricos trajes. Y llevaré joyas de mi padre.

—Hija, aún eres pequeña para ir vestida de esa guisa. No seas exagerada. Y no estás invitada a la comida. Solo a la ceremonia.

La niña refunfuñó por lo bajo.

—No te enfades hija, apenas tienes diez años. Ya tendrás tiempo de lucir joyas, y más teniendo un padre como yo.

—Ya, pero no habrá otra boda igual hasta que la vejez haya tomado mi cuerpo.

—¿Hasta que la vejez...? ¿Pero de dónde has sacado esa forma de hablar?

La mujer de Basid intervino:

—Calma. Hija, no te preocupes, te haremos el vestido más bonito del mundo. Y nos acompañarás, junto con tus hermanos hasta que entremos en el banquete, pero faltan varias lunas para que eso ocurra. No has probado bocado con tanta discusión, cómete al menos el arroz.

La niña sonrió a su madre y engulló todo el plato.

Nada más terminar la cena, se excusó inventando el olvido de un pergamino importante en la escuela, que debía estudiar para las clases de mañana. No le gustaba mentir a sus anfitriones, pero no tenía más remedio que hacerlo. De todas formas, seguro que se escandalizarían al saber que iba a tener un encuentro privado a la luz de la luna con una intocable gran sacerdotisa. Basid le hubiera hecho ver que iba a incumplir la más sagrada de todas las normas, pero eso a él, francamente le daba igual.

La luna, inmensamente desproporcionada, brillaba alumbrando a su alrededor. Aenas podía contemplar desde allí la ciudad dormida. Hacía ya tiempo que las últimas luces de los hogares se habían ido apagando. No se oía ningún ruido desde allí, en lo alto de la ciudad. Por eso, se sobresaltó al oír el crujido de unas pisadas sobre el suelo y el ruido de varias piedrecitas al moverse. Tenía que ser ella, escrutó en su dirección, pero solo había una negra e intensa oscuridad.

Poco a poco se fue difuminando una sombra que dio paso a la inconfundible figura de la sacerdotisa. Esas proporciones perfectas eran inconfundibles. Por su enérgico andar parecía haber recuperado fuerzas.

—Aenas, sígueme —le susurró cuando estuvo lo suficientemente cerca.

Intentó verle la cara infructuosamente, estaban demasiado alejados el uno del otro.

Atravesaron la explanada y se adentraron en un camino intrincado. Como sembradas por arte de magia, cada vez aparecían más piedras y de mayor tamaño. Atanasia, que en un principio llevaba un buen ritmo aminoró su marcha. Aenas aprovechó para adelantarse e intentar ayudarla. Pero ella no dejó que le tocara la mano.

—Tú solo ve indicándome el camino. Hay demasiados obstáculos y poca luz.

—Sería más fácil si supiera a donde nos dirigimos —le puntualizó con ironía.

—No te preocupes, vamos bien, sigue recto. Debemos llegar hasta el extremo del otro lado de la acrópolis.

Aunque la luna brillaba más que ningún otro día, era prácticamente imposible seguir sin tropezar. Estaba demasiado oscuro. Aenas resbaló al poner el pie mal sobre una piedra, torciéndose el tobillo. Ambos oyeron como un puñado de piedras y tierra se resbalaban pendiente abajo.

—¿Y no era más fácil quedar en un lugar de la ciudad? ¿O en el templo? —se quejó— Casi caigo al vacío.

—Lo siento —se disculpó—, quiero mostrarte una cosa y explicarte algo.

Aenas buscó su mirada en la oscuridad que le instaba a proseguir hacia adelante. Notaba que a pesar de que volvían a estar solos, Atanasia marcaba las distancias con él.

Llegaron al borde del final de la acrópolis. Atanasia se asomó y Aenas, curioso, la siguió.

—Pero si estamos encima de tu templo —constató sorprendido.

Atanasia sonrió con tristeza.

—Sí, qué bonito está bañado por la luz de la luna. Parece estar pintado de colores azules y plateados. Es una pena que no podamos conservar las imágenes más que en nuestra memoria. Nunca lo había visto desde esta perspectiva, y desde luego es la que más le favorece.

—¿Qué ocurre, Atanasia?

Esta se volvió hacia él con lágrimas en los ojos y, para su sorpresa, le cogió por ambas manos. Era un acto prohibido. Aenas tembló de emoción al sentir el contacto de sus frías manos. Eran tan pequeñas, tan blancas, y por fin estaban enlazadas con las suyas. El momento tan ansiado había llegado. Atanasia estaba transgrediendo las reglas. Pero sus ilusiones no duraron demasiado. Atanasia habló con calidez:

—Aenas necesito tu ayuda. Sé que no será fácil, sé lo que sientes por mí.

Aenas la miró apenado, no iba a decirle lo que él quería oír. No se fugarían los tres juntos, como una familia, como tantas veces había imaginado. Ni tendrían contacto íntimo como él deseaba con todas sus fuerzas en ese preciso momento. Tuvo que reprimir sus impulsos, deseaba lanzarse sobre ella y llegar hasta el final. Aun así la animó a continuar.

—Te ayudaré, no te preocupes, lo sabes. No hacía falta correr tantos riesgos subiendo hasta aquí.

—Aenas, debo confesarte un secreto que nadie, salvo el rey conoce. Ni mis propias hermanas saben cómo voy a obrar. Este es el lugar apropiado. Debes jurar por los dioses guardar el secreto con tu vida. Nadie de saberlo.

—Lo haré —no podía dar crédito al cariz cambiante del encuentro. Desde luego, nunca hubiera podido imaginar algo así.

Atanasia se soltó de sus manos, ahora más tranquila y se apoyó cansada sobre una gran roca. Su larga falda flameaba insuflada por el aire.

—Soy el custodio de un objeto sagrado de los dioses. El más importante que existe sobre la faz de la tierra. Por eso mismo es tan importante mantener el secretismo, no debe caer jamás en las manos incorrectas. Tengo el deber de no tolerar que se utilice de manera incorrecta o egoísta, ya que ese objeto conlleva con él un extraordinario poder. Ni siquiera el rey puede poner una mano sobre él. Soy la única autorizada a ello por los dioses. Gracias a él, puedo comunicarme con los Dioses, por eso puedo tener las visiones. Fue entre el agua que vertí sobre él donde pude ver la masacre de la ciudad. ¿Lo entiendes? ¿Entiendes mi pesada carga, mi gran responsabilidad?

Aenas la miró confuso:

—¿Qué objeto es ese, Atanasia?

—El oráculo de Zeus. Un recipiente de oro tallado por el mismo rayo de

Zeus. Lleva su firma estampada en él.

—¿Es eso acaso posible?

Atanasia asintió con la cabeza.

Aenas tragó más aire del que podía respirar y se sintió aturdido por la revelación.

—¿Y qué poderes tiene?

—Los dioses se comunican conmigo a través de él. No puedo revelarte más porque la ceremonia solo podemos conocerla unos pocos.

—¿Y es eso lo que te ha tenido tan apagada y triste? ¿Qué tiene que ver conmigo? ¿Qué favor ibas a pedirme? —no lograba entender nada.

—Escucha bien Aenas, los dioses hablaron con la visión, pero yo no supe entender su mensaje, ni sus consecuencias. En breve, los nómadas bárbaros asaltarán la ciudad dejando tras de sí: destrucción, muerte y desolación. Todos moriremos, será el final de nuestro tiempo. Gracias a la explicación de la Anciana de la Montaña no me desviaré de mi cometido. Mi obligación es poner a salvo el oráculo.

—Sé más clara, no logro entender bien que quieres que haga... ¿qué huyamos los tres de la ciudad y pongamos a salvo el oráculo? —Aenas se acercó a Atanasia, intrigado. Tocó la gran roca sobre la que reposaba su amiga.

—No, exactamente. Los dioses quieren que actuemos, pero a cada uno nos ha dado un papel diferente. Nuestro destino está unido, pero nuestro final es distinto. Y creo que para esto viniste hasta aquí, Aenas, a un país tan lejano, para ayudarme a cumplir el mío y poner a salvo a Oxia. Me has contado muchas veces como sentías que era el propio Zeus quien guiaba tus pasos, y yo te puedo asegurar ahora que así es. Tu papel en esta historia es el de héroe.

—¿Qué tengo que hacer, tus palabras me alarman? ¿Sacar el oráculo de la ciudad?

—No, es demasiado tarde, se lo propuse en su día a Eucrátides, y no me escuchó. Los meses han pasado rápido desde que tuve la visión, estamos hablando de días, quién sabe, quizás horas, para que las tribus de las estepas aparezcan en el horizonte. Sé que falta muy poco. Puedo presentirlo. Siento sus caballos galopar hacía aquí. La niña, Oxia es muy importante, debes cuidar de ella, prométemelo.

—Lo prometo, no dejaré que nada malo le suceda. Partiremos de inmediato, los tres.

—No, te necesito. Solo podréis partir después de ayudarme. Yo sola no puedo llevar a cabo el plan. Os iréis los dos solos, ya sabes que jamás abandonaré mi templo.

—¿Entonces? No entiendo bien Atanasia —su nerviosismo aumentaba por

segundos.

—Quiero sepultar el templo, con el oráculo en su interior. Está protegido por los dos salientes y, según mis cálculos, quedaría completamente oculto. Formará parte de la acrópolis.

—¿Sepultar? —Aenas volvió a acercarse al saliente para mirar hacia abajo — Necesitaremos ayuda.

—Sí, la necesitaremos. Y vendrá cuando se la pidamos —Atanasia tocó la gran roca sobre la que reposaba su cuerpo—. Tiraremos esta gran roca, provocaremos un alud.

—¡Pero es imposible! —Aenas se acercó a la gran piedra, para estudiarla—. Habrá que hacer palanca, y es imposible que tú y yo solos...

—No, no has entendido nada Aenas. Yo no estaré aquí, estaré donde debo estar, en el interior del templo, custodiando el oráculo.

Aenas negó con la cabeza. No podía ser cierto. No podía haber escuchado salir aquellas palabras de su boca...

—No lo entiendes, Aenas —le dijo sujetándole por la túnica mientras él seguía negando—. No solo soy su custodio, soy su receptor, formo parte de ese objeto. Él es mi amor, es mi vida, mi plenitud.

Aenas abrió bien la boca, espantado:

—Quieres que te mate...

—No, quiero que me protejas...

—Quieres que te sepulte viva bajo las rocas.

—No. Quiero que me des la vida eterna, que cumpla con mi cometido.

—No puedes pedirme eso. No. ¡Mi respuesta es no! ¿Y qué pasará con la pequeña? ¡Eres su Maestra! —chilló esta vez Aenas.

Atanasia se acercó a él e intentó sujetarle.

—Debes entender mi querido filósofo. No me matas, me das vida. Es la mayor prueba de amor que puede existir... Mírame a los ojos. ¡Mírame!

Aenas obedeció.

—Desde que te conocí yo también siento algo por ti. Supe desde ese instante, que nuestros destinos, estaban unidos de alguna forma. Y no me equivocaba. Ahora todo encaja, los dioses lo han planeado para que así sea. Tú me ayudarás a hacer las cosas bien, tú me darás las fuerzas necesarias. Esto es amor, Aenas, el mayor amor que puede existir: el sacrificio. La pequeña es especial, la Anciana dijo que ella forma parte de una nueva era religiosa. Ella no necesita de ningún objeto para cumplir con su cometido. Ella es única, y tú tendrás que ayudarla a formarse. Debéis dirigiros a Alejandría de Egipto y preguntar por la sacerdotisa Acantha, ella os ayudará. Aún así no debes dejar ni dar a la niña, no debes mencionar a nadie su poder. Nadie debe saberlo, debes

protegerla.

—No, no, no, no, no y mil veces no. No te sepultaré viva ¿Estás loca? ¡Malditos dioses!

Aenas levantó la cabeza al cielo enfadado, y apartándose de ella prosiguió:

—¡Qué plan tan maravilloso me reservabais! El mismísimo Zeus era el que me susurraba al oído las bondades de Alejandría del Oxo. Me habéis utilizado a vuestro antojo, como hicisteis con otros tantos antes que yo. Pero me niego, ¿me oís? No pienso hacerlo.

Atanasia sintió su dolor, pero estaba segura de que iba a cambiar de idea.

—Libérate, chállales si quieres, no se enfadarán. Ellos te aprecian. Saben que al final cumplirás tu cometido.

Aenas la miró enfadado, iba a contestarle, pero cambió de opinión. Estaba enfadado con ella, con los dioses y con cualquiera que se cruzara en su camino. Sintió ganas de irse. No quería estar allí. Giró sin añadir ni una sola palabra para alejarse de aquel lugar.

No quería oír nada más.

Anduvo lo más rápido que pudo, sin importarle en absoluto haberla dejado sola allí atrás. Tropezó dos veces. Cuatro veces. Notó la sangre caer por su pierna. Pero no le importó. Sus sueños de gloria, su aventura estaba envenenada. Y su querida ciudad, Alejandría del Oxo iba a convertirse en una inmensa tumba.

El estruendo de los miles de cascos de caballos contra el suelo polvoriento, provocó que todo el valle se estremeciera. El ruido era ensordecedor y el polvo impedía calcular con exactitud a los vigías apostados en la muralla, la magnitud del ataque enemigo.

—Da la alarma al palacio, nos atacan, díles que son miles. A caballo.

El soldado encargado de dar las noticias, Acepimas, bajó apresurado las pequeñas escaleras laterales gritando a sus compañeros, que estaban más abajo, para que le facilitaran un caballo.

Casi resbaló, nervioso, a pesar de que había bajado aquellas escaleras miles de veces y juraría que habría podido hacerlo con los ojos cerrados. Tenía el corazón en un puño. La visión desde la muralla le había dejado conmocionado. Les atacaban a gran escala.

Un compañero le acercó un caballo de un suave color cobrizo.

—¿Qué pasa? ¿Qué es ese ruido, Acepimas?

—Fileas, nos atacan, enseguida vuelvo con órdenes. Da la alerta a los demás, que estén preparados todos en sus puestos.

Fileas no se lo pensó dos veces y salió corriendo en dirección a un edificio

construido aprovechando la muralla. Nada más entrar en él dio la voz de alarma al resto de soldados. Los que estaban sentados, se levantaron corriendo en busca de sus armas y sus escudos. Los que yacían dormidos, los del turno de noche, se despertaron sobresaltados y desubicados. Se acercó a ellos.

—Vestíos, preparaos. Despertad, nos atacan, no es una broma. ¡Escuchad!

El silencio se hizo y el retumbar de miles de caballos al galope se pudo escuchar con nitidez. Era un sonido aterrador. Fue suficiente para que todos se despejaran y salieran al patio a formar.

Antes de que llegaran a darle la noticia, Eucrátides ya intuyó que algo iba mal. Estaba en el patio dando un pequeño paseo seguido de cerca por varios consejeros y su hijo mayor, reflexionando sobre su futuro, una conversación largamente atrasada. Su hijo Eucrátides tenía demasiadas ganas de ser Eucrátides II. Llevaba más de un año presionándole para obtener, más y más responsabilidades. Eucrátides había cedido en algunas, ya que la reacción de su hijo era imprevisible. Quería evitar su disconformidad, pero también que siguiera acumulando poder. Lo de la boda había sido una muy buena idea ya que había logrado aplacar sus ansias. ¿Cuánto tiempo? Eucrátides no lo sabía, escrutó la mirada de su hijo. No sería por mucho tiempo. Le costaba mucho mantener una conversación con él, era casi como si fuera un desconocido para él. Se arrepintió de no haberlo educado él mismo. Siempre que le daba algo, su hijo no le daba las gracias, sino que le pedía más. Siempre más. Nunca tenía suficiente. Estaba decepcionado, y no sabía si podría llegar a orientarle. Tenía que pasar más tiempo con él, pero por otro lado su presencia le incomodaba. Pero era su único hijo. Ese joven era su legado, su futuro, le gustara o no. Intentó empezar una conversación sin importancia, sobre el tiempo y las cosechas.

Le pareció notar un pequeño cosquilleo en los pies. No podía ser, se estaba volviendo loco, debían ser imaginaciones suyas. Veía enemigos y problemas en todas partes.

Además, desde el día en que habló con la sacerdotisa, se le había quedado mal sabor de boca, y las pesadillas inundaban sus calurosas noches. Su conciencia no le dejaba tranquilo, o tal vez serían los antiguos dioses, furiosos por haberles dado la espalda. Les había traicionado, o al menos se sentía así. Su antigua religión estaba más arraigada en él de lo que jamás hubiera creído.

Notó el suelo retumbar bajo sus sandalias. Conocía ese sonido. Sí, desde luego que lo conocía bien. Se agachó y puso la oreja contra el suelo. No había duda: era el sonido de la batalla.

Miró a su hijo mayor que sentado observaba detenidamente la actitud de su padre, con una nota de burla en su rostro, como si se hubiera vuelto loco. Su hijo

no tenía ni idea de nada, no tenía experiencia militar y quizás fuera demasiado tarde. No era el momento de discutir, ahora debían de estar unidos.

—Hijo, nos atacan. Ese sonido es el de miles de caballos a galope. Ya sabes lo que tienes que hacer. Encárgate de todo. Tienes que poner a salvo a nuestro tesoro y a nuestra familia. Nos atacan, tal y como predijo Atanasia —repitió esta vez para sí mismo. Encima no daría tiempo a hacer un sacrificio antes de la batalla para aplacar el descontento de los dioses.

En ese mismo instante un soldado entró corriendo en el patio:

—¡Nos atacan mi rey!

Eucrátides corrió por el patio hacia la salida dando órdenes a su paso por los pasillos. Por un momento le dolió la actitud de su hijo, que por primera vez había acudido a presto a cumplir sus órdenes. Un buen rey se habría negado, su lugar estaba en la batalla, en la defensa de la ciudad y no huyendo. Pero no podía volver atrás en el tiempo y cambiar las decisiones que había tomado sobre su hijo. Ojalá hubiera tenido más, aquello no habría sucedido. Toda una vida de esfuerzos para apuntalar su dinastía, y ahora se sentía decepcionado. Había acabado con la dinastía eutidémica y luchado durante años con los reyes griegos del indo, para conseguir asentar definitivamente su sangre en el trono. Su historia era larga, y el camino, sangriento. Las fronteras de reino no estaban hechas de barro, sino peor aún, de intangible agua. Imposibles de materializar. Miles de conflictos con los sapátras aqueménidas para consolidarse. Cierto era que había llegado a controlar un reino mucho más extenso, y que las fronteras habían ido retrocediendo hasta su punto actual. Pero había convertido a Alejandría del Oxo era una gran ciudad comercial. Sus habitantes eran prósperos. Por eso había decidido sobre proteger a su único hijo, porque era su bien máspreciado, y ahora, su hijo era muy diferente a como debía de ser. De regalo de boda lo había nombrado co-regente, para así conseguir llegar a un entendimiento con él y crear un clima de cordialidad. Su hijo no era capaz de enfrentarse a un solo hombre, la lucha no era su fuerte. Aquello era un gran problema, vivían en una región conflictiva y Eucratides había pasado su vida de guerra en escaramuza. Y si había vivido algún momento de paz, este había sido utilizado para expandirse y ampliar fronteras.

—Mi caballo, mi escudo, mis protectores de cuero, mi espada, el yelmo... La coraza más ligera, la de lino con metal. ¡Rápido he dicho!

Todos se apresuraron a cumplir sus órdenes, y en pocos minutos, el rey y su guardia, formada por más de cien hombres, galoparon a través de la ciudad hacia la puerta principal de la muralla. Los habitantes retrocedían asustados y el pánico se adueño de la ciudad. Nada más llegar desmontó velozmente del caballo, casi antes de que este se hubiera detenido.



Subió las escaleras, quería analizar el peligro con sus propios ojos. Al llegar arriba se quedó paralizado. No había salida, no podrían luchar, allí habría por los menos diez mil jinetes. Todo el horizonte era una nube de polvo. Tenía que haber escuchado a la Gran Sacerdotisa, haberse aprovisionado de armas, reforzado los muros de la ciudad y cavado zanjas; pero nada se había hecho. La mayor parte del ejército continuaba en las fronteras, así que estaban prácticamente indefensos. Pero no se rendiría, lucharía.

Súbitamente miles de flechas enemigas empezaron a caer sobre la ciudad, clavándose por azar en soldados y habitantes. Una de ellas llegó hasta el soldado que tenía a su derecha. Eucrátides le ayudó cogiéndole por detrás y tumbándole en el suelo. Examinó la herida, no podía hacer más, en cuestión de segundos moriría.

Eucrátides dio orden a sus hombres a través de su comandante en jefe:

—Que todo el mundo se aleje de las murallas, que los niños, mujeres y ancianos se refugien en el patio del palacio. La guardia, que se dirija al flanco oeste, donde no hay muralla e intenten taponar la entrada con lo que sea. Sacos, puertas, enseres, que todos los habitantes os ayuden... Poned allí todos los carros de la ciudad, para impedir el paso. Y detrás, hoplitas formando una línea defensiva con sus picas. Una línea de picas que sea impenetrable.

El general Milos asintió y desapareció para cumplir las órdenes. Sabía que tenía poco tiempo, unos minutos a lo sumo, para que los enemigos impactaran contra la ciudad. No estaban preparados para el ataque. Eucrátides había dejado a un lado las reparaciones de la muralla y las provisiones de fortificación y defensa. Había destinado todos los recursos en modernizar su palacio. Había sido un gran error previsible y ahora tenía que hacer todo lo posible por enmendarlo.

Llegó al flanco descubierto nervioso. Chilló y gritó desperdigando a sus hombres, que raudos, encontraron varios carros que situaron estratégicamente a modo de tapón. La mayoría de los hombres de la ciudad se apresuraron a ayudar en ese cometido, trajeron puertas, sacos de harina, cereales, muebles, todo lo que pudieron encontrar. Era inútil, pensó Milos, era como poner pequeños obstáculos a un gigante. Más tarde o más temprano, saltarían los obstáculos. Solo estaban retrasando lo inevitable, aun así formó a sus hombres tras los obstáculos en una sólida línea defensiva.

No sirvió de nada. Miles de flechas cayeron sobre ellos, y muchos de sus hombres cayeron al suelo entre alaridos. Milos dio, a su pesar, la orden de que se mantuvieran en sus puestos, sabiendo que aquello era un sacrificio inútil, pero cumplía órdenes. Daba igual, todos iban a morir. Nada era como debía ser, estaba sucediendo lo imposible.

Él corrió a refugiarse en una casa cercana, a esperar la entrada de los atacantes y descargar contra ellos a sus mejores soldados. Era una pena, sus mejores hombres, entrenados para la gloria iban a morir en una escaramuza defensiva, al igual que él, al igual que aquellos hombres que yacían unos sobre los otros con flechas clavadas en el cuerpo.

El estruendo de los caballos era cada vez más fuerte.

Las flechas cesaron y se oyeron varios golpes fuertes. Estaban a punto de derribar la frágil muralla defensiva que acaban de construir y, empujando los obstáculos, miles de hombres a caballo se abrían paso entre las murallas y los bultos que yacían en el suelo. El ruido de los caballos y los extranjeros chillando le heló la sangre.

Fueron solo unos pocos minutos. Parecían no temer a la muerte ni a los arqueros de Eucrátides, que disparaban apostados desde las almenas de las murallas. Los enemigos atacaron de forma desordenada, por todos los lados, escalando las murallas, buscando resquicios, e incluso un grupo dio la vuelta para subir por la parte de atrás de la acrópolis y entrar directamente en la ciudad. Pero sin duda, el punto de entrada más sencillo y obvio era aquel, pensó Milos, pertrechado en una esquina. Lo más sencillo era entrar por el hueco abierto en el lado oeste de la ciudad. Y así lo acababa de hacer el ejército enemigo. Un hombre con el pelo largo y de una estatura descomunal parecía dirigir a los nómadas de ese lado. Fue el primero en intentar entrar a caballo, pero al no poder pasar, desmontó para entrar en la plaza, sonriendo, e hizo un gesto para que los que le seguían hicieran lo mismo.

Los que no le hicieron caso e intentaron saltar con sus caballos cayeron al suelo, formando un revoltijo de jinetes y caballos. Uno de ellos murió aplastado por su propia montura.

Milos dio orden a sus hombres y salió de su escondite para defender a su ciudad y a su rey. A pesar de conocer los puntos débiles de Eucrátides, le había jurado fidelidad y jamás le había cuestionado en voz alta. Ni en su mejor borrachera. Su comportamiento era intachable y así seguiría siendo. Si tenía que morir ese día, lo haría con el honor de haber cumplido con su cometido sin tacha alguna. Sacó su espada del tahalí que llevaba atravesado desde el hombro, dispuesto a dar tajos y estocadas. Se aseguró de tener bien cogido su querido escudo, su bien más preciado, fabricado con capas de madera encolada y recubierto por una chapa de bronce de la mejor calidad. Llevaba pintado una serpiente roja, su símbolo personal. Aquel que inspiraba el miedo de sus enemigos. Pero aquellos hombres no le conocían, ni a él, ni a su escudo.

Fue directo al hombre grande que daba estocadas con lo que parecía un hacha afilada. Lucharon, pero el hombre le doblaba en tamaño y le propinó una

patada, tumbándole en el suelo. Milos se levantó e intentó hundir su espada sobre su pecho, pero el gigante lo detuvo de un simple manotazo. Tenía una fuerza descomunal. El nómada descargó otra patada sin esfuerzo sobre él. Milos volvió a caer de espaldas, en el mismo sitio de la primera vez, pero esta vez no tuvo tiempo de más. El gigante le descargó su arma en el pecho. Intentó arrastrarse hacia atrás, pero solo pudo moverse un poco. Sintió el sabor de la sangre en su boca, como si se la hubieran clavado en el cuello. Lo último que vio fue la mirada del extranjero. No parecía alegrarse, ni tampoco sentir pena. Era un ser sin alma. Sus últimos pensamientos fueron para sus hombres, para que lucharan valientes y no se desorganizarán sin su general.

Aenas oyó los chillidos desde su mesa. Estaba solo en la clase, escribiendo con tinta sobre un pergamino, ensimismado en la perfección de su caligrafía. Era una de sus actividades preferidas, la que más satisfacción le reportaba.

No había vuelto a ver a Atanasia, pero ya no sentía rencor hacia ella. Sabía que era tan solo cuestión de días que volvieran a reencontrarse y que él claudicara. Atanasia tenía razón, él haría cualquier cosa por ella. Incluso algo que la condenara de por vida. El amor era así de irracional.

El pequeño Agatón, seguido por Oxia, entró corriendo y temblando de miedo:

—Maestro, nos atacan, nos atacan, dicen que son gigantes bárbaros salidos de los infiernos.

Aenas se levantó sobresaltado. No podía ser. Había llegado el momento vaticinado por Atanasia y no había tenido casi tiempo de asimilarlo. Era demasiado pronto.

Los cogió de la mano y salió a buscar a los demás. Todos estaban en el patio, muertos de miedo, sin saber muy bien cómo reaccionar. Todos iban nerviosos, de un lado para el otro.

Fileas, el director de la escuela, intentaba calmar los ánimos y poner orden. Era un hombre mayor, con una larga barba blanca que dejaba tocar, de vez en cuando, para regocijo de los alumnos más pequeños.

—Aenas, hay que asegurarse de que están todos. Que cada responsable se ocupe de su grupo.

Sus alumnos se agazaparon contra sus piernas, muertos de miedo.

Agatón no ayudaba con sus delirios:

—Son gigantes sanguinarios que han escapado del mismo Hades, de los infiernos. Han matado al barquero...

—Agatón, calla ya. Nunca hablas y hoy tienes que dar rienda suelta a tu

creatividad... Chicos, mantened la calma, todo va a ir bien.

Un soldado herido por una flecha, que le había atravesado un brazo, entró en el patio. Aenas lo reconoció, era de la guardia personal de Eucrátides.

—Todos a refugiarse al palacio, vamos.

Todos se apresuraron a seguir sus órdenes. Fileas encabezaba el grupo.

—Niños, seguid a Fileas y al soldado, os pondrán a salvo.

Los niños le miraron sorprendidos.

—No os preocupéis. Enseguida iré, tengo que cumplir un encargo.

Oxia se agarró con todas sus fuerzas a su pierna:

—¡No me dejes!

Aenas sopesó si ceder, pero no podía ser, pondría en peligro a la niña. Eso sin contar que si ayudaba a Atanasia, la niña no podía ser participe. Aquello la marcaría de por vida y estaría más segura en el palacio.

—No, tienes que ir con Fileas y tus compañeros, yo volveré enseguida, te lo prometo. Tengo que ayudar a Atanasia. Eres mayor, puedes hacerlo. Volveré a buscarte enseguida.

Pero la niña no cedió ni un ápice.

—Fileas, llévate a Oxia. Enseguida vuelvo. Ponla a salvo.

Fileas cogió en brazos a la pequeña. Aenas los vio en fila hacia el palacio. No tenía tiempo que perder, debía encontrar a Atanasia y pedirle perdón. Sintió una punzada de miedo al pensar que pudiera ser que estuviera herida, como aquel soldado, o peor, quizá muerta.

Aenas Corrió hacia el templo, esperaba poder llegar a tiempo. No tenía que haber sido tan orgulloso y haber esperado tantos días para hablar con ella. Ya estaba llegando, cuando un hombre se interpuso en su camino. Era extranjero. Hablaba pronunciando sonidos y gruñidos. Aenas estaba desarmado. El hombre intentó descargar su austera espada sobre él, pero Aenas era más ágil y le doblaba en tamaño. Se agachó, y aprovechando la confusión del hombre ante sus rápidos movimientos se lanzó contra él, quitándole de la mano la espada y clavándosela en el pecho. No se molestó en arrancar el arma del cuerpo. No tenía tiempo que perder y esperaba no encontrar más contratiempos en el camino. Viendo los cadáveres en el suelo pensó que no haberla cogido había sido un grave e imprudente error, pero ya no podía dar marcha atrás, estaba muy cerca del templo. Torció la última esquina, dejando atrás el barullo de la lucha, y por fin llegó.

Subió las escaleras del templo, respirando entrecortadamente, esperando encontrar viva y sana a Atanasia. Pero alguien le cortó el paso en la entrada. Era la misma sacerdotisa que en su día le había enviado Atanasia para que se encontraran en la cima de la acrópolis.

Aenas frenó, pero siguió andando. La mujer se interpuso entre él y la entrada.

—Aenas, Atanasia dice que no entres. Que es mejor así. Dice que sabes lo que tienes que hacer, cuál es tu cometido.

Aenas la miró con seriedad. Si no le dejaba entrar, tendría que utilizar la fuerza con ella, no importaba quién fuera.

—Lo haré, pero tengo que verla antes —miró dentro del templo, por si podía verla—, déjame pasar.

La mujer sacó una daga de entre los pliegues de su túnica.

—Me ha dicho que te lo impida.

Aenas la miró confuso. No podía ser, necesitaba verla, necesitaba pedirle perdón decirle tantas cosas.

—¡Atanasia! ¡Atanasia! —gritó desesperado con todas sus fuerzas.

La sirvienta le agarró por los hombros.

—Aenas, tienes que cumplir tu misión. Es lo que ella desea, eres su esperanza, su salida. ¿No lo entiendes? No quiere sufrir al verte otra vez, te quiere demasiado, pero sabe que está haciendo lo correcto. Protegerá hasta las últimas consecuencias el oráculo. Tú eliges, que muera empuñando una espada y sabiendo que ha perdido, o que muera feliz, sabiendo que ha hecho lo que los dioses querían.

Aenas la miró abatido. Ya había fallado a Atanasia una vez, no podía hacerlo dos veces. Las palabras de la mujer tenían sentido.

—No tienes que convencerme, iba a hacer lo que ella quería que hiciera, solo quería estar con ella una vez más.

Aenas volvió a bajar las escaleras, pero antes giró la cabeza:

—Dile que no se preocupe, Aenas será su héroe; aunque sea lo último que haga.

Miró la cima de la montaña. No podría hacerlo sin ayuda, como mucho podría desprender con una vara la roca gigante sobre la que había reposado la espalda de Atanasia la última vez que la había visto. Sonrió con acritud, por fin lo veía todo con claridad, aunque en el peor momento, en el fragor de una batalla y ella ya no estaba a su lado, para enterarse. Y sin embargo, en aquella noche apacible todo le había parecido confuso y desagradablemente ilógico. Ahora lo entendía. Ella lo había planeado todo minuciosamente, hasta el más mínimo detalle, incluso aquel gesto de reposar en la roca no había sido casual, sino premeditado, estudiado. Como también lo habían sido sus palabras de amor y el contacto de sus manos. Aun así entendió que no lo había estado utilizando egoístamente, ya que sus palabras eran sinceras. Atanasia le quería, de eso estaba seguro, aunque prefiriera morir por sus creencias. No era una cuestión de

elección. O uno, o lo otro. Era algo más profundo, más complejo. Debía de sentirse afortunado de que alguien con esos valores, con esa determinación tuviera aquellos sentimientos hacia él. Solo de pensarlo se sintió reconfortado. Recuperó las fuerzas perdidas. Analizó sus posibilidades. Estaba seguro de que Atanasia habría dejado, allí arriba, como mínimo un palo o una vara o algo con lo que hacer palanca bajo la piedra. No podría ser de otra forma. Sintió una punzada de orgullo, no solo por la valentía que le había demostrado, sino por su saber hacer, por su forma de adelantarse a los acontecimientos.

Corrió a buscar ayuda, en dirección opuesta a la acrópolis. Sabía exactamente lo que debía hacer y a quién debía acudir.

Aenas corrió en busca de Eucrátides, pero entre tanta confusión resultaba una tarea de titanes. La gente corría desperdigada de un lado a otro. Los enfrentamientos cuerpo a cuerpo se sucedían en cada esquina. No iba a ser tan fácil como él había pensado. Tenía que evitar todo enfrentamiento.

Llegó a la encrucijada de la calle principal donde encontró a varios soldados de Eucrátides tratando de evacuar a mujeres y niños. Aenas corrió en su dirección:

—¿El rey? Busco a Eucrátides.

Uno de los soldados le miró confuso.

—¿Dónde está el rey? —repitió más despacio.

—Creo que está en el flanco oeste, pero no lo sé con seguridad...

—Gracias —agradeció tomando la dirección que le acababan de indicar.

Aenas saltó obstáculos con velocidad y esquivó a todas las personas que encontró en su camino, tenía que llegar cuanto antes, el tiempo pasaba rápido y debían sepultar el templo antes de que los atacantes lo descubrieran. Gracias a su ubicación, semioculto entre las paredes de piedra de la montaña de la acrópolis, sería de los últimos enclaves que los extranjeros saquearían.

Llegó, por fin, al extremo oeste y observó con alivio que Eucrátides y su guardia habían logrado taponar temporalmente esa entrada a la ciudad. Por lo menos, había allí trescientas personas, entre soldados y ciudadanos de Alejandría. Los cadáveres de los nómadas yacían en el suelo por doquier.

Aenas corrió hacia el monarca, que descansaba contra un muro echándose un cubo de agua por encima.

—Mi rey, el templo.

Eucrátides lo miró extrañado. No le había reconocido.

—Soy Aenas el filósofo, mi rey. Sé que Atanasia os confió su visión.

Eucrátides se sintió culpable al distinguir decenas de cuerpos de buenos

habitantes de su ciudad, inertes en el suelo.

—Efectivamente, tenía que haberle hecho caso. Si vienes a recalcármelo, no hace falta, ya estoy sufriendo.

—Aún estamos a tiempo mi rey, solo necesitamos solo unos veinte hombres...

—¿Unos veinte hombres? ¿Solo? ¿Y para qué? —no pudo evitar ironizar con acritud.

—Atanasia quiere que sepultemos el templo, y con él, su oráculo.

—¿Y por qué no ha venido ella misma a decírmelo?

—La conoce bien. Nunca dejará el templo. Quiere morir con él.

Eucrátides abrió la boca, pero no llegó a hablar. No tenía palabras para aquella revelación. Atanasia era más valerosa que la mayor parte de sus soldados.

Eucrátides miró a su alrededor, ausentarse era un suicidio, su pueblo le necesitaba, no obstante, ya le había dado la espalda a los dioses más de una vez, y la última, cuando Atanasia acudió a él, fue la más flagrante de todas. Y como podía verse, los dioses le habían retirado su favor. No podía permitirse seguir por ese camino.

Iba a hacer una locura, pero su conciencia así se lo exigía.

—¡Milos! —llamó a su general— ¡Milos! Pero ¿dónde está Milos?

Un soldado acudió despacio, cansado, manchado de sangre y con la espada del general en su mano. Le entregó a su rey el arma de Milos, ni lo miró, ni habló. No hacían falta palabras, además, estaba muy cansado.

Eucrátides sostenía la espada con sus manos, pero fue tal el temblor que empezó a adueñarse de él que Aenas se la quitó antes de que se le cayera.

—Necesitamos a veinte hombres. Los más fuertes —reiteró Aenas.

—Claro —buscó con la mirada a sus hombres y los llamó.

Eucrátides miró fijamente a Aenas:

—¿Cuál es el plan?

Aenas le devolvió la mirada, nervioso, necesitaba la ayuda del rey. Si le decía que realmente no lo sabía, que seguía una intuición, estaba seguro de que no contaría con su ayuda.

—Vamos, os lo explico por el camino, tenemos que subir a la acrópolis. Todo está preparado.

Desde la cima se divisaba toda la ciudad, una ciudad arrasada, una ciudad herida. Aenas vio la preocupación y un gran dolor en la cara de Eucrátides; pero lo que más le sorprendió de todo, fue la forma en que sus dientes rechinaban al

apretar la mandíbula.

—Aenas, rápido, la ciudad nos necesita.

—¡Esperad! Mirad allí. Mi señor, humo —avisó un soldado.

Todos miraron en la dirección que señalaba.

—Por los dioses, es el palacio, ha debido de pasar algo. Las mujeres y los niños han ido allí—constató Aenas alarmado. Por un momento dudó. Debía de bajar y buscar a Oxia y al resto de niños de la escuela. Quizás estaban allí, y pronto serían pasto de las llamas. Intentó alejar aquellos malos pensamientos. Fileas estaba con ellos y los habría puesto a salvo.

Eucrátides también tuvo que luchar contra sus instintos. Su cuerpo le decía que debía dejar lo que estaba haciendo y proteger a los suyos, pero algo le decía que debía acabar con lo que había empezado. Debía proteger el templo y a su sacerdotisa. Esa era la mejor forma de luchar contra el enemigo, recuperando el favor de los dioses.

Miró a Aenas:

—Rápido.

Aenas se adelantó, corriendo entre las piedras. Oyó como todos le seguían, tardaron unos pocos minutos en llegar al lugar.

—Atanasia quiere que sepultemos el templo. Esa es la gran roca que debe provocar el alud.

El capitán se acercó a ella.

—Es enorme, y parece anclada, no sé...

—Atanasia dijo que hiciéramos palanca, estoy seguro de que lo dejó todo preparado.

—Aquí —gritó uno de los hombres.

Todos corrieron a ver qué había encontrado. No podían demorarse más en aquel lugar. Eucrátides miró hacia el cielo, tenía la impresión de que los dioses le observaban con gran atención.

—Han dejado dos troncos finos por la parte de atrás, para que se deslice con más facilidad. También hay dispuestas varias varas gruesas para que hagamos palanca, además, al otro lado hay varios montones de piedras y arena.

—¿A qué esperamos? —el propio Eucrátides cogió uno de los palos y lo metió por debajo de la gran piedra. Diez hombres más le siguieron.

Aenas miró hacia abajo, hacía el templo, por primera vez, que él pudiera recordar, unas lágrimas inundaron su campo de visión.

—Atanasia —susurró con dolor.

Los soldados hicieron presión y la piedra comenzó a moverse con tosquedad, no quería despegarse del suelo, caprichosa. Los soldados hicieron más fuerza. Algunas de las varas crujió, rotas.



—Ayudad, empujad —les instó el comandante.

Los demás hombres y Aenas se apresuraron a ayudar, y con ese impulso, la gigantesca piedra por fin cayó al vacío golpeándose con las paredes internas de la montaña y provocando varios derrumbamientos sobre el templo. Oyeron el ruido de este al romperse y desquebrajarse sobre sí mismo. No se podía distinguir el templo entre las piedras. Habían cumplido con su objetivo.

Parecía como si Atanasia lo hubiera calculado a la perfección. Seguramente así había sido. Aenas se la imaginó, allí arriba, calculando la caída de la piedra. Primero tirando pequeñas piedras, luego más grandes.

Aenas y los demás guardias empujaron las piedras y los sacos de arena, sin que estos obraran un gran cambio, ya que el templo no existía. Eucrátides se sintió aliviado, ya podía volver a bajar a la ciudad, iría directamente al palacio.

Aenas se sentó en el suelo, llorando como un niño. Atanasia había desaparecido con el templo. Y él había empujado aquella piedra. Era una sensación incongruente, había logrado cumplir con su objetivo. Y su objetivo era sepultar a la única mujer a la que había querido en su vida. No podía respirar, el polvo del derrumbamiento se le había metido en los pulmones, eso, o la pena que le afligía, ahogándole irremediablemente.

Eucrátides le miró apenado. Acababa de comprender que en aquella historia había algo más, Aenas estaba destrozado. Pero no podía seguir allí, no podía prestar más atención a aquel tema. Ya había cumplido. Ahora tenía que luchar.

—Hacia el palacio, corred.

Aenas se quedó allí, inmobilizado. Pasaron demasiado tiempo hasta que por fin reaccionó, cuando olió el humo. Miró hacia el otro lado, hacia el recinto real, y se levantó, incrédulo. El palacio real ardía en llamas agigantadas. Había otros focos de fuego en distintos puntos de la ciudad. ¡La pequeña Oxia! El panorama era desolador. La visión de Atanasia vivió. Todo se había cumplido tal y como ella había previsto. Pero ella ya no estaba entre los vivos para verlo.

Seguramente, en aquel momento, Eucrátides yacía muerto atado a la grupa de un caballo de la estepa. Era el fin de su ciudad. El fin de su sueño.

Aenas corrió y saltó todo lo rápido que pudo para bajar la acrópolis. No podía entender que le había pasado, había perdido mucho tiempo. Su corazón palpitaba de miedo por Oxia. Su niña estaba sola en mitad de la muerte y del fuego. Eso era en lo que tenía que pensar. Ese era el escollo. Debía encontrarla.

Pasó por delante de la casa de Basid y vomitó al ver su cadáver en los escalones de la entrada, con todas las tripas abiertas. Su mujer yacía a pocos metros, con una herida sangrante en la cabeza.

—¡Atenea! —chilló desesperado. —¡Atenea, soy yo, si estás escondida, sal!  
Pero nadie contestó y no podía perder más tiempo entrando en la casa. La

vida de Oxia corría peligro. Se alejó de allí intentando bloquear las imágenes de las tripas de su amigo, que traicioneras acudían a su cabeza.

Corrió hacia el palacio, pero las inmensas llamas le impidieron el paso. Los que estuvieran dentro, sin duda habían perecido.

Giró para volver a la escuela, cuando vio una figura conocida, ayudando a los heridos que yacían en el suelo. Era Calandra, la sacerdotisa.

—¡Calandra!

—Aenas, me alegra verte. ¡Estás vivo! ¿Lo conseguiste? —en su cara se reflejaba el anhelo de saber que al menos algo había salido bien. Entre tanta muerte y destrucción era necesaria más que nunca la esperanza.

—Sí. Todo ha sido como ella quería.

Calandra cerró los ojos, para disfrutar de la noticia.

—Oxia, Oxia... La última vez que la vi iba de camino al palacio —Unas gruesas lágrimas se deslizaron por la cara y no pudo contener el llanto. Se derrumbó sobre sus rodillas.

—Oxia, oxia —repetía.

—Tranquilo Aenas. Oxia no estaba en el Palacio, ni ella ni el pequeño Agatón.

Aenas suspiró aliviado.

—¿Los viste?

—Sí, estuvieron conmigo. No podían estarse quietos y le sugerí a Fileas que me ayudarán con los enfermos. El pobre Fileas iba a negarse cuando una flecha le atravesó el ojo, los niños corrieron despavoridos en todas las direcciones, pero ellos se quedaron conmigo. Oxia es mi hermana pequeña. Intenté... de verdad que intenté... —Calandra hizo un esfuerzo por continuar— Salvar al resto de los niños, pero fue imposible.

—No te preocupes, no te culpo. ¿Sabes donde están?

—Sí, estoy llevando a los enfermos a aquella casa. —Oxia señaló una modesta casa de la esquina.

Aenas corrió hacia allí y entró por una ventana abierta.

—¡Aenas! ¡Aenas! —Oxia se lanzó a sus brazos. Temblaba, muy asustada.

Súbitamente un temblor incontrolable se apoderó del cuerpo de la pequeña. Aenas la cogió en brazos e intentó paralizar sus movimientos, sujetándola como había hecho aquella primera vez. Se sintió impotente porque no sabía cómo ayudarla, que podía hacer para aliviar su sufrimiento. Era como si no estuviera allí, no oía sus palabras, ni podía verle. Se asustó. Los temblores eran peores que los que había tenido en las montañas, el día en que la habían rescatado.

Al poco tiempo los temblores disminuyeron y la pequeña despertó confundida y adormilada.

No dijo nada, solo se abrazó más a él.

Aenas buscó con la mirada a Agatón.

—Oxia, necesito tu ayuda, ¿Recuerdas donde está Agatón?

La pequeña asintió, visiblemente más recuperada.

—Se ha ido a buscar a los demás... Me dijo que me quedara aquí, que él iría solo.

Maldijo a los Dioses sin reservarse ningún insulto por pudor.

A Oxia le gustó que blasfemara, porque lo miraba divertida. Ya había olvidado el mal trago, esa niña era así, se anclaba a lo mejor, como un navío a un puerto guarnecido.

—Espérame aquí. No te separes de Calandra.

Afortunadamente no tuvo que ir muy lejos. El pequeño estaba al otro lado de la calle, dando patadas al cuerpo de un nómada muerto. Lloraba desesperado.

—Muere, muere... —chillaba.

Lo agarró por la túnica y lo levantó en brazos. El niño estaba fuera de sí, sus ojos no respondían.

—Agatón, ya está muerto déjalo descansar en paz.

El niño le miró aturdido, como si Aenas acabará de materializarse desde el cielo.

—Yo no lo maté... Pero es el hombre que arrolló a mi madre con su caballo.

Aenas conocía bien la historia familiar del pequeño, su padre había partido cuando era pequeño como soldado de Eucrátides, y no había vuelto. Nadie sabía lo que había pasado, si estaba muerto o vivo; pero con el paso del tiempo se habían hecho a la idea del peor de los casos. Sus hermanos mayores estaban repartidos por el mundo: uno en Macedonia y el otro en Alejandría de Egipto.

—¿Tu madre? ¿Estás seguro? ¿Cuándo lo has visto?

—Me escapé del patio cuando te fuiste para ir en su busca. No podía dejarla sola. Yo cuidó de ella. La vi, iba andando hacia el palacio con otras mujeres, nuestras vecinas, cuando un extranjero a caballo pasó entre ellas al galope, pisotéanoslas como si fueran muñecas de trapo. Corrí a ayudarla, pero no respiraba y estaba... estaba... —Agatón no podía respirar, afligido.

—Tranquilo, tranquilo, no lo pienses. Te estás poniendo en peligro aquí, expuesto. Hay que salir de aquí, tenemos que ir a por Oxia.

—¿Oxia? Estaba con ella, después de lo de mi madre no podía hablar, ni pensar, así que volví con los demás, Fileas no se había dado cuenta de mi ausencia...

—Oxia está donde la dejaste, volvamos.

Tuvieron que esperar agazapados en una esquina, puesto que un grupo de nómadas paró cerca de la casa donde Calandra ocultaba a los heridos.

Afortunadamente prosiguieron su camino, todavía no habían comenzado a registrar casas, eso era que aún seguía habiendo resistencia en la ciudad. Tenían que aprovechar y salir de allí, ahora o nunca. Luego sería imposible. En el mejor de los casos, acabarían vendidos como esclavos.

En la casa ya no cabía nadie. No había espacio para andar ni moverse. La pequeña Oxia intentaba ayudar a Calandra, pero poco podía hacer, salvo limpiar y llevar cosas de un lado al otro.

—Calandra, hay que salir de la ciudad, ahora. No tendremos otra oportunidad. Iremos por la acrópolis. Es la forma más segura.

La mujer lo sopesó.

—La mayor parte de los heridos no puede hacerlo Aenas. No pueden subir. Vete con los que estén más sanos. Corred.

—¿Y qué pasará contigo?

Lo joven suspiró resignada a su suerte.

—Mi sitio está aquí. No voy a abandonar a nadie, y muchos niños andan vagando por la ciudad. Muchos de tus alumnos aún viven, y están escondidos en alguna parte.

Aquello era cierto y Aenas se sintió mal al tener que abandonarles. Le hubiera gustado ser libre para ayudar a Calandra, pero no podía. Había hecho una promesa a Atanasia y la cumpliría.

—Escúchame atentamente. Nuestro destino será Alejandría de Egipto. Aún podéis alcanzarnos por el camino. Esperaremos un día entero a los rezagados. Nos dirigimos en dirección sur, acamparemos en la bifurcación del camino, pero escondidos entre la vegetación que hay detrás de la colina.

Calandra asintió, agradecida al saber que había una esperanza. Se levantó y bendijo su camino. Como tantas veces lo había hecho con viajeros y comerciantes.

—Que el propio Zeus os proteja hasta llegar a vuestro destino. Así sea.

Aenas se volvió:

—Escuchadme todos, quien pueda andar, que me siga. El resto quedará al cuidado de Calandra.

Para su sorpresa muchas de las personas sanas se quedaron, asustadas. No querían salir de la seguridad de su escondite. Aquello era una decisión absurda, acabarían muertos, pero poco podía hacer. No podía obligarles. Solo le siguieron diez personas, de las cuales, la mitad, incluyendo a Agatón y Oxia, eran alumnos de la escuela.

Milagrosamente, consiguieron llegar hasta la apartada fuente, y subieron por una ladera intrincada pero oculta a la parte más poblada de la ciudad.

Aenas tenía que ayudar a Oxia, levantándola por el brazo. La pequeña no

protestó con los bruscos tirones, estaba muy asustada y solo quería huir del peligro. Agatón iba delante, subiendo con agilidad, como tantas otras veces lo había hecho en sus juegos. Conocía bien el terreno, y sabía bien como esconderse y burlar la vigilancia.

Desde arriba pudieron ver que las llamas del palacio se habían extendido por toda la ciudad. El techo de la casa donde se ocultaba Calandra había corrido la misma suerte, pero lo peor era que los nómadas estaban entrando casa por casa, asesinando y saqueando. Alejandría del Oxo era ya el pasado. Pero ellos podrían huir sin problemas por el otro lado, ir hacia al norte, para dar una gran vuelta hacía el sur por el lado de las montañas. Un rodeo para evitar el peligro.

Aenas sintió la suave manita de Oxia entre la suya. Aenas intentó sonreír, para transmitirle seguridad.

—Estamos a salvo. Vámonos.

—Estaremos bien, he tenido un sueño y lo he visto. Cruzaremos el mar y viviremos felices. Nos he visto viviendo en una casa y tú trabajabas en un sitio muy grande, como un palacio, lleno de miles de papiros. Me llevabas contigo cada día.

La pequeña sonreía, mirando hacía el horizonte, al lado contrario de las llamas.

Así que era cierto, aquella niña, era especial. En muchos sentidos. Después de perder a Atanasia, no podía imaginar una vida la pequeña. Al menos se tenían el uno al otro, eran una pequeña familia. Diría que era su hija.

Le devolvió la sonrisa.

## Epílogo



Atanasia se levantó asombrada, seguía viva después de que todo se viniera abajo sobre su pequeño cuerpo. Zeus la había protegido, estaba intacta en la pequeña sala anexa del templo. Le dolía la cabeza y sentía el polvo en la boca. No importaba, no le quedaba mucho tiempo en aquel mundo. Los dioses le habían dado la posibilidad de morir con honor y no iba a temblarle la mano.

Atanasia lo tenía todo preparado por si los dioses la honraban con esa oportunidad. Había calculado todas las posibilidades, todos los posibles escenarios. El más lógico era que hubiera muerto simplemente sepultada, sin final poético. Gracias a los dioses no había sido así y podría llevar a cabo la última ceremonia.

Vertió ella misma el preciado líquido en el oráculo dorado que brillaba como por arte de magia en la oscuridad. En pocos minutos, la antorcha se apagaría. Y ella también lo haría, no tenía tiempo que perder.

Cogió el cáliz de marfil sagrado y bebió su preciado veneno. Había añadido diez veces más de cantidad de polvos que en la última ceremonia. El suficiente para no despertar jamás. La bebida estaba mucho más amarga y sintió cómo su estómago, revelándose contra su destino, intentaba rechazar el líquido. Luchó contra la arcada con determinación y sin dejarse vencer por el pánico. Si vomitaba le esperaba una muerte lenta y dolorosa.

Se puso de rodillas frente al preciado cuenco y esperó con más impaciencia de la habitual a que la letal bebida hiciera su efecto. Conforme el veneno iba abriéndose paso en su cuerpo, el pánico disminuía gradualmente. Se sintió reconfortada por la droga, por la sensación de tranquilidad que comenzaba a invadir su mente.

Sumergió con decisión la cabeza en el agua y abrazó el recipiente con amor. Sus últimos pensamientos antes de sumirse en su última visión fueron para su valiente Aenas, su amado héroe. Volvió a sentir su presencia, su calor, su mirada. El amor más poderoso que existía en ese mundo. Había sido afortunada, no era un sentimiento reservado a las sacerdotisas. Podía irse tranquila, en paz, había sido una privilegiada.

Sintió una luz maravillosa que la bañaba con su preciado calor. Era el sol, que estaba tan cerca que si estiraba la mano podía tocarlo. Una voz la llamaba. Siguió su dirección, era una voz familiar, autoritaria, pero que la hacía sentirse segura. Era el mismísimo Zeus. Un Zeus que la miraba con orgullo, como un padre a las proezas de su amado hijo.

Zeus levantó su mano y le lanzó un rayo dorado traspasando su ahora ingrátido y etéreo cuerpo. Y por fin Atanasia lo comprendió todo. Sintió la luz de la inmortalidad, ahora tenía un lugar eterno entre los dioses en los verdes Campos Elíseos.

# Europa Press

---

## Las autoridades francesas incautan piezas de venta en el mercado negro

---

Madrid. 14/01/2014

---

Las autoridades francesas han incautado varias piezas de la venta en el mercado negro de antigüedades, gracias a la ayuda del Departamento de Historia Antigua de la Sorbona dirigido por el doctor Bitball. Entre las piezas destaca el llamado por la prensa "oráculo de Zeus", en paradero desconocido desde la invasión a Afganistán.

La pieza, de oro macizo, es de incalculable valor histórico y nos acerca a una cultura desconocida, el imperio bactriano.

La pieza, según fuentes confidenciales, se podrá visitar y admirar en el museo del Louvre en el año 2015, después de haber sido estudiada.

El doctor Bitball, junto con sus colegas, el doctor Hoover (de Wisconsin) y el doctor Kipling (de Cambridge), ofrecerán mañana una rueda de prensa conjunta que removerá los cimientos de la historia antigua, tal y como la conocemos.



# Agradecimientos

---

Escribir esta novela ha sido muy divertido, de vez en cuando cambiar de registro e intentar hacer algo diferente viene bien. Nunca hay que dejar de lado la curiosidad, la ilusión y muy especialmente la motivación. Jamás había pensado escribir una novela de aventuras, y sin embargo, así ha sido. Y no lo he hecho por el lector, sino por divertirme, como homenaje a ese tipo de novelas de las que me quejo pero siempre acabo leyendo.

Debo de agradecer su paciencia a mis hijas. Cuando se sientan a mi lado en el ordenador, intentando pasar más tiempo conmigo, les digo que estoy escribiendo un cuento muy largo para cuando sean mayores. Siempre me preguntan: ¿Y qué pone mamá? Y yo cada día tengo que inventarme un cuento nuevo.

A mi marido, por esos días frenéticos en los que no hago otra cosa que escribir como si estuviera poseída y nerviosa y no me puede dirigir ni una palabra debido a mi susceptibilidad.

A mis amigas del parque, «las mamis»; vivir en Rocafort es estupendo gracias a vosotras.

A mis amigos escritores y blogueros, Paco Portela, Inma (lectora de tot), Mercedes Pinto, Lidia Herbada, María José Moreno, Josep Capsir, Moni, Lidia Casado, y muy especialmente a mi amiga Amelia Noguera.

Al escritor Gabri Rodenas por animarme con la idea y ser un gran compañero.

A mis primas, Patricia y Sonia. A Ana Zabaljauregui.

A mis tíos.

A Francisco y Salomé. A mis cuñados Ramón y Sally.

A mis sobrinitos, Ramón y Salomé.

Y como no, a mis amigas del Liceo Francés: Marta, María, Esther y Ángela.  
Las mejores.

## Notas de la autora

---

Aviso que me he tomado varias libertades históricas, muy especialmente en la parte del Imperio grecobactriano, debido a que, aparte de las notas del historiador Paul Bernard —personaje real—, no hay mucha documentación.

Paul Bernard nació el 13 de junio de 1929 en Sainte-Maxime. Fue uno de los más importantes arqueólogos de Francia. Su trabajo se centró en dirigir la delegación arqueológica francesa en Afganistán (DAFA). Él es realmente el mayor experto mundial en *Ai Khanoum* y no el personaje ficticio de Gaspar. Desde el año 1992 es miembro de la Academia de las Letras en Francia. Aún vive, debe de tener alrededor de 84 años. Me ha sido muy útil haber ido a un colegio francés.

He preferido utilizar un personaje ficticio, Gaspar, pero todo lo que cuento sobre el descubrimiento de *Ai Khanoum* y Paul Bernard al inicio de la novela es real. El yacimiento fue efectivamente descubierto tras una cacería, y el equipo de la DAFA fue el encargado de la excavación hasta que ya no pudieron entrar en el país.

*Ai Khanoum* toma su nombre por un poblado cercano, pero yo simplemente lo he cogido como el nombre del yacimiento para simplificar la trama.

Efectivamente, hubo un incendio alrededor del año 145 a. C. y una invasión nómada más o menos en la fecha, según las notas de Paul Bernard. Yo lo he relacionado todo y he dejado paso a mi imaginación.

Aun así no está nada claro quién era el monarca en aquel momento si Eucrátides I o II, he leído ambas cosas. Yo he preferido utilizar al primero. Se dice que Eucrátides II mató a su padre para ocupar el trono. Muy habitual en aquella época.

Lo de los templos también tiene una amplia base sólida, de hecho en los apuntes de Paul Bernard se dice que como mínimo debía de haber tres. Mi invención hizo el resto, al igual que con el culto de Atanasia.

El nombre de Grecia no se utilizó hasta que fue invadida por los romanos. Eran los pueblos de las Hélades.

También invito al lector a buscar imágenes de *Ai Khanoum* en el buscador de Google, especialmente llamativa es la foto del valle agujereado.

En cuanto al valle de las montañas del Hindú Kush esta inspirado en otro

valle, un poco más al norte, a 2400 metros del altura: El valle del río Hunza. Es allí donde alguna leyenda sitúa el Shangri-la, la tierra de la juventud eterna.

# Bibliografía

**Bernard, Paul.** «Aux confins de l' Orient Barbare, Ai Khanoum, ville colonial grecque. Alexandre le Grand». In *Les dossiers de l' archéologie 1974-5. Faton, 1974*

**Bernard, Paul.** «The Greek Colony at Ai Khanum and Hellenism in Central Asia». In *Afghanistan: Hidden Treasures from the National Museum, Kabul.* eds. Fredrik Heibert and Pierre Cambon. Washington, D.C.: National Geographic Society, 2008

**D. Schlumberger.** «L' Orient hellénisé» – 1969

**Foucher, Alfred.** «La vieille route de l' inde de Bactres à Taxila». *Memorias de la Delegación francesa en Afganistán 1942-1947*

**Bernard, Paul.** «Fouilles d' Ai Khanoum, tomes I-VI». *Memorias de la Delegación Francesa en Afganistán 1973-1992*

**Negrete, Javier.** «La gran aventura de los Griegos». – Editorial La Esfera

**Hard, Robin.** «Gran libro de la mitología Griega».

## Sobre la autora

---



**Almudena Navarro** nació en Madrid pero actualmente reside en Rocafort, Valencia. Realizó sus estudios en el Liceo francés. Es Licenciada en Administración y Dirección de Empresas (ADE) por la Universidad de Valencia y cuenta con un máster en Gestión de la calidad y otro en Formación del Profesorado (VIU). Ejerció como financiera y controller. Casada y con dos hijas mellizas.

Su primera novela, *La alcoba escondida*, ha sido publicada por la Editorial Roca. Inicialmente esta obra se auto publicó como La papeleta en blanco, figurando durante más de 230 días entre los más vendidos en Amazon.es.

*La Alejandría Olvidada*, una novela de aventuras ambientada entre París y Afganistán, es su segunda novela.

<http://twitter.com/anavarrocuarter>

<http://www.facebook.com/almudena.cuartero>

# *La alcoba escondida*

(Editorial Roca)

---



Doña Enriqueta, la pistolera, es una mujer fuerte que controla férreamente la vida en la comarca en la que vive.

Provoca terror y admiración a partes iguales. Todo debe pasar por ella, nada se le escapa. No está dispuesta a que el destino juegue en su contra, especialmente en lo referente a su familia, su marido y sus dos hijas. Rocío, la más joven, se ha educado en los mejores colegios de Madrid, lejos de Las Mesas. Milagros, por culpa de un defecto de nacimiento, se ha criado en el pueblo, lejos de los selectos grupos con los que se codea su hermana. Doña Enriqueta decide dar forma al destino, jugar con las vidas de quienes le rodean y

para ello contará con el joven y brillante político Alberto Cartero, al que comprará como su futuro yerno.

La alcoba escondida es una novela costumbrista en la que se suceden los problemas familiares, los celos entre hermanas, la rivalidad por el poder; pero también es el retrato de una época convulsa, donde se refleja fielmente la complejidad y fragilidad del clima político previo a un conflicto armado.